María Oruña

La Cámara de las Maravillas



PLAZA JANÉS

MARÍA ORUÑA

LA CÁMARA DE LAS MARAVILLAS

PLAZA JANÉS

—Me encantaría que me dejaran vivir tranquilo.
—Con el dinero de los demás.
—¿Verdad? Sería tan sencillo…

MAURICE LEBLANC,
Arsène Lupin, caballero ladrón

1

La fiesta encendía la noche y el Palacio Dorado, lleno de elegantes invitados, brillaba como si la propia estructura del edificio fuese una joya. La música italiana, alegre y contagiosa, flotaba en el aire y se desparramaba desde las ventanas de la segunda planta hacia los jardines privados del palacio, donde la primavera había comenzado a tejer sus colores. Los balcones de la fachada principal, de finales del siglo XIX, dejaban intuir desde la calle Recoletos de Madrid el espectáculo de luces y sofisticación que tenía lugar en el salón de baile; sin embargo, gruesos cortinones de terciopelo cubrían en parte los enormes ventanales, como si la ostentación se hubiese contenido de forma deliberada. Mientras sonaba *Sarà perché ti amo*, de Ricchi e Poveri, modernísimos proyectores iluminaban pantallas situadas de forma estratégica en varios puntos del enorme salón, que tenía planta elíptica e imitaba a la Galería de los Espejos del Palacio de Versalles.

En las pantallas se mostraban imágenes de cuadros clásicos, tal y como solían ser expuestos en los museos, para de pronto colarse por un agujero del tiempo y exhibirse, imponentes, en la ubicación original para la que habían sido concebidos. Así, los espectadores podían contemplar, como si estuviesen dentro del Museo del Prado, el cuadro del siglo XVI *El lavatorio* de Tintoretto, para luego admirar

cómo, de forma mágica, el gigantesco lienzo se desclavaba de la imagen para sobrevolar el mapa de Europa y situarse a la derecha de la entrada de la iglesia de San Marcuola, en Venecia; aquel enclave era el punto exacto para el que la obra había sido concebida, y desde ese nuevo ángulo cobraba sentido la extraña disposición de los personajes. Después, la escena de la pantalla se deshacía por completo, como derretida en el aire, para mostrar a un niño de apenas seis años vestido como un noble adulto del siglo XVII que montaba un caballo extraordinariamente grueso; el cuadro, de Velázquez, representaba al príncipe Baltasar Carlos y también formaba parte de la colección del Museo del Prado. De pronto, la pintura se desatornillaba de la pared y volaba hacia el Salón de Reinos del Palacio del Buen Retiro de Madrid para acomodarse sobre una puerta: situado a aquella altura, el corcel no parecía tan desproporcionado y parecía lógico que Velázquez hubiese exagerado sus formas al considerar la perspectiva desde la que iba a ser observado. El despliegue de imágenes no era una simple extravagancia de la fiesta, sino que formaba parte de la promoción de Pentimento, el museo que la familia Mendoza —propietaria del Palacio Dorado— había creado en Madrid y que acababa de inaugurar.

Dimas Chevalier, desde un rincón discreto y marginal reservado para el grupo de jazz que había tocado al principio de la fiesta, observaba la puesta en escena audiovisual con sincera admiración. Era alto y vestía un traje oscuro hecho a medida; lo había conjuntado con una camisa negra de cuello exagerado que le otorgaba cierto aire de excéntrica elegancia. Añadía al atuendo unos complementos de aspecto callejero que, sin duda, debían de ser

caros: extraños anillos de obsidiana en sus dedos y algún pendiente discreto disimulado por su cabello azabache. A lo largo de la velada, más de una mujer había perdido la discreción al detenerse a mirarlo: lo singular de su ropa, los gestos, la indisimulable astucia en la mirada… ¿Qué tendría?

La atención de Dimas se deslizaba ahora desde las pantallas hacia la anfitriona de la fiesta, la bellísima Amanda Mendoza: debía de rozar ya casi los cuarenta años y era, en consecuencia, algo mayor que él mismo. Era conocida por su fama de mujer esquiva, seria y hasta antipática. A pesar de su desprestigio social, había algo en ella que lo intrigaba. La había observado ya en muchos eventos y subastas del mundo del arte, siempre vestida de negro y con gesto adusto. De su vida privada no se sabía demasiado, salvo que se había mudado a vivir a un ala de aquel palacio unos meses atrás, cuando la familia había decidido crear Pentimento. Pocas veces la había visto sonreír, a pesar de su éxito en los negocios y de la evidente fortuna familiar de la que disponía. Amanda era la intachable directora de *Giotto* —una reputada revista de arte—, miembro de la junta de dirección de una galería y, ahora, del nuevo museo… ¿Qué podía faltarle para ser feliz?

Le habían dicho que estaba casada, pero nunca la había visto con su marido. Dimas estaba acostumbrado a observar a la gente, y el hecho de hacerlo bien, en alguna ocasión, le había salvado literalmente la vida. Ahora, en la fiesta, Dimas podía percibir que Amanda estaba intranquila, que parecía buscar a alguien entre todos aquellos críticos, artistas, coleccionistas y embajadores que había congregado para la ocasión. Cuando llevaba ya un rato flotando en el aire la música de *Tu vuò fa' l'americano* de Renato Carosone, se

decidió a abandonar la aburrida compañía de los músicos de jazz, ocupados en guardar sus instrumentos de metal y viento, y se aproximó a la anfitriona.

—La felicito por su fiesta, todo un éxito.

—¿Usted cree? —replicó ella, sin mirarlo. Su largo flequillo negro, incapaz de ocultar unas facciones armoniosas y suaves, se inclinó en dirección contraria. Definitivamente, parecía buscar a alguien entre la multitud. Tal vez solo pretendiese supervisar los movimientos de su hermano Elio, un joven que estaba completamente entregado a la velada y que daba la sensación de haber tomado un par de copas de más. Su cabello oscuro, algo largo y ensortijado, le resbalaba sobre la sien y le otorgaba el aspecto de un adolescente travieso, a pesar de que ya debía de tener, al menos, unos treinta años.

Por lo general, el hermano pequeño de Amanda no perdía la compostura en los negocios y colaboraba activamente en las empresas familiares, pero ahora estaban en una fiesta y, para terror de la anfitriona, Elio hablaba ya con el disc-jockey para cambiar las elecciones musicales del evento, cuyo repertorio italiano se había elegido como un guiño a la próxima Bienal de Venecia. Dimas siguió la mirada de Amanda hacia su hermano y creyó comprender el motivo de su turbación.

—Descuide, no creo que ese pinchadiscos se atreva a tocar ni un botón sin su consentimiento.

—Mi hermano puede ser muy persuasivo, se lo aseguro.

Ella había hecho el comentario, de nuevo, sin dignarse a mirarlo. Ay, Amanda. Ojos de caramelo y curvas sugerentes. Un brillo apagado e indescifrable en ella, un fuego domado que se contenía

en silencio y que lo atraía con creciente curiosidad. Dimas no desistió y se inclinó un poco más para hacerse oír bajo la música.

—Me ha gustado mucho Pentimento. Lo he visitado esta mañana y creo que, aunque trabajen con reproducciones, devuelven el significado a las obras al darles su contexto.

Ella, por fin, se volvió hacia Dimas. Al hacerlo, su vestido negro se ajustó a la figura y su discreto escote se mostró más pronunciado.

—No siempre podemos reconstruir la historia de los cuadros… Aunque le puedo asegurar, por experiencia, que desplazar una pintura casi siempre equivale a debilitarla.

—Cierto. En realidad, respetaban más el arte en la Edad Media.

—¿Por…?

—Porque solo viajaban los artistas, no las obras.

Amanda arrugó suavemente el ceño y observó a su interlocutor como si por primera vez le interesase su existencia. Los pómulos y la forma de la mandíbula del hombre estaban muy marcados y definidos; su nariz aguileña, que en cualquier otra persona podría haber resultado excesiva, se ajustaba a la perfección a la dimensión de su mirada, que parecía traspasarlo todo y a todos sin esfuerzo. El carisma de Dimas era innegable y, aunque su constitución era atlética, sus rasgos resultaban tan inusuales que podía considerarse tanto apuesto como extraño.

—¿Sabe usted realmente de arte?

Él, amable, sonrió y alzó las cejas con jovialidad.

—Una pregunta algo impertinente, si tenemos en cuenta que ahora mismo soy uno de los coleccionistas más importantes de Europa.

Amanda se mantuvo imperturbable.

—Pensé que a usted, precisamente a usted —remarcó—, solo le interesaba el valor de mercado de las obras.

—Pensó mal, entonces.

—Su biografía invita a determinadas conclusiones.

A él le brillaron los ojos ante la provocación y la clara alusión a su antiguo oficio. Sin embargo, mantuvo la compostura y la firmeza en la voz. La expresión de su rostro dejaba intuir que aquella conversación, en realidad, le divertía.

—Ya no me dedico a eso. Me he reformado.

—Una reforma no es una regeneración. La esencia se mantiene.

—Si eso fuese cierto, ahora mismo tendría usted un gran problema conmigo aquí dentro, ¿no cree?

De pronto, se apagó la luz. La música se desvaneció y un silencio inesperado inundó la estancia. Fueron solo tres segundos, cinco tal vez. Cuando ya comenzaban a sentirse murmullos y comentarios de preocupación entre los invitados, regresó la normalidad. Sin embargo, con el retorno de la energía eléctrica, también pareció escucharse después un ruido fuerte en el exterior, tal vez en la zona del jardín. A nadie pareció importarle, pues la música resurgió como si nada hubiese sucedido, mientras los proyectores audiovisuales volvían a recrearse en más cuadros curiosos y en montajes efectistas. De nuevo cantaban Ricchi e Poveri, ahora su *Mamma Maria*, que comenzaba a ser coreada por los invitados mientras se dejaban llevar por la sorprendente atmósfera de sofisticada diversión. Exquisitas viandas volaban en bandejas portadas por camareros y, cuantos más cócteles se ofrecían, más animado se antojaba el ambiente de confraternización. Dimas, sin embargo, tras aquella abrupta interrupción de la fiesta, se había quedado inmóvil

junto a Amanda, en posición de alerta, y una arruga de preocupación había marcado su frente. El palacio estaba lleno de pequeños tesoros, y el incidente podría tener una causa fortuita y liviana o, por el contrario, ser de extrema envergadura.

—¿Tiene alguna idea de qué puede haber sido eso? —le preguntó a ella, cuyo semblante también mostraba gravedad. Amanda negó con un suave movimiento de cabeza e hizo una señal a la que parecía ser una secretaria, una muchacha joven y pelirroja de gafas enormes que insistía en acompañarla a alguna parte.

—Te necesito aquí, Lorena —negó Amanda, al tiempo que señalaba a su hermano Elio y, después, al resto de las personas que hacían palpitar la fiesta—. Yo tengo que salir y comprobar que todo está bien.

Dimas, solícito, volvió a intervenir:

—La acompaño.

Amanda lo miró con indisimulado disgusto, pero no discutió. Con gesto apurado salió junto a Dimas del salón de baile, en el que las paredes, molduras y puertas doradas mantenían hechizados a los invitados, como si la belleza fuese una magnética prisión.

Amanda descendió a toda velocidad las amplias escaleras de mármol de Carrara, que en su balaustrada disponían de incontables alegorías a las ciencias y las artes, y en las que apenas se encontraban a algunos invitados desperdigados que charlaban entre sí. Sin embargo, solo la segunda planta del palacio estaba dedicada por completo a la fiesta, pues en la primera la gran mayoría de las puertas estaban cerradas con llave y eran de uso exclusivo de la

familia Mendoza. Cerca de la puerta principal de acceso al edificio, Amanda saludó a un hombre vestido de marrón que, aunque no portaba ninguna tarjeta identificativa, tenía aspecto de ser un vigilante de seguridad; se mantenía firme junto a dos enormes estatuas femeninas que portaban candelabros llenos de velas de las que refulgía luz artificial y que simulaban estar apoyadas a ambos lados del peldaño de arranque de la imponente escalera.

—¿Ha saltado alguna alarma? ¿Hay una incidencia?

—No, señora, ha debido de ser una sobrecarga de energía; con los hornos de los del catering y sus trastos, los equipos audiovisuales a toda potencia y todas las luces encendidas… En fin, estamos reiniciando los equipos.

Al responder, el hombre señaló dos pequeñas pantallas tras un pequeño escritorio en una esquina, donde otro compañero se afanaba en reactivar distintos monitores.

—¿Y el ruido? ¿No escuchasteis como si algo se rompiese?

—Pues… —dudó el hombre, con el semblante preocupado de quien ha sido pillado en una falta—. Con la música y el jaleo apenas se distingue nada, ¿no?

Amanda respiró profundamente y, aunque en su rostro no podía adivinarse ninguna emoción, Dimas comprendió que acababa de hacer un enorme esfuerzo de contención.

—Informadme de cualquier contratiempo por mínimo que sea, por favor —ordenó, y al hacerlo mostró su teléfono móvil, que llevaba en un pequeño bolsillo oculto del vestido.

Después, se encaminó a buen ritmo a otra estancia. Dimas no sabía a dónde se dirigían, pero el paso firme de su anfitriona se enfilaba hacia el antiguo salón de música, que en aquella primera

planta era el único lugar que disponía de escaleras con acceso directo al jardín. Aún no habían llegado a la puerta de aquel cuarto cuando pudieron escuchar, con nitidez, cómo la música italiana clásica que hasta ahora sonaba en el piso superior era cambiada por otra francesa —*Alors on danse*, de Stromae y Kanye West—, mucho más movida y propia de discotecas. Amanda detuvo el paso un segundo, en que cerró los ojos, para abrirlos y entornarlos después, y maldijo a su hermano por transformar su fiesta, que no era otra cosa que una reunión de negocios, en otra de sus alocadas celebraciones.

Cuando, tras abrir la cerradura, Amanda entró en el salón de música, a Dimas le pareció haber viajado en el tiempo y comprendió por qué aquel edificio era conocido como el Palacio Dorado. Al igual que en el zaguán de entrada, dos enormes estatuas femeninas de corte griego y con el torso semidesnudo sostenían sendos candelabros en los que la luz eléctrica encendía, en realidad, decenas de lámparas que simulaban ser velas. Todas las obras de arte que había visto hasta el momento en el palacio eran extraordinarias, pero aquella parte del edificio estaba envuelta en un ambiente más íntimo. Los suelos, en vez de ser de mármol, imitaban mosaicos de la antigua Roma; las paredes se vestían con molduras de madera noble y varias pinturas en techo y paredes jugaban al engaño para simular que aquellos querubines y seres mitológicos eran de verdad. Al fondo del salón de música, reconvertido en una lujosísima sala de estar de color dorado, un anciano de aspecto todavía fornido y de abundante cabello blanco, ayudado por una mujer robusta de mediana edad, se levantaba de su sillón y se dirigía al balcón.

—¡Papá! —exclamó Amanda, corriendo hacia él—. ¿Sabes lo que ha pasado?

El hombre se volvió, sin que la presencia de Dimas pareciese sorprenderlo en absoluto.

—No, querida —respondió con una voz gruesa y antigua, como si él mismo procediese de otra época. Su frente era amplia y despejada, y su abundante cabello blanco repeinado, unido al elegantísimo batín de seda marrón que vestía y a un gesto que todavía destilaba una reconocida autoridad, le otorgaban un aspecto honorable—. Pero creo —continuó— que el ruido ha venido de la parte de atrás, del jardín.

—Sí, yo también lo creo —confirmó la mujer que lo acompañaba, que no se molestó en ocultar la preocupación de su semblante. Iba vestida de forma sencilla, y más tarde Dimas sabría que su nombre era Emilce y que llevaba más de treinta años siendo el ama de llaves de aquel lugar.

De pronto, escucharon un grito femenino en el jardín. Lloros y lamentos ascendían a toda velocidad por las escaleras desde el parterre hasta el salón de música. La puerta del balconcillo se abrió de golpe. Una mujer de rasgos latinos, menuda y con el rostro desencajado, buscaba ayuda con desesperación.

—¡El niño, señora!

—¿Luca? —se sorprendió Amanda, que corrió a su encuentro—. ¿No está en la cama?

—Ay, señora —reconoció la mujer, entre hipidos nerviosos y apurados—, la noche era tan buena… —se interrumpió a sí misma, tirando de Amanda hacia el exterior—. Nos asustó el apagón, y luego el ruido, y vimos a un hombre… ¡Señora!

Amanda no siguió escuchando, porque salió corriendo hacia el jardín. Ella sabía que su hijo adoraba jugar en la enorme Casa de Muñecas de dos alturas que se alzaba en una esquina del parterre y que se encontraba adosada a otro edificio colindante y ajeno a la propiedad. La escena que sucedía justo a los pies de aquella singular construcción era tan extraña que incluso Dimas, que había seguido a Amanda, se quedó petrificado.

Un niño de apenas ocho años, rubio y de rasgos angelicales, se interponía con expresión decidida entre la enorme y altísima verja de salida, que estaba cerrada, y un hombre alto y fornido, vestido de negro desde los pies hasta la cabeza, que llevaba cubierta con un pasamontañas. El pequeño lo apuntaba con su dedo infantil, como si en vez de mano tuviese una pistola.

—¡Luca, ven aquí! —exclamó Amanda, atónita.

El niño no hizo caso, y de fondo continuaban escuchándose los lamentos de la niñera, que aseguraba que ella también había intentado convencer al pequeño, que incluso había llegado a lanzar piedras al desconocido. Amanda comenzó a descender las escaleras.

—¡Quieta! —exclamó el enmascarado, que sacó una pistola—. ¡Dígale al puto crío que se largue y apártense de mi camino! —vociferó, encaminándose ya hacia Luca con la evidente intención de apartarlo con algún ademán violento.

Si Dimas había pensado que Amanda podría seguir las instrucciones de un desconocido, se equivocaba. Ella, que vestida de negro parecía la versión femenina de aquel asaltante, gritó: «¡Llamad a la policía!», y avanzó a paso decidido hacia el niño, dispuesta a protegerlo. Error. La corpulencia del enmascarado, cuyo atuendo completo recordaba al de los ladrones de los cómics

infantiles, pudo con ella con tan solo un empujón, contundente y violento. Al caer, Amanda pudo ver de refilón dos siluetas en el comedor de diario de la primera planta, cuyo ventanal daba directamente hacia la Casa de Muñecas. ¿Quiénes serían? No disponía de tiempo para pensarlo: su hijo lo era todo para ella y, en aquel instante, nada podía superar el salvaje instinto de protección que le nacía dentro. Sin embargo, al caer, le pareció ver algo más; pero su cabeza se golpeó con una de las piedras del jardín inglés y, durante unos segundos, perdió el conocimiento.

Dimas dio un salto desde el descansillo de la escalera hacia el enmascarado y comenzó una pelea brevísima, en la que se vio superado por la corpulencia y la sorprendente agilidad del hombre misterioso. Tras derribar a Dimas, el desconocido hizo ademán de dirigirse hacia el salón de música para huir a través del palacio, pero pudo ver cómo, alertados por los gritos, se aproximaban corriendo varios hombres del personal de servicio y de seguridad. Giró sobre sí mismo y empezó a correr hacia el fondo del jardín, donde una soga negra colgaba desde los tejados.

Justo cuando parecía que iba a comenzar a escalar, el pequeño Luca, tras mirar a su madre desfallecida sobre la gravilla del parterre, salió corriendo tras el hombre de negro. Se detuvo a solo dos metros.

—¡Eres malo! ¡Quieto o te disparo! —amenazó, y de forma imaginaria volvió a transformar su índice derecho en el cañón de una pistola.

El hombre se giró medio segundo y miró al niño. Su presencia parecía suponerle, de pronto, una gran revelación.

—¡Bang! —exclamó Luca, como si en efecto de su manita hubiese salido un disparo.

El enmascarado, despacio y para sorpresa de todos, se retiró el pasamontañas y mostró la cabeza completamente rapada de un hombre que no debía de tener más de treinta años. Abrió mucho los ojos, sin decir nada, y su piel blanca se tornó primero pálida y, luego, púrpura. Después, comenzó a desvanecerse como a cámara lenta; de fondo se escuchaba el final del estribillo de aquella canción francesa de la fiesta, que decía que la vida, la familia y los amigos siempre terminan trayendo dolor, por lo que solo nos queda bailar, cantar y persistir. El hombre de negro se desplomó finalmente sobre la gravilla. Sus ojos, abiertos y desmesurados, se quedaron mirando el cielo de Madrid, que con sus luces escondía las estrellas.

Dimas se acercó y, sin necesidad de comprobarlo, supo que estaba muerto. Todos los presentes dirigieron su mirada hacia la mano del niño, como si en ella se guardase un poder que nunca antes habían visto.

2

El forense, concentrado y vestido con su traje aséptico de Tyvek, observaba el cadáver del hombre de negro con sincera curiosidad. El cuerpo todavía se encontraba en el mismo lugar donde había muerto, mientras el grupo de inspección ocular terminaba de tomar fotografías y muestras. No había herida visible, y tampoco hematomas notables o pinchazos. Tampoco se apreciaban a simple vista señales externas de envenenamiento y, desde luego, la mente analítica de Diego Ferrer no admitía como causa de la defunción el disparo imaginario de un niño. De hecho, el pequeño Luca ni siquiera había logrado alcanzar al desconocido con ninguna de las piedras que le había lanzado.

—Ferrer… ¿Seguro que no hay orificio de bala?

El forense miró a la policía que le había hecho la pregunta y negó con cierta decepción. Sin duda, su trabajo habría sido mucho más fácil con una muerte obvia. A pesar de que Ferrer todavía era joven, carecía de cejas y su cabeza estaba completamente calva, por lo que sus apreciaciones parecían llegar a los demás revestidas de cierta solemnidad.

—No hay heridas ni impactos visibles. Desde luego, no se aprecian signos de violencia. Aunque hasta que me lo lleve a Valdebebas…

Bueno, ya sabes —añadió, haciendo referencia a la autopsia que le tendría que practicar en el Instituto de Medicina Legal de Madrid.

—¿Muerte accidental, entonces?

—No lo sé.

Mencía Rivera, subinspectora de la UDEV (Unidad de Delincuencia Especializada y Violenta) de la Brigada de la Policía Judicial de Madrid, resopló con resignación. Apreció el frescor de la noche, en la que ya no sonaba la música de la fiesta y en la que el ruido más notable a su alrededor emergía de un diminuto manantial, situado en un estanque del jardín, justo a los pies de la escalera de acceso al palacio. Mencía iba completamente vestida de negro y su melena, lisa y oscura como la noche, la llevaba suelta y le alcanzaba casi la cintura. Miró de reojo hacia la pequeña terraza del salón de música, cuyas puertas estaban abiertas de par en par y en cuyo interior la familia Mendoza, el propio Dimas —con una pequeña contusión en la barbilla, resultado del enfrentamiento con el asaltante— y distintos miembros del servicio conversaban con varios policías. Amanda Mendoza, tras ser atendida por los médicos, había rechazado ir al hospital y ahora hablaba con su hermano y una muchacha rubia; su semblante, aún en la distancia, se intuía serio e inescrutable.

Mencía, con su habitual rictus nervioso, se alejó unos pasos del cadáver y caminó por el pasillo de tránsito marcado por los compañeros de Científica; siguió con la mirada el camino de la cuerda negra con la que, según los testigos, el fallecido había estado a punto de intentar huir cuando el niño lo había «detenido». La soga ni siquiera tenía nudos para ayudarse a escalar, y parecía increíble que un hombre tan corpulento se hubiese ejercitado con la agilidad y destreza suficientes como para utilizar aquel sencillo recurso a la

hora de desplazarse por los tejados. Habían descubierto que portaba una pequeña ballesta atada a la espalda, que sin duda había usado para lanzar la cuerda desde el tejado colindante hasta el ático del Palacio Dorado, situado en su tercera planta. Esto significaba que el ladrón tenía perfectamente claro a dónde ir. Ya se habría informado al detalle, y era conocido el hecho de que el primer piso de aquel inmueble era para uso familiar; el segundo, para fiestas y eventos culturales, incluía una capilla, una sala oriental con objetos de las dinastías Ming y Qing, un enorme salón de baile y el gran comedor de gala… Pero en el tercer piso, en el ático, era donde al parecer se guardaban los mayores tesoros.

—Así que este es el Cuervo —escuchó la subinspectora a su espalda. Pudo ver, a tan solo unos metros, a un hombre de mediana edad vestido con traje marrón de cuadros escoceses. Un ajustado chaleco a juego desvelaba algo de sobrepeso, y los pantalones tobilleros eran tan cortos que permitían intuir unos calcetines que dibujaban hojas de otoño. Era bajo, de cabello claro y labios finos, y observaba en la distancia y con indisimulada curiosidad el cadáver del hombre de negro. Su mirada era escrutadora y destilaba una energía rotunda, como si le resultase imposible disimular y contener una gran fuerza intelectual—. ¿Puedo saber qué es exactamente lo que ha robado?

Mencía volvió a resoplar. Era la segunda vez que le iba a tocar trabajar con Marc Bru, inspector de la Brigada de Patrimonio Histórico, y sus excéntricos métodos y comentarios la sacaban de quicio.

—Unas joyas de la familia Mendoza. Se las encontraron —matizó, señalando el cadáver— en una bolsita que llevaba enganchada al

interior de su chaqueta.

—Unas joyas —repitió él—, pero no unas cualesquiera, si no me equivoco.

Mencía suspiró.

—Si ya lo sabe, ¿para qué me pregunta?

—Para confirmarlo.

Ella se mordió los labios y se recordó a sí misma que, si siempre se molestaba y estresaba tanto ante cualquier inconveniencia, jamás ganaría peso y seguiría ofreciendo a todos una escuálida y triste figura. Intentó ser concreta.

—Cinco diamantes. Y, como ya sabrá —añadió, mordaz—, podrían formar parte del botín que fue robado en 1791 a los revolucionarios, que, a su vez, habían confiscado las joyas de la Corona a Luis XVI de Francia. La familia Mendoza los guardaba en una sala del ático, en la que todavía no podemos entrar hasta que terminen los de Científica… Acaban de subir.

El inspector Bru asintió con aprobación ante lo que había dicho Mencía; al ver su gesto, que fue sutil pero evidente, ella no pudo contenerse y replicó:

—No necesito su reconocimiento respecto a mi trabajo o a mi profesionalidad, Marc. No empecemos.

Él sonrió.

—¿Cómo fue lo que me dijo la otra vez? —fingió dudar, como si hiciese un esfuerzo por recordarlo—. Ah, sí, que me creía Hércules Poirot.

—El inspector Gadget, más bien —musitó ella, en alusión a un policía cibernético de viejos dibujos animados que, aunque se creía muy listo, era torpe y despistado.

Marc la escuchó, pero hizo como si el comentario no le importase lo más mínimo. Repasó de forma visual el escenario donde había sucedido todo. ¿No era realmente curiosa aquella enorme Casa de Muñecas? Estaba construida con ladrillo y madera, y tenía incluso un torreón que invitaba a soñar con su corte evocador y romántico. Disponía de dos alturas y su estilo se ajustaba tanto al ideal de un palacete suizo como al de una construcción medieval. A su alrededor crecía el denso y acogedor jardín y, de frente, se alzaba el impresionante edificio principal, que entremezclaba los estilos francés e italiano en su arquitectura.

—Es curioso —dijo por fin Marc, que detuvo su mirada en el cadáver—. Tenemos aquí al Cuervo, uno de los ladrones de guante blanco más escurridizos de España, que decide robar en el famoso Palacio Dorado, en el centro de Madrid, justo la noche en que dan una fiesta y está el edificio lleno de gente.

—Tal vez creyese que con el jaleo le sería más fácil no llamar la atención. Además, lo de la sala especial del ático, llena de joyas y obras de arte, ha salido en prensa varias veces —añadió Mencía, que señaló con la cabeza la tercera planta—, y no podemos olvidar que los tejados y los pisos altos eran su especialidad.

El inspector asintió de nuevo.

—Los pisos altos siempre tienen menos seguridad, pero dudo que el famoso Magnus Mendoza tuviese descuidado ese aspecto.

—Hay cámaras con registro de vídeo y alarmas, ya estamos con ello.

—Pero no sonó ninguna alarma.

—No. Dicen que se fue la luz unos segundos y que después se escuchó un estruendo seco, nada más. Creemos que el ruido lo

produjo esa escultura al caer desde el balcón de la tercera planta —conjeturó la policía, al tiempo que señalaba con la barbilla hacia una enorme Afrodita semidesnuda que ahora yacía en una esquina, rota y desgajada. Marc se mordió el labio inferior, escandalizado.

—Por Dios bendito, si parece original… ¡Ya solo esta Venus debe de costar una fortuna!

Mencía asintió.

—Siglo IV antes de Cristo, de un tal Axíteles.

—Praxíteles, será.

—¿Y qué más da? —replicó ella, entornando la mirada—. Nos lo ha dicho Amanda Mendoza, que es la hija del dueño del casoplón y la que organizaba la fiesta.

—Qué barbaridad. Pero no, no puede ser —dudó Marc, que se sujetó la barbilla con la mano derecha en señal de concentración—. De la Venus de Praxíteles solo se conservan copias… ¿Sabe que fue la primera estatua de gran tamaño que representó a una mujer desnuda?

Mencía contuvo el aire dentro de la boca e hinchó suavemente los carrillos, evidenciando que aquella información le resultaba por completo indiferente. Por su parte, Marc mantuvo la mirada fija en la escultura rota.

—¡Qué torpeza, en un ladrón como este! —lamentó, y en su exclamación reveló un suave acento catalán, ya que él, aunque llevaba muchos años viviendo en Madrid, era originario de Cadaqués.

—Algo falló ahí arriba —supuso Mencía, que desvió su atención hacia el balcón—. Las ventanas no tenían barrotes, pero estaban cerradas y con sistemas de seguridad instalados. Se fue la luz

mientras el tipo manipulaba las alarmas, o precisamente por haberlo hecho… Se pondría nervioso y, al salir de manera precipitada, empujaría la estatua sin querer. Creo que no fue capaz de regresar por donde había venido, no sé por qué, así que decidió huir por el jardín; no contó con que estaría el crío con la niñera jugando en la Casa de Muñecas, claro.

—A lo mejor ya había programado la huida por aquí.

—A lo mejor.

—Un poco raro, ¿no? —observó Marc, que repasó de forma visual la encantadora construcción de apariencia infantil—. ¿Qué hacía un niño jugando en el jardín a esas horas?

Mencía se encogió de hombros.

—Tampoco era tan tarde, sobre las diez y media de la noche… La niñera dice que no duerme bien, que al crío le pasan cosas raras cuando se va a la cama desde que viven en el palacio y que, con el ruido de la fiesta, prefirió que se cansase un poco antes de llevarlo a su habitación.

—¡No me diga! —exclamó Marc, al tiempo que guardaba la punta de sus dedos en los bolsillos del chaleco, como si la postura lo ayudase a pensar con mayor claridad—. No sé si lo sabrá, pero, antes de que lo compraran los Mendoza, este lugar era conocido por sus historias de fantasmas… ¿Sabemos cuáles son esas cosas raras que le pasan a la criatura?

—¿Y yo qué sé? —se molestó Mencía. Era de noche, comenzaba a sentir verdadero frío y aquella información, desde luego, era irrelevante para el caso—. Pesadillas infantiles, tonterías así. ¿Nos centramos?

—Nos centramos —confirmó él, con expresión resignada. Miró de nuevo hacia el cadáver del Cuervo—. ¿Sabemos si actuó solo?

—Eso parece. Solía trabajar por encargo, pero por su historial nos consta que la ejecución era siempre por su cuenta, sin colaboradores.

—¿Y su muerte? Porque los dos sabemos que el chiquillo no pudo dispararle un balazo imaginario.

—¿Quién sabe? El tipo pudo darse un golpe al bajar por la fachada y sufrir una hemorragia interna o algo así. Tan pronto como Ferrer certifique la causa —añadió, con media sonrisa— será un placer quitarme de su vista.

—Ah, ¡es usted siempre tan amable!

De pronto, el aire de concentrada suficiencia de Marc Bru desapareció de su semblante. Su mirada se había detenido en la lejanía, en quienes se encontraban en el salón de música. Su expresión era la viva estampa del asombro y de la sorpresa genuina.

—Mencía, por Dios… ¿No sabe quién es ese hombre? —preguntó. Su tono elevado y casi histérico consiguió que incluso el forense, que terminaba de registrar la temperatura ambiental y la del cadáver, se acercase y dirigiese también su atención hacia el interior del palacio. Nervioso, el inspector Bru alzó la mano y, con dedo acusatorio, señaló a Dimas Chevalier.

La subinspectora se aproximó y observó en la distancia a aquel hombre elegante, alto y sin duda singular que, ahora, hablaba con la inconfundible Amanda Mendoza. Marc Bru insistió:

—Fíjese bien en sus rasgos, ¿no lo reconoce? ¡Su foto ha salido muchas veces en prensa! ¿De verdad no sabe quién es?

—Pues no sé, Marc. ¿Un actor italiano? —aventuró Mencía, sin mucho interés—. ¿Un artista? Esta fiesta estaba llena de famosos.

—¡Dimas Chevalier! —exclamó Marc, incapaz de apartar la mirada. Después, continuó hablando en alto—: El mejor ladrón de todos los tiempos y, si me apura, de todo el mundo.

—¿En serio? —preguntó el forense, al tiempo que forzaba la mirada para distinguir, sin lograrlo, algún indicio que mostrase a Dimas como un ladrón tan formidable.

El inspector Bru dio dos pasos hacia el palacio, todavía asombrado.

—Dimas Chevalier… —reiteró. Después continuó hablando como si acabase de ver con sus propios ojos a un héroe legendario—. Jamás empleó la violencia ni robó otra cosa que no fuesen joyas o dinero en metálico, y el arma más peligrosa que se le conoce ha sido un cortador de vidrio. Siempre actuó solo, fue astuto y discreto, y solamente lo identificaron cuando volvió sobre sus pasos para salvar a un perro. ¡Un perro! ¿Se lo pueden creer? —les preguntó, incapaz de disimular su admiración—. Tras robar millones de euros, por aquel último golpe pasó tres años en la cárcel.

—¿Tres años? —se sorprendió Mencía—. No es mucho.

El inspector se encogió de hombros.

—Unos acuerdos con la fiscalía que no tengo nada claros.

La subinspectora, de pronto, pareció recordar algún tipo de información y, por fin, abandonó su actitud defensiva. Abrió mucho los ojos, incrédula.

—Entonces… ¿Ese de ahí es el famoso Houdini?

—Houdin, querida, sin la «i». O el Prestidigitador, como lo llamaron algunos. Pero fue *Le Monde* de Francia quien lo bautizó así,

en honor al mago en el que se inspiró Chevalier para ponerse el nombre artístico.

—¿Houdini no es el original?

—No. Para su nombre artístico, se inspiró en Houdin, que era un ilusionista francés extraordinario.

—Pero ¿él es francés?

—¿Chevalier? No, no. El apellido es por su ascendencia paterna, creo que viene del pueblo francés de San Juan de Luz, cerca de la frontera con España… Pero él, si no recuerdo mal, nació en Madrid. Es hijo de un botones de hotel, Gastón Chevalier, que se quedó viudo muy joven y con Dimas y su hermano pequeño a cargo… Dicen que los dos mocosos pasaban más tiempo en la calle que en el colegio, y al parecer el mayor comenzó a echar una mano con las maletas, hasta que empezaron a desaparecer cosas. No es un inicio muy legendario, pero está claro que le valió de base para convertirse en un ladrón refinadísimo.

—Perdón —interrumpió el forense, lleno de curiosidad—. Si ese tipo es un ladrón tan reconocido…, ¿qué hace ahí, en el palacio?

Marc Bru arrugó el entrecejo y respiró profundamente antes de contestar:

—No lo sé. Se supone que cumplió su pena y, por lo que a mí respecta, está limpio. Lo último que supe de él es que vivía en Londres y que coleccionaba arte, nada más.

—Si es coleccionista, tiene sentido que viniese a la fiesta —observó Mencía, indulgente.

Marc se giró hacia la subinspectora.

—Si usted viviese en uno de los palacios más lujosos de Madrid y lo tuviese lleno de antigüedades, joyas y obras de arte de valor

incalculable, ¿invitaría a su casa a uno de los ladrones más intrépidos del mundo?

Mencía sonrió, cansada. Por si fuese poco el misterio de cómo había fallecido realmente el Cuervo y de cómo había logrado robar aquellos diamantes tan relevantes sin que sonase la alarma, ahora resultaba que tenían a otro famosísimo ladrón entre los invitados. Los compañeros de seguridad ciudadana ya habían desalojado la fiesta y asegurado las entradas del inmueble, la Policía Científica hacía su trabajo y ella, como subinspectora de la UDEV, podía pautar la línea de actuación de forma preferente al inspector de la Brigada de Patrimonio Histórico. ¿Acaso no era prioritario el derecho a la vida sobre todo lo demás? Si tenía suerte, el forense certificaría pronto que aquella estúpida muerte había sido accidental y ella podría desembarazarse de aquel asunto para que lo llevase el pedante de Marc Bru. Sin embargo, y de momento, lo cierto era que un hombre —fuese ladrón o no— estaba muerto y tenía obligación de investigarlo. Lo sustraído había sido recuperado, pero sin el sabelotodo de Marc Bru se sentía perdida en aquel mundo de arte, joyas y sofisticación.

—Habrá que hablar con los anfitriones e ir a saludar al señor Chevalier —resolvió, en un intento de contener unos nervios que ya comenzaban a morderle el estómago.

Marc asintió. Ambos dejaron atrás al forense y comenzaron a caminar hacia el salón de música; sus pasos se vieron acompañados del arrullo líquido y melancólico que ofrecía el estanque, y subieron las escaleras de mármol sin hablar ni compartir impresiones. Al entrar en aquel imponente salón comprendieron que Dimas

Chevalier, con su insolente aura de indómita elegancia, hacía ya rato que los estaba esperando.

3

Dimas los observó aproximarse y comprendió que lo habían reconocido. Aquel hombre tan pintoresco, vestido con un traje de tartán escocés y que lo miraba como si fuese una aparición; y la mujer, algo más alta y muy delgada, de semblante desconfiado y cabello largo hasta la cintura. ¿Por qué caminaban directos hacia él, si el dueño del palacio era Magnus Mendoza? Varios policías estaban ya en el salón de música, pero parecía que aquellos dos, por algún motivo, eran quienes iban a dirigir la investigación. Saludaron de manera somera a los presentes y se dirigieron a él:

—Disculpe —le espetó Marc Bru, sin circunloquio alguno—, me ha parecido reconocerlo… ¿Es usted Dimas Chevalier?

—Sí, señor. ¿Y ustedes son…?

Marc y Mencía se identificaron; el inspector, desprovisto de diplomacia alguna, comenzó a disparar sus dudas:

—Pensaba que vivía usted en Londres.

—En efecto, resido allí. He venido solo de visita.

—Ah. ¿Y hace mucho que conoce a la familia Mendoza?

—En el mundo del arte todos nos conocemos, inspector —respondió Dimas; lo hizo con una sonrisa algo cínica, que daba a entender lo innecesario que resultaba aquel teatro. Marc lo captó al instante.

—Comprenda que resulta sorprendente verlo aquí, precisamente aquí, la noche en que sucede un robo en este palacio.

—Un robo resuelto —matizó él.

El inspector Bru no se arredró.

—Disculpe si se siente atacado, pero sus golpes han sido siempre tan espectaculares y, digamos, de prestidigitación, que cualquiera podría tener dudas.

—Cumplí mi condena y me retiré. Colaboro con museos de todo el mundo y mis operaciones comerciales y filantrópicas son públicas… Ni siquiera sé quién es el ladrón que ha muerto.

Amanda, que desde que entraron los policías había estado escuchando, se aproximó con determinación. La siguió su hermano, que físicamente era muy parecido a ella, aunque su semblante dibujaba una actitud más meliflua y ligera. Dejaron atrás a una joven de belleza sencilla y tímida, rubia, que por su vestido de brillantes cabía deducir que también había estado en la fiesta; la muchacha tenía un rostro aniñado y dulce, salvo por una breve y antigua cicatriz sobre una ceja, que ni le restaba ni le sumaba atractivo, por lo anodina que era. Elio se despidió con un guiño de la joven, por lo que Marc dedujo que debía de ser su pareja.

—Disculpe —le recriminó Amanda al inspector—, sus insinuaciones y comentarios están fuera de lugar. Este hombre estaba conmigo en la segunda planta cuando sucedió todo y, de hecho, se enfrentó al ladrón —añadió, al tiempo que señalaba la pequeña contusión de la barbilla de Dimas.

—Mi obligación es hacer preguntas, aunque resulten incómodas —se defendió Marc—. ¿Ha sido usted la responsable de la fiesta, la que lo ha invitado?

—No, inspector, no fue ella —replicó a su espalda el honorable Magnus Mendoza, que los miraba apoyado sobre su bastón—. Lo he invitado yo.

Todos se giraron hacia el imponente anciano. Magnus se llevó la mano derecha hacia el cabello cano, que peinó en un gesto automático y con calma absoluta. Se acercó a un enorme sillón e invitó a los policías a que lo siguiesen y, a su vez, se acomodasen. El antiguo salón de música brillaba con sus molduras doradas como si fuera oro pulido bajo las estrellas, y a Dimas le dio la sensación de que, en aquellos instantes, en la mirada de Magnus se agazapaba la fuerza de un animal salvaje.

Mencía no tardó en comprender que, a pesar del tono educado y amable de Magnus, en su discurso cuestionaba la inteligencia y visión panorámica que podía tener la policía respecto a lo sucedido. Sobre el sillón donde se había sentado, una placa apoyada en la pared citaba unas palabras de Benito Pérez Galdós: «Ay, qué Madrid este, todo apariencia […]. Esto es un carnaval todos los días en que los pobres se visten de ricos; y aquí, salvo media docena, todos son pobre facha, señora, y nada más que facha». La subinspectora contuvo una sonrisa, porque en el magnífico palacio, aquella noche, también habían confluido todo tipo de apariencias.

—Les voy a resumir lo que ha sucedido aquí, de forma muy clara y sencilla, para que lo entiendan —dijo Magnus—. Los Mendoza, además de nuestra labor filantrópica a favor de la investigación médica y científica, y del apoyo de nuevos talentos artísticos, funcionamos como una gran empresa. Dirigimos revistas y galerías

de arte, y también organizamos exposiciones; nuestra última inversión ha sido el museo Pentimento, que acabamos de inaugurar aquí al lado, en el antiguo Palacio del Marqués de Salamanca.

—Perdone —interrumpió Mencía—, pero ese palacio… ¿no es de una fundación bancaria?

—Lo era… Hemos llegado a un acuerdo. ¿Puedo continuar? —preguntó Magnus, molesto.

Mencía se mordió el labio inferior y esperó a que el patriarca de aquella inmensa fortuna continuase hablando; no estaba muy al día de los movimientos culturales en la ciudad, pero sí conocía de vista el inmueble del marqués aludido, que daba nombre al elegante barrio en el que se encontraban.

—Esta fiesta fue organizada por mi hija, pero todos los asistentes acuden por un motivo evidente. El señor Chevalier —dijo, y lo señaló con un levísimo ademán— dispone en Londres de una colección de pintores flamencos única en Europa, y tras conocerlo en la Art Basel de Basilea me pareció un lujo poder contar con su criterio y presencia en la inauguración de Pentimento. De hecho, el señor Chevalier estaba invitado a instalarse aquí mismo y, en su afán por no molestar, en contra de mis deseos decidió alojarse en un hotel.

—Magnus, sabe que no fue por descortesía —apuntó Dimas con una sonrisa encantadora, que después dirigió a los policías—. Siempre que estoy en Madrid me alojo en el Wellington… Es como estar en casa.

Magnus asintió, como si ambos hablasen un lenguaje privado y propio, exclusivo de caballeros. Después, volvió a dirigirse a Marc y Mencía:

—Si lo desean, puedo explicarles la finalidad comercial de cada uno de los invitados de esta noche, pero entiendo que su tiempo es valioso y que la intencionalidad de algo así sería absurda, dado que el ladrón ha sido, digamos, detenido.

—Disculpe si le parezco atrevido —intervino Marc, que ante Magnus no pudo evitar sentirse diminuto—, pero me sorprende que, tratándose de un acto tan singular, no estuviera usted en la fiesta.

Magnus lo miró con indisimulada sorpresa, como si el comentario hubiese sido el colmo de las insolencias.

—¿Cree usted que, a mi edad, mantengo espíritu para las copas y los bailes? He asistido a todas las reuniones, a la inauguración y a la cena de esta noche —replicó, enérgico—. Disculpe si este anciano no ha rematado la velada emborrachándose, pero mis lecturas nocturnas con Emilce —añadió, mirando al ama de llaves— no son negociables.

Marc enrojeció. Se había dejado llevar por su excitación al ver al legendario Dimas Chevalier y había olvidado el protocolo policial correcto ante un caso semejante. Mencía carraspeó y, secretamente satisfecha ante el estupor de su compañero, se dirigió hacia Magnus y comenzó por fin una intervención práctica, en la que habló a los presentes con serena gravedad:

—El hombre fallecido era conocido como el Cuervo, y su nombre real era Daniel Portero —explicó, al tiempo que sacaba su teléfono móvil y mostraba una foto de archivo a los presentes. Desde la pantalla, un hombre joven, de cabeza rapada y cuello grueso, miraba con desafío a la cámara—. Era popular en el ámbito del *parkour*…

—¿El park… qué? —preguntó Magnus, desconcertado.

—Es… Es una especie de deporte acrobático que consiste en dar saltos y volteretas de riesgo en el mobiliario urbano. Entiendo que ustedes no tendrán contacto alguno con este tipo de actividad —supuso Mencía. Magnus negó con el gesto y miró a sus hijos, que al parecer tampoco conocían nada de ese deporte.

—¿Ya saben cómo ha muerto? —preguntó Elio Mendoza, que habló así por primera vez.

—No, tendremos que esperar el informe forense —explicó Mencía, y acto seguido pasó a detallar una breve biografía del asaltante. Relató que era un antiguo boxeador entrenado en el ejército y que había sido detenido en al menos tres ocasiones por robos en áticos, su especialidad; accedía casi siempre ayudado de su ballesta y saltando sobre los tejados con gran agilidad, a pesar de su complexión musculosa. Solo en una ocasión fue visto por una de sus víctimas, y lo describió como una sombra oscura que había salido de su apartamento prácticamente volando sobre los tejados, «como si fuera un cuervo», así que desde entonces se le conocía por aquel apodo tanto dentro de su particular gremio como en la prensa. La subinspectora fue, poco a poco, enfocando las acciones del difunto ladrón hacia lo que había sucedido aquella noche—. Solía actuar por encargo, gracias a sus contactos con anticuarios y coleccionistas —explicó, sin poder evitar una mirada de soslayo a Dimas—, y sus asaltos eran siempre de noche, porque al estar la gente en casa no solían conectar las alarmas.

—Pero la alarma de la sala de mi padre sí estaba conectada —afirmó Amanda—. No sé cómo la habrá desactivado, pero lo averiguaremos, y tan pronto como se reconfigure el sistema veremos las imágenes de seguridad de la cámara.

—Nuestros compañeros están revisando sus registros informáticos en estos momentos —confirmó Mencía—. De algún modo, el Cuervo debía de tener información de sus horarios, de la programación de esta fiesta y del contenido de esa famosa sala del señor Magnus… ¿A ninguno le suena haber visto a este individuo por aquí, o merodeando cerca del jardín? —insistió, y volvió a mostrar la imagen del Cuervo, convencida de que para reconstruir los hechos tendría que enseñar aquella fotografía a todo el personal del Palacio Dorado.

—No —negó Amanda—, no lo he visto en mi vida. De todos modos, esta fiesta de inauguración se anunció en prensa a lo largo de toda la semana, y la Cámara con la colección de arte de mi padre es muy conocida… Y más en los últimos tiempos.

—¿En los últimos tiempos? ¿Y eso?

Para sorpresa de Mencía, fue su compañero Marc Bru quien contestó:

—Imagino que se refiere al problema diplomático con Francia, ¿no? —preguntó a Amanda, buscando confirmación.

—En efecto.

Marc asintió y se volvió hacia su compañera.

—El gabinete de curiosidades del señor Mendoza es conocido por atesorar obras de valor incalculable que, por lo que yo sé, solo algunos afortunados pueden ver. Hace ya casi un año que el embajador de Francia, tras visitar esta Cámara por cortesía de la familia, puso el grito en el cielo al comprobar el origen de algunos de los elementos expuestos… En concreto, las joyas robadas por el Cuervo esta noche están identificadas como parte del botín que se llevó Paul Miette del Garde-Meuble de París en 1791… Por lo que he podido leer en los periódicos, estas piedras preciosas han sido

reclamadas por el Gobierno de Francia y han supuesto desde entonces una fuente inagotable de problemas diplomáticos.

—Son muchos los gobiernos que reclaman obras robadas a otros países —lo cortó Magnus, al que le brillaron los ojos como si sus pupilas guardasen fuego—, pero yo soy un coleccionista privado, el caso está prescrito y, además, adquirí esos diamantes de forma legal y documentada para mi Cámara de las Maravillas.

—¿Su Cámara de las Marav…?

Mencía no pudo terminar la pregunta. De pronto, apareció por la puerta su compañero de la UDEV, Lope, que sudaba y respiraba con gesto angustiado, al tiempo que se toqueteaba, nervioso, su abultada barriga. Junto a él iba el espigado Maciel, que era el oficial que había venido con Marc Bru desde la Brigada de Patrimonio Histórico. Ambos se dirigieron a ellos con gesto apurado, acompañados de Lorena —la secretaria personal de Amanda— y del que se presentó como responsable de la compañía de seguros. También iba con ellos otro hombre muy elegante, rubio y apuesto, que por el atuendo parecía haber sido uno de los invitados a la fiesta que ya había terminado.

—Increíble. No sabemos cómo pudo hacerse, pero las cámaras de seguridad se inutilizaron durante casi veinte minutos, no hay imagen alguna —espetó Lope a Mencía directamente, sin buscar un tono confidencial ni una conversación discreta. Según hablaba, negaba con enérgicos movimientos de cabeza—. Lo único que tenemos es lo que grabó la videocámara secreta del señor Magnus.

—¿Qué videocámara? —preguntó Amanda, que volvió el rostro hacia su padre buscando una explicación. Incluso su hermano y el

resto de los presentes, asombrados, se giraron hacia Magnus Mendoza.

Sin embargo, el anciano no tuvo tiempo de responder porque Lope dio dos pasos más hacia ellos y, con voz solemne, les anunció una noticia inesperada:

—Es increíble —reiteró—, pero esta noche han robado dos veces las joyas de la Corona de Francia.

Dimas observó cómo Amanda concentraba el gesto. El suyo debía de ser un cerebro que trabajaba rápido y que elaboraba respuestas antes de formular las preguntas.

—Perdone —preguntó, muy seria—, ¿ha dicho que ha habido dos robos? ¿De las mismas joyas?

—Sí, señora, de las mismas.

Amanda miró a su secretaria y ella asintió acreditando la información; después, Amanda hizo lo propio con el hombre rubio, que, con expresión grave y una mirada de color azul cielo, también confirmó lo que había dicho el policía:

—Yo mismo he podido comprobarlo. Aunque la cámara de tu padre enfocaba el cuadro de Vermeer, las imágenes no ofrecen duda alguna.

Mencía, que comenzaba a sentirse sobrepasada, puso las manos sobre las caderas, en señal de impaciencia.

—Perdone, ¿usted es…? —preguntó al inesperado galán.

—Es mi marido —replicó Amanda, que señaló a su pareja con la misma severidad con la que un coronel se podría dirigir a un soldado —. Casio Mendizábal. Trabaja conmigo en la revista, pero también es

artista, marchante y el encargado de gestionar la seguridad con la empresa de seguros —recalcó, con voz gélida, para hablar después a su marido—, ¿verdad, cariño?

Dimas advirtió en aquella última pregunta de Amanda una rabia contenida inmensa. Casio había bajado la mirada, turbado, para dirigirse después a Mencía:

—La empresa de seguridad se coordina con la compañía de seguros y nos facilita claves de acceso nuevas cada cierto tiempo… Yo hago de mensajero, nada más.

La subinspectora habló a sus compañeros sin disimular su desesperación:

—¡Centrémonos! Habéis hablado de un robo doble, ¿no? ¿Qué se puede ver en esas imágenes? ¿Las tenéis?

—No podemos descargarlas ahora del reproductor donde se encuentran, es un aparato un poco antiguo situado tras un espejo que hay frente a ese cuadro de Vermeer, a unos diez metros en línea recta. El caso es que, como la vitrina de las joyas está cerca, se puede intuir lo que sucedió, aunque sea de refilón.

—Pero las joyas las hemos recuperado, las llevaba el Cuervo.

—Creo que no.

—¿Qué? ¡Pero si las tenemos aquí, en una caja de caudales!

El policía negó con el gesto, apurado.

—Un primer ladrón, vestido de negro y con el rostro cubierto, abrió la vitrina y retiró las joyas para después poner otras en su lugar. Después, cuando aún no había abandonado la sala, llegó el segundo ladrón. Suponemos que no tenían nada que ver el uno con el otro, porque el primero se ocultó en alguna parte mientras el Cuervo robaba las que debía de creer que eran las joyas originales.

—Esa vitrina también tiene un sistema de seguridad independiente —objetó Amanda—. No sé cómo será esa cámara de mi padre —añadió, con evidente reproche hacia Magnus—, pero los programas de seguridad del palacio son de última generación. Lo que está contando implicaría que dos ladrones diferentes hubiesen desconectado los sistemas, y eso es imposible.

Lope dibujó una expresión en su rostro que daba a entender que no quedaba otra que hacerse a la idea, porque, por muy inverosímil que fuese la teoría de los dos ladrones desconectando la misma alarma, lo cierto era que lo habían hecho.

—En las imágenes no está claro, pero da la sensación de que el Cuervo descubrió la presencia de ese primer ladrón, escondido, y tal vez hubiese un forcejeo. Operaban a oscuras y solo con las pequeñas luces de emergencia que hay instaladas en la sala, pero se pierde el suministro eléctrico por completo durante unos segundos y, cuando vuelve la luz, solo puede percibirse una sombra que huye.

—¿Que huye hacia dónde?

—Hacia el interior del palacio. Al Cuervo no se le vuelve a ver de forma nítida, pero se intuye cómo su sombra sale por el balcón… En la carrera provocó que se cayese la estatua.

—No puede ser —negó Amanda—. Tenemos varios sistemas de bloqueo en ventanas y puertas, todos ellos independientes… ¿Y usted me quiere decir que dos ladrones distintos se han saltado toda esa compleja red de seguridad en menos de cinco minutos?

—Es lo que se deduce de las imágenes. De no ser por esa videocámara oculta del señor Mendoza, jamás lo habríamos supuesto.

—Papá —reclamó Amanda, incrédula—, ¿nos explicas ya lo de esa videocámara?

El anciano, que mantenía en su rostro la expresividad de una piedra, no parecía lamentar el hecho de haber ocultado la existencia de aquel sistema operativo a su familia:

—Como comprenderás, no iba a dejar a *El geólogo* sin una vigilancia individualizada…

Marc, que se sentía completamente estupefacto desde hacía un buen rato, no pudo evitar intervenir:

—¿De verdad tienen un Vermeer ahí arriba? ¡Es imposible!

—Que no esté formalmente catalogado no quiere decir que no exista, inspector —replicó Amanda sin siquiera mirarlo, pues aún observaba con suspicacia a su padre.

Marc no se daba por vencido.

—¿No será una de esas falsificaciones que hizo Meegeren a comienzos del siglo XX? Porque yo jamás escuché que…

—Inspector —lo cortó Amanda—, es auténtico. Las falsificaciones de Han van Meegeren eran buenas, pero, desde luego, no alcanzan a lo que mi padre tiene ahí arriba.

Marc no podía creerlo.

—¡Y encima el cuadro de un geólogo! Dios mío, apuesto a que es el mismo modelo de los otros cuadros… ¡Una colección completa! —razonó hablando consigo mismo. Eran conocidas las obras *El astrónomo* y *El geógrafo*, pero nunca había escuchado nada de un «geólogo» de Vermeer, aquel pintor tan excepcional del siglo XVII.

Elio Mendoza hizo caso omiso a la estupefacción del inspector, pues, al igual que su hermana, todavía parecía estar asimilando lo que les había ocultado su padre.

—Papá, no me lo puedo creer. ¿Cómo no nos dijiste que tenías una cámara tras el espejo de Alicia?

—¿Qué Alicia, por Dios? —se exasperó Mencía.

—Mi padre tiene inscripciones de libros en algunos objetos y habitaciones —le explicó Amanda—, y bajo ese espejo hay una de Lewis Carroll, el autor de *Alicia en el País de las Maravillas*.

—Disculpen —intervino por fin Dimas—, pero, si lo que dicen es cierto, las joyas que llevaba el hombre que está muerto en el jardín eran falsas, y las verdaderas las tiene el primer ladrón… ¿No creen que deberíamos comprobar el botín del Cuervo?

Magnus, que hasta ahora había hecho gala de un aplomo digno de su cargo como patriarca y dueño del palacio, mostró por primera vez en su rostro la debilidad propia de quien se siente aturdido y no comprende nada a su alrededor. El anciano, a pesar de su estupor, no perdió un instante y señaló la pequeña caja de seguridad que había en una esquina del salón y de cuyo lado no se habían movido ni Emilce —el ama de llaves— ni un policía, que esperaba a que los compañeros de Científica, tras tomar fotografías, hiciesen su trabajo con las huellas.

—Dijeron que era improbable que pudiesen sacar nada —murmuró Magnus, que se dirigió ya hacia donde se encontraba el ama de llaves—, porque el ladrón llevaba guantes…

Tardaron menos de dos minutos en abrir aquella pequeña caja de seguridad, y Mencía se preguntó si, en el colmo de la extravagancia y del lujo, habría un sistema de guarda de caudales similar en cada estancia. Fue el propio Magnus el que, sobre un tapete de terciopelo y con mucho cuidado, deslizó cinco pequeños diamantes desde una sencilla bolsa, que al parecer era la que había sido utilizada por el

Cuervo. Se trataba de unas piedras preciosas delicadas y brillantes. Las contemplaron en respetuoso silencio durante unos segundos, en los que las conjeturas sobrevolaron los pensamientos. Dimas Chevalier solicitó permiso para aproximarse un poco más. Con cuidado, y con las manos entrelazadas de forma deliberada a la espalda, se inclinó sobre los diamantes. Exhaló su aliento sobre una de las piezas y estudió el efecto que había causado en ella. Después, se inclinó hacia un lado y otro, como si desease comprobar cómo se reflejaba la luz sobre la joya. Retrocedió y, al ver un libro abandonado sobre una mesa, pidió acercarse con él y coger en sus manos uno de los diamantes. Magnus asintió, concediéndole la petición. El responsable de la compañía de seguros, al lado de Chevalier en todo instante, le facilitó unos guantes. Como si se tratase de una ironía del destino, la vieja novela que usaría era *Para atrapar a un ladrón*, de David Dodge.

Dimas, con delicadeza, tomó entre los dedos índice y pulgar el diamante más grande de todos y lo situó sobre una parte del texto del libro, que había abierto al azar. Lo alejó y acercó varias veces, como si la piedra fuese una lupa y no una joya valorada en una fortuna.

—No puede leerse nada —sentenció, con expresión muy seria.

—¿Y eso qué demonios quiere decir? —preguntó Mencía, atónita.

Fue el perito de la compañía de seguros quien, aterrado y confuso, siguió con la mirada, y a solo unos centímetros, el diamante que Dimas acababa de dejar de nuevo sobre el tapete. Contestó a Mencía sin dejar de observar la pieza y mientras comenzaba a sudar.

—Quiere decir que… No, no puede ser —farfulló, nervioso y mirando él mismo de nuevo a través del diamante, para luego tomar

otro y repetir la operación. Después, sacó de su bolsillo derecho una lupa de triplete y, a través de ella, estudió la pieza con atención. Sabía que sus conclusiones con aquellas sencillas pruebas no eran definitivas, pero entendía todos los pasos que había seguido Dimas Chevalier: si al exhalar sobre un diamante aparecía una sombra de vapor, lo más probable era que fuese falso; si sus destellos bajo la luz no eran grisáceos, aquel brillo podía implicar una sospecha; y, por lo general, salvo falsificaciones extraordinarias, solo los diamantes verdaderos permitían leer a través de su estructura.

—Dios mío —murmuró, todavía con la lupa en la mano—. Es verdad. Estos diamantes son… ¡Son falsos!

Se abrió en el aire espacio para un revuelo generalizado, pero Amanda fue de nuevo la primera en reaccionar.

—No puedo creerlo. Tú viste las imágenes —le dijo a su marido, escrutándolo—. ¿No reconociste ningún gesto en ese primer ladrón? Una cojera, una forma determinada de caminar…

—No, estaba muy oscuro… Se intuyen más los movimientos que otra cosa.

—Pero verías su corpulencia, si era hombre o mujer.

—No lo sé, Amanda —dijo con expresión consternada—. De verdad que no lo sé.

—Yo no he visto el vídeo —se anticipó Lorena, la secretaria, que ante su jefa parecía haber dibujado un reverencial respeto en el rostro—, solo los acompañé hasta la puerta de la Cámara y esperé fuera.

Amanda resopló, incrédula.

—Subamos al ático para ver nosotros mismos las imágenes, entonces.

—Sí, por Dios —solicitó Marc—, necesito inspeccionar esa cámara llena de maravillas.

4

Magnus Mendoza decidió subir al ático seguido por su hijo Elio y por el perito del seguro: nadie más cabía en aquel diminuto ascensor, que era el que había podido encastrarse sin estropear las hechuras originales del inmueble del siglo XIX. Eran increíbles la agilidad y la frescura de movimientos del anciano, que solo precisaba de un poco de ayuda en el primer arranque para levantarse, y cuyo bastón parecía más bien un elemento testimonial y a juego con su elegante atuendo, y no una herramienta necesaria para caminar.

La joven rubia que acompañaba a Elio, cuyo nombre era Celene y que en efecto se trataba de su novia desde varios años atrás, se había ofrecido para atender y dar tranquilidad al pequeño Luca, pues hacía mucho que lo conocía y había jugado con él en el jardín y en la casa en incontables ocasiones. Amanda, agradecida, le tendió la mano a Celene y la estrechó con afecto, porque ¿qué traumas podrían anidar en una criatura tan pequeña ante lo que había vivido aquella noche? La joven y la niñera se encargarían de que el niño por fin se fuese a dormir reconfortado por personas cercanas y cálidas, y no por aquella sensación de inquietud que parecía haberse proyectado sobre el palacio.

Amanda iría más tarde a ver a su hijo, pero ahora no podía perder tiempo. Ella, junto con la policía, debería subir a pie la gran

escalinata de mármol y, después, la escalera más funcional y menos elegante que había disimulada tras una esquina; en su día, había sido concebida para que el servicio accediese desde la segunda hasta la tercera planta, que era el lugar que por entonces había sido destinado a los criados. Ahora, y aunque pudiese resultar anacrónico, aquel exclusivo y enorme ático todavía disponía de dos pequeños apartamentos para el personal de servicio permanente. También había un despacho privado que al parecer utilizaba Amanda, aunque las oficinas oficiales de *Giotto* estaban en un edificio anexo que antiguamente había formado parte de las caballerizas del palacio.

—Magnus, de verdad que no encuentro necesario acompañarlos. Dejemos que la policía haga su trabajo —había solicitado Dimas en tono confidencial antes de subir.

—Insisto, señor Chevalier. Se lo pido como un favor personal. Si han robado los diamantes de la Corona de Francia, no solo me han hecho perder una pequeña fortuna, sino que se ha ridiculizado mi sistema de seguridad. Además…

—¿Además? —lo animó Dimas, al comprobar que Magnus rebajaba todavía más el tono y dudaba.

—Si el primer ladrón huyó hacia el interior del palacio, es uno de los invitados de la fiesta o todavía está dentro del edificio.

—La policía ha desalojado el inmueble y ha registrado las habitaciones… El pájaro ya habrá volado.

—Tal vez no. Podría ser uno de nosotros.

—¿De nosotros? ¡Pero si estábamos casi todos en la fiesta!

—Me refiero a mi personal de servicio —dijo en tono confidencial —, o a personas que no suelen estar aquí, como todos esos

camareros, los músicos… Queda descartada mi ama de llaves, que lleva conmigo treinta años y que me acompañaba con mis lecturas esta noche… Y la niñera de Luca, a la que vimos en el jardín desde la ventana. ¿A quién se le ocurre ir allí, a esas horas? ¡Podría haber sucedido cualquier desgracia! Cuando la vi con el niño… —lamentó, llevándose la mano a la cabeza, de nuevo escandalizado—. ¡No me dio ni tiempo a decirle que entrase en la casa! ¿Sabe lo que podría haber ocurrido? ¡Mi único nieto! Tiene que ayudarme, señor Chevalier, se lo pido como un favor personal.

Dimas respiró despacio y midió muy bien lo que iba a decir antes de hablar.

—Sabe que me pone en un compromiso. Mis antecedentes no son precisamente honorables y no quisiera implicarme en este asunto.

—Ya está dentro, le guste o no.

—Magnus… ¿Sabe lo que me ha costado comenzar desde cero, labrarme una reputación? Dirán que yo tengo algo que ver con el Cuervo o con el otro ladrón.

—Usted estaba en la fiesta con mi hija cuando sucedió el apagón. Y también se enfrentó al Cuervo, lo vi con mis propios ojos.

—Por supuesto. ¿Y sabe qué dirá la policía? Que si Dimas Chevalier estaba aquí esta noche no puede ser casualidad. Me registrarán varias veces antes de salir de su casa y, aun así, creerán que tengo relación con el robo.

—Mi hija y yo declararemos en su favor. Y también lo harán todas las personas que lo vieron en la fiesta, de la que me consta que no se movió. Por favor, suba a la Cámara de las Maravillas… Sé que nos ayudará a resolver este misterio. Por favor.

Dimas había contenido un suspiro. No le iba a quedar más remedio que acceder a la petición del anciano. También él necesitaba que aquel robo fuese resuelto, pues era la única forma de lograr que las suspicacias y sospechas no recayesen sobre sí mismo. Por otra parte, sin embargo, no era exactamente cierto que hubiese permanecido todo el tiempo en la fiesta. Amanda había estado muy acertada cuando había dicho que una reforma, al fin y al cabo, no es una regeneración.

El desalojo policial de todos los invitados, por delicado que hubiese sido, había supuesto una pequeña revolución social, y Lorena se vio abrumada ante llamadas y mensajes que Amanda ordenó contestar con neutralidad, cortesía y sin dar ningún tipo de información sobre lo que había sucedido esa noche. La secretaria se quedó contestando todos aquellos requerimientos de explicaciones en la primera planta mientras Amanda subía al ático. Caminaba al frente de un grupo encabezado también por Mencía y Marc, que iban seguidos de Dimas y los demás policías. Cuando llegaron al ático atravesaron unos pasillos circulares de tonos rojizos y decorados con impresionantes imitaciones de pinturas pompeyanas, cuya estudiada iluminación pareciera transportarlos, en efecto, a la antigua ciudad de Pompeya o a la evocadora Herculano. Columnas clásicas, arpas, lagos y paisajes de ensueño daban perspectiva y profundidad sobre las paredes. Las puertas estaban llenas de alegorías mitológicas, y los coloridos zócalos ascendían desde el suelo hasta casi un metro de altura. ¿Cuántos mundos cabían en aquel palacio? Hasta la propia Mencía, ajena desde siempre a aquel tipo de belleza estética

distinguida, sintió una emoción creciente en el pecho; la subinspectora comprendió que aquel lujo era tan exclusivo, quizá, por no poder ser visto ni admirado por ninguna mayoría.

—Oiga, Marc —le había susurrado al inspector según avanzaban—, el cuadro ese por el que el viejo puso la videocámara… ¿Quién fue el tal Vermeer?

—Por Dios, Mencía. ¡Seguro que ha visto sus cuadros un millón de veces! ¿No le suena *La joven de la perla* o *La lechera*?

—Ah, sí. ¿La que sale en el anuncio de yogures?

Marc, que mantenía la discreción del susurro, miró a Mencía como si la policía hubiese masticado un insulto. Ante el reproche callado, ella suspiró.

—¿No se cansa de ser tan listo? El patrimonio es su especialidad, no la mía, se lo recuerdo. Centrémonos… ¿Cuánto puede valer una obra de Vermeer?

—No lo sé —reconoció el inspector, emocionado con solo pensarlo —. Una fortuna invaluable, inmensa.

No pudieron seguir conversando. Llegaron a una enorme puerta dorada, que parecía blindada.

—Aquí —señaló Amanda. En el margen derecho de la pared, un código numérico enmarcado era una de las llaves para acceder a la misteriosa Cámara. Ahora la enorme puerta estaba abierta, con un policía haciendo guardia y dos compañeros de Científica terminando de tomar huellas y fotografías. Mencía, sin tocar nada, ojeó muy rápidamente el sistema y se dirigió a Amanda:

—Antes de llamarnos, cuando subieron a la Cámara…, ¿esta puerta estaba cerrada?

—Sí.

—¿Y no observaron nada inusual? ¿Algo fuera de lugar, tal vez? —insistió—. ¿Algún polvillo o mancha en ese cuadro numérico?

—No, me habría dado cuenta si hubiese algo raro —aseguró Amanda, convencida.

—Pero ese primer ladrón tuvo que huir de la Cámara por aquí, ¿no? ¿O tienen otra salida?

—Ninguna. Este es el único acceso, y toda la estructura de la sala está reforzada en paredes, techo y suelo por placas de acero y hormigón. Tras este descansillo hay una antesala —explicó Amanda, que comenzó a caminar hacia donde señalaba— que hace homenaje a los gabinetes de curiosidades que fueron tan populares en el siglo XVII… Son solo reproducciones, pero de excelente calidad. Un capricho de mi padre.

—¿Cuántos accesos tiene el palacio? —preguntó Marc.

—La puerta principal, la trasera del servicio y otra en el lateral de la calle Alcalá, pero de esa solo tenemos llave mi marido y yo, la cerradura es nueva… Además, está la entrada por el jardín al salón de música y, por supuesto, el garaje.

—¿El garaje?

—Sí, en el sótano. Se comunica por unas escaleras muy estrechas con la primera planta —aclaró Amanda mientras seguían caminando.

—Joder, ¿y esto es la antesala? —murmuró Mencía, sorprendida ante el enorme tamaño de la habitación que atravesaba y que parecía más bien un anchísimo pasillo.

En efecto, y antes de llegar a la Cámara de las Maravillas, el grupo se veía forzado a atravesar un espacio donde un *horror vacui* deliberado pautaba la decoración. Las paredes estaban llenas de cuadros del suelo al techo. Cada lienzo, de los muchos que había

expuestos, habría requerido largos ratos de estudio y contemplación; tal era la cantidad de objetos que se representaban en cada una de sus escenas, ya que recogían la imagen de distintos gabinetes de curiosidades que habían existido en Europa. Uno había sido pintado por David Teniers II a mediados del siglo XVII y representaba al archiduque Leopoldo Guillermo en su galería de pinturas en Bruselas; otro —*Las ciencias y las artes*—, de la misma época y extraordinario detalle, incluía animales, globos terráqueos, relojes, conchas marinas, cuadros e instrumentos musicales: era obra original de Adriaen van Stalbent y mostraba a varios intelectuales y eruditos discutiendo sobre aquellos objetos, como si el coleccionismo fuese lo más culto y sofisticado del momento.

El inspector Bru se quedó asombrado ante la exactitud y maestría de aquellas reproducciones. Tardó unos instantes en recomponerse y, según avanzaban, le fue a explicando a Mencía lo que estaban viendo.

—Los cuartos de maravillas se pusieron de moda desde el Renacimiento, y en su interior tenían objetos raros y preciosos, ¿entiende? Pinturas, armas, venenos, joyas, objetos exóticos de los nuevos descubrimientos y exploraciones… Se buscaba representar los tres reinos de la naturaleza: el animal, el vegetal y el mineral.

—Dicen que Felipe II tenía uno erótico —apuntó Dimas, divertido ante el estupor de la policía—, y, en realidad, fueron el comienzo de los primeros museos. De hecho, de la mayoría de estas reproducciones puede ver su original en el Museo del Prado, le recomiendo la visita —añadió con amabilidad—, aunque mis cuadros favoritos de los gabinetes de curiosidades son los de Brueghel el Viejo y Rubens, no se los pierda.

—La serie de los sentidos, ¿verdad? —le preguntó Marc, entusiasmado.

Dimas asintió; podría haberle detallado incluso la sala del museo donde se exponían aquellos óleos sobre tabla extraordinarios, pero no dijo nada. Habían llegado al umbral de la Cámara de las Maravillas, y un fulgor dorado y brillante enmudeció a los presentes. Amanda había estado allí muchas veces, pero incluso ella reconocía que acceder a aquel espacio resultaba siempre subyugador, porque era como entrar en un cofre del tiempo. Solo había llegado a sentir algo similar ante las grandes obras de la naturaleza: fiordos, océanos enfurecidos o cascadas de vértigo. Pero, a diferencia de aquellos prodigios, todos los tesoros que se protegían allí dentro habían sido hechos por la mano del ser humano a lo largo de los siglos.

La Cámara era gigantesca. Debía de ocupar, de largo, más de la mitad del ático de todo el edificio. Las molduras doradas en escayola de techos altísimos, los suelos de maderas nobles con alfombras a juego… Nada importaba ante aquella apabullante cantidad de recovecos, salas temáticas y objetos que mirar y admirar. Marc Bru respiró muy despacio, asimilando lo que tenía ante sus ojos.

—Dicen que el coleccionismo obsesivo puede obedecer a un desequilibrio neuroquímico, pero lo reconozco… Esto es extraordinario.

La Cámara de las Maravillas era, desde luego, un lugar único. La cantidad de objetos y obras de arte era tal que resultaba difícil mantener la atención en alguno concreto. Sin embargo, destacaban breves espacios diáfanos, calculados al milímetro para observar las

obras con la distancia debida, y varios sofás mullidos y elegantes, que se repartían por diferentes ángulos de la sala para sentarse y, sencillamente, disfrutar. Los colores dorados en molduras y paredes contrastaban con otros suaves y de tono pastel, que hacían acogedor el espacio a pesar de sus enormes dimensiones. En el centro de la sala, los compañeros de Científica habían instalado una cámara de última generación de trescientos sesenta grados, que había grabado una visión panorámica de parte de la habitación para poder reconstruir los hechos de la mejor forma posible.

El espacio se retorcía en varios puntos y generaba recodos que a cualquier visitante le habría interesado investigar. Al fondo, a la izquierda, una gran biblioteca atesoraba libros curiosos e incunables; al lado, y sobre una mesa en la que reposaban más obras literarias y singulares vasijas romanas, una sorprendente colección de conchas y extraños caballitos de mar hacía juego con antiquísimas maquetas náuticas. Otra zona, a la derecha, se reservaba para cuadros y lienzos únicos en el mundo, mientras que, en un espacio marginal, más cerca de la entrada, se guardaban algunos objetos excepcionales en distintas vitrinas. Una de ellas, vacía, disponía de un testigo métrico que los compañeros de Científica habían puesto sobre ella; resultaba evidente, en consecuencia, que era la que había guardado los diamantes de la Corona de Francia. Marc Bru apenas prestó atención a aquel espacio, porque no pudo evitar dirigir su atención hacia el Vermeer, a apenas unos metros. Colgaba en una pared que ocupaba un espacio amplio pero retirado, sin nada a su alrededor. Las paredes con las que el tabique hacía ángulo también estaban desnudas, por lo que la sensación de estar ante algo único y singular era todavía mayor. Tan solo se había situado

frente al cuadro, a varios metros de distancia, un amplio sofá: Magnus Mendoza podría deleitarse desde allí en la contemplación de la obra con total comodidad.

Marc se acercó y observó la pintura con veneración. En el lienzo se veía al mismo modelo que había posado para *El astrónomo* y para *El geógrafo*; trabajaba sobre la misma mesa y ante la misma ventana que en aquellos cuadros, pero frente a multitud de minerales y pequeños martillos, brochas, lupas y otros objetos diseñados para el estudio de las piedras.

—Dios mío de mi vida —musitó—. ¡Un Vermeer!

—¡La videocámara! —exclamó a su vez Mencía, que no había perdido ni un instante en observar el cuadro. A cambio, su atención se dirigía hacia el espejo que ahora estaba abierto, como si fuese la puerta de un pequeño armario, a unos diez metros de distancia. El sistema de vídeo parecía antiguo, en efecto, pero el cableado y los reproductores de grabación anexos eran bastante modernos.

—Papá —reclamó Amanda a Magnus, que desde que habían entrado en el ático no había dicho ni una palabra—, ¿quién ha instalado esto? No entiendo cómo…

—Tengo mis medios —replicó él, con expresión impenetrable—. No está de más añadir un sistema de seguridad propio, además de los contratados.

—Deberías habernos informado.

—Sí, papá —se sumó Elio, que miraba estupefacto aquel espejo que, de pronto, era la puerta de un armario—, tendrías que haber contado con nosotros.

Ajenos a las diatribas familiares, Mencía y Marc ya se habían aproximado a la videocámara, en la que estaba trabajando el

especialista informático de la policía. Al lado del espejo, dorado y lleno de recursos decorativos vegetales y muy recargados, había una elegante placa a juego, cuya inscripción citaba un poema de Lewis Carroll:

No somos más que niños viejos, cielo,
y al caer la noche nos estremecemos.

ALICIA A TRAVÉS DEL ESPEJO (1871)

Dimas ya había leído aquella inscripción dos días atrás, cuando el propio Magnus lo había invitado a entrar en la Cámara de las Maravillas, pero nunca habría imaginado que tras aquel espejo se ocultase un sistema de grabación. Los policías, Magnus, Amanda y él mismo observaron las imágenes que se mostraban en una pantalla anexa del tamaño de medio folio. Tal y como había explicado Lope, y aunque la vitrina apenas fuese captada por el plano de la cámara, sí podía verse, en la oscuridad iluminada solo por las luces de emergencia, cómo una sombra negra se aproximaba y sustraía el contenido de la vitrina. Después se situaba de perfil y solamente se veían sus brazos. Guardaba lo sustraído en una bolsita y, de otra, sacaba nuevos diamantes, que colocaba de forma cuidadosa en el espacio vacío. Luego miraba algo en su muñeca.

—¿Qué mira? ¿La hora? —se preguntó Mencía.

—Tal vez los tiempos —observó Dimas.

El perfil de la persona de negro era ambiguo. Tal y como había dicho el marido de Amanda en el salón de música, no resultaba claro distinguir si se trataba de un hombre o de una mujer, aunque desde

luego no era una persona tan corpulenta como el Cuervo. En la imagen, de pronto, se notaba un cambio. De forma veloz, el primer ladrón huía y parecía esconderse en la zona de la biblioteca. Después se perdía su visión.

—Lope —reclamó Mencía, sin apartar la mirada de las imágenes y sin detenerlas—, ¿habéis echado un vistazo en ese punto, donde están los libros?

—Los de Científica lo han trabajado a fondo. Luz fría, huellas, pisadas… Si hay algo, nos lo dirán.

Las imágenes, entre tanto, seguían contando lo que había sucedido aquella noche. El segundo ladrón hacía acto de presencia. Llegaba desde la zona de la ventana con balcón, aunque la cámara, que solo enfocaba al Vermeer, no había registrado ese movimiento. El intruso pasó delante del espejo e incluso se detuvo ante él, quizá sorprendido por su propio reflejo. Después se dirigió de forma directa a la vitrina de los diamantes y, tras unos segundos, la abrió. Era imposible saber si el primer ladrón había dejado la alarma activada o no, pues no se podía distinguir si el Cuervo había reaccionado ante un imprevisto de alguna forma; cogió los diamantes y dejó el expositor abierto de par en par, sin molestarse en disimular el robo. Se giró y, de pronto, se movió hacia la biblioteca. No se veía nada en la imagen, porque en aquel instante hasta las luces de emergencia se habían apagado y todo era oscuridad. Solo fueron unos instantes. Las lámparas se encendieron de nuevo y pudo percibirse cómo una sombra se marchaba en dirección hacia la puerta de entrada de la Cámara mientras otra más grande se dirigía hacia el balcón. Eso era todo. Revisaron las

imágenes con Magnus y las reprodujeron dos veces más, pero no pudieron alcanzar a ver ni a deducir nada nuevo.

Tras la última visualización, comenzaron las interminables conjeturas, en las que Dimas no participó. A cambio, analizaba con ojo experto el contenido de la sala y concentraba su atención en otras pinturas que, por algún motivo, parecían haber captado su interés. A Marc le dio la sensación de que el antiguo ladrón observaba un cuadro pintado por el mismísimo Renoir, pero Mencía ni siquiera reparó en Chevalier, pues ya tenía la mente en otro asunto.

—Veamos esa vitrina —ordenó, cansada. Dos ladrones a la vez en un palacio lleno de lujo y extravagancias. ¿Cómo podía haber tenido tan mala suerte?

Bajo cada vitrina, una placa dorada explicaba su contenido. A pesar de la apariencia decimonónica y romántica de casi todo, lo cierto era que, al aproximarse, resultaba fácil comprobar que aquellas cajas de cristal eran, en realidad, pequeñas cámaras de seguridad transparentes de última generación. Una de ellas, que no destacaba de forma especial, estaba abierta: no parecía haber sido forzada y su interior se encontraba vacío. Su placa contaba la fascinante historia de cinco diamantes que pertenecían a uno de los botines más gigantescos de la historia, cuando Paul Miette y sus hombres habían robado en París el diamante Regente, así como el famoso Azul de Francia y gran parte de los nueve mil diamantes, quinientas perlas y centenares de rubíes, topacios, esmeraldas y zafiros que habían sido confiscados por los revolucionarios. Ante semejante tesoro, las cinco pequeñas piedras preciosas de Magnus Mendoza no aparentaban ser gran cosa, pero lo cierto es que habían

pertenecido al grueso del botín y su historia las revestía de un aura legendaria.

—¿Por qué no se llevaría nada más? —se preguntó Mencía, que tras estudiar la vitrina vacía había dirigido su atención hacia los objetos que no disponían de la seguridad que ofrecía el cristal blindado. Tardó un segundo en darse cuenta de que había planteado la pregunta en voz alta.

—Tal vez el Cuervo solo robó lo que podía transportar por los tejados —observó Marc—. El primer ladrón, si estaba en la fiesta, tendría un problema similar… Se pueden esconder unos diamantes en el bolsillo, pero no un cuadro.

En efecto, era factible que no pudiese portear tesoros de grandes dimensiones un ladrón que debiese escalar un edificio de tres alturas para después saltar a otro anexo y, tal vez, descender por una zona oscura de su fachada. Sin embargo, a su alrededor había una gran cantidad de objetos por los que los anticuarios y coleccionistas pagarían una fortuna. Un telescopio sobre pie dorado, un primer catalejo patentado por Lippershey en 1608, unos anteojos, unas vihuelas de arco, un laúd bellísimo, yelmos, armas y cascos de soldados del siglo XV, relojes del siglo XVII, esculturas griegas, armaduras…

—Si ante todas estas maravillas los dos ladrones solo escogieron una, lo más probable es que tanto el uno como el otro trabajasen por encargo —observó Dimas, que también estudiaba la vitrina y su entorno inmediato con expresión absorta.

—Aunque trabajasen por encargo —reflexionó Mencía—, algunos de los objetos que hay aquí le solucionarían la vida a cualquiera… Al ladrón le entrarían en el bolsillo de la chaqueta.

—No —negó Marc—. Podrían moverse en el mercado negro, pero ahí el valor de la pieza puede disminuir hasta un noventa por ciento, sobre todo si es una pieza conocida, porque no habría dónde colocarla.

—Pero ¿y el Vermeer? Ese cuadro en concreto, si es desconocido, no es una pieza famosa y podría ser muy valioso —razonó ella—. ¿Cómo es que no se lo llevaron?

—No es tan fácil —objetó Dimas—, porque en el mercado habría que justificar su procedencia legal y, además, su autoría. Ningún museo ni galería de arte serían capaces de adquirirlo ni revenderlo por cauces reglamentarios, y un anticuario tampoco.

—Exacto —confirmó Marc—. Los diamantes son otra cosa, porque se pueden trabajar, modificar y colocar muy fácilmente, sobre todo si son como estos, sin señas distintivas y claras que…

De pronto, un grito terrible, de puro pánico, llegó desde las entrañas del palacio hasta aquella sala llena de maravillas. Amanda se llevó la mano al pecho.

—Mi hijo.

Sin dar explicaciones, salió corriendo de la enorme habitación.

Cuando llegaron al cuarto de la primera planta, el pequeño Luca ya no gritaba. Sin embargo, el pánico se dibujaba en su rostro infantil con inquietante transparencia. Celene y la niñera habían entrado corriendo a la habitación por una puerta anexa y, asustadas, no se habían atrevido a tocar al niño: estaba semiincorporado en la cama; parecía dormido, pero tenía los ojos muy abiertos y emitía unos gruñidos ininteligibles. Ajeno a la niñera y a todas las personas que

habían ido llegando a la carrera a su cuarto, el niño había comenzado a girar la mirada hacia la izquierda, como si siguiese por la estancia a alguien invisible. Tras rotar las pupilas en los globos oculares al máximo, empezó también a mover la cabeza en aquella dirección.

—¡Luca! —gritó Amanda, acercándose y al borde del llanto.

Su marido la agarró del brazo. Ya habían hablado sobre aquello. ¿Y si fuese sonámbulo? Podría resultar contraproducente despertarlo. En todo caso, y a pesar de lo desgarrado de su grito, Luca no pareció percibir cómo lo llamaba su madre. Terminó de girar la cabeza y detuvo la mirada en un punto concreto. Después alzó despacio el brazo izquierdo hasta que este quedó perpendicular al costado. Su dedo índice señalaba con insistencia hacia algo en aquella pared, pero en aquel punto únicamente había más molduras doradas, como en el resto del palacio. Las demás paredes tan solo tenían algún cuadro y muchos dibujos infantiles de sorprendente delineado y destreza pegados sobre distintas molduras, y nadie que entrase en aquel cuarto podría pensar, sin duda, que unos esbozos tan precisos pudiesen haber sido dibujados por un pequeño artista de ocho años.

La niñera no cesaba de santiguarse y los presentes, entre los que también se encontraba Dimas, no podían olvidar que ese niño, aquella noche, había apuntado con el dedo a un hombre que ahora estaba muerto. Luca mantuvo la postura acusatoria durante medio minuto y, de pronto, pareció despertar. Se quedó sentado sobre la cama y su brazo descendió lentamente hacia una posición de reposo normal. Después, buscó a su madre con la mirada. Amanda corrió a abrazarlo, y Marc y Mencía se miraron con gravedad. No sabían qué

estaba pasando en aquel palacio, pero ambos tenían la sensación de que el pequeño Luca había visto algo que nadie más podía ver.

5

El amanecer rasgaba la noche con láminas de luz que, tímidas, se colaban entre los gruesos cortinones del Palacio Dorado. Amanda, que apenas había podido dormir, contemplaba ahora el rostro sereno de su hijo, al que había arropado en su propia cama. No sabía qué le sucedía a Luca y le angustiaba la idea de no tener capacidad real ni efectiva para protegerlo. Semanas atrás, el pediatra había solicitado toda clase de pruebas neurológicas, y el pequeño parecía sano y normal. La tomografía computarizada o TAC cerebral no había mostrado nada extraño, y la resonancia magnética de su cabeza tampoco.

Las inquietantes pesadillas habían comenzado a suceder desde que se habían mudado al palacio, pero el psicólogo infantil había apuntado que ella y su marido también habían empezado a hablar de divorcio justo por aquel entonces. ¿Casualidad? Llevaban meses durmiendo separados, y de hecho cada cual ocupaba su propio cuarto en la misma ala del inmueble que, en el pasado, había pertenecido a una marquesa. Todas las habitaciones estaban conectadas con el pasillo y, a la vez, entre ellas de forma lineal, de modo que, al dejar a Luca durmiendo en medio, el pequeño podía disponer de ambos progenitores a un lado y otro de su habitación.

Amanda se levantó y, sin pretenderlo, vio su reflejo en un enorme espejo victoriano; en su marco, querubines y ninfas dorados parecían contarse secretos. Sintió cómo la tristeza se hacía sólida y se asentaba en su interior. Aunque sabía que todavía era una mujer hermosa, se contempló a sí misma con rencor. Su camisón lencero, a pesar de llegarle a la altura de la rodilla, ofrecía un escote de formas suaves. ¿Por qué a su marido no le había resultado suficiente? Había en ella algo que debía de estar roto; un engranaje que, sin duda, funcionaba mal. Demasiado fuerte, áspera y eficaz. Tal vez tendría que haber dejado más espacio a la dulzura. ¿Qué hombre quiere estar con una mujer que no precisa ser cuidada ni reconstruida por nadie? A pesar del sentimiento de culpa, el gesto de Amanda se endureció al instante. Con decisión, tomó una sencilla bata de seda y se la puso con gesto mecánico. No, no más indignidad. Lo había intentado por Luca, pero ya nunca más permitiría la humillación. Avanzó a paso decidido hacia el cuarto que ocupaba su marido y que un siglo atrás había sido el despacho del marqués. Cuando entró, se encontró a Casio despierto y tumbado en la cama con la mirada perdida en el techo.

—Ya estás despierto.

Él se limitó a asentir. A Amanda, de pronto, le pareció que su marido había envejecido. Aquel hombre tan impresionante, tan guapo y con el que había bromeado por la fealdad de su nombre nada más conocerlo, diez años atrás. Qué nombre tan poco apropiado, Casio… Un marchante de arte, famoso por sus colaboraciones con las subastas de Sotheby's en París y en Londres, ¡que se llamaba Casio!

—Después de declarar en la policía, esta tarde tengo que salir hacia el aeropuerto —se limitó a afirmar él, al tiempo que se incorporaba y se sentaba en la cama.

En efecto, la noche anterior la policía había decidido dejarlos descansar tras el incidente con Luca, solicitándoles una declaración detallada y formal al día siguiente en la Brigada de Patrimonio Histórico, que sería el organismo policial que probablemente terminase por gestionar aquel asunto, ya que la muerte del Cuervo, aunque obedeciese a causas todavía desconocidas, no podía de momento ser considerada de carácter homicida.

Amanda dejó transcurrir unos segundos antes de hablar. Sabía qué iba a decir, pero buscó con calma cómo hacerlo.

—Cas… Sobre la declaración a la policía… ¿Qué vas a contarles?

—¿A qué te refieres?

—A lo que estabas haciendo mientras robaban los diamantes.

Él bajó la mirada.

—¿Qué iba a hacer? Estaba en tu fiesta.

—Nuestra fiesta.

—Es tu museo, ¿no? —replicó él, que alzó el rostro y la miró con desafío.

Amanda, con una tranquilidad y entereza que hasta a ella misma le resultaron sorprendentes, acercó una silla hacia donde se encontraba su marido; la acomodó a tan solo un par de metros de la cama y se sentó frente a él.

—¿Qué haces?

—Hablar contigo.

—¿Va a ser un interrogatorio?

—Va a ser un final —respondió ella. Ya no había rabia ni ira en su mirada. Era como si el cansancio hubiera consumido todo aquel fuego y, al depurarlo, lo hubiese transformado en serena melancolía —. Cas, anoche no estabas en la fiesta. Te busqué durante mucho rato, y no estabas.

—Había mucha gente. ¿Qué insinúas? —se rebeló él, que al instante creyó entender de qué lo acusaba su esposa—. No he tenido nada que ver con ese estúpido robo, Amanda.

—Ni se me había pasado por la cabeza una idea semejante. Pero ¿sabes? Anoche, cuando estaba en el jardín, me pareció ver a dos personas en el comedor —reveló, y dejó que transcurriesen unos segundos antes de continuar hablando. Observó las posibles reacciones de su marido, cuyo semblante solo desvelaba que estaba muy atento a sus palabras. Ella sonrió con indulgencia—. Después de tanto tiempo, creo que puedo reconocer tu perfil… Y ella supongo que era Melinda… Su cabello era muy largo y rubio. No recuerdo mucho más, porque ese energúmeno me tumbó enseguida.

—Amanda… —empezó a decir él, al tiempo que comenzaba a levantarse. Ella alzó una mano en señal de calma, y le pidió que volviera a sentarse.

—Teníamos un acuerdo, y lo has incumplido. Eres completamente incapaz de contenerte, y yo ya no puedo más.

Casio se vio atrapado. En otras ocasiones había urdido buenas mentiras, pero también él estaba hastiado de todo aquello. Cuando Amanda había descubierto algún desliz en el pasado, había sido suficiente con argumentar elaboradas excusas que lo exoneraban, pero ahora resultaba difícil justificar lo injustificable. Habían acordado estar separados una temporada y mantener la convivencia

por el bien de su hijo; de hecho, la habitación de Casio en el Palacio Dorado disponía en un anexo de una escalera de caracol con acceso directo a la calle, pero hasta él comprendía que se había excedido al acostarse con una colega en casa de su suegro. Casio miró a los ojos a la que todavía era su esposa.

—No quería hacerte daño, de verdad. Lo siento.

—Y yo.

Se mantuvieron la mirada durante unos segundos. Ambos habían tejido con el tiempo un mutuo historial de reproches, pero quizá también él había comprendido que, si no se rendían, todo aquel dolor terminaría por convertirlos en monstruos.

—Puedo irme al piso de Chamberí de forma temporal, si quieres… Hasta que encuentre algo. Tampoco está tan lejos, y podría visitar a Luca a diario hasta que veamos cómo nos organizamos.

Ella asintió y, con el gesto, prestó conformidad. Aquel piso era de ella, de su época más joven e independiente; su padre había tenido el detalle de regalar un apartamento a cada hijo cuando alcanzaron la mayoría de edad. Era pequeño para los tres, aunque más que suficiente para una persona o una pareja. Quedaban flecos y detalles por arreglar en aquel improvisado acuerdo, pero era un comienzo. Amanda respiró de forma profunda y se levantó; se dirigió hacia la ventana y contempló el bullicio que comenzaba a nacer en la plaza de Cibeles. Después, y aunque fue incapaz de recuperar la fortaleza en su tono de voz, sí retomó su habitual actitud práctica.

—¿Cuánto tiempo te llevará lo de Christie’s y todo lo de París?

—Cuatro o cinco días.

—Bien. A tu regreso hablaremos con Luca. Yo me encargaré de este asunto del robo… Quedé con el inspector en que iría a declarar

esta tarde. Por la mañana tengo que hablar de nuevo con el psicólogo del niño e ir a Pentimento.

—¿A Pentimento? ¿Hoy precisamente? No eres imprescindible, ¿sabes?

—Lo sé. Pero mañana por la tarde vienen dos de los patrocinadores, te lo recuerdo, y parece que ha habido errores a la hora de colocar algunas placas identificativas en las obras… Las prisas, lo de siempre.

—Tienes una secretaria, Amanda. Y Lorena ha demostrado ser bastante eficiente.

—Es muy joven y tú mismo has visto cómo la torean a veces. Prefiero comprobar por mí misma que está todo bien.

—Ya —objetó él con un tono de reproche viejo y reconocible, como si ya hubieran discutido algo similar en otras muchas ocasiones. Sin embargo, se levantó y se acercó para intentar abrazarla. Ella lo rechazó con gesto amable pero distante, por lo que Casio insistió, preocupado—. ¿No quieres hablar? ¿Estás bien?

—Estoy bien.

—No siempre tienes que ir de dura por la vida.

Amanda hizo caso omiso al comentario, que sabía que acabaría en discusión. ¿La habría querido más si se hubiese mostrado desvalida alguna vez? Ahora ya resultaba imposible saberlo. Se encaminó de nuevo hacia su propio dormitorio y, de pronto, pareció recordar algo.

—Ah, Cas… Cuéntale a la policía lo de Melinda, no pasa nada. Es mejor que digas la verdad antes de que te cojan en un renuncio y encabeces la lista de sospechosos. Al fin y al cabo, tú gestionabas las claves de seguridad.

—Eres muy consciente de que yo nunca…

—Ya lo sé —lo interrumpió ella, que al instante esbozó media sonrisa—. Mira el lado positivo… Al menos tienes coartada.

Y, con aquella ironía, Amanda salió del cuarto con cierta sensación de alivio, de sosiego. Había fracasado en su matrimonio y a su hijo ya nunca podría ofrecerle un hogar «normal», una referencia estable y unida. Era consciente de que la ficción matrimonial tensionada en la que vivía tampoco era deseable para Luca ni para nadie, y de que dejar marchar a Casio sin vengarse por sus infidelidades sería, quizá, uno de los actos más generosos que jamás podría ofrecer. ¿Por qué, sin embargo, sentía que en su interior solo latía una inhóspita caverna y no un verdadero corazón?

El primero en prestar declaración aquella mañana en la Brigada de Patrimonio Histórico fue Dimas Chevalier. Llegó vestido con un elegante atuendo alternativo, que tanto podría servir para asistir a un cóctel burgués como para una fiesta underground. Llevaba unos pantalones de pinzas extragrandes y una sencilla camiseta blanca de punto que dejaba a la vista algunos tatuajes. Aunque ya había comenzado la primavera, todavía refrescaba, de modo que había añadido al conjunto una gabardina beis que parecía hecha a medida; lo cierto era que aquella ropa la podría usar un vagabundo sin que llamase la atención, pero en él todo parecía buen gusto, estilo y carisma. Recién duchado y con un perfume masculino suave, provocaba que las personas a su paso lo observasen con curiosidad. A pesar de haberse acostado bastante tarde, había desayunado temprano y se había dirigido en taxi con absoluta determinación a la

sede policial del distrito de Hortaleza, a unos veinte minutos en coche desde el centro de Madrid.

Marc Bru, que aquella mañana se había puesto otro traje de tartán escocés —en esta ocasión verde y negro—, casi se había atragantado con el primer café del día al ver llegar a Chevalier. Con su aparición se vio obligado a apurar el final de una conversación telefónica con Mencía, la subinspectora de la UDEV.

—Los oficios a los establecimientos con videocámara de la zona ya han sido solicitados, Marc; pero esta mañana tengo muchísimo lío y, como comprenderá, si al Cuervo le dio un infarto, no hacemos mucho los de la UDEV en un simple caso de robo.

—De simple no tiene nada.

—Ya lo sé. Escuche, Marc —concluyó ella, apurada—, más tarde pasaré por Valdebebas por otro homicidio, de modo que si Ferrer ya tiene algo del Cuervo le informaré, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —suspiró Marc, que se consoló comiendo un enorme bollo mientras buscaba una sala para tomar declaración a Chevalier, con el que las preguntas se sucedieron de forma natural. Sí, él ya había estado en la Cámara de las Maravillas, pero solo dos días antes del robo y por cortesía de Magnus, que había insistido en mostrársela. No, él no conocía al Cuervo, y no, desde luego que no iba a explicarle al inspector los orígenes más o menos claros de su fortuna ni de su palacete en Londres ni de otro del que al parecer era propietaria su empresa en las inmediaciones de Venecia.

—Disculpe si le resulto impertinente, señor Chevalier —se había justificado Marc—, pero, como comprenderá, este asunto de los dos ladrones es muy extraño.

—Es inusual, sin duda. Asumo que crea que yo pudiese estar implicado, pero jamás se me ocurriría organizar una operación semejante ofreciéndome a la policía como principal sospechoso.

—Tal vez disponga usted de alguna sugerencia a la hora de enfocar la investigación.

—¿Me está pidiendo ayuda?

—Le estoy solicitando colaboración. No solo tenemos que encontrar al primer ladrón, sino que debemos averiguar para quién trabajaba el Cuervo y cómo ambos cacos lograron sortear las medidas de seguridad, por no hablar de los episodios paranormales del pequeño Luca…

—No hay nada paranormal en ese crío. De hecho, me sorprendió que anoche buscasen con tanta insistencia algo oculto en la pared.

—Era el punto que había señalado el niño.

—Era solo una pared medianera con el pasillo.

—Tal vez hubiese algo al otro lado. Ya escuchó lo que dijeron… Que el niño podía ser sonámbulo, que se despertaba y caminaba solo por el palacio durante la noche, y que alguna vez había asegurado escuchar pasos y ver sombras oscuras entrando y saliendo de los cuartos.

—No hay fantasmas en ese palacio, inspector. Lo único extraordinario en Luca es su habilidad para dibujar; imagino que se habrá fijado en la calidad de todo lo que tiene ese crío pegado en las paredes… No sé quién será el ladrón de los diamantes, pero le aseguro que pondré todo mi empeño en averiguarlo.

Marc se mordió el labio inferior, impotente. Había algo en Chevalier que lo desconcertaba. Parecía ser honesto, pero el

inspector sabía que una de las mejores formas de esconder las mentiras era contarlas junto con alguna verdad.

—Tiene usted razón, señor Chevalier. Su extraordinario historial y mi suspicacia se han aliado en mi contra. ¿Sabe qué es lo que había llegado a pensar?

—Algo muy ingenioso por mi parte.

—En efecto. Mire si estimo sus métodos —reconoció— que llegué a pensar que lo de los diamantes podría haber sido una maniobra de distracción.

—Qué interesante —reaccionó Dimas, con sincera curiosidad—. ¿Qué cree que quería robar en realidad? ¿El Vermeer?

—Oh, no. Consideré, en realidad, la proximidad del palacio a la fuente de Cibeles.

—¿A la fuente? —Dimas se rio—. Disculpe, inspector, pero no he robado una escultura jamás, y menos de ese tamaño.

—Me consta. Pero bajo la fuente, a unos cuarenta metros de profundidad, se encuentra la cámara acorazada del Banco de España.

Dimas mantuvo la sonrisa, divertido. Era consciente de que Marc Bru vigilaba sus reacciones.

—Me sobrevalora usted. Para acceder a esa cámara acorazada a la que alude, hay que pasar por una puerta de acero de dieciséis toneladas, sortear fosos, ascensores y puertas que no admiten apertura si no se ha cerrado la entrada anterior. No es que no resulte sugerente todo el oro que pueda haber ahí abajo, pero ya le dije que había dejado el oficio.

—Le creo, pero ha de saber que he hecho una llamada de comprobación al Banco de España esta noche. Todo está correcto,

aunque los he puesto en preaviso.

—Me halaga, inspector.

Dimas suspiró, sorprendido por cómo su mito se había engrandecido con el paso del tiempo, cuando él nunca había considerado que hubiese nada extraordinario en sus antiguas operaciones delictivas. Había sido ingenioso, sí, pero eran la prensa y los propios colegas del gremio quienes lo habían convertido en leyenda. Cuando terminó de ofrecer su declaración a Marc Bru, se dirigió directamente hacia Pentimento. Estaba agotado, pero anoche había descubierto algo importante y debía hablar de forma urgente con Amanda Mendoza.

El inmueble que albergaba Pentimento era, desde el exterior, mucho más grande e imponente que el Palacio Dorado. Ambos edificios estaban a menos de doscientos metros de distancia en el mismo paseo de Recoletos, y el que ahora ocupaba el museo había sido inaugurado a mediados del siglo XIX; sus cuatro alturas, pintadas en un discreto y pálido tono beis, dejaban intuir un pasado lleno de esplendor. Dimas caminó a buen paso a través del pequeño jardín de la parte delantera, que era la única zona de césped que había sobrevivido al paso del tiempo y que ahora estaba lleno de curiosos y visitantes. Se detuvo sin pretenderlo —tal y como había hecho en su primera visita la mañana anterior— ante la gigantesca y tirante lona que anunciaba la apertura del museo: en la imagen, de grandes dimensiones, el pintor Gustave Courbet miraba de forma directa al espectador y rompía la cuarta pared. Era un autorretrato sorprendente en el que el artista decimonónico se mostraba con

unos veinticinco años entre impaciente y angustiado: aquel magnético cuadro era conocido como *El desesperado*. ¿Por qué Amanda habría escogido aquella imagen como referente promocional? Dimas ya lo había considerado el día anterior. Tal vez porque también buscase aquel mismo estupor en el visitante, o quizá como reclamo para la sala que el museo había dedicado a los cuadros que alguna vez habían sido prohibidos o, al menos, cuestionados por su evidente contenido sexual. Al fin y al cabo, Courbet había sido el autor de *El origen del mundo* —un cuadro de un pubis, en pleno siglo XIX— y de *El sueño*, en el que dos amigas dormían juntas, desnudas, tras haber consumado de forma evidente un amor lésbico.

Dimas continuó caminando hacia la puerta, pero fue interceptado.

—Disculpe, ¿tiene tíquet?

—¿Qué? Ah, no. Vengo a hablar con Amanda Mendoza.

El joven que se había interpuesto entre Dimas y el acceso a la enorme pinacoteca mostró un gesto de desconfianza.

—Será mejor que contacte con ella de forma directa. ¿No tiene su teléfono?

—Pues… No. Pero sé dónde está su despacho, vine ayer mismo con su padre.

El chico se encogió de hombros.

—Sin tíquet no puedo dejarlo pasar, lo siento.

Dimas creyó que no tendría más remedio que pagar la entrada; sin embargo, tuvo suerte: Lorena, la secretaria de Amanda, lo vio de pasada.

—Señor Chevalier, ¡qué sorpresa! —exclamó, al tiempo que sus enormes gafas resbalaban por la nariz y ella se apuraba en

recolocarlas. Al hacerlo, brilló un pequeño anillo dorado con forma de sinuosa serpiente en su dedo índice—. ¿Qué hace usted aquí?

—Venía a hablar con la señora Mendoza, pero no me dejan pasar.

—No se preocupe —resolvió la joven, que susurró unas palabras al muchacho de la entrada y le hizo hueco a Dimas entre la gran cantidad de gente que ya hacía cola para acceder—, puede pasar conmigo.

—Muchas gracias. Veo que han empezado muy bien con el museo, ¡todo un éxito!

—Sí —reconoció la joven, con expresión tímida—. Como dice Amanda, fue concebido para la masa, no para un público selecto ni exclusivo, y eso hace que esté a rebosar.

—Ah, qué curioso… A mí me parece un lugar interesantísimo. ¡Debo de pertenecer a la masa! —declaró él, con una sonrisa. Lorena se puso colorada, temerosa de haber dicho una inconveniencia.

—Perdone… Me refería a que, tal y como dice Amanda, Pentimento está pensado para que el visitante genérico pueda aprender, explorar y disfrutar, ¿entiende? Como si estuviese en un parque de atracciones, pero dentro de un mundo dedicado y pensado con mimo para apreciar el arte.

—Comprendo… No se preocupe —la tranquilizó Dimas, que incluso a través del cristal de las gafas pudo apreciar las ojeras de la chica —. Debe de estar agotada después de lo de anoche. ¿No descansan nunca?

La joven suspiró.

—Cuando se puede. Es que ya hemos inaugurado el museo, pero algunas salas las iremos abriendo poco a poco para que el impacto

en prensa no decaiga. De hecho, en un par de días tendremos listo un espacio nuevo. Y así durante todo el mes…

—Muy listos. Un buen reclamo para el periodismo cultural, si no abusan. De todos modos, debe buscar hueco para descansar.

—Nadie trabaja más que Amanda, se lo aseguro. Es una mujer admirable.

—Sin duda. Aunque yo diría que también es algo gruñona, ¿no?

—¡Señor Chevalier!

—Perdone si soy impertinente, pero es que tengo debilidad por las arpías. ¿Sabe dónde puedo encontrar a su encantadora jefa?

La secretaria, algo azorada, sonrió ante el descaro de Dimas y le señaló un bloque de salas donde creía que Amanda podría estar trabajando.

Se despidieron y él avanzó por el museo, que envolvía al visitante en un manto acogedor sorprendente, dado el gran tamaño de las salas y lo elevado de sus techos; tal y como le había sucedido el día anterior, Dimas se sintió atraído de forma irremediable por la explosión sensorial que suponía cada espacio. La música, la luz, el olor… Al fondo, a la derecha, se había recreado el interior de un antiguo monasterio para poder observar algunos cuadros con la penumbra para la que se idearon.

Al lado, Dimas observó una larga fila de personas que esperaban para entrar en la recreación de una habitación de un palacio de Roma —en la actualidad, la residencia del presidente del Senado—, en la que se encontraba la réplica exacta de un cuadro de Gerrit van Honthorst. La pintura se mostraba en un cuarto oscuro, y un foco colocado de forma estratégica inundaba de luz el espacio lenta y progresivamente. Al principio, parecía que en el lienzo solo podían

contemplarse dos personajes iluminados por una vela; uno estaba sentado y parecía amonestar al otro, que escuchaba con actitud resignada. Sin embargo, cuando el foco del museo ofrecía más claridad, el espectador podía comprobar cómo el cuadro disponía de más personajes al fondo de la escena. ¿Cómo habría logrado el pintor neerlandés jugar así con la luz, con la magia?

Cuando Dimas vio a Amanda a lo lejos, abandonó de inmediato su atención sobre la sala del cuadro de Honthorst, que si no recordaba mal representaba a Cristo ante un sumo sacerdote. La llamó por su nombre, pero ella no giró el rostro ni pareció percibir su presencia. Sin embargo, Dimas estaba convencido de que lo había visto. ¿Por qué rehuía de él? Tenía que hablar con ella, quisiera o no, antes de que fuese demasiado tarde.

6

Amanda iba vestida de oscuro y con un elegante pantalón negro tipo *palazzo* a juego con un jersey de manga larga, ajustado, que dejaba un hombro al descubierto. Un maquillaje ligero no había podido disimular el cansancio de la noche anterior, pero su presencia destilaba fortaleza. Parecía que iba a entrar en otra sala, y Dimas la volvió a llamar por su nombre. Amanda lo miró por fin un instante y siguió caminando, absorta en unas carpetas en las que daba la impresión de que estaba revisando un listado. Él se aproximó a buen paso.

—¡Amanda! ¡Amanda! —la llamó, hasta que llegó a su lado—. ¿No me ha visto?

—Sería imposible, dada su discreción en un lugar donde se ruega silencio. ¿Puedo ayudarlo en algo?

Dimas sonrió. Amanda era, sin duda, la mujer más huraña que había conocido en su vida.

—En realidad, soy yo quien viene a ayudarla.

—¿Usted a mí? —Amanda lo miró intrigada—. Sería un detalle que me fuese contando sus generosas intenciones según termino el inventario, si no le importa. Llevo una mañana horrible y la prensa no nos deja en paz.

—Sí, ya he visto los medios ante su casa… Acudí allí para verla y fue una sorpresa cuando me dijeron que había venido al museo.

—Ah. ¿Le sorprende que venga a trabajar?

—Pues… No sé, después de lo que sucedió anoche, supongo que sí. ¿Cómo está? ¿Tienen alguna novedad de la policía?

Amanda entornó los ojos, como si aquella última pregunta le hubiese molestado, y tomó a Dimas del brazo. Con determinación, lo guio hasta la sala más cercana, que curiosamente era la de los *pentimenti* o «arrepentimientos» y que daba origen al nombre del museo. El espacio estaba lleno de reproducciones en las que había habido alguna retractación a nivel pictórico y el artista había cambiado de opinión a lo largo de la ejecución de la obra o incluso al terminarla. Amanda pidió a Dimas que se sentasen en la zona más discreta del enorme espacio, donde podían verse algunas copias de los cuadros y, al lado, la radiografía de estos y los testimonios en papel de sus análisis por rayos infrarrojos. Dimas tomó asiento bajo la réplica exacta del cuadro *Vista de la playa de Scheveningen*, de Hendrick van Anthonissen, cuyo original estaba en un museo de Cambridge: podía verse, en pleno siglo XVII, a muchas personas en el arenal sin motivo aparente, para comprobar en la radiografía anexa que, en realidad, habían estado observando una gran ballena varada que, por algún motivo, había resultado desagradable conservar en el lienzo definitivo. Amanda también tomó asiento y se dirigió a Dimas con firmeza:

—Señor Chevalier, seamos claros… No me fío de usted, y no pienso compartir ninguna novedad policial sobre el robo de los diamantes, ¿me explico?

—Perfectamente —respondió Dimas, que no pudo evitar la sorpresa en su semblante—. Disculpe si me he llevado una impresión equivocada, pero juraría que me defendió usted anoche frente a la policía.

—Me limité a impedir que lo insultasen en mi casa, ya que era mi invitado. El único que confía en usted, no sé por qué, es mi padre. ¿De verdad cree que a mí puede engañarme?

—No lo intentaría nunca. Y menos siendo usted tan simpática.

Amanda sonrió con amargura ante la broma e intentó ser amable.

—Le agradezco que nos defendiese a mi hijo y a mí, pero comprenda que, antes de invitarlo a mi fiesta, leí con atención su historial. ¿Cómo sé que no era usted cómplice del Cuervo? Pudo, incluso, pasarle las joyas verdaderas en el forcejeo.

—Le recuerdo que hasta yo mismo solicité que me registrasen antes de salir anoche de su casa —replicó Dimas, pasmado ante aquella fantasía, aunque era la segunda vez que sobrevaloraban sus capacidades en la misma mañana—. Su fantástica teoría no explicaría la muerte de mi supuesto compañero ni tampoco el primer robo.

—Ese pudo ser realizado por alguien que se le hubiese adelantado.

Dimas alzó las cejas.

—¿Un ladrón que se me adelantase? ¿A mí? Ha debido de leer mal mi biografía.

—Si me disculpa, tengo muchísimo trabajo que hacer —replicó ella, que se levantó y simuló seguir ocupada acercándose a otras obras con *pentimenti* y anotando observaciones en su carpeta.

Dimas la observó hacer aquel teatrillo, desconcertado, y la siguió hasta el cuadro de *Madame X*, del siglo XIX, en el que el autor, John Singer Sargent, había tenido que recolocar un tirante de su vestido para que no resbalase desde el hombro, tal era la sensualidad de la dama.

—¿Aún sigue aquí? —preguntó Amanda, sin mirarlo y dándole la espalda.

—Voy a ayudarla, querida —afirmó Dimas, en tono firme y muy cerca de su oído—. Y no lo voy a hacer por usted, ni por su padre, sino por eliminar las acusaciones y sospechas que no van a dejar de caer sobre mi nombre.

—Por su propio beneficio, entonces.

—No lo dude. Pero, para empezar nuestra amable colaboración, debería usted comprobar cuántas falsificaciones más pueden haberles colado en esa Cámara tan maravillosa.

Amanda se giró rápido, alzó el rostro y miró a Dimas a los ojos con preocupación. Se encontraban tan cerca que, desde cierta distancia, cualquiera podría haber pensado que estaban a punto de besarse.

—¡Todo lo que hay en la Cámara es original!

—¿Seguro? Pensemos. ¿Qué motivo podría tener el primer ladrón para sustituir los diamantes por falsificaciones? ¿Por qué no los cogió y se fue sin más, como hizo el Cuervo?

—Para ganar tiempo, supongo. Cuanto más tarde fuese descubierto el robo, más tiempo tendría para huir.

—Puede ser. Pero ¿y si llevase meses haciéndolo? El Renoir que vi anoche en su Cámara tampoco parecía auténtico.

—¿Qué dice? ¡Eso es imposible! Le aseguro que mi padre dispone de un comité de expertos que…

—No lo dudo —la cortó él—, y sin duda lo que haya entrado en ese oasis era genuino, pero me pregunto si no llevan mucho tiempo robándoles distintas piezas y sustituyéndolas por falsificaciones. ¿No ve que ese sí podría ser un buen motivo para que el primer ladrón se molestase en disimular el robo?

—Pero ¿cuándo iba a hacerlo? ¿Y cómo? —se cuestionó a sí misma Amanda, que comenzó a caminar, concentrada, a lo largo de un lateral de la sala, como si el movimiento le ayudase a razonar mejor. Se quedó bajo una exquisita copia del cuadro de *La Gioconda* de Leonardo da Vinci, en el que la radiografía anexa mostraba un vago *pentimento* en el paisaje y en el dedo índice de una mano. De pronto, tuvo una revelación—. ¿Sugiere que el ladrón es alguien del palacio?

—No tiene por qué. Sería alguien que hubiese podido desbloquear sus claves, pero podría tratarse de cualquiera. Deberían intervenir antes de que sea demasiado tarde… ¿Cuántas fiestas dan al mes?

—¿Fiestas? ¿Como la de ayer? Ninguna. Pero sí organizamos cada semana exposiciones y charlas culturales de todo tipo en la segunda planta… Por supuesto, en algunos encuentros contratamos un poco de música y catering, aunque todo mucho más sencillo que lo de anoche.

—Tal vez debiesen revisar quiénes son los invitados y las empresas de servicio recurrentes, ¿no cree? Las empresas de catering suelen contratar personal externo y los músicos de ayer, por ejemplo, eran un poco raros… Los tuve cerca gran parte de la noche e incluso charlé con ellos, pero en cuanto terminaron se pusieron a recoger

enseguida, justo antes del apagón… ¿Tiene referencias de toda esa gente?

Amanda abandonó por fin su actitud defensiva. Dimas era un tipo extraño, le generaba desconfianza, pero lo que decía tenía sentido. Tal vez ella, al igual que los cuadros de aquella sala, tendría que cambiar algo en sí misma, en su actitud, para que el mundo funcionase. Sin embargo, debía ser prudente.

—No digo que la suya sea una teoría absurda, pero antes de seguir con esta conversación habría que revisar el Renoir con un experto.

—Yo revisaría todo el contenido de la Cámara.

—¿Toda la Cámara? —cuestionó ella casi en un grito, que fue amonestado por un visitante del museo que acababa de llegar a la sala. Amanda continuó hablando en un susurro elevado, difícil de contener—. ¿Por qué no ha contado esto a la policía?

—Porque, si puedo evitarlo, prefiero limitar mi interacción con la Brigada de Patrimonio Histórico a la declaración que he ido a hacer esta mañana. No quiero verme todavía más enredado en este asunto de forma oficial, como podrá comprender.

—Ya… ¿Y por qué me ha venido a contar esto a mí, y no a mi padre?

—Lo intenté, ya le dije que fui antes por el Palacio Dorado, pero su padre había salido para reunirse con los del seguro, y le confieso que había algo que necesitaba hablar solo con usted —añadió, rogándole que lo dejase hablar, pues Amanda había hecho ademán de interrumpirlo—. Antes de que vuelva a acusarme de artimañas imposibles de ladrón de guante blanco, tengo que decirle algo más.

—A ver —suspiró ella, con impaciencia.

—Es sobre su hijo.

—¿Mi hijo?

Aquel tema parecía ser mucho más delicado que unos diamantes valorados en miles de euros y que un posible Renoir falso. Amanda mostró una actitud en alerta y a la defensiva, por lo que Dimas fue directo al asunto.

—No soy médico, pero creo que sé qué le podría estar pasando. Escuché cómo les contaba anoche a los policías todas las pruebas que le habían realizado a Luca, y creo que le falta una por hacer.

Ella endureció el gesto y tomó a Dimas de nuevo del brazo.

—¿Qué…? ¿Qué prueba?

—La de la electricidad.

Y Amanda, que se sentía rota por dentro y desesperada como Courbet ante el abismo de los días, decidió escuchar a Dimas Chevalier.

La Brigada de Patrimonio Histórico apenas disponía de veinte miembros: inspectores, subinspectores, oficiales y policías. No trabajaban por secciones o especialidades de forma estricta, sino que colaboraban entre sí, aunque un tercio de la plantilla se dedicaba más al apoyo analítico, supervisando bases de datos y actualizando información. Al inspector Marc Bru y al oficial Maciel Costa, además de a otros compañeros, les resultó cansado y tedioso tomar declaración a todos los empleados de los Mendoza. Dos camareras de piso, la niñera, un cocinero y hasta un jardinero que, aunque era autónomo, acudía dos veces por semana al Palacio Dorado para cuidar el jardín y realizar labores de mantenimiento.

Por lógica, el primer ladrón de los diamantes tenía que, o bien estar entre los invitados a la fiesta, o bien pertenecer al servicio de la casa; podría, incluso, ser uno de los Mendoza, y la clave para resolver aquello debía de encontrarse no solo en la motivación y finalidad del robo, sino en quiénes podrían haber obtenido los códigos de seguridad de la Cámara de las Maravillas.

En la Brigada ya habían tomado declaración a Dimas Chevalier, al propio Magnus, a su ama de llaves, a su hijo Elio y a su novia Celene, que había resultado ser una restauradora de arte que ni siquiera vivía todo el tiempo en Madrid. Por precaución, y como si el inspector supiera las sospechas que Dimas había trasladado a Amanda, Marc también solicitó tomar declaración al personal de catering, a los músicos e incluso a los dos guardas de seguridad que habían sido contratados para la fiesta —y que asistían cuando había eventos que implicaban la apertura de puertas del inmueble—, pero que aseguraban no haberse movido de sus puestos hasta que Amanda y Dimas habían aparecido en el zaguán tras el breve corte eléctrico. Nadie parecía haber visto ni oído nada extraño, nadie sabía nada.

—¿Vamos a tener que tomar declaración a todos los invitados, Marc? —se lamentó Maciel, que revisaba una lista de más de cien personas, todas muy relevantes en el mundo cultural y político.

—Iremos poco a poco. Empezaremos por las fuentes abiertas.

—Ya están con ello Ana y Claudia —señaló el oficial—. Han comenzado con los vídeos de la fiesta en Instagram y TikTok.

—Bien… La subinspectora de la UDEV ha movido lo de los oficios a las videocámaras de los establecimientos cercanos. El palacio, además de en el gabinete del ático, tiene cámaras en la puerta

principal de entrada y en la trasera del servicio, aunque todas, de forma inexplicable, han perdido la información durante esos cinco minutos que duró el robo. No creo que en este caso sirva de mucho, pero al menos el hecho de que el delito haya sido cometido en un distrito del centro urbano nos ofrece una ventaja.

—¿Una ventaja?

—Las cámaras, Maciel. De Cibeles a Alcalá está todo fichado por Medio Ambiente; si lo necesitamos, no tenemos más que pedir las grabaciones de las cámaras de bajas emisiones —razonó Marc, ya que a causa de la polución los vehículos que accedían a determinadas zonas del centro de Madrid eran grabados de forma automática.

—¡Pero con las cámaras de la ZBE no sabremos nada! —exclamó el oficial, refiriéndose a los sistemas de control medioambiental—. Quiero decir… ¿Qué tipo de información podríamos conseguir?

Marc resopló, impaciente.

—¿No cree, Maciel, que estaría bien saber cuándo llegó el Cuervo? Hemos localizado su motocicleta dos manzanas al norte del palacio. ¿Y si hubiese contactado con alguien antes de entrar? ¿Lo ha pensado?

—No, la verdad es que no —reconoció el oficial, nervioso, para después apuntar una idea que, quizá, pudiese dejarlo quedar en mejor lugar—. ¿Y si el ladrón fuese el Gobierno de Francia? —aventuró.

Marc lo miró con desaprobación.

—¿Y para qué iba a querer el Gobierno francés realizar un robo semejante, si puede saberse?

—Ah, por lo de recuperar las joyas de la Corona, ¿no?

—Por Dios, Maciel, si ni siquiera son una monarquía. Además, ¿qué iban a hacer con los diamantes? Las piezas no tienen rasgos distintivos notables y, desde luego, tampoco podrían exhibirlas en ninguna parte como señal de patriotismo.

—Tiene razón, Marc. Perdone. ¡Concéntrate, Maciel! —se recriminó el oficial a sí mismo. Aquella costumbre de hablarse en segunda persona desconcertaba a Marc, que escuchó cómo su compañero continuaba realizando especulaciones—. Habría que buscar la motivación, ¿no? Sería el lucro, obviamente, ya que los diamantes son fáciles de colocar en el mercado negro.

—Puede ser —reconoció Marc—. Lo que resulta incomprensible es que dos ladrones a la vez pudiesen saltarse todos los sistemas de seguridad del palacio. La puerta de la Cámara, las ventanas de cristal blindado en una tercera planta, las vitrinas…

—Sí, el informático de Científica ha dicho que nunca había visto ningún sistema operativo tan bueno.

—Y no solo eso… Hay más cuadros y piezas valiosas en todo el inmueble. ¿Ha visto la segunda planta del palacio? Cerámica y figuras de jade de la dinastía Ming en una sala oriental, objetos litúrgicos en oro y plata en la capilla… ¡Por no hablar de las ediciones únicas de la biblioteca de los libros de la primera planta! ¿No sería más fácil robar ahí, y no en la Cámara del ático?

—Si se roba por encargo —razonó Maciel, concentrado—, no se detiene uno en otras cosas, supongo… De todos modos, inspeccionamos todo el inmueble y le aseguro que la noche de la fiesta la capilla estaba cerrada con doble llave; la sala oriental no, pero, si se refiere a un montón de piezas pequeñitas, abanicos, gorros y unas cerámicas de peces y dragones, las tenían dentro de

recipientes de cristal antibalas y con un buen sistema de seguridad… Estaba todo intacto. Los cuadros que hay por todas partes… En fin, a mí me parecen todos iguales, no sé cuáles valen y cuáles no. En esa casa, ¿qué ocurre, que son todos expertos en arte o algo así?

Marc revisó por encima la documentación, y para hacerlo tomó unas gafas rojas para la presbicia que siempre negaba necesitar.

—Creo que en ese palacio son más coleccionistas que entendidos en nada, Maciel —consideró, aunque enseguida comenzó a leer la información suelta que tenía de cada uno de los Mendoza en el expediente—. El patriarca, Magnus, amasó su fortuna en la industria textil, y al parecer se aficionó al coleccionismo con su esposa desde joven, aunque ella murió hace bastantes años por cáncer y él… Sí, él creó una fundación para investigación oncológica… ¿Cómo se llamaba? Fundación Episteme, sí, en alusión al conocimiento verdadero. Casi nadie conoce con exactitud toda la colección que tiene, y el año pasado empezó a formar parte del Consejo Internacional de Mecenazgo de la Fundación Museo Reina Sofía. El hijo, a ver… —musitó, leyendo, para después retomar el tono más elevado—. Por lo que dice aquí, Elio Mendoza estudió la carrera de Economía y Finanzas, aunque no ha trabajado en su vida en otra cosa que no sea la empresa familiar. Parece que se encarga de la gestión de las galerías y que colabora con la hermana en la revista, *Giotto*.

—Qué suerte nacer con trabajo y en una familia millonaria.

—Suerte o condena, nunca se sabe… Veamos. Amanda Mendoza… Vaya. Grado en Lenguas Modernas, Cultura y Comunicación, Máster en Estudios Literarios y Culturales Británicos y de los Países de Habla

Inglesa… Oh, y ¡especializada en poetas norteamericanas del siglo XX!

—¿Eso tiene que ver con el arte?

—No exactamente, supongo… Imagino que el padre la enredó para trabajar en el negocio familiar.

Marc revisó el listado de posibles testigos.

—¿Ha venido ya el yerno del señor Mendoza?

—Sí, está esperando fuera, y creo que tiene algo de prisa.

—¿Y cómo no me avisa, hombre?

—¡Voy a buscarlo! —exclamó el oficial, cuya extrema delgadez y torpeza hacían de él un esqueleto movido por puro nervio—. ¡Espabila, Maciel! —se ordenó a sí mismo.

Cuando Casio entró en el despacho de la Brigada de Patrimonio Histórico, su semblante era la viva imagen del cansancio. La perfección de sus rasgos invitaba a observarlo por simple deleite, pero lo cierto era que Marc había intuido de inmediato que se encontraba ante un hombre derrotado. No sabía si la preocupación tenía su causa en los extraños sucesos vinculados a su hijo, en el robo o tal vez en algo más, pero la precisión de las preguntas que le realizase podría ser la clave para averiguarlo.

—¿Quién tiene acceso a esas claves de la Cámara? ¿Solo usted?

—No. Se las facilito a Magnus y a Amanda tan pronto como las recibo, una vez cada quince días.

—¿Seguro que nadie más tiene acceso? ¿Ni la secretaria de Amanda?

—No, no, se lo aseguro.

—Bien… Cuando recibe las claves, ¿se las pasa por correo electrónico?

—Sí.

—Pero podrían hackearles.

—Nos llega encriptado y solo ellos pueden abrirlo con otro código personal desde su ordenador. Es como una firma digital, ¿comprende? No puede abrirse desde ninguna otra computadora que no sea la propia. Además, hay una segunda clave.

—No me diga.

—Sí. Nos la entrega un mensajero acreditado de la compañía una vez al mes. Magnus tiene una y Amanda otra… Llegan en sobres cerrados y lacrados, y yo mismo se los entrego a ambos para que los guarden en sus respectivas cajas fuertes.

—Y los entrega sin abrir, entiendo.

—Por supuesto. Cuando ese tipo de sobre se abre queda rasgado, es imposible disimular su apertura. Pero ese sistema de seguridad doble solo lo usamos desde hace unos diez meses, desde que vivimos aquí. Antes esa segunda clave solo le llegaba a Magnus.

—Bien, pero esto es para entrar en la Cámara por la puerta acorazada… ¿Cómo funciona el asunto con las vitrinas y las ventanas?

—Ah, eso es responsabilidad de la empresa de seguridad. Son ellos los que controlan el acceso de forma remota. Las alarmas son sensibles, y si algo va mal nos llaman de inmediato.

—Parece un sistema mucho más práctico… ¿Por qué no lo utilizan también con la puerta de la Cámara?

Casio se encogió de hombros.

—Mi suegro tenía ese método desde hace un montón de años, antes de que viviésemos en el palacio, y es difícil que cambie sus hábitos.

Marc asintió. No debía de ser fácil tratar con una persona acostumbrada a mandar y a hacer las cosas a su manera.

—De acuerdo, volvamos a las vitrinas y ventanas… Si Amanda o Magnus quieren abrir una, ¿cómo lo hacen?

—Con su propia clave de seguridad. Solo la saben ellos y se modifica una vez al año. Antes era con más frecuencia, pero el que manda es Magnus, y estaba harto de cambiar el sistema todo el tiempo. Además, las ventanas están muy altas y para llegar a las vitrinas habría que saltarse todo el sistema de protección previo…

Marc asintió, aunque no dejó de sorprenderle que el anciano disminuyese de forma voluntaria algunas medidas de seguridad.

—Lo que tiene mi suegro ahí es un museo, no una cárcel —objetó Casio, cansado de dar explicaciones al inspector de Patrimonio—. Si lo piensa, ni siquiera los museos más importantes guardan sus tesoros de forma carcelaria… No podría disfrutarse de su contenido.

Marc lo comprendió. Por su trabajo, sabía lo complicado que podía resultar proteger las obras de arte: el objetivo de los museos no era ocultar los objetos de valor, sino compartirlos de la forma más cercana y humana posible. De hecho, lo que atraía a las personas a las salas de exposiciones no eran sus apabullantes medidas de seguridad, sino las extraordinarias obras que atesoraban y cómo estaban expuestas. La conversación dio más vueltas sobre aquellos dígitos encriptados que daban acceso a la Cámara de las Maravillas, y Marc repasó hasta tres veces el proceso de recepción de los códigos, pero pronto llegaron otro tipo de preguntas.

—¿Quién cree que pudo ser el primer ladrón de la Cámara?

—No lo sé —reconoció, con tono desgastado—, de verdad que no tengo ni idea.

Marc, entonces, le mostró una fotografía de archivo del ladrón que había muerto.

—Mire detenidamente el rostro del Cuervo —insistió—. ¿No le suena haberse cruzado con él en alguna ocasión?

—No, se lo aseguro —contestó Casio. Su semblante continuaba apagado, pero se mostraba sereno.

El inspector Bru comenzaba a desesperarse. Con lo que tenía hasta el momento no encontraba grietas por las que seguir investigando. Tendría que esperar al informe del perito informático policial para averiguar cómo había sido posible que una tercera persona consiguiese las claves de acceso a la Cámara. Marc miró a Casio sin ocultar su desencanto. Casi de pasada, y a punto de terminar, le pidió que le confirmase en qué punto concreto de la fiesta se encontraba cuando se había ido la luz.

Casio se tomó unos segundos para contestar, y el inspector lo escudriñó con curiosidad. Había dado por hecho que el marido de la anfitriona estaría en el salón de baile, pero al parecer no había sido así. Tal vez acabase de encontrar la rendija por la que profundizar en sus investigaciones. Inclinó el torso hacia Casio con una expresión amable que invitaba a la confidencia.

—Le escucho.

7

Amanda y Dimas fueron caminando desde Pentimento hasta el Palacio Dorado. Fue un error. Con tantos invitados como había habido en la fiesta, la noticia del robo de los diamantes había volado y crecido según las versiones de cada cual, por lo que el pequeño grupo de prensa que Dimas había visto un rato antes ahora casi se había triplicado. Cuando vieron a Amanda Mendoza, los periodistas se abalanzaron sobre ella, aunque en esta ocasión los dos guardias de seguridad, que hasta nueva orden permanecerían en la puerta, hicieron bien su función y lograron que Amanda traspasase el umbral sin que apenas la filmaran ni fotografiaran. Por fortuna, la prensa no pareció reconocer a Dimas. ¿Qué dirían los titulares? La rica heredera, víctima del robo de los diamantes de la Corona de Francia, ¡de paseo con uno de los ladrones más famosos del mundo!

—Vayamos a la biblioteca, allí estaremos tranquilos —sugirió Amanda, que sin esperar a la conformidad de Dimas pidió a una asistenta que les llevase café y se dirigió al ala izquierda de la casa, en la primera planta. Como en el resto del palacio, las mesas, los libros y las estanterías parecían haber llegado directamente desde el siglo XIX. En las paredes, grandes lienzos representaban a autores como Quevedo, Cervantes o Calderón de la Barca. Tomaron asiento

en un enorme y mullido sofá, que estaba bajo una placa con un texto firmado por Lope de Vega:

Madrid; que no hay ninguna villa,
en cuanto el sol dora y el mar baña,
más agradable, hermosa y oportuna,
cuya grandeza adorna y acompaña
la Corte de los Césares de España.

—Mi padre —explicó Amanda, al comprobar que Dimas se sorprendía con la cita en la placa— reparte frases de los autores que le gustan por cada cuarto del palacio.

—¿Es muy lector?

—Muy idealista, soñador… O loco, no lo sé —dijo—. Bien, ¿dónde estábamos?

—¿Qué? Ah, sí, le explicaba lo del cableado del cerebro. Las dolencias cerebrales no solo afectan a lo sólido, sino que pueden provenir de fallos químicos, microscópicos y eléctricos… La doctora Ramírez podría exponérselo mejor.

—Sí, ya me ha contado lo de esa psiquiatra, pero creo que se equivoca. Lo que le sucede a mi hijo solo le pasa por las noches, cuando duerme, y le aseguro que es desde que ha llegado a esta casa. No sucede a diario, claro, pero siempre señala ese mismo punto de la pared, y cuando grita de esa forma es tremendo… Debe de sufrir pesadillas horribles. Tal vez sea este palacio —dudó ella, que por primera vez se mostró vulnerable. ¿Qué tendría aquel lugar? ¿Serían ciertas las leyendas de fantasmas que pesaban sobre su historia? Tal vez Luca dispusiese de una sensibilidad psíquica fuera

de lo común. Tanto una posibilidad como otra resultaban inquietantes, y Amanda estaba al límite de la paciencia ante las explicaciones que la razón y la ciencia podían ofrecerle—. Quizá fue un error mudarse aquí —reconoció.

Dimas no la consoló. Al contrario, insistió en las causas científicas de lo que le ocurría al pequeño Luca.

—Muchas personas comienzan a ser epilépticas cuando sucede algo en sus vidas, un punto de inflexión que provoca un cambio en su cerebro. Fisiológicamente, el órgano puede estar sano y, aun así, sufrir fallos eléctricos.

—De verdad —se exasperó ella—, no sé por qué insiste, ¡mi hijo no es epiléptico! Jamás ha tenido un ataque, ¿comprende?

—¿Cómo lo sabe? ¿Ha visto alguna vez un ataque de epilepsia? —se molestó él, como si el asunto le afectase de forma personal—. Puede creerme o no, pero ya le dije que lo que le falta a su hijo es que le hagan la prueba de la electricidad… Debería hacerle un electroencefalograma, es casi tan sencillo como una radiografía.

—¡Pero vamos a ver! —se enfadó ella—. ¡Si ya le he dicho que Luca nunca ha tenido un ataque! No sé exactamente cómo son esas crisis, cierto, pero sí conozco que se caen, que pueden echar espuma por la boca… A mi hijo nunca le ha pasado nada ni remotamente parecido.

—A mi hermano tampoco, y es epiléptico.

Amanda miró a Dimas con expresión concentrada, estudiando qué clase de hombre era en realidad. ¿Un hermano epiléptico? Algo así explicaría los conocimientos de Dimas sobre el dichoso cableado cerebral del que hablaba, pero ¿podía confiar en él? Guardaron silencio unos segundos, no solo por aquella revelación de Chevalier,

sino porque una asistenta acababa de traerles el servicio de café. Nadie dijo nada mientras la mujer dejaba unas pastas y la bebida caliente sobre una mesita. Dimas le dio las gracias a la doncella y, cuando esta se fue, se dirigió a Amanda con resolución:

—La salud de su hijo no es cosa mía, pero no pierde nada por hacer ese electroencefalograma. Hay un centro en Torrelodones que es el mejor de España y que…

—No me diga más —lo interrumpió ella—. ¿Es donde trabaja su amiga, la psiquiatra?

—Exacto —confirmó Dimas, inalterable—. Y no es mi amiga, sino la doctora de mi hermano. Pero, ya que es tan suspicaz, puede hacer una prueba sencilla usted misma. ¿Por qué no cambia la posición de la cama de su hijo esta noche?

—¿Qué? ¿Y por qué diablos iba a hacer eso, si puede saberse?

—Para que pueda comprobar que, si Luca vuelve a señalar la pared, lo hará ahora hacia otro punto. Los únicos que se ponen rígidos son su cuello y su brazo, dará igual la dirección.

Amanda se levantó y caminó por la biblioteca, confirmando a Dimas con el gesto que acostumbraba a hacerlo cada vez que quería pensar. Lo miró, sonrió y negó con un movimiento de cabeza al mismo tiempo; era como si estuviese sopesando, otra vez, qué clase de persona era la que tenía sentada en su biblioteca. Iba a decir algo cuando, de pronto, se abrió por completo la puerta principal del cuarto. Elio Mendoza entró a toda velocidad.

—¡Así que estás aquí! —exclamó, para al instante darse cuenta de que la acompañaba Dimas Chevalier—. Ah, tenemos invitados… ¿Has visto la que hay liada fuera? ¡Ha venido hasta la prensa internacional!

—Se aburrirán pronto —dijo Amanda, que no quitaba la vista de Chevalier—. De todos modos, Elio, iba a ir a buscarte ahora… ¿Está Celene contigo?

—¿Celene? Sí, queríamos salir a comer, pero con este lío creo que nos vamos a quedar.

Amanda asintió, aunque resultaba evidente que no le importaban en absoluto los planes que su hermano pudiese haber hecho con su novia.

—Celene ha restaurado algún cuadro impresionista, ¿verdad?

—Pues… No sé, sí, supongo.

—Perfecto, porque necesito que eche un vistazo al Renoir de papá.

Elio enarcó las cejas, preocupado.

—¿Lo sabe papá? Aún no ha llegado y sabes que no le gusta que toques lo que…

—De momento no tiene que saber nada —zanjó ella, firme—, y a lo mejor es una falsa alarma, no hay que preocuparlo sin motivo —añadió, mirando a Dimas de forma significativa—. ¿Puedes avisar a Celene, por favor? Es imposible que encuentre hoy mismo un experto de verdad en Renoirs, de modo que vamos a hacer nosotros mismos una pequeña investigación en la Cámara de las Maravillas.

Casio se vio obligado a confesar al inspector Bru lo que había hecho con Melinda la noche del robo. Aunque Amanda le había dado consentimiento para hacer aquella declaración, sabía que así la exponía a la vergüenza pública, y este hecho le hacía sentir todavía

más culpable. El engaño era diferente cuando debías verbalizarlo ante una autoridad.

Por supuesto, no hizo falta entrar en detalles, y le dio la sensación de que Marc Bru era comprensivo y aceptaba sus explicaciones sobre su traición conyugal y sobre dónde había estado mientras el Cuervo visitaba el ático del Palacio Dorado. Sin embargo, se sintió inquieto cuando terminó su declaración y se cruzó con Melinda en la puerta de la Brigada de Patrimonio Histórico. Iba acompañada de su marido, y le pareció que estaba muy nerviosa. Su larga cabellera rubia había perdido algo de brillo, al igual que la mirada. Qué lejana se antojaba ahora la noche en la que, bajo la penumbra del comedor de diario, le había devorado el cuello y la boca mientras la penetraba sobre la mesa de caoba. En la Brigada intercambiaron saludos rápidos y casi ininteligibles, pues él excusó la urgencia con la que debía salir hacia el aeropuerto. Sin embargo, ya en la soledad de su taxi, rememoró con nitidez aquellos instantes de lujuria en el comedor del palacio, lleno de pinturas de caza. ¿Qué personaje sería él mismo en aquel extraño juego, condenado a la catástrofe? Tal vez incluso un infiel como él podía ser, al mismo tiempo, la víctima y el cazador.

Marc, por su parte, no se escandalizó en absoluto ante la aventura extramatrimonial de Casio, que le resultaba indiferente. Sin embargo, sí le llamó la atención que Amanda, en apariencia tan brillante y capaz, se dejase engañar. Pero ¿cómo podía saber las normas y los límites que se había impuesto el matrimonio en su espacio más íntimo y privado? En todo caso, y de momento, la misión del inspector no se encontraba tanto en analizar de forma psicológica a las personas como en contrastar la información que le

ofrecían. Por pura cortesía, se empecinó en tomar declaración a Melinda a solas, ya que su marido había insistido en acompañarla a lo largo de todo el trámite. El día prometía ser largo y Marc no necesitaba sufrir una escena matrimonial de celos y reproches, por lo que logró sin esfuerzo encontrarse a solas con la elegante mujer.

—Entonces, y según lo que recuerda, cuando se escuchó el golpe en el jardín usted estaba con el señor Casio Mendizábal, que le mostraba la capilla del palacio de la segunda planta. ¿Es así?

—Sí, sí, señor —confirmó ella. Sus enormes ojos marrones parecían intentar esconderse, y sus manos se retorcían sobre su regazo. Melinda representaba la fragilidad en persona, aunque su perfume, pensó Marc, era tan fuerte e intenso que estaba pensado para hacer girar las miradas hacia quien lo llevase.

—¿Y en ningún momento abandonaron la capilla?

—Pues… Es difícil de decir. ¿Justo cuando sonó el golpe? No sabría, la verdad. La música estaba alta y habíamos bebido bastante. Sí recuerdo los suelos de mármol de la capilla, bellísimos, y las figuras geométricas, y esa Virgen del altar, que parece estar suspendida en el aire…

—Qué curioso, porque el señor Mendizábal me dijo que cuando fue el apagón estaban ustedes en el comedor de diario de la primera planta.

La mirada de Marc fue demoledora, y Melinda enrojeció.

—Es… Es posible que estuviésemos allí. A lo mejor me he confundido, ya le dije que habíamos bebido bastante.

El inspector asintió.

—Descuide, salvo que resulte completamente necesario dar traslado a otras instancias, esta información es confidencial —

aseguró, y desvió la mirada hacia la puerta del despacho, ya que al otro lado esperaba el marido de Melinda. La mujer tragó saliva.

—Gracias —se limitó a decir. Dejó pasar unos instantes antes de volver a hablar, consciente de que la versión de la capilla era mucho más creíble, casta y elegante que la de haber ido con un hombre casado, a solas, a admirar un simple espacio para comer—. Creo que sí, que a lo mejor estábamos en el comedor cuando escuchamos ese golpe y se fue la luz. Solo un par de minutos más tarde, cuando ya íbamos a irnos, oímos gritos en el jardín y fuimos testigos desde el comedor de lo que sucedía con ese ladrón y Amanda, pero no tuvimos tiempo para reaccionar.

—Ajá. ¿Y después?

—¿Después? Bajamos hacia el salón de música, donde estaba el señor Mendoza, para ver qué había sucedido. La policía llegó enseguida y todo fue muy rápido.

—De acuerdo —asintió Marc, que iba tomando notas—. ¿Y antes?

—No le entiendo. ¿Antes del apagón?

—Sí. ¿Cómo llegaron al comedor? Me refiero a sí fue algo que surgió, digamos, en el desarrollo de la noche, o si habían quedado allí directamente.

Melinda volvió a enrojecer y bajó la mirada.

—Habíamos quedado allí. Pero le juro que llegamos los dos casi a la vez, y solo unos minutos antes de que sonase ese golpe fuera.

—Ah. Y usted, ¿de dónde venía?

—¿Yo? Pues… De la fiesta. Se lo juro, estaba allí con dos marchantes, ¡tengo testigos!

—¿Y el señor Mendizábal?

—¿Casio? No… No lo sé. ¡Pero le aseguro que al comienzo de la noche sí que me había enseñado la capilla!

Marc la miró como si fuera una sencilla criatura, una ingenua adolescente cogida en una falta. Después, mostró una expresión amable y terminó con sus preguntas. Las hizo de forma mecánica, ya sin interés. Cuando había tomado declaración a Casio, este le dijo que había estado mucho más tiempo en el comedor con Melinda. Sin embargo, ella aseguraba que prácticamente acababan de llegar cuando la enorme estatua de Praxíteles caía desde el ático al jardín. ¿Cuál de los dos mentía? Marc lo tenía claro.

¿Qué habría hecho Casio antes del encuentro con su amante? Y, si su actividad había sido inocente, ¿por qué la ocultaba?

Mencía Rivera acababa de llegar al Instituto de Medicina Legal y Ciencias Forenses de Valdebebas, en Madrid. Estaba deseando quitarse de encima el asunto del robo de los diamantes. ¿Acaso no tenía ya ella bastante trabajo con los homicidios y delitos violentos de la capital? Algún compañero habría deseado dedicarse a aquel misterio de novela, pero ¿a qué policía que tuviese los pies en la tierra podría interesarle algo así? Los Mendoza ni siquiera notarían en su cuenta bancaria que faltaban los ridículos diamantes de su vitrina y continuarían con sus vidas de lujo y ostentación. Problemillas burgueses, al fin y al cabo. En las calles, y en el mundo, la miseria era real. Un cuadro o una joya podían resultar impresionantes, pero su contemplación no pondría un plato caliente sobre la mesa.

—Vaya, la inspectora Rivera en nuestros dominios —escuchó a su espalda. Mencía se volvió y se encontró con Diego Ferrer, que daba toda la impresión de estar a punto de salir del impresionante edificio. La entrada se encontraba bajo una enorme cúpula circular semitransparente que, desde lejos, pareciera dar acceso a la mitad superior de un planeta de cristal. En realidad, se trataba de una estructura de casi nueve mil metros cuadrados útiles y con capacidad para albergar cientos de cadáveres, pero desde el exterior no era fácil apreciar sus verdaderas dimensiones—. Qué pensativa vas, Mencía. ¿Todo bien?

—Sí, Ferrer. Todo correcto —aseguró ella, aunque en su rostro se vislumbraba lo contrario—. Estamos hasta arriba, y de hecho he venido por otro expediente, pero al ver que te pillo por aquí…

—Ya sé —la frenó él, como si aquella fuese una historia vieja y repetida—. Quieres saber si tengo algo de lo del tipo de anoche, pero me coges con algo de prisa y sabes que hasta dentro de un par de días nada. Aunque…

—¿Aunque…?

—El jefe ya le ha hecho la autopsia —afirmó, y, con la luz cenital que los iluminaba desde el techo de la cúpula, la verdad parecía adquirir el peso de una revelación—. He preguntado los resultados por pura curiosidad, pero quedan las pruebas de toxicología y de laboratorio, y hay que descartar causas genéticas, porque los problemas congénitos pueden hacer que…

—No hace falta que me hagas un informe, con los datos concretos me arreglo.

—Si te pones borde, no te digo nada.

—Que no —sonrió ella, con exagerada expresión angelical. Su largo cabello se balanceó con el gesto, y el forense se acercó a ella como si le fuese a contar algo muy confidencial. A pesar de que Ferrer carecía de cejas y de cabello, sus rasgos masculinos y su determinación lo convertían en un hombre atractivo.

—Tenía el cerebro lleno de sangre.

—Joder —masculló ella, con expresión de desagrado—. ¿No puedes decirme la causa de la muerte, sin más? Porque el niño no pudo matarlo.

Él se rio.

—El niño no, pero una dislocación en la columna sí. Resulta que vuestro Cuervo se rompió una arteria que transporta la sangre al cerebro.

—¿Cómo? ¿Una arteria…? ¿Cuándo? Los testigos dicen que cuando el crío le disparó no lo tocaba nadie.

—No le disparó.

—¡Es un decir! Pero ¿cómo se le rompió la arteria, por arte de magia?

—Un impacto, un golpe un poco antes de desplomarse. Tal vez, incluso, unos diez o quince minutos antes de morir.

Mencía negó con el gesto, en señal de tajante incredulidad.

—Después del robo, el Cuervo descendió por una fachada de tres plantas, tuvo tiempo de increpar a los presentes y hasta tumbó a Dimas Chevalier, que no fue capaz de hacerle ni un rasguño. Esa teoría del ladrón con muerte retardada es un poco floja para un juez, ¿sabes?

El forense suspiró.

—Las hemorragias subaracnoideas no suponen una muerte inmediata, aunque el desenlace fatal sea inevitable. Ese hombre estaba muerto desde antes de salir de la Cámara donde robó los diamantes, te lo aseguro. Un golpe repentino le provocó un latigazo cervical severo, la columna se desalineó y se rompió una arteria, es todo. Desde el impacto hasta el momento de la muerte pueden pasar varios minutos o, a veces, horas. En accidentes de coche ya lo he visto alguna vez.

Mencía miró a Diego Ferrer sin darse cuenta de que se había quedado con la boca ligeramente abierta. ¿A aquel dichoso ratero no podía haberle dado un infarto sin más, como a todo el mundo? ¿Es que en aquel caso no había nada normal? Resopló y recordó que Ferrer era de su misma edad y que, en una ocasión, le había contado por qué no tenía cejas: tras muchas pruebas médicas, su psicólogo lo había asociado sencillamente al estrés. Ella se preguntó si en el futuro, con aquella vida que llevaba, también se podría quedar calva.

—Centrémonos, Ferrer. Suponiendo que la muerte retardada fuese posible…

—Que lo es —musitó él, aunque ella hizo como si no lo hubiese escuchado y continuó con sus propias especulaciones.

—… A lo mejor nos imaginamos impactos fatales y resulta que el Cuervo se pudo dar el golpe fortuito en su casa.

—No —replicó Ferrer, convencido—, el daño en el tejido blando tras el cuello indicaría que recibió un golpe por la espalda con algo duro, tipo hierro o palanca… No lo vi anoche, la lesión era reciente y estaba bajo la ropa.

—Entonces el golpe no pudo ser en la pelea con Chevalier.

—Salvo que tuviese un puño de acero, lo dudo. Además, por el material que vi al lado del cuerpo, no me pareció que el Cuervo usase arneses ni nada parecido.

—¿Y eso qué tiene ver?

—Si no hay sistema de seguridad en la escalada, tampoco una caída accidental le provocaría un impacto de retroceso tan fuerte. Y menos a esa altura.

—En ese caso tuvo que ser en el forcejeo con el otro ladrón.

—¿Qué ladrón?

—Ah, es que en este asunto la cosa se nos ha complicado.

—Ya veo —sonrió él—. Por cierto, ¿cuándo nos tomamos algo tú y yo?

—¿Tu estrés y mis nervios? —replicó ella—. No sé si nos va a dar la vida, Ferrer.

Él, elegante, asintió con un suave cabeceo ante la negativa y se despidió. Cuando salió de aquella enorme cúpula, Mencía lo siguió con la mirada; su figura masculina destacaba en un exterior austero y desangelado, propio de los lugares que todavía están en proceso de urbanización. La subinspectora, preocupada, supo que ya no podría desembarazarse de aquel caso del Palacio Dorado. Habría que esperar al informe oficial de la autopsia, pero la muerte del Cuervo ya no parecía tan accidental. ¿Lo habría matado el primer ladrón en el supuesto forcejeo que se había podido atisbar gracias a la videocámara del viejo Magnus? Ahora tendría que comprobar si existía algún elemento o artilugio en aquella Cámara que pudiera haber funcionado como arma; no se podía descartar que el impacto hubiese sido consecuencia de la escalada ni de la huida precipitada del Cuervo, por supuesto…

¿Sabría el primer ladrón que aquel caso de robo estaba a punto de convertirse en uno de homicidio?

8

Amanda y Dimas esperaron en el segundo piso mientras Elio iba a buscar a Celene a su cuarto, donde atendía una reunión virtual con una productora de cine.

—¿No decía que era restauradora? —se extrañó Dimas, que esperaba con las manos en los bolsillos frente al oratorio, en la segunda planta. El espacio religioso donde Melinda aseguraba haber estado con Casio mientras se perpetraba el robo en la Cámara de las Maravillas estaba en efecto decorado con formas estrelladas y geométricas de arte mudéjar, y se decía que era la capilla neobizantina más extraordinaria de Madrid.

—Celene es restauradora, pero también artista y diseñadora gráfica para el cine —explicó Amanda, que miraba su elegante reloj de pulsera de vez en cuando, como si así pudiese optimizar más el tiempo—. Aunque es joven, ya ha trabajado en varias películas importantes; hace de todo, desde la cartelería de las calles en un corto de los años veinte hasta un texto de un monje medieval para una serie…

—Ah. ¿Y viven aquí?

—No, mi hermano tiene un cuarto en la primera planta, aunque solo duerme allí de vez en cuando, por temas de nuestra revista, *Giotto*. Tiene un piso cerca, y Celene por su trabajo viaja bastante,

por lo que apenas está en España… Colabora con el taller de restauración del Rijksmuseum de Ámsterdam e incluso lo ha hecho alguna vez con el Museo del Prado. Cas y yo vinimos de forma temporal, por la cercanía; es más práctico vivir aquí con Pentimento.

—Tampoco estaba usted tan lejos… Me contaron que tenía una casa en La Moraleja.

A Amanda, molesta, le chispeó la mirada.

—Mi padre está mayor, el palacio es gigantesco y creímos que nos vendría bien un cambio de aires. ¿Necesita más explicaciones?

—¿Siempre está a la defensiva? Es solo que me ha sorprendido que no viva cada uno en su propia casa, nada más.

—Disculpe si no estoy a la altura y no me he comprado un par de palacios en esta misma calle.

—Sería una sorpresa que los Mendoza tuviesen problemas de liquidez.

—Soy independiente de mi padre, todo lo que tengo me lo gano con mi propio esfuerzo, señor Chevalier… Y de forma legal y honrada, además, por extraño que le parezca y por poca costumbre que tenga de aceptar códigos morales, éticos y de honor.

Dimas comprendió que se había excedido, pero Amanda, desde luego, tampoco se quedaba a medias para lanzar sus ataques. Él sabía que su pasado como ladrón le pesaría siempre, por lo que no contestó nada y se limitó a mantener la mirada de la bella Amanda, que se mordió la rabia y se maldijo por haberle dado ya demasiado información a aquel hombre tan pedante que la sacaba de quicio. El «cambio de aires» había sido un último intento de salvar su matrimonio, de regresar al bullicio de la ciudad y de centrarse más todavía en su trabajo, porque la revista *Giotto* iba bien, pero las

inversiones de su marido en el mundo del arte no habían salido como debieran y el hecho de vender la casa de La Moraleja había destensado una cuenta bancaria que hacía aguas desde mucho tiempo atrás. Lo cierto era que los cuadros contemporáneos de Casio nunca habían triunfado, y sus apuestas como marchante eran cuestionables… ¿Había cargado Casio su frustración contra ella o su matrimonio se habría terminado de igual forma por puro desgaste?

Un año atrás, Magnus había observado el desequilibrio profesional y emocional en la pareja, el descalabro, y le había pedido a Amanda que se mudasen con él al palacio; les había prometido total independencia, y había cumplido con su palabra. A Magnus no le había sido difícil convencerla de que la necesitaba a su lado: todavía era fuerte, pero le gustaría disfrutar un poco de su nieto y le vendría bien que controlase de cerca a Elio, siempre con el bolsillo roto, el gusto excesivo por la noche madrileña y una toma de decisiones a veces cuestionable. No es que no hiciese bien su trabajo, porque su don de gentes para los negocios resultaba innegable, pero con frecuencia llegaba a acuerdos con artistas y marchantes en los que los beneficios no terminaban de materializarse en la medida esperada. O bien había sido demasiado generoso, o bien demasiado arriesgado al apostar por artistas emergentes. Cuando la operación salía bien, el resultado era extraordinario, pero todavía tenía que aprender la mesura y la prudencia en el oficio.

Por otra parte, cuando Casio comenzó a colaborar con la gestión administrativa de la revista y del propio palacio, Amanda tuvo la sensación de que su marido se sentía más útil y productivo, más realizado. Sin embargo, el episodio con Melinda la pasada noche demostraba que el matrimonio tenía ya difícil recuperación. Amanda

había perdonado todo hasta entonces, porque ¿acaso no era la familia lo más importante en el mundo?

Debía controlarse. Amanda se maldijo por su indiscreción, porque bajo ningún concepto quería explicar ningún detalle más de su vida privada a Dimas Chevalier, cuya insolencia la dejaba atónita. Fueron las voces de Elio y Celene, subiendo las escaleras, las que quebraron la atmósfera de tensión que se había asentado entre ambos.

Elio le entregó a Chevalier una sencilla aguja y varios guantes de plástico.

—Aquí tiene… Es lo que me había pedido, ¿no?

—Sí, muchas gracias.

—¿Puedo saber para qué los necesita?

—Los guantes, para preservar y no toquetear los tesoros de su padre de forma innecesaria, y la aguja es para una pequeña prueba, ya lo verá.

Elio había asentido con aquella expresión algo despistada que Chevalier apreció en él nada más conocerlo, y acto seguido volvió a presentar a su novia, aunque Dimas ya la había saludado en el salón de música la noche anterior. La joven Celene disponía de una presencia modesta, y ni su cabello rubio ni sus ojos azules, algo saltones, la hacían destacar. Su expresión era dulce y tímida, retraída, como si estuviese dispuesta a replegarse en caso de perturbar siquiera la sombra de alguien a su paso.

—¿Qué…? ¿Qué vamos a hacer ahí arriba? —se atrevió a preguntar.

—Nada relevante —la tranquilizó Amanda, que le sonrió como si estuviese ante una niña—, solo queremos comprobar un par de cosas con el Renoir.

—Sí, me lo ha dicho Elio, pero yo no soy experta en impresionismo, más bien en acuarela y en…

—Ya, tranquila —atajó Amanda, que no iba a permitir que la única persona con conocimientos técnicos de arte que tenía ahora a mano se echase atrás—. Solo nos llevará un momento.

Sin embargo, si Amanda creía que el camino hasta la Cámara de las Maravillas iba a estar libre de obstáculos, se equivocaba. Tan pronto como dieron el primer paso apareció Emilce, la leal e incansable ama de llaves, que observó cómo el pequeño grupo hacía ademán de subir las escaleras de servicio hacia el ático del Palacio Dorado.

—Amanda, querida, ¿puedo ayudaros en algo? —los frenó.

Amanda y Elio se miraron de soslayo y de forma fugaz: aquella expedición ya no podría ser discreta; todos sabían que Emilce contaba hasta el más ínfimo detalle a Magnus y que se habían vuelto sospechosamente inseparables desde que él se había quedado viudo, quince años atrás.

—No… Gracias, Emilce. Solo vamos a hacer unas pequeñas comprobaciones. ¿Sabes cuándo volverá mi padre?

—A media tarde, supongo. Iba a comer a Lhardy con los del seguro.

—Cómo no… A Lhardy —asintió Elio, que sabía que a su padre, a pesar de sus crecientes achaques, le gustaba pasear los quince minutos entre su casa y aquel restaurante, que llevaba casi dos siglos abierto y en el que Magnus siempre tenía una mesa reservada en el Salón Isabelino.

—Aunque después —dijo Emilce— asistirá a un concierto en la iglesia de San Antonio de los Alemanes. ¿O era mañana?

—¿Con la que tenemos aquí liada y se va a un concierto? —se escandalizó Elio, que se dirigió a su hermana—. ¡Y tú preocupada! ¿Por qué no dejas que se encargue papá de su dichoso museo privado?

—El problema no son solo los diamantes robados, Elio —negó ella —. El problema es la seguridad. Y no me refiero a lo material, precisamente, sino a todos nosotros. Te recuerdo que tu sobrino asegura que ha visto a alguien caminando por los pasillos, de madrugada, en más de una ocasión.

—¿Qué? ¡Yo no sabía eso!

—Pues ya lo sabes. Y está claro que el primer ladrón entró por la puerta principal de la Cámara, así que vamos a comprobar si no se ha llevado nada más, ¿de acuerdo?

Elio resopló. No le quedó más remedio que asentir, y Emilce observó cómo el grupo se alejaba para subir a la Cámara de las Maravillas. Tan pronto como los perdió de vista, cogió su teléfono móvil. Cuando Magnus terminó de escucharla al otro lado de la línea, continuó su comida con los angustiados responsables de la empresa de alarmas y seguros. Su rostro permaneció imperturbable, pero una honda preocupación horadaba ya su interior: su plan con Dimas Chevalier, maldita sea, había salido completamente al revés.

La Cámara de las Maravillas, por muchas veces que se accediese a ella, seguía resultando impresionante. Amanda abrió con la clave correspondiente, aunque en su fuero interno deseó que aquel sistema se actualizase de una vez con reconocimiento facial, dactilar o de última generación, pues el sistema de su padre le parecía

tremendamente obsoleto. Accedieron sin ceremonias e hicieron caso omiso a las cintas policiales y a los restos de polvo de la búsqueda de huellas: aquello todavía estaba pendiente de limpieza, pero Amanda había decidido que, de momento, era mejor esperar y no tocar nada. Se dirigieron a una zona de la Cámara llena de objetos marinos: maquetas, conchas de animales prácticamente desconocidos y estrellas de mar. En la pared, el Renoir se ajustaba perfectamente a la ambientación, pues era un cuadro titulado *Golfo, mar, acantilados verdes*. La obra del famoso pintor del siglo XIX había sufrido algunos episodios controvertidos por su sustracción y subasta ilícita en Viena, pero Magnus aseguraba haber adquirido la pieza de forma completamente legal.

—No sé hasta qué punto sus habilidades para sustraer lo ajeno lo convierten en un experto en Renoir —dijo Amanda, que se dirigió a Chevalier con una sonrisa fría—, pero estos verdes y azules, el amarillo intenso y esa forma de reflejar la luz en el agua son propios del artista… Se diría, incluso, que es una ejecución perfecta en la que se aprecian sus típicos tonos pastel y su veneración por el paisaje natural. ¿Puedo saber dónde ve la falsificación?

Dimas se acercó.

—El fallo no está en el contenido ni en la ejecución, que es tan perfecta que hace sospechar. No veo marcas testigo por ninguna parte, ¿usted sí?

—¿Marcas testigo? —preguntó Elio, que se había acercado mucho al cuadro para estudiarlo con detenimiento—. Si se refiere a las irregularidades propias de la creación humana —manifestó, con voz algo engolada—, coincido con usted, la obra es perfecta… ¡Pero es que hablamos de Renoir!

—Señor Chevalier —añadió Celene, tímida—, si le preocupa que hayan engañado a Magnus de alguna forma con este cuadro, yo le aseguro que no parece en absoluto un óleo hecho con máquinas o de forma artificial.

—Por supuesto que no —rebatió él con total tranquilidad—, ha sido pintado por un artista excelente. Pero ya que tiene experiencia, dígame, querida… ¿Qué comprobaría cualquier experto para verificar la autenticidad?

—Pues, a ver… —dudó Celene, que incluso se puso colorada—. Para un estudio técnico y en profundidad, yo recurriría a una radiografía, a fotografía ultravioleta, a reflectografía infrarroja y… Sí, bueno, a un análisis de los pigmentos utilizados, por supuesto —añadió en un tono más formal, como si en su mente estuviese repasando los apuntes de una clase de arte—. Además —apuró, como si temiese no ser lo suficientemente precisa—, habría que estudiar el estilo del artista y la propia sensación emocional que suponga la visión del lienzo… Pero una de las cosas que yo miraría para verificar su autenticidad sería la parte posterior del cuadro.

—La posterior, por supuesto… Perfecto, hagámoslo si a Amanda le parece bien —sugirió Dimas, ofreciéndole los guantes que antes le había llevado Elio y mirándola con la seguridad propia de quien tenía más información de la que revelaba. Amanda, aunque desconfiada, dio su permiso. Con cuidado, ella misma y Celene descolgaron el óleo, que era muy pequeño, de cuarenta por veintisiete centímetros. La joven restauradora transformó por un instante su expresión, que pasó de ser la de un animalillo asustado a la de una profesional que se interesaba realmente por lo que tenía ante sus ojos.

—Si esto fuese una falsificación —razonó—, el autor necesitaría telas y tablas de la misma época, que podría conseguir perfectamente en muebles de anticuario, ya que hablamos de finales del XIX y comienzos del siglo XX —musitó, concentrada. Después, hizo un suave gesto con el que obligó a Amanda a que le ayudase a dar la vuelta al pequeño cuadro—. A veces aparecen sellos en la parte posterior que identifican los museos y salas por donde hubiese pasado la obra…

—Aquí no se ve nada —objetó Amanda.

—Pero la madera es antigua, creo que podría corresponder perfectamente a la época. Necesitaríamos saber cómo era la parte posterior original para contrastarla con esta. A mí sí me parece que podría tratarse de un Renoir auténtico —afirmó, tras darle de nuevo la vuelta al óleo y contemplarlo a lo lejos y de cerca una vez más.

Dimas miró a Celene con actitud comprensiva.

—Tiene usted razón en todo, salvo en una cosa… La antigüedad del cuadro.

—¿La antigüedad? Habría que analizar la tabla, y la tela, por supuesto, pero en conjunto yo diría que…

—Perdone —la interrumpió—, pero en mi opinión este cuadro ha sido pintado hace solo unos meses.

Amanda se enfadó.

—Salvo que pueda demostrarlo, creo que el experimento ha terminado.

—¿Me permite que utilice la aguja?

—¡Ni por un segundo piense que le voy a permitir clavarla en el Renoir!

—No —negó él, serio—, pero sí tendría que deslizarla sobre él. Este óleo puede parecer seco, pero en la práctica todas las obras pintadas con esta técnica están húmedas durante años. Los colores envejecen y se mezclan químicamente, pero van cambiando según el proceso de desecación, ¿entiende? Si deslizamos suavemente la aguja sobre la superficie, podrá ver cómo resbala limpiamente en caso de que sea auténtico, pero también se arriesgará a que se corte la tela en caso de que esté todavía húmedo.

Todos se quedaron callados asimilando la información y, quizá, decidiendo qué hacer. Elio fue el primero en hablar:

—Amanda, si dejas que este chalado toque el Renoir, papá nos mata.

—Yo no tengo claro —dudó Celene, asustada— que el método que quiere utilizar el señor Chevalier sea el más adecuado ni seguro para certificar…

La joven no pudo terminar la frase. Amanda, rápida, tomó la aguja de la mano de Chevalier y con sumo cuidado dejó que resbalase sobre una esquina del óleo. Para su sorpresa, y aunque no rompió la tela, pudo comprobar cómo la aguja se enganchaba con facilidad y cómo incluso, al retirarla, quedaba en el metal la ligereza de un tono pastel.

Amanda, atónita, miró a Dimas a los ojos. No soportaba a aquel hombre, pero, desde ese instante, cualquier cosa que dijese Chevalier merecería su atención.

Resultaba tremendamente molesto darle la razón a un ladrón, pero lo cierto era que no solo el Renoir parecía ser falso. Otros cuadros de

autores menores suscitaban también la sospecha, aunque la sagaz mirada de Chevalier se había dirigido a lo que era más fácilmente sustituible. Otra zona de la Cámara de las Maravillas guardaba lanzas, cascos y toda clase de elementos indígenas de la época en que los españoles habían avanzado sus incursiones de conquista por Latinoamérica; allí, Dimas detuvo su atención en un lingote de oro, cuyo cartel identificativo rezaba que pertenecía al tesoro azteca que Hernán Cortés había perdido en 1520 cuando había sido derrotado en la batalla de la Noche Triste —Victoriosa, para algunos— por los mexicas.

—Ese tejo de oro —había objetado Amanda— fue entregado a mi padre con un análisis químico de rayos fluorescentes que determinó que se trataba de oro de veinticuatro quilates y que había sido fundido entre 1515 y 1520… Le aseguro que no es falso.

—Volvemos a lo de antes, Amanda —razonó él, concentrado en el lingote—, porque todo lo que entró aquí era genuino, pero es muy posible que lleven meses o incluso años robando a su padre. ¿Desde cuándo tiene la Cámara?

—Desde que compró el palacio, hace ya cuarenta años. Ha ido llenándola poco a poco con sus adquisiciones.

—¿Y este lingote?

—Pues… No sé, tal vez esté aquí desde los años noventa.

—Yo creo —intervino Elio— que todo esto es absurdo, es imposible que nadie lleve tanto tiempo robando a papá sin que él se dé cuenta. Mi padre —explicó, dirigiéndose a Dimas— sube a esta sala todas las semanas, pasa horas y horas en ella… ¿Cómo no iba a darse de cuenta de que le cambiaban las cosas? Además, ¿usted qué es, experto en todo? Cuadros, diamantes, oro… —enumeró con

expresión desconfiada, para después acercarse a su hermana—. Amanda, ¿vas a fiarte de todo lo que diga este hombre? ¡Te recuerdo su historial!

—Y yo —respondió ella— te recuerdo lo que acabamos de ver con el Renoir.

—Perdonen —los cortó Dimas, conciliador—, no discutan por mi culpa. Comprendo perfectamente sus reticencias, Elio… No soy ningún experto en nada, pero sí dispongo del grado en Bellas Artes con una especialidad en Conservación y Restauración de Bienes Pictóricos, y tengo conocimientos básicos de joyería.

—¡No me diga! ¿Y eso dónde lo estudió, en la cárcel?

—¡Elio! —lo atajó Amanda.

Sin embargo, Dimas respondió con total tranquilidad:

—En efecto, en la cárcel. Aunque la especialidad fue presencial… Con las joyas, digamos que soy autodidacta —añadió con una expresión pícara, de deliberada malicia. Después, se dirigió a Amanda—: Cualquier ladrón se fijaría en todo aquello que es más fácil de fundir y de vender, al igual que ha sucedido con los diamantes. Creo que deberían telefonear a Magnus e informarle de todo esto, aunque si tienen un imán podríamos hacer una prueba sencilla.

—Ahora quiere un imán —se quejó Elio a su hermana, abrumado ante la gravedad de que fuese cierto todo lo que Dimas intuía.

Amanda, pensativa, se dirigió a otra zona de la Cámara, tras unos paneles; aquel espacio era el más pequeño de la exposición y estaba dedicado al arte moderno y alternativo. Una escultura cinética funcionaba allí mismo con multitud de imanes que reposaban sobre

una plataforma blanca que supuestamente representaba un amanecer. Ella tomó uno de los imanes y se acercó a Chevalier.

—Quiere ver si el oro es o no magnético, ¿verdad?

Él asintió. Celene y Elio, asombrados, observaron cómo Amanda acercaba el imán al tejo de oro, que se quedó pegado a la pieza al instante. La joven Celene ahogó un grito. También ella, a pesar de su juventud, había comprendido al momento en qué consistía la prueba. El oro puro no era magnético, y solo cuando se fundía con otros metales podía tener algún tipo de reacción a un imán; no es que no fuese habitual fundir el oro con otros metales —reduciendo el número de quilates según la proporción—, ya que el oro puro, sin aleaciones, era demasiado blando para joyería, pero el tesoro azteca que tenían allí debería mostrarse en toda su pureza. Elio comenzó a sudar.

—Amanda, no podemos decírselo a papá, el disgusto lo mataría.

—Voy a llamarlo ahora mismo. Esto es grave.

—¿Y qué ganas con ello? —objetó él, preocupado—. ¿Crees que los stents que tiene en el corazón son infalibles? ¡Por Dios, Amanda, que ni se ha dado cuenta de lo del Renoir! ¿No es mejor cambiar el sistema de seguridad?

—No, Elio. No es mejor. Podrían haberlo engañado en la adquisición de una pieza, o de dos, pero sospecho que esto es mucho más grave de lo que parece y que quien robó los diamantes puede llevar mucho tiempo haciendo la jugada. ¿No lo ves? Y no sufras tanto por su corazón… Camina todos los días a buen ritmo más de una hora y sus últimos análisis son excelentes; no es de papel. Con la edad, lo único que ha ido fallando es la vista, y su

cabezonería de ponerse las gafas solo para leer, a lo mejor, es lo único que ha hecho que se le colasen cosas como lo del Renoir.

Elio no aportó más objeciones, por lo que Amanda tomó su diminuto teléfono móvil del bolsillo y telefoneó primero a su padre y, después, a la policía. Habló directamente con Marc Bru, al que solicitó la máxima discreción. Que les hubiesen robado los diamantes de Francia era una cosa, una excepción puntual que incluso podía añadir un aura legendaria a la Cámara de las Maravillas, pero, si alguien había sustraído durante años los tesoros de aquel singular museo privado, los Mendoza se convertirían en el hazmerreír del sector. El inspector Bru dejó todo lo que estaba haciendo y, sin perder un minuto, se dirigió al Palacio Dorado.

9

Dos expertos en arte y patrimonio histórico y hasta tres empleados de la empresa de seguros comenzaron aquella misma tarde un inventario detallado del contenido de la Cámara de las Maravillas. Magnus Mendoza, disgustadísimo, se había retirado a su cuarto. A Dimas lo sorprendió verlo tan fuera de sí, tan absolutamente desencajado. Con el episodio del robo de los diamantes había mantenido la entereza y la compostura, pero ahora se había derrumbado.

—No se preocupe, Magnus —le había dicho, intentando consolarlo —, la policía encontrará al responsable. Solo tiene que actualizar su sistema de seguridad, eso es todo.

—Las pérdidas son irreparables, ¡irreparables! —le había replicado, con los ojos desorbitados y el cabello blanco revuelto—. Mi Cámara es un templo que venero y que cuido como a un hijo… ¿Cómo no supe verlo? —murmuró, incrédulo y enfadado consigo mismo—. Y esta sensación de que han violado algo sagrado, ¿comprende? —insistió, y volvió a elevar el tono—. Imagínese que llega a su casa en Londres y que todo hubiese sido tocado y manoseado por desconocidos… Qué tristeza, qué falta de respeto hacia el arte y la belleza. ¡Y qué vergüenza! Dimas, será usted discreto, ¿verdad? —le preguntó.

El anciano había tomado del brazo a Chevalier, y una renovada preocupación asomaba en sus ojos.

—Puede contar con mi silencio, Magnus. En menos de una semana, yo me habré ido a Londres y usted seguirá con sus asuntos con total tranquilidad, ya lo verá.

—No, muchacho —negó el anciano, apesadumbrado—. Dudo que vuelva la tranquilidad a esta casa. Prométame que no se irá hasta que se haya resuelto este misterio —le suplicó, y en su mirada mostraba respeto y un extraño reconocimiento, como si aquel viejo coleccionista se sintiese siempre rodeado de patanes y, de pronto, hubiese dado con alguien a su nivel.

Dimas, aunque se compadeció de Magnus, dudó. No podía comprometerse y, además, su nombre ya estaba prácticamente limpio: la primera vez que había accedido a la Cámara de las Maravillas había sido solo un par de días atrás, cuando pisó por primera vez aquel palacio, por lo que todavía podían querer vincularlo al robo de la noche de la fiesta, pero no a los demás hurtos. Sin embargo, no fue tajante.

—Haré lo que pueda, Magnus. Al menos para encontrar sus joyas.

—Ah, esas son las que menos me preocupan. De hecho, que su robo haya salido en prensa ha resultado un alivio… ¡Ni se imagina la presión mediática y del embajador de Francia para devolver unos simples minerales! Incluso algún coleccionista francés estaba molesto conmigo, ¿se lo imagina? ¡Es como si todos los egipcios se enfadasen con Alemania porque el busto de Nefertiti está en su museo de Berlín!

Dimas sonrió.

—Creo que en Egipto sí que están un poco cabreados por eso, de hecho. Y todo lo que ha sido adquirido de forma sospechosa o ilícita debería devolverse a su país de origen.

—Me sorprende, Dimas —se extrañó Magnus—. ¿Acaso se ha redimido tanto en la cárcel que ni siquiera respeta las operaciones comerciales? Le recuerdo que la prescripción del delito transforma la compraventa en algo legal.

—Pero no en algo ético. Por eso me encanta su museo, Pentimento —sentenció Dimas, de nuevo conciliador—. Creo que es maravilloso que hayan podido crear algo así trabajando con reproducciones y respetando el enclave actual de los originales.

Magnus rio con tristeza.

—No lo tenía a usted por idealista ni por ingenuo, Dimas. Esos originales que dice se encuentran en su mayoría en países ajenos, y todo es objeto de saqueo y de interés. Los diamantes que me han robado vulneran su ética, es obvio —observó, con el ánimo encendido—. Los conseguí de un heredero directo de Paul Miette, el ladrón… ¿Se puede creer que los encontró enterrados en la casa familiar, a las afueras de París? Y sí, he adquirido material robado, pero el delito había prescrito… ¿Cómo cree que funcionan muchos museos?

—Soy plenamente consciente, Magnus; solo digo que…

—¡Todo es teatro, muchacho! ¿Conoce el diamante Hope? Hay quien lo llama el diamante azul.

—El diamante maldito. Sí, conozco su historia.

—Entonces sabrá que también formaba parte del botín de Paul Miette y que, a los veinte años del robo, cuando casualmente

prescribía, apareció por arte de magia en manos del rey del Reino Unido. ¿Sabe dónde está hoy?

Dimas suspiró con sonrisa de perdedor, pues sabía la respuesta.

—En un museo de Washington.

—Eso es. Donado por un particular y con una leyenda estúpida sobre la mala suerte que trae a todo el mundo. Pero ahí lo tiene, expuesto con todo el boato ¿Qué es ético y qué no lo es? Dígame, ¿cuál es la perspectiva correcta, Dimas? ¿La de quienes hacen las leyes? Ladrones, políticos… —farfulló—. Todo es un juego de poder. Yo… —continuó el anciano en un murmullo, con semblante desgastado y llevándose una mano a la frente—. Voy a descansar. No se vaya a Londres —insistió—, por favor, no se vaya sin traerme a ese maldito ladrón.

Magnus no dijo nada más. Se dio la vuelta y Dimas observó cómo el anciano, digno y erguido, se alejaba por el ancho pasillo hacia su dormitorio, que en viejos tiempos había sido la sala de juegos del antiguo marqués.

Dimas decidió despedirse de Amanda de inmediato. La policía estaba en el edificio y, por lo que a él respectaba, cuanto menos tiempo estuviese en el Palacio Dorado, mejor. Además… Solo era cuestión de tiempo que alguien descubriese lo que había hecho.

Marc Bru y Mencía Rivera conversaban en tono confidencial en la segunda planta del palacio. Habían buscado un lugar discreto, y a Mencía le había sorprendido muchísimo aquella habitación cercana al salón de baile, que era donde había tenido lugar la fiesta la noche anterior; a diferencia del resto de los espacios, casi todos de estilo

neobarroco, se habían adentrado en un ambiente oriental y neobizantino. Amanda, antes recibir a un experto en impresionismo francés, les había dicho que allí podrían estar tranquilos. Llamaban a la habitación la «Sala de Japoniserías», aunque su padre se refería a aquel espacio como el «salón rojo» por el contraste de ese color con los fondos negros y áureos de la estancia, en la que un dragón dorado se deslizaba de forma sinuosa por todo el marco de una ventana. Como en casi todas las dependencias del edificio, una chimenea ocupaba parte de la pared medianera con otra habitación, y sobre la misma brillaban los contornos del marco dorado y rojo de un enorme espejo con relieves orientales. En realidad, cuando los anteriores dueños del inmueble encargaron la decoración hubo un equívoco, y todos los adornos procedían de China, y no de Japón.

—Centrémonos, Marc. Tenemos dos casos, ¿no?

—¿Dos?

—El del Cuervo y el del ladrón misterioso. Por no hablar de ese crío que ve espíritus y que si te señala mueres. No entiendo cómo esta gente puede dormir aquí.

—Pero, Mencía, ¿de verdad cree en fantasmas?

—No sé. Pero a mí este palacio me da escalofríos… En fin, a lo nuestro. Sobre el Cuervo, desde la UDEV ya hemos empezado a hablar con sus contactos, los familiares… Todo. Hemos hablado también con sus compañeros de *parkour*, con los que solía reunirse los sábados por la mañana en la zona de Nuevos Ministerios, pero, como era de suponer, niegan saber algo del asunto y mucho menos de las posibles actividades delictivas de su amigo. No sé cuánto tardaremos, pero daremos con el enlace que lo trajo hasta el palacio.

—No lo dudo. Entre tanto, nos queda el otro caso, el del ladrón misterioso —dijo Marc—. En la Brigada de Patrimonio creemos que debe de acceder al palacio cada vez que hay una fiesta o un evento, así que puede ser alguien del catering, de la empresa de seguridad o hasta de la de azafatas de congresos… Pero nos queda averiguar cómo consiguió las claves.

—No sé si estoy de acuerdo, Marc.

—¡Oh! ¿Ha desarrollado otro tipo de teorías? Veo que se lo está tomando en serio… La escucho.

Mencía entornó los ojos. «Ya empezamos», pensó.

—¿Quiere dejar de ser paternalista, joder? ¿Nos centramos?

—Nos centramos.

—Podría ser un sujeto que trabajase en la casa a diario o pertenecer a la familia Mendoza; le recuerdo que el marido de Amanda es artista y la novia de Elio Mendoza también… Cualquiera de esos dos podría haber elaborado piezas falsas.

—No creo —dijo Marc—, porque una cosa es falsificar un tipo de estilo en un cuadro, pero a estas horas de la tarde ya hemos identificado hasta tres óleos de distintas épocas que podrían ser falsos y, además, ese tejo de oro. Una capacidad de falsificación semejante me parece más propia de un sistema organizado internacional que de un único artista. De todos modos —añadió, pensativo—, ¿no le parece raro que Dimas Chevalier, precisamente él, se encuentre en medio de todo esto?

—No crea que lo he eliminado de mi lista, que incluye a todos los coleccionistas, artistas, empleados y marchantes que había en el baile —suspiró ella—. Creo, de hecho, que deberíamos pedir al juez de instrucción que libre oficios a las entidades bancarias de la

familia, de la novia del chico, del personal del palacio y hasta de la secretaria de Amanda… Ya sabe que la liquidez de las cuentas suele ser muy reveladora, e incluso gente rica como los Mendoza nos ha sorprendido más de una vez.

—¿Insinúa que se robaron a sí mismos por el seguro?

—No, porque en tal caso no habrían sustituido las piezas por falsificaciones, pero tal vez estemos ante ladrones diferentes.

—¿Uno para los diamantes y otro para todo lo demás?

—No lo sé —reconoció Mencía, agobiada, que apoyó la mano sobre el brazo de un sillón, decorado también con garras y fauces de dragones—. Los del seguro están desesperados y han puesto a los empleados a inventariar y a chequear las medidas de seguridad no solo de la Cámara, sino de todo el palacio.

—Calma, todavía no tenemos el informe de Científica ni el informe completo del forense, tenemos que comprobar si encuentran ADN del Cuervo en alguno de los objetos contundentes de la Cámara… Había un látigo de guerra del medievo y parte de un mangual, que podría ser el arma con la que lo golpearon.

Mencía mostró una mueca de duda.

—Estamos dando por hecho que, tras el robo, el Cuervo descendiese como Spiderman por el balcón —razonó—, pero… ¿Y si no lo golpearon, como dice Diego? ¿Y si se cayó y no hubo homicidio?

—Entonces no estaría usted aquí, subinspectora.

De pronto, la enorme y elegante puerta lacada del salón rojo, llena de recreaciones de paisajes orientales, se abrió de golpe. El oficial Maciel apareció en el umbral de forma abrupta.

—Perdón, tenía que haber llamado…

—¿Qué pasa? —le preguntó Marc, extrañado ante la irrupción. El oficial podía ser torpe, pero no invasivo.

—Acaban de llamar los de informática… Se ha recuperado el vídeo del exterior del palacio de la noche de la fiesta. Con la cámara de la puerta de servicio trasera y la del jardín, se confirma que el Cuervo llegó saltando desde el tejado de al lado gracias a unas cuerdas que había lanzado con la ballesta… Unos minutos más tarde se ve parte de su descenso desde el balcón y cómo baja a toda pastilla.

—Entonces ya no hay duda —se lamentó Mencía, que confirmaba así lo que sospechaba el forense—, el Cuervo murió por culpa del forcejeo con el otro ladrón.

—Puede ser —reconoció el oficial, que desvió la mirada hacia varias vitrinas con cristal antibalas al lado de la chimenea: dos abanicos, piezas de jade antiquísimas y porcelanas de la dinastía Ming y Qing reposaban los siglos a un metro de distancia. Los singulares peces pintados sobre un jarrón, con su extraordinario colorido, parecían observar a Maciel con curiosidad.

—¿Y el resto de los vídeos? —se interesó Marc.

—Solo se han podido recuperar los del exterior y el del zaguán de entrada, inspector. Tenemos a los invitados entrando y saliendo, e incluso el episodio del jardín, cuando el niño se topa con el Cuervo. Pero de las cámaras del museo del ático nada, inoperativas durante el robo… Desde el departamento de informática no se explican cómo lo habrán hecho, pero siguen trabajando en el asunto.

Mencía se levantó del sillón, negando con el gesto.

—¿Y la videocámara secreta de Magnus Mendoza? Pudo grabar también los otros robos.

—El señor Mendoza ha confirmado que su contenido se borra de forma automática cada diez días y que solo se revisaría en caso de que hubiese sucedido algo, aunque parece que en todos estos años nunca ha habido ni el más mínimo incidente.

—No que él supiese, claro.

—Claro.

—Pero podremos revisar los últimos diez días, entiendo.

—Ya estamos con ello.

—¿Y los sensores de movimiento y las alarmas de las ventanas y las vitrinas?

—No lo sé, subinspectora. La propia empresa de alarmas está intentando ver qué ha podido pasar, pero parece que la IP encriptada que desbloqueó tanto el sistema de acceso como las alarmas estaba muy cerca.

—A ver, por Dios… —se impacientó Marc, ante la evidente inconcreción—. ¿Cuánto de cerca?

—Posiblemente en el mismo palacio.

Y, con aquella revelación, Marc y Mencía se miraron con desconcierto. Nuevas preguntas surgían bajo aquel techo palaciego, en el que una lámpara de bronce los cubría con diez brazos en forma de dragones.

Amanda había decidido fingir que no era el fin del mundo. Al menos, no el del que había construido en los últimos años. Su matrimonio ya no valía nada y ni siquiera en casa de su padre podía sentirse segura, aunque ahora hubiese personal de seguridad apostado durante veinticuatro horas en la puerta. Miró al pequeño Luca, que

había salido a las cinco del colegio y que ahora, tras la cena y con la niñera en su noche libre, también la observaba a ella con curiosidad.

—¿Estás triste, mamá?

—¿Yo? ¿Con un niño tan guapísimo y simpático? Nunca —negó con un mohín alegre. Cualquiera que trabajase con Amanda, sin duda, se habría sorprendido al ver lo cariñosa y dulce que era con su hijo—. Es solo que ha sido un día muy largo y estoy, ¡buf!, cansadísima… Venga, a dormir.

—Mira, mamá.

Y Luca, corriendo, sacó de su escritorio uno de sus dibujos, que le mostró muy emocionado. A Amanda se le aceleró el corazón. Ante ella, estaba un bosquejo del jardín del palacio y de su Casa de Muñecas, y en el centro de la escena se encontraba el Cuervo, con una definición de rasgos tan detallada y exacta que resultaba impactante. Solo fallaban las proporciones, porque el tamaño del rostro del hombre no se ajustaba bien ni a su cuerpo ni al entorno, pero lo cierto era que con ese dibujo se podía reconocer al ladrón sin ningún tipo de duda.

—¿Qué…? ¿Qué es esto, Luca?

—¡El ladrón, mamá! —exclamó él con cierta decepción, como si el hecho de que aquello no resultase evidente implicase una mala ejecución en su dibujo—. ¡Para ayudar a los señores de la policía!

—Claro, mi amor, pero no hace falta, ¿sabes? Tú no te preocupes por nada, intenta olvidarlo todo de esa noche, ¿de acuerdo? Como si fuera un mal sueño.

Luca se había quedado pensativo, extrañado de que en el olvido hubiese facultades sanadoras. Se volvió hacia su madre y, con inocencia infantil, se limitó a hacerle una pregunta:

—¿Duermes conmigo?

—Claro.

—Y, mami… ¿A la señorita Clara no le importará que mañana no vaya al cole? ¿Seguro?

—Segurísimo.

—A lo mejor puedes ir tú por mí a ese médico, y así no se enfada.

—Luca, solo nos va a llevar un rato y no te pasará nada —lo tranquilizó—, de verdad. Es como si nos fuéramos de excursión.

—¿Con ese señor que se pegó con el ladrón?

—Con ese, sí. Es amigo de la doctora y ha conseguido que nos atienda enseguida. Es muy difícil conseguir cita, ¿sabes? Porque todos los niños quieren ir.

Luca abrió mucho los ojos.

—¿Niños como yo?

—Niños como tú.

—Pero, mamá, si es un médico de sueños, a lo mejor no me vale, porque a mí, cuando me despierto, no me duelen los pensamientos… Me duelen los músculos.

—Ya me lo has explicado mi amor, no te preocupes.

—Papá se enfadó —insistió el niño—, pero cuando me pasa no puedo pararlo, aunque lo intento… ¡De verdad que lo intento!

Amanda comprendió que su hijo estaba a punto de llorar, asustado y confundido, e intentó restar importancia a los perturbadores episodios nocturnos como pudo. Leyó tres cuentos a Luca y, justo cuando se quedó dormido, vio cómo se encendía la pantalla de su teléfono. Se alejó unos pasos y entró en la habitación contigua.

—Hola, Cas.

—Perdona que llame tan tarde, pero no he terminado con los de la galería hasta ahora. ¿Cómo…? ¿Cómo estás?

Amanda tomó aire. Sabía que la pregunta era pura cortesía tras la conversación que habían tenido por la mañana, pero agradeció el tono cercano de su inminente exmarido. Sabía también, además, que Casio no solo quería saber su estado de ánimo, sino cómo estaba su hijo y cómo iba el asunto del robo de los diamantes, de modo que tardó casi un cuarto de hora en actualizarle toda la información de lo que había sucedido aquella tarde.

—Es increíble, ¡no me puedo creer lo del Renoir falso! ¿Quién ha podido estar robando a tu padre?

—No tengo ni la menor idea y, si te digo la verdad, ahora mismo casi me resulta secundario.

—Amanda, sobre lo de esa psiquiatra… Tenías que haberme consultado.

—No estabas aquí. Es muy difícil conseguir cita, ¿sabes?

—No entiendo que hagas caso a Chevalier, ¡Luca no es epiléptico!

—Pues no lo sé —suspiró ella—, pero te aseguro que, si lo es, prefiero saberlo. Una prueba más no cuesta nada.

—Coño, Amanda, pero ¿ahora nos fiamos de exconvictos? Ese tipo no es médico.

—Ni tú eres periodista, pero trabajas en *Giotto*, ¿no?

Casio guardó silencio. Amanda comprendió que se había excedido, pero qué demonios, al fin y al cabo, él le había puesto los cuernos y ella estaba cansada de ser tan racional y correcta. En cualquier caso, suavizó sus palabras.

—Perdona… Estoy cansada. Ha sido un día agotador. Y no, no me fío de Chevalier, pero me gustaría tener un diagnóstico sobre lo que

le pasa a nuestro hijo.

Casio, a su vez, tomó aire desde su elegante habitación de hotel en París.

—De acuerdo, Amanda. Infórmame de lo que diga esa psiquiatra. Aunque sigo pensando que Luca lo hace para llamar la atención.

Amanda lo sabía. Pero no quería que le repitiese todo el tiempo las mismas teorías de sonambulismo y de niño roto y mimado que quiere ser el centro de atención; ella necesitaba saber y, sobre todo, actuar. Así pues, esquivó el asunto y le preguntó directamente a Casio por el resultado de las gestiones de trabajo que había ido a hacer, que implicaban desde lograr una entrevista con un prestigioso escultor francés hasta un préstamo de obras de una galería, la asistencia a una subasta de Sotheby's y la compra de algún trabajo de artistas emergentes. Casio la puso al día de forma somera de casi todo y se mostró satisfecho con un punto concreto de sus negociaciones.

—¿Recuerdas a Dubois?

—¿El que llamó «rata de alcantarilla» a mi padre?

—Ese. Antes ni me hablaba, pero, como ha sabido lo del robo de los diamantes, dice que ha sido un castigo divino para tu padre, que debía haber respetado la imagen del gremio y vigilado la legitimidad de las piezas… Me ha machacado con que si la respetabilidad, que si la integridad de la élite artística… ¡La integridad, imagínate! Al menos, ahora dice que reconsiderará desbloquearnos para el préstamo de su colección fauvista.

—Pero ¿cómo ha sabido lo de los diamantes?

—¡Pues como todo el mundo! ¿No viste la prensa en la puerta por la mañana? También había medios internacionales… En Francia

hasta las redes sociales echan humo, y en París ni te cuento. Han venido todos los de la galería a por mí nada más verme, pero descuida, que no he dicho nada… Solo he confirmado que habían desaparecido los diamantes.

Amanda agradeció la discreción. Al instante, escuchó un gruñido en la habitación de al lado. Se despidió de Casio con cierto apuro, pero sin darle más explicaciones. El corazón le palpitaba con fuerza y lo notaba hasta en la garganta mientras sus pasos se dirigían hacia el cuarto de Luca. Lo encontró de nuevo semiincorporado y apuntando con la mano izquierda hacia la pared. Amanda controló sus nervios y, tal y como Dimas le había aconsejado, presionó la pantalla de su teléfono móvil y comenzó a grabar. Había modificado la posición de la cama un par de horas antes, y cuando vio hacia dónde apuntaba su hijo deseó con todas sus fuerzas que la noche transcurriese veloz y la mañana le trajese, por fin, alguna respuesta.

10

La madrugada acogió a cada cual en su propio refugio. Para algunos, sin embargo, las cuatro paredes entre las que se podían sentir seguros eran una trampa. Mencía Rivera vivía cerca de Madrid Río y compartía piso con una enfermera y dos estudiantes. La convivencia resultaba casi siempre razonable, pero había noches, como aquella, en que el desbarajuste de la cocina y los cabellos ajenos en el lavabo la sacaban de quicio. También estaba prohibido fumar, aunque el olor que salía en aquellos momentos de la habitación del fondo, donde también sonaba la música un poco alta, era inconfundible.

Mencía soñaba con vivir en un apartamento propio, pero de momento no podía permitírselo, y lo cierto era que no tenía nadie a quien recurrir. Su madre había muerto cuando ella era apenas una adolescente y su padre, muy mayor, sufría demencia desde hacía años y ni siquiera la reconocía. Ella ayudaba con su salario a costear la residencia privada en la que lo cuidaban en Cáceres, y un asistente social muy solícito ya le había explicado que la lista de espera para acceder a una residencia pública era muy larga.

A la música de la habitación del fondo se unieron las risas de dos o incluso de tres personas. Pero ¿cuánta gente había en ese cuarto? Mencía sabía que no podría seguir así mucho tiempo. Sus nervios

estrujaban algún lugar en su interior y retorcían su propia racionalidad hasta el límite, pero esa noche no quería bronca. Se limitó a pedir que bajasen la música, respiró hondo y comenzó a prepararse un vaso de leche caliente con unas galletas. Mientras esperaba el pitido del microondas, sonrió con cierta melancolía. ¿Quién le iba a decir que Diego Ferrer, ese chico raro sin cejas, querría salir con ella? Le gustaba, sí, pero qué complicado era todo. Nunca sabía cómo encajar en nada, y desde luego jamás llevaba a nadie a su piso.

Mencía procuró ocupar la mente en algo que no fuese su propia vida porque sabía que entonces volvería a ver de cerca el abismo, ese viejo amigo. Abrió su portátil y revisó los enlaces de redes sociales que habían preparado en la Brigada de Patrimonio Histórico; desde luego, los invitados a la fiesta del Palacio Dorado habían grabado muchos vídeos. Uno de ellos, en concreto, había registrado imágenes hasta de los canapés, y la subinspectora se preguntó si habría tenido realmente tiempo para disfrutar del evento. La música italiana salpicaba muchos de los vídeos, y la alegría, elegancia y sofisticación se podían apreciar en cada ángulo y recoveco de los planos.

Allí estaba Amanda, tan bella y elegante, tan seria. «Esta mujer siempre está en posición de alerta», pensó Mencía, que continuó estudiando las imágenes por orden. Sí, allí estaban todos: el marido de Amanda, Dimas Chevalier, Elio Mendoza y su novia… Pero sus rostros iban y venían, y era difícil distinguir en qué momento del baile habían sido grabados. Primero había tocado una orquesta que parecía más bien de jazz, y después había pinchado un disc-jockey. Mencía ya sabía, por Marc, que Casio había desaparecido para,

supuestamente, tener relaciones con una colega en el comedor de diario de la primera planta; sin embargo, su presencia en las imágenes era bastante constante, y de no haber tenido aquella información no podría haber imaginado la breve escapada. De pronto, a Mencía se le ocurrió cómo establecer un patrón para saber dónde estaba cada cual unos minutos antes del breve apagón: la música.

Marc Bru recibió la llamada de Mencía cuando acababa de ponerse un suave albornoz que simulaba ser una piel de guepardo. En su reproductor, sonaba el extraño y alegre *Tiptoe Through the Tulips*, de Tiny Tim. Sus gustos extravagantes por la música, la ropa y todo en general, así como su falta de interés por las mujeres, le habían supuesto muchas burlas desde su infancia, en la que incluso sus padres lo habían creído homosexual. Sin embargo, Marc no se sentía atraído por los hombres y tampoco codiciaba la vida en pareja, ni la familiar ni la afectiva. Hacía ya muchos años que le habían diagnosticado un ligerísimo síndrome de Asperger y anafrodisia, aunque no estaba de acuerdo con que ambos conceptos se ajustasen a su forma de ser; recordaba perfectamente haberse enamorado de su vecina de treinta y ocho años cuando él tenía doce, pero solo le interesaba su intelecto, no su piel. ¿Por qué había que definirlo y etiquetarlo todo, si él era feliz tal y como estaba y soportaba con estoicidad las obligadas visitas de sus hermanas y sobrinos?

—Subinspectora, no contaba con usted a estas horas —la saludó al teléfono mientras observaba cómo su gato naranja y de luminosos

ojos verdes se estiraba en el sofá—. ¿En qué puedo ayudarla, querida?

—¿Usted siempre habla así, como si estuviese en una peli de los años veinte?

—¿Y usted se da cuenta de que al final le caigo bien y de que me llama para confiarme sus consultas?

—No he dicho que fuese a consultarle nada.

—Pero no me telefonea para darme las buenas noches —sonrió Marc en el salón de su añejo y elegante apartamento de techos altos, que estaba en un edificio reformado en las inmediaciones de la plaza de la Paja, en el barrio de La Latina.

—No —reconoció ella—. Lo he llamado por la música de la fiesta de los Mendoza… ¿Han tomado declaración ya al disc-jockey?

—No, ¿quiere contratarlo?

—Muy gracioso. Quiero un registro ordenado de las canciones que sonaron en la fiesta, o al menos las que pinchó durante los diez minutos antes y después del apagón. Así sabremos quién estaba en la sala y quién no. He recopilado un montón de imágenes de TikTok, Instagram y Facebook, pero la mayoría de los vídeos la gente no los cuelga al instante, y no puedo saber cuándo se grabaron o si el pinchadiscos repitió canciones o si…

—Maravilloso, ¡maravilloso! —se regocijó él, interrumpiéndola; se sentó junto a su gato y comenzó a acariciarlo de forma automática —. Sabía que esas neuronas suyas nos darían muchas alegrías, joven. Ya lo decía Agatha Christie en *El asesinato de Roger Ackroyd*, que las mujeres observan mil detalles sin ser conscientes de hacerlo y luego lo unen todo. Ah, ¡qué maravillosa es la intuición femenina!

«Y ahora se pone a citar libros, por Dios», pensó Mencía, que ahogó un resoplido.

—Centrémonos, Marc. ¿Habló con el tipo que ponía la música?

—No, pero le tomé esta tarde declaración a Amanda Mendoza por lo que pasó con el Renoir y por la fiesta de la noche anterior.

—¿Y?

—Que, hablando de esto y de aquello, lamentó que todo hubiera salido tan mal, porque la fiesta estaba preparada al milímetro y hasta con un listado musical concreto en honor a la Bienal de Venecia.

—¡No me diga!

—Se lo confirmo, incluso. Ahora bien, habría que ver si ese disc-jockey respetó o no la lista de canciones…

—Podemos tomarle declaración mañana.

—Entre otras muchas cosas, sí. Y podemos pedirle el listado a la señora Mendoza… Con este método, a lo mejor, hasta conseguimos saber dónde estaba Casio Mendizábal justo antes del apagón.

—¿No me había contado que se había enrollado con una invitada en el comedor de la primera planta?

—Sí, pero en su declaración dice que estuvo mucho más tiempo del que reconoce la amante.

—Ah, pero si ella ha confesado que estuvo con él… Piense que, dadas las circunstancias, no iban a estar mirando el reloj en plena fiesta ni, en fin —carraspeó—, en el acto infiel en cuestión.

—Ah, pero la cosa cambia si habían quedado a una hora concreta para el encuentro. Puede tratarse de un error de percepción sin importancia, desde luego, pero también de una pista.

—Dudo que el marido de Amanda necesitase robar nada, pero en todo caso podremos volver a tomarle declaración. Y creo que, gracias a la música, es posible detectar dónde se encontraba un poco antes del robo.

—Fantástico —sentenció Marc—. ¿Lo ve, Mencía? No hay nada como persistir y confiar. Tal y como dijo Agatha Christie en sus *Cuadernos secretos*…

—Pero ¿qué le ha dado ahora con Agatha Christie? —se exasperó Mencía.

—Ah, querida… Es que es increíble la red de mentiras con las que podemos encontrarnos en el camino, pero no me diga que no es cierto: «En el mundo no hay nada tan curioso, ni tan interesante, ni tan bello, como la verdad».

Mientras Mencía y Marc hablaban, Dimas Chevalier, todavía vestido, descansaba sobre su mullida cama del hotel Wellington. Estaba realmente cansado. Tras salir del Palacio Dorado, aquella tarde decidió visitar la sala donde había averiguado que iban a tocar los músicos de jazz de la fiesta. Solo necesitaba observar y hacer un par de gestiones. Posiblemente ninguno de aquellos hombres que vivían de sus trompetas, saxófonos, clarinetes y guitarras tuviese nada que ver con los robos, pero resultaba obvio que podían cobijarse unas cuantas piezas de arte en sus grandes maletones para instrumentos, que por otra parte pasarían cualquier control de metales. ¿Podrían ser ellos quienes estuviesen desvalijando a los Mendoza? De momento le resultaba imposible saberlo, aunque no había apreciado nada sospechoso en los músicos cuando se había acercado a

saludarlos entre bambalinas: ni suspicacia, ni miedo, ni extrañeza; solo satisfacción por haber expandido, aunque fuese de forma discreta, el número de sus seguidores. Así pues, Dimas incluso se había quedado un buen rato para escucharlos tocar sobre el estrecho y pequeño escenario del Café Central de Madrid.

Por su parte, a él no le preocupaba asumir riesgos, pero sí había aprendido a ser prudente y debía irse de España lo antes posible. Al día siguiente acompañaría a la bella, enigmática y distante Amanda Mendoza a Torrelodones y, por la tarde, tomaría un vuelo para Londres. Resultaba fundamental hacerlo con calma, no dar la sensación de huida. Si se quedase, podría cerrar algún acuerdo más con museos y galerías para préstamos y ventas, pero debía reconocer en lo más profundo de sí mismo que tanto tiempo con la policía lo inquietaba. Los años de cárcel habían mutado algo en su interior y había desarrollado un instinto de supervivencia mucho más agudo y precavido.

Y Madrid, además, era su padre: Gastón Chevalier tenía, como él mismo decía, nombre de mosquetero de Alejandro Dumas, aunque el trabajo más memorable y largo de su vida hubiese sido el de botones de un elegante hotel en Madrid. Dimas, tal y como ya sabía Marc Bru, había ido muchas veces a ayudar a su padre y desde niño había aprendido a observar. Sabía distinguir a los huéspedes ricos de los que, aunque los acompañasen, solo eran sus invitados; de un simple vistazo, también diferenciaba a las damas con joyas buenas de las que aparentaban mucho y apenas portaban más que baratijas. Los pequeños hurtos se habían sucedido de forma natural. ¿Por qué no tomar algo prestado, si para él un bastón con empuñadura de plata podía significar un mes feliz con la nevera

llena y para uno de aquellos hombres de negocios la pérdida no implicaría nada en absoluto? Dimas había comenzado poco a poco y había comprendido que la apariencia de él mismo y de las cosas podía suponer que se abriesen o no determinadas puertas.

Las primeras veces que detuvieron a Dimas por hurtos menores, el disgusto fue terrible, pero Gastón Chevalier solo le retiró la palabra a su hijo —según él, «de por vida y de forma irrevocable»— cuando terminó en la cárcel. De nada valió cumplir condena como preso ejemplar, ni haber llegado a un acuerdo con la fiscalía tras devolver unas piezas extraordinarias; ni tampoco el hacerse cargo de los gastos y cuidados médicos de Matías, su hermano. ¿Qué era eso de que ahora vivía en una casa de finales del siglo XVIII del barrio de Holborn, en Londres? ¿De dónde había sacado el dinero? «De mi trabajo, papá». Pero, a aquellas alturas, ¿quién iba a creer que tenía un trabajo honrado, uno de verdad?

A veces, cuando iba a Madrid, a Dimas le daban ganas de aparecer en el umbral de la puerta de su padre, al sur de la zona de Atocha; llevaba diez años casado con una buena mujer, y por su hermano sabía que la jubilación le había llegado en un momento, en apariencia, feliz. Pero reencontrarse era una batalla en círculos, en la que un reproche se engarzaba con otro en un anillo infinito.

Un tintineo sacó a Dimas de sus pensamientos; por un instante pensó que era el servicio de habitaciones, porque esperaba su cena. No tardó más que un par de segundos en darse cuenta de que era su teléfono móvil el que lo demandaba.

—Buenas noches, Gina.

—¿Qué tal te ha tratado hoy Madrid, *amore*? —le preguntó una voz femenina al otro lado; de fondo sonaba *Days Like This*, de Van

Morrison.

—No me quejo… Dónde estás, ¿en el Cittie of Yorke?

—Sí, los chicos me arrastraron al pub. Sabrás que ya ha aparecido tu nombre en prensa, ¿no?

Él suspiró.

—Lo sé.

—¿Cómo se te ocurrió ir a un evento semejante? Joder, Dimas… Que no sales solo en los periódicos de España, ¿eh? Hemos rastreado la noticia aquí, en Londres, pero apareces también en Francia, Italia… ¡Ese palacio era una puñetera caja fuerte! ¿Sabes que te empiezan a apuntar como sospechoso del robo de esa porquería de diamantes?

Dimas volvió a suspirar y ahogó un bostezo.

—Eres mi socia, no mi madre, no te preocupes tanto —respondió él en tono despreocupado—. Además… ¿Cómo iba yo a saber que iban a robar a Magnus Mendoza precisamente esa noche?

—Ya —reconoció ella, que según reflexionaba se llevó la mano hacia el cabello, rubio y ondulado—. Al menos dispones de coartada…

—Que sí… De verdad, no te preocupes Gina. ¿Tienes lo que te pedí?

—No sé. ¿Me vas a traer algo bonito de España?

—Creo que eso lo hacen los maridos. ¿No está el tuyo por ahí? —se rio Dimas, que en efecto escuchó una voz masculina muy cerca. Gina se rio también.

—Robert —le dijo a su marido—, ¿quieres dejar de gritar? No oigo bien a la criatura. Escucha, Dimas —continuó ella, que coloreó su voz en un tono más serio—, he hecho algunas preguntas a antiguos

contactos en la zona, y el Cuervo seguía trabajando por su cuenta, pero en los últimos tiempos iba mucho por un anticuario cerca de la plaza de Santa Ana, en el barrio de las Letras.

—Tenemos el posible enlace, entonces —asintió Dimas, que anotó la dirección.

—Mañana te confirmaré más información, hemos puesto gente a trabajar en el tema.

—¿Y el Renoir? ¿Habéis tanteado en el mercado negro?

—Estoy en ello, *amore*, pero no soy la Interpol. Escúchame, Dimas… —añadió, seria—. Cuando hemos comenzado a hacer preguntas, me ha dado la sensación de que alguno de nuestros contactos en España se ponía algo nervioso, ¿me explico? Así que no sé quién puede estar detrás de esta historia, pero ten cuidado.

Dimas asintió. Hizo un par de bromas y, tras colgar, atendió al servicio de habitaciones. Mientras cenaba, sin ningún ruido ni distracción a su alrededor, se concentró en todo lo que había sucedido los últimos días. Hechos, comentarios, miradas… De pronto, tras la conversación mantenida y con una clarividencia que hasta a él mismo le sorprendió, en su pensamiento comenzó a asentarse la sombra de una sospecha.

11

La mañana los recibió con un gélido chal de bruma que les hizo recordar el invierno. Habían quedado temprano, porque llegar hasta el Hospital del Canto del Pico en Torrelodones les llevaría casi cuarenta minutos en coche desde el Palacio Dorado. Dimas se subió al vehículo de Amanda sin disimular cierta sorpresa.

—No habría imaginado nunca que le gustasen este tipo de reliquias, Amanda.

—No es una reliquia, sino un clásico —afirmó ella algo ofendida.

A él le dio la sensación de que estaba acostumbrada a defender la operatividad de su coche, un Volkswagen escarabajo cabriolé. Tanto la capota como la carrocería eran de color negro, en contraste con un blanco níveo en el interior, y tenía un salpicadero de madera que recordaba a los taxis venecianos.

—Es un coche precioso, la verdad —reconoció Dimas, que observó con detenimiento su interior mientras ella arrancaba—, pero, con todas las normas de Medio Ambiente, ¿puede circular con «esto» por el centro de Madrid?

—Perdone, pero «esto» —recalcó ella— es un modelo del año 1959, con un motor de mil seiscientos centímetros cúbicos y carburador de doble cuerpo que está catalogado como histórico… Así que sí, puedo circular por el centro.

Dimas sonrió, sorprendido de nuevo por aquella mujer. Era arisca y gruñona, pero le apasionaban los coches clásicos y era una madre amorosa. ¿Qué Amanda sería la verdadera si la vida no la hubiese enredado en sus circunstancias y sus formas? Dimas se volvió hacia Luca, que estaba en la parte de atrás del coche.

—¿Qué tal, campeón?

El niño había hecho una señal con el pulgar hacia arriba para indicar que todo estaba bien, pero sus bostezos denotaban que no había descansado mucho. De hecho, a los pocos minutos de arrancar se quedó dormido, encogido sobre sí mismo. Dimas, que se encontraba sentado en el asiento del copiloto y que hoy venía vestido de forma más clásica, aunque informal, se giró para mirar a Amanda.

—¿Una mala noche?

—Como casi todas desde que vivimos aquí —reconoció ella, que, aunque iba perfectamente maquillada y vestida con un traje de chaqueta gris impecable, no había podido disimular su cansancio—. De verdad que le agradezco que venga, estos días estoy sobrepasada.

—Nada me apetecía más que el tráfico de Madrid a primera hora —la tranquilizó él, que en realidad también estaba cansado: aquella noche había tardado en dormir, revisando sus nuevas sospechas y teorías sobre el robo de los diamantes—; además, así saludo a la doctora… Ha hecho mucho por mi hermano. Me alegro de que al menos se tome un día para usted y su familia.

—¿Un día? Media mañana, como mucho. ¡Y menos mal que está Lorena dejando todo a punto!

—Lorena… Esa chica la admira a usted muchísimo.

—No tardará en odiarme, como todos.

Dimas apartó su atención de la carretera y observó con descaro a Amanda mientras conducía.

—Tendría que aprender a delegar.

—¿En quién? Mi hermano apenas pisa la oficina y se pasa la vida de fiesta en fiesta.

—Me refería más a lo práctico y al día a día, a su secretaria personal.

—Ah, ¿Lorena? Lleva dos años conmigo… Su trabajo es intachable —reconoció, concentrada en esquivar dos motos tras tomar una curva—, pero hay asuntos para los que tengo que estar yo. Por ejemplo, hoy por la tarde vienen a Pentimento, desde París, dos de los inversores.

—Podría atenderlos su padre… Me consta que es un extraordinario relaciones públicas.

Ella se rio.

—Con los franceses es mejor que hable yo, se lo aseguro. Ya habrá visto que mi padre es efectivo con los negocios, pero no muy diplomático, y desde que se supo que tenía esos diamantes de la Corona de Francia y que no los quería devolver… En fin, se cayeron unas cuantas operaciones.

Dimas asintió, pues resultaba difícil olvidar el discurso de Magnus sobre la legitimidad de las cosas si el delito había prescrito.

—Si le digo la verdad, yo también creo que las piezas artísticas que son símbolos relevantes para la cultura de un lugar deberían devolverse. Usted misma, con Pentimento, muestra al público que es el contexto el que da sentido a las obras.

—Me sorprende —reconoció ella—. Uno de los ladrones más famosos de Europa ¡diciendo que habría que devolverlo todo!

—Todo no… Solo lo que se haya sustraído de forma ilegítima.

—¿Aunque hubiese sido comprado por cauce legal?

—Las leyes son parciales y para mí no valen gran cosa, porque son diferentes según la persona que las hace. Fíjese, ayer precisamente hablaba con su padre del busto de Nefertiti…

—Qué conversaciones tan elevadas.

Él sonrió.

—Puede burlarse, pero la verdad es que lo tienen en el Neues de Berlín como si fuese *La Gioconda*, y lo que sí es cierto es que se lo llevaron de Egipto mientras estaba bajo ocupación británica.

—Ah, ¡venga ya! Hubo un acuerdo en el reparto de los hallazgos, usted lo sabe.

—Un acuerdo forzado y lleno de engaños… Desde que Egipto recuperó la independencia a comienzos del siglo xx, no dejó de reclamar lo que era suyo.

Amanda, al tiempo que presionaba el claxon para llamar la atención al conductor de un coche que no se movía, enarcó las cejas.

—De todas las conversaciones que podríamos tener a estas horas, le aseguro que no pensaba que la impunidad colonial pudiese ser el tema de ninguna de ellas.

Dimas se encogió de hombros e incorporó a su mirada una chispa traviesa.

—Es interesante debatir… ¿Debería caducar esa impunidad? —cuestionó—. Los nazis, en doce años de poder, se hicieron con más de medio millón de obras de arte en toda Europa, y muchas siguen

desaparecidas. *El astrónomo* del reverenciado Vermeer de su padre también fue robado por Hitler y escondido en una mina de sal, para después llegar al Louvre por el pago de unos derechos sucesorios, de modo que… ¿Es justo que siga ahí?

Amanda frenó el coche en un semáforo y, por primera vez, se detuvo para mirar a Dimas a los ojos. Ya no enmascaraba sus emociones tras un semblante de piedra, sino que mostraba su desconcierto y curiosidad de forma natural.

—No pensaba que fuese usted de *monument man* por la vida —le espetó, en alusión a una unidad especial de militares aliados expertos en arte que, desde la Segunda Guerra Mundial, habían ayudado a recuperar obras sustraídas por los nazis.

—No se trata solo de los nazis, Amanda —negó él, convencido—. Son muchas las culturas saqueadas… Mientras Napoleón ponía a su hermano como rey en España, ¿sabe cuántas piezas robó José Bonaparte? Cuando huía del país y fue interceptado por el duque de Wellington, el inglés se quedó los bienes que le encontró, y hasta Pérez Galdós en los *Episodios nacionales* habla del «equipaje del rey José». Imagínese lo alucinado que tenía que estar Wellington con la cantidad de arte español que el francés se había llevado que incluso se ofreció a devolver el botín. ¿No le parece increíble que el rey restaurado, Fernando VII, le dijese que se quedase con todo? Por supuesto, le debía unos cuantos favores a Napoleón… Muchas obras fueron revendidas, pero ¿sabe dónde está gran parte de esos cuadros robados por José Bonaparte? En la Apsley House, en Londres, que era el domicilio de Wellington, y ahora la familia ha cedido la mitad para convertirlo en museo.

—Si las obras fueron un regalo, no se podrán reclamar.

—Un regalo ilegítimo, con intereses personales y sobre bienes del pueblo.

—No será para tanto si las obras no fueron reclamadas —rebatió Amanda.

—¿No? *El aguador de Sevilla*, de Velázquez, o la *Última cena*, de Juan de Flandes, que era propiedad de Isabel la Católica… Eran un total de, al menos, ciento sesenta y cinco cuadros, pero en la Apsley House todavía quedan unos ochenta. Retratos como el del duque de Wellington, de Goya, también están en la National Gallery, por no hablar de las esculturas del Partenón en el Museo Británico… Todo debería regresar a las manos de sus dueños originales o, al menos, al lugar para donde fueron concebidas esas obras.

Amanda, perpleja, por un momento perdió la atención en la carretera. Retomó el control del vehículo y de sus pensamientos en un instante, al tiempo que una nutrida contraargumentación para Dimas bullía en su cabeza.

—Pero, según su teoría, tendríamos que reclamar hasta *La Venus del espejo* a la National Gallery, porque si los ingleses tienen ese Velázquez es gracias al expolio napoleónico.

—¡Exacto! ¿Ve cómo al final nos entendemos?

Ella sonrió.

—Estaba siendo cínica, aunque creo que no me ha salido bien. Con sus planteamientos, el mundo del arte sería un caos y solo los grandes bolsillos podrían permitirse viajar para conocer la obra *in situ*. Lo veo muy entregado a la causa, pero ¿no cree que la cultura debería ser universal?

—Nada como su museo para esa universalidad, Amanda. Lo demás es robar.

—Sin embargo, eso es como si dijésemos que la sustracción de los diamantes de mi padre hubiese sido legítima porque las piezas también procedían de un robo.

De pronto, Amanda pareció darse cuenta de lo que había dicho y miró a Dimas con encendido enfado.

—Dios mío de mi vida… ¡El ladrón fue usted!

Marc vestía un traje azul marino cruzado en forma vertical por decenas de finas rayas blancas, que hacían juego con un chaleco y unos zapatos del mismo color claro. Cuando Mencía vio llegar al inspector, cruzó por su mente la idea de que aquel atuendo solo podía haber salido de una extravagante tienda de segunda mano, si bien el traje *vintage* disponía, desde luego, de una factura impecable.

Desayunaban ahora juntos en una cafetería próxima a la Brigada de Patrimonio Histórico, y la solicitud de porras y churros por parte de Marc parecía no tener fin.

—Cuando como bien, mis neuronas funcionan mejor —se justificó —. Lo he pensado y Dimas Chevalier no puede estar implicado en los robos.

—¿Ni como cabeza pensante?

—No. ¿Para qué? Es rico, respetado en el gremio como coleccionista y dispone de una selección pictórica valorada en cantidades astronómicas de dinero… Este año le han pedido, incluso, que sea curador de la exposición británica de la Bienal de Venecia.

—¿Que sea qué?

—Curador, Mencía, ¡curador! Por todos los cielos, ¿es que no sabe nada del mundo del arte? —le preguntó, con más asombro que ánimo de recriminarle algo a la joven—. Los curadores son los que seleccionan las obras de una colección. Es un cargo muy prestigioso e importante… ¿Para qué un hombre como él, con antecedentes penales, iba a querer complicarse la existencia por unos diamantes?

Mencía había dado un largo sorbo al segundo café de la mañana antes de contestar:

—Fue usted el que dijo que era «el Houdin de los robos» —lo atacó ella—, «el Prestidigitador» —añadió, e hizo exagerados aspavientos con las manos—. ¿Quién sabe? Tal vez se trate de algo personal. ¿Y si solo quisiese fastidiar a Magnus Mendoza?

Marc negó con rotundidad ante una posibilidad semejante.

—¿No le parece demasiado enrevesado? Añádale a esa venganza imaginaria los dos ladrones en la misma noche y un crío que parece salido de *Poltergeist*… No lo veo.

—Ah, pues si usted no lo ve… —se molestó ella, aunque sin convicción, pues era consciente de haber lanzado la conjetura sin grandes argumentos—. Centrémonos y estudiemos datos objetivos, ¿de acuerdo? Mire, Amanda Mendoza contestó ya bien temprano mi mensaje de teléfono, ¿sabe? —le dijo, mostrándole un archivo que había recibido vía WhatsApp, aunque el documento venía desde el teléfono de Lorena—. La secretaria de Amanda me lo acaba de mandar… Ya tenemos la lista musical de la noche de la fiesta, de modo que ahora solo queda cotejarla con los vídeos y con lo que nos diga el disc-jockey esta mañana.

—Pero eso únicamente nos valdrá para el robo de los diamantes —objetó él, que apuró un bocado del desayuno—, porque al no

saber cuándo fueron robados el Renoir o el oro azteca no podremos establecer un patrón… Ni tampoco si había evento en el palacio esa noche o no, ni si cualquier potencial sospechoso estaba siquiera en la ciudad…

Mencía resopló.

—Ya sabemos que la cosa pinta regular, Marc, no hace falta que me lo recuerde. Así que podemos ir a lo seguro para comenzar a desenredar el nudo, ¿de acuerdo?

Marc asintió, dio por terminado su desayuno y miró fijamente a Mencía.

—Nos falta otra cosa.

—A ver.

—Si el ladrón de los diamantes accedió a las claves de la cámara desde el palacio, ¿tiene ordenador? Quiero decir, ¿cómo lo hizo, desde un teléfono móvil? ¿Desde un portátil, un reloj? Porque, si necesitaba un ordenador de verdad, entonces es que sí que es de la casa, porque un invitado no puede esconderse algo así en el bolsillo.

—Pero podría colarse donde sí hubiese ordenadores —objetó Mencía, que sin embargo se quedó cavilando sobre aquel planteamiento—. Preguntaremos al informático.

De pronto, una llamada a Marc Bru interrumpió sus conjeturas, y mientras él contestaba Mencía comprobó que también la telefoneaban a ella. Ambos atendieron sus respectivos teléfonos y, tras colgar, fue Marc el primero en hablar.

—Estupendo, los de Científica ya han despachado las huellas y creen que tienen el arma con la que se golpeó al Cuervo… Y el informático quiere hablar con nosotros, parece que sabe cómo se tumbaron todas las alarmas… ¿Se da cuenta? Hasta lo más

enrevesado tiene siempre una explicación lógica y cabal —le dijo a Mencía, con una amplia sonrisa. Sin embargo, ella había palidecido —. ¿Qué pasa? ¿Por qué pone esa cara? No es que sean grandes novedades, pero poco a poco vamos desenredando la madeja, ¿no? Como dijo Agatha Christie en *Asesinato en el Orient Express*, «lo imposible no puede haber sucedido; por tanto, lo imposible tiene que ser posible, a pesar de las apariencias».

—¿Quiere dejar ya de dar el coñazo con Agatha Christie? —exclamó ella, que se levantó de su asiento con urgencia mientras farfullaba exabruptos.

—Pero ¿se puede saber…? —se extrañó Marc, que no entendía nada.

Mencía se volvió hacia él.

—Perdone, me he pasado —reconoció, tras una larga y profunda respiración—. Yo… Tenemos que ir al centro enseguida. Han vuelto a robar en el Palacio Dorado.

Dimas no salía de su asombro ante la acusación de Amanda y, durante unos minutos, le había dado por reír. Estaban llegando ya al Hospital del Canto del Pico en Torrelodones, y el coleccionista no cejaba en su empeño de demostrarle la imposibilidad de que él fuese el ladrón de los diamantes de la Corona de Francia.

—Pero ¿usted quién se cree que soy, el Mago Pop? —le preguntó, en alusión a un ilusionista contemporáneo muy popular—. ¿Cree que tengo el don de la bilocación? ¡Le recuerdo que yo estaba a su lado en la fiesta mientras robaban los diamantes!

—Pues no sé —se justificó ella, que a ratos dudaba—, pudo tener un cómplice.

—¿Y meterme por voluntad propia en la boca del lobo la misma noche que le roban unas joyas? Creo que no.

—Qué casualidad entonces, ¿no? Resulta que ese robo satisface sus repentinas ganas de dar a cada uno lo suyo y de restituir… A ver, ¿cómo lo dijo? Sí, devolver los objetos «al lugar donde fueron concebidas las obras». Es usted un ladrón muy poético, se lo reconozco.

—Y usted una pija con mucha imaginación, si no le parece mal —replicó él—. Por cierto, la están llamando por teléfono… Comprendo que esta antigualla no tenga bluetooth, pero va a despertar al niño.

—¿Qué? —Amanda no daba crédito ante la desfachatez e impertinencia de Dimas, y estaba tan concentrada en la discusión que ni siquiera había escuchado el teléfono. Vio que quien la contactaba era el ama de llaves y cortó la comunicación, silenciando además el sonido. ¿Acaso no le había dicho a Emilce que se tomaba la mañana para estar con su pequeño, que no la molestase nadie? ¿No podían vivir sin ella ni un par de horas? Se dirigió a Dimas muy enfadada—: Su insolencia no tiene límites, por lo que veo. ¡No sé por qué le he permitido que viniese conmigo!

—Porque le he conseguido una cita con la mejor psiquiatra de Madrid, pero tranquila, no hace falta que me dé las gracias… Me conformo con sus disculpas por acusarme sin fundamento de un delito grave.

—Por Dios, seguro que ni siquiera tiene un hermano epiléptico —rezongó, justo antes de tomar una última curva. En lo alto se veía el impresionante hospital, que en la guerra civil española había

albergado una sede republicana, para después convertirse en residencia ocasional del general Franco. Sus herederos lo habían vendido, muchos años después, en estado semirruinoso. Dimas había estado en aquel lugar en infinidad de ocasiones, y la sugerencia de Amanda de que la enfermedad de su hermano hubiese sido un invento le molestó; sus facciones, de pronto, adquirieron un perfil serio y hermético.

—Le dije que mi hermano era epiléptico, y nunca bromearía sobre eso.

Amanda percibió de inmediato el cambio en el tono de voz y en la actitud de Dimas, y se tomó unos segundos antes de hablar. ¿Estaba siendo justa con aquel hombre? Era soberbio, presumido y extraño, pero la estaba ayudando con su hijo, y lo cierto era que ella lo había acusado sin pruebas ni argumentos sólidos.

—Perdone —se disculpó—, supongo que sí, que soy una señora pija que patalea cuando las cosas no salen bien. Están siendo días muy complicados, y no por los diamantes precisamente… No quería ofenderlo con lo de su hermano, lo siento.

—No pasa nada.

Transcurrieron un par de minutos sin que dijesen nada, hasta que su destino se mostró por completo: el edificio principal, construido en piedra a comienzos del siglo xx, era impresionante. Se alzaba en soledad sobre un elevadísimo macizo rocoso, lo que le daba cierto aspecto de siniestra fortaleza, a pesar de que la colina que descendía a sus pies estaba repleta de arbustos, pinos, encinas y otros muchos árboles.

—Vaya —se limitó a decir ella, a punto de llegar a la zona de entrada que cercaba la propiedad. Amanda calculó que habría al

menos cien hectáreas de terreno protegidas por un muro de piedra de dos metros de altura—. ¿Esto es un hospital o un centro psiquiátrico de alta seguridad?

—Ambas cosas, pero no se asuste, que son muy amables… A Matías siempre lo trataron de maravilla.

Amanda anotó mentalmente aquel nombre, porque era el primer dato que Dimas le concedía sobre su vida personal.

—Sobre su hermano… Con todos estos jaleos no me llegó a detallar el tipo de epilepsia que tenía… ¿También se ponía rígido y señalaba algo, como Luca?

Dimas sonrió con tristeza.

—No, me temo que lo de mi hermano es un poco más grave… No tiene solución.

—Oh. Pero… ¿Sufre los espasmos típicos, pierde la conciencia? Anoche miré un poco en internet y…

—Internet, ese gran vademécum —observó él, con tibia melancolía —No… Mi hermano tiene unos ataques un poco particulares. Cuando los sufre, sencillamente, no puede parar de correr.

—¿Cómo? Su hermano… ¿Corre?

En aquel preciso instante se despertó Luca y se abrió una primera puerta de acceso, donde un guarda de seguridad les solicitó su identificación. Dejaron de hablar de Matías. Amanda observó a Dimas con sincero interés, y no fue capaz de determinar si quien la acompañaba era un impostor, un ladrón, un caballero o un hombre extraordinario.

12

Las vistas desde el Hospital del Canto del Pico eran impresionantes. Todavía perduraba cierta niebla matutina sobre Madrid y Torrelodones, y Amanda sintió que flotaba sobre jirones de nubes. Ya solo la recepción del hospital le había resultado algo abrumadora, con columnas y capiteles góticos a los que se añadía un artesonado que pareciera tener varios siglos de historia. «Mamá, es como la escuela de Harry Potter», dijo Luca, encantado y aterrado a partes iguales. Cuando los recibió la psiquiatra, a Amanda le sorprendió que tuviese su misma edad; hablaba con suavidad, como si acariciase las palabras, y su acento era mexicano. Justo antes de entrar, Dimas le había explicado que Rosana Ramírez era mitad mexicana, de Veracruz, y mitad francesa, con una madre nacida en Aix-en-Provence. La psiquiatra y él se fundieron en un sentido abrazo, propio de quienes han compartido alguna vieja e intensa batalla. Dimas gastó un par de bromas y acordaron que él esperaría tomando un café durante la consulta de Luca, y que después charlaría con la psiquiatra para actualizar información sobre su hermano.

Rosana atendió con especial tacto y cuidado al pequeño Luca, para el que había preparado varios cuentos y juguetes en su consulta, con los que le dejó jugar mientras le hacía preguntas sobre

sus ataques nocturnos. Escuchó con atención todo lo que había sucedido en relación con sus hábitos de sueño desde que habían llegado al Palacio Dorado, y agradeció encarecidamente que Amanda hubiese grabado aquel vídeo nocturno a su hijo, que resultaba «esclarecedor». En las imágenes, tal y como había supuesto Dimas, el niño no señalaba el mismo punto de la pared que noches atrás: cuando su madre había cambiado la posición de la cama, Luca se había incorporado de igual forma y estirado el brazo de manera idéntica, pero la noche anterior su postura acusatoria se había dirigido a un insulso perchero.

A pesar de que lo ideal habría sido que Luca hubiese hecho el electroencefalograma con cierta privación de sueño previa, realizarían de todos modos la prueba diagnóstica en el ala pediátrica. Rosana le explicó al niño que le pondrían un gorro con un montón de cables, pero que no dolía nada y que era hasta gracioso. Añadirían al gorro una pasta conductora que parecía gomina y que no dolía nada de nada. Durante algo más de media hora, podría incluso ver dibujos hasta que los técnicos auxiliares terminasen. «¡Qué guay, mamá! ¿Y también puedo dibujar?», había preguntado, a lo que la psiquiatra había dado conformidad después de que Amanda le explicase que al niño le encantaba dibujar y que de hecho lo hacía tan bien y con tanta destreza que disponía de un profesor particular de dibujo. Cuando por fin Luca comenzó a hacer la prueba, y tan solo a unos metros de distancia, la psiquiatra y Amanda pudieron hablar a solas.

—Tal vez en el electroencefalograma no salga nada de momento, y si es así el estudio diagnóstico puede implicar un ingreso de tres o

cuatro días… Pero le adelanto que, casi con toda probabilidad, su hijo tiene epilepsia.

—Pero ¿cómo puede estar segura? Podría tratarse de sonambulismo, de… En fin, mi marido y yo nos vamos a divorciar; todavía no hemos hablado del tema en serio con Luca, pero él sabe que ya no dormimos juntos y tal vez eso…

—Señora Mendoza —atajó Rosana, tomándola de las manos—, sé que es un diagnóstico difícil de digerir, pero sería muy raro que un sonámbulo repitiese lo mismo todas las noches sin excepción… Y sí, el estrés ante una crisis familiar podría influir como detonante en la epilepsia, pero no puede ser su causa —le aseguró, con la firmeza y seguridad propias de alguien que ha tenido que explicar lo mismo muchas veces—. Me dijo que en ocasiones su hijo gritaba justo antes de la crisis, ¿verdad?

—Sí, sí… Es como si estuviese aterrorizado.

—Bien, pues tras ese grito de pánico, lo que suele suceder es un giro de cabeza, un desmayo y hasta convulsiones, todo por una crisis en el lóbulo temporal del cerebro, aunque en su hijo, como ve, los efectos son todavía leves.

—Dios mío, no puedo creerlo, Dimas tenía razón… —masculló Amanda, que, aunque se había preparado para un diagnóstico como aquel, no esperaba escucharlo tan pronto ni con tal rotundidad—. Pero ¿irá a peor? Quiero decir… ¿Luca podrá llevar una vida normal?

Rosana sonrió con amabilidad.

—Señora Mendoza, en todo el mundo hay cincuenta millones de epilépticos, no crea que su hijo se va a convertir en un bicho raro. Si detectásemos la epilepsia siendo ya un individuo adulto, la capacidad de recuperación se vería más limitada, pero en los niños este

diagnóstico puede llegar incluso a curarse con el crecimiento, aunque suele ser una dolencia con la que convivirá de por vida y para la que requerirá medicación, ¿comprende?

—Sí, por supuesto. Haré lo que considere mejor. ¿Qué tipo de medicación…?

—Debemos esperar los resultados de las pruebas, pero lo fundamental es que cortemos desde ya estas crisis nocturnas, porque, cuantas más hay, más daño cerebral se genera, ¿de acuerdo?

Amanda asintió, aunque las dudas seguían asaltando su cabeza.

—Pero no entiendo… ¿Por qué ahora? ¿Ha sido culpa nuestra, por el estrés?

—Ya le dije que el estrés puede funcionar como detonante, pero no es la causa; no siempre es fácil determinar el origen… Pudo ser una lesión durante el nacimiento, una infección del sistema nervioso central…, o incluso podría obedecer a causas genéticas.

—¿Quiere decir que yo…? ¿O que mi marido…?

—No, genético no quiere decir hereditario. Pero querer saber las causas de todas las epilepsias es como pretender saber dónde nace el viento. Sería padrísimo tener siempre las respuestas, pero con los avances de la ciencia a nuestro alcance es imposible —le explicó, con expresión dulce y empática—. Un cerebro normal tiene unos ochenta y cinco mil millones de neuronas, y una crisis focal puede tener su origen en solo mil o dos mil de ellas, por lo que averiguar cuáles son es muy importante, pero también difícil.

Amanda tomó aire despacio. Tenía mucho que asimilar. Rosana se quedó mirando a Luca mientras le hacían la prueba y, cuando terminaron, se confirmaron una serie de «marcas» en el cerebro, un

estallido de actividad cerebral de unos microsegundos que, en efecto, podrían confirmar el diagnóstico.

—Haremos más pruebas, descuide. Tenemos que identificar muy bien esas marcas y el origen de la epilepsia para ver qué podríamos hacer y, de momento, ajustar la medicación… ¿De acuerdo?

Amanda, todavía abrumada, se había limitado a asentir. Rosana, ajena a su estupor, había continuado hablando:

—Ha sido una suerte que diese con Dimas. Solo diagnosticar lo de su hermano nos llevó años, ¡años! Cada vez que venía y no teníamos respuestas para él, nos armaba un pancho que ni se imagina —añadió, riendo.

—Sí, me ha contado que su hermano, cuando tiene una crisis, corre… Pero nunca habría asociado algo así a epilepsia.

—Es inusual, es cierto —reconoció Rosana—, pero la epilepsia no siempre provoca desmayos y convulsiones… Puede generar ilusiones olfativas, térmicas y hasta visiones. El caso de Matías es un trastorno de migración neuronal inoperable y, aunque es un muchacho estupendo, su vida está completamente limitada. ¿Se imagina no poder ir solo a ningún sitio por si de pronto su cuerpo le ordena echar a correr? ¡Y le aseguro que corre muchísimo!

—Pero no entiendo… ¿Cómo puede vivir así?

Rosana se encogió de hombros.

—Dimas se encarga de todo. Qué chingón… Le compró un piso en Madrid y le puso asistencia la mitad del día; tiene que trabajar desde casa, ¿sabe? Y con una puerta con sistema de apertura retardado… Es complicado, pero Matías lo lleva bastante bien gracias a la ayuda de Dimas —añadió, aunque enseguida se dio cuenta de la cara de asombro de Amanda—. Disculpe, pensé que conocía la historia.

—Sí… Bueno, no. Solo por encima.

Rosana asintió. Sabía que el famoso Houdin siempre había sido muy reservado con su vida privada, y de hecho le había sorprendido mucho que solicitase cita urgente en el hospital para alguien como Amanda Mendoza. La salud de su hermano era, quizá, el único punto en el que Dimas se permitía bajar la guardia. La psiquiatra recordó lo vivido con la familia Chevalier con cierta nostalgia.

—Ahora verá que Dimas y hasta el propio Matías bromean con ello, pero lo pasaron muy mal… Fue todo complicado y costoso, aquí tuvo bastantes ingresos de larga estancia.

—Pero esto debe de ser carísimo… —se le escapó a Amanda, que sabía bien cuánto costaba aquella consulta privada. De nuevo, Rosana la miró con sorpresa.

—¿Cómo cree que Dimas conseguía el dinero? —le preguntó, con una mirada reveladora que ponía en evidencia la ingenuidad de Amanda—. Ahorita ya no, ¿eh? Pero vivieron tiempos muy difíciles.

Amanda no daba crédito. ¿Por eso Dimas había comenzado a robar? ¿El gran villano, elegante pero ladrón, resulta que era el Robin Hood de los hermanos enfermos e indefensos? Lo que le faltaba a Amanda era que aquel hombre insoportable, encima, le cayese bien. De pronto, y mientras esperaba que una auxiliar le retirase el gorro a Luca, vio cómo brillaba su teléfono desde el interior del bolso, abierto y abandonado sobre la mesa. Doce llamadas perdidas: Emilce, su padre, Elio. Cuando, preocupada, contactó con su padre y supo que habían robado de nuevo en el palacio, no podía imaginar que Dimas, en la cafetería, también había recibido novedades. Gina lo había telefoneado y él, con el ceño

fruncido, había comprendido por qué el Cuervo, dos noches atrás, había caminado por los tejados.

Elio Mendoza daba vueltas por el cuarto, preocupado. Su habitación no era muy grande, pero disponía de agradables vistas sobre el jardín del Palacio Dorado. Sus pasos deambulaban sobre una moqueta gruesa y mullida, que copiaba con exactitud el dibujo principal del mosaico romano sobre el que reposaba. Celene observaba a Elio desde la cama, en la que se había sentado hacía ya un buen rato, cuando había llegado desde su propio apartamento en Madrid. La joven había dejado reposar las manos sobre las rodillas, y su mente también buscaba una explicación para lo que Elio le había contado sobre aquel sorprendente e inesperado robo.

—Tranquilo, mi amor. Es un sello imperial, de acuerdo, pero es un único objeto, solo uno, de toda la colección de tu padre. ¿Te imaginas que se hubiesen llevado todo?

—Joder, Celene, ¡no me vengas con eso! Siempre puede ser peor, ya lo sé, pero eso vale para los putos libros de autoayuda, no para la vida real —replicó, notablemente enfadado y sin dejar de moverse por la habitación—. ¡Un sello de jade blanco con el dragón imperial! ¿Tienes idea de lo singular que es esa pieza? Es más, ¿tienes idea de su valor?

Celene, pálida e inocente, se limitó a decir una verdad:

—Yo no tengo la culpa de que lo robasen, Elio.

Él resopló. Se acercó al amplio ventanal, atusó su cabello y se mordisqueó los labios. Después, se aproximó a Celene y se sentó a su lado.

—A mi padre le va a dar algo… Primero lo de la Cámara y ahora esto. ¿Cómo puede ser que alguien robase una pieza del salón rojo y que no nos enterásemos? ¡Si esto está lleno de policías desde la noche de la fiesta!

—A lo mejor lo robaron esa misma noche.

Elio se rio con amargura.

—¿Te imaginas? Los policías alucinarían… Tres ladrones distintos la misma noche, ¿no? No sé… Esas vitrinas están tan llenas de cosas que el sello pudo volar, en realidad, hace semanas.

Celene negó con un suave mohín, y la luz de primavera que entraba por el gran ventanal se deslizó sobre su cabello rubio.

—Ya escuchaste lo que dijo tu padre: tomó café con sus amigos de Burdeos en esa misma sala hace cuatro días y no echó nada en falta… Sabes que enseña todas las piezas a los visitantes, ¿cuántas veces nos ha contado la historia del dichoso sombrero mandarín?

Elio guardó silencio unos segundos, pensativo.

—Esa es otra, que se han llevado el sello de jade blanco, pero han dejado todo lo demás… Creo que, de hecho, lo más valioso es el jarrón de la dinastía Ming, el de los peces. ¿Por qué no se lo llevarían?

De pronto, Elio miró a su novia como si de forma inesperada hubiese descubierto algo muy revelador.

—Ya está. Seguro que fue el rarito ese, Chevalier. Piénsalo —insistió, cogiéndola de una mano—. ¿Quién si no? Estuvo en el palacio un par de días antes de la fiesta y luego, cuando volvió, pudo entrar y salir del salón rojo todas las veces que le diese la gana, porque está a dos pasos de la sala de baile.

—Pero pudo ser él o cualquiera, había mucha gente en la fiesta; aunque no, espera —resolvió, como si acabara de darse cuenta de algo muy relevante—, no pudo ser Dimas Chevalier. ¿No recuerdas que lo cachearon antes de salir? ¡Él mismo lo pidió!

—Es verdad —reconoció Elio, que de nuevo comenzó a mordisquearse los labios—, pero no olvides que regresó con mi hermana cuando la lio con lo del Renoir… ¿Y si lo hizo entonces?

—Dudo que Amanda lo dejase curiosear a él solo por aquí, no se fía de Chevalier.

—¿No? Pues hoy se fue con el pipiolo a llevar a Luca a un médico que él conoce, ¿no te parece eso fiarse? ¡Mi hermana, que es fría como el hielo!

—No seas capullo, Elio. Sabes lo que está pasando con Cas y cuánto trabaja. Si mi hijo hiciese lo que Luca, yo… ¡Y eso de que ve personas caminando de noche!

Elio la abrazó.

—No te preocupes —le susurró, para después besarla—, la culpa es mía… No debí ponerme así por esa porquería de sello chino. Perdóname, amor —le suplicó, súbitamente compungido—. Me habría venido muy bien que ese sello estuviese en la colección para enseñárselo a los inversores orientales, ¿sabes? Cerraría un acuerdo a cambio de intercambios de piezas… ¡Para una vez que podía quedar bien con papá!

—Ya, ya lo sé.

—Y encima no podemos hacer nada, ¡nada! Esos de Científica no van a encontrar huellas, te lo digo yo. ¿Has visto cómo nos echaron? ¡Que ya nos avisarían! El colmo, vamos…

Celene abrazó a Elio, que, aún refunfuñando, la atrajo hacia sí para que se tumbase con él en la cama. Acarició su rostro e incluso su pequeña cicatriz sobre la ceja y se la quedó mirando. Un rato después, tras más caricias, pareció mutar de ánimo y su atención se desvió hacia el escote de la camisa de seda de ella, que se había abierto. Celene lo percibió y le hizo una señal negativa: el edificio se encontraba lleno de policías, acababan de descubrir otro robo y no estaba el asunto para fiestas. Sin embargo, Elio, con gesto decidido, deslizó su mano por el interior de la blusa y le bajó el sujetador. Acarició sus senos con firmeza y después, sin dejar de mirarla a los ojos, desabrochó su falda.

—Elio, no es el momento —susurró Celene, incómoda.

Pero él sabía que ella, al final, nunca se negaba. Siempre lo complacía. Elio separó con rudeza unas bragas diminutas y comenzó a masajearle de forma rítmica el sexo; sonrió con malicia al comprobar que aquel espacio íntimo ya estaba húmedo. Celene, entregada por completo a la voluntad de Elio, abandonó toda compostura. Abrió las piernas y empezó a respirar más rápido; llegó un momento en el que le resultó imposible contenerse y ahogaba sus gemidos en el cuello de Elio, al que también había comenzado a acariciar. Ambos se entregaron a aquel calor, al refugio que les ofrecía el dejar de pensar. Cuando la vida era demasiado áspera, ¿qué podía ser mejor que vaciar la mente y limitarse a sentir? Al propio Elio le parecían extrañas las circunstancias, pero de pronto había tenido la necesidad del cuerpo de Celene, como si con aquella dominación pudiese al menos controlar algo en su vida. Acoplaron sus cuerpos y los vaivenes fueron violencia y fuego, pero terminaron rápido. Él le susurró palabras de amor y ella se limitó a mirarlo

embelesada, sin decir nada. Recompusieron sus ropas y se quedaron así, abrazados y con la vista fija en el altísimo techo decorado con paisajes celestes y molduras doradas. Transcurrieron unos minutos hasta que Elio sonrió de forma vaga e imprecisa, con cierta admiración.

—Es increíble… No sé quién será el cabronazo que se ha llevado el sello de jade, pero ¿no es alucinante que el cristal antibalas no tenga ni un rasguño y que la cerradura de la vitrina esté intacta?

Mencía no había podido finalmente acompañar a Marc al Palacio Dorado. De camino para allí le habían comunicado que habían disparado a una persona en su local de trabajo, en el centro, y había tenido que dejar solo al inspector. Para su propia sorpresa, Mencía había sentido, de pronto, que le apetecía seguir con aquella extraña investigación de robos a millonarios, pero su trabajo no era tan ideal como se mostraba en las películas y los libros: por lo general, debía gestionar varios asuntos a la vez. Y ella era subinspectora de la UDEV, no de la Brigada de Patrimonio Histórico. Así pues, había dejado a Marc en el palacio, y ahora él y Maciel, abochornados, observaban a sus compañeros de Científica trabajar en el salón rojo oriental. Tomaban fotos, grababan en vídeo y buscaban huellas: reactivo negro para superficies claras y blanco para superficies oscuras.

Por su parte, los policías no se movían del pequeño pasillo de tránsito que les habían facilitado, aunque lo cierto era que tanto el oficial como el inspector habían contaminado la escena del robo cuando la tarde anterior habían estado allí con Mencía para discutir

«con tranquilidad» sobre la evolución del caso. Pensando en ella, Marc Bru miró la pantalla de su teléfono, tal y como estaba haciendo de forma reiterada desde hacía un buen rato. Llevaban trabajando dos horas, la había llamado unas cinco veces y no conseguía localizarla, ¿dónde se habría metido? Sin duda, seguiría con lo de aquel tiroteo en el centro… ¿Cómo era posible que ni ella ni él mismo ni Maciel se hubiesen fijado en que faltaba una pieza en las vitrinas? Todas reposaban sobre un mullido terciopelo rojo, pero en su exposición había algo diferente a como se mostraban los objetos en la Cámara de las Maravillas; aquí las piezas no tenían una vitrina ni una cartelería propias, sino que tanto las distintas urnas de cristal como las placas que detallaban la biografía de cada objeto eran compartidas. Había sido uno de los empleados de la empresa de seguros quien había dado la voz de alarma; en su obligado inventario de todos los bienes artísticos del palacio, había descubierto la falta del sello imperial de jade blanco.

Marc no daba crédito a la posibilidad de que a todos se les hubiese pasado por alto el robo de aquel sello diminuto, valorado en centenares de miles de euros. A decir verdad, ni siquiera había prestado atención a la placa literaria principal de aquella habitación, que estaba justo frente a la chimenea y que detallaba una breve cita del año 1641 de Calderón de la Barca:

La gran villa de Madrid,
esta nueva Babilonia,
donde verás confundir
en variedades y lenguas
el ingenio más sutil.

Marc supuso que Magnus había colocado la cita justo allí por la alusión a lo multicultural, ya que estaban, precisamente, en una sala oriental en pleno centro de Madrid. Qué excéntrica era la gente rica, que se podía permitir plasmar en letreros dorados las palabras de otros para decorar las estancias de su casa.

—Hay que ver —murmuró, dirigiéndose a Maciel—, ninguno de nosotros se dio cuenta de que faltaba algo en esa vitrina, pero ¿cómo íbamos a saber cuál era todo su contenido original?

—Yo mismo inspeccioné este cuarto tras el robo en la Cámara, inspector —respondió el oficial, preocupado—. Tendría que haberme fijado en el listado de objetos de las placas… Si es que no te fijas en los detalles, Maciel, ¡no te fijas!

En aquel instante entró en el salón, apurada y con la respiración agitada, Amanda Mendoza. Les explicó que venía de Torrelodones y que acababa de dejar a su hijo en el colegio, que no había podido ir antes. Desde el umbral de la puerta, la seguían con la mirada su secretaria, Lorena, y uno de los hombres de seguridad que había contratado Magnus Mendoza.

—Amanda, ¿ha hablado ya con su padre?

—Sí, está muy disgustado y se ha retirado a su habitación… Entienda que son demasiados golpes seguidos para un hombre de su edad, por fuerte que sea.

—Por supuesto —comprendió Marc—. De hecho, se retiró justo cuando llegamos, supongo que por el disgusto. Estaba desesperado… ¿No cree que tal vez debiera verlo un médico? Su hermano nos ha dicho que padece del corazón.

Amanda suspiró con amargura, y a Marc le dio la sensación de que el aire en los pulmones de aquella imponente mujer debía de

pesar más que el aire que respiraba el resto de la humanidad.

—No se preocupe, a mi padre lo tenemos controlado y… Emilce siempre está pendiente de todo. Mi hermano, por cierto, ahora no me coge el teléfono… ¿Sabe si se encuentra en su habitación?

—Supongo… Hace un rato todavía estaba por aquí, pero no sé en qué dependencia se encontrará ahora. Lo cierto es que le pedimos un poco de espacio para que pudiesen trabajar los compañeros —explicó, señalando a los de Científica—. De todos modos —Marc hizo una pausa dramática, tal vez buscando cierta delicadeza y diplomacia—, creo que usted se había desplazado a Torrelodones con el señor Chevalier, ¿no?

—Sí.

—Ajá —asintió el inspector, que miró de reojo y de forma significativa a Maciel—. ¿Y él…? Quiero decir —comenzó de nuevo, porque la mirada de Amanda era impenetrable y no parecía querer dar explicaciones—, ¿no la ha acompañado de regreso?

—Como puede ver, no lo llevo escondido en ninguna parte —replicó ella, cortante, aunque al instante pareció darse cuenta de con quién estaba hablando—. Lo he dejado en el centro, cuando iba de camino al colegio de mi hijo… Creo que tenía trabajo que atender —zanjó Amanda, que observó la delimitación marcada por la cinta policial y dirigió su atención a cómo trabajaban los policías de Científica sobre la vitrina, que daba la impresión de permanecer intacta. Resopló sin ocultar su cansancio ni su hartazgo.

—Parece que, sea quien sea el ladrón, solo se ha llevado el sello… ¿Pueden explicarme cómo diablos ha podido hacerlo?

—De la forma más tonta y sencilla, señora Mendoza. Le confieso que, cuando llegamos, imaginamos desde un complejo artificio

técnico con la cerradura hasta un asalto con mecanismos que anulasen los sensores infrarrojos de las ventanas, pero la realidad es que el ladrón se limitó a cortar la silicona.

—Perdón… ¿Qué?

—Sí, la silicona… Estas vitrinas, por mucho que se perfilen como irrompibles e inquebrantables, son en efecto de cristal templado o de resina acrílica transparente extradura, pero sus bordes suelen estar soldados con pegamento de silicona; la resina acrílica es bastante flexible, de modo que el ladrón debió de utilizar un elemento cortante muy fino y duro para…

—¿Me está diciendo —lo interrumpió Amanda— que fue tan fácil como cortar la silicona de la caja de cristal, levantarla, llevarse la pieza que le dio la gana y volver a dejar todo tal cual?

—En resumen… Sí. El ladrón recolocó la vitrina y la cerradura permaneció intacta. La alarma estaba vinculada a esa cerradura, de modo que…

—Perdón —interrumpió Maciel—, pero todo el rato decimos «ladrón» y no podemos obviar la posibilidad de que fuese una ladrona.

Amanda miró al oficial como si se tratase de un ser de otro planeta, porque en aquellos instantes lo que menos le preocupaba era el sexo de quien hubiese sustraído el sello oriental de su padre.

—Entonces ¿así de fácil? ¿Se corta la silicona y ya está?

Comenzó a reírse, aunque sus carcajadas eran impostadas y parecían propias de alguien a punto de perder la cordura.

—No es tan fácil —explicó Marc—. Si lo fuera, sería un método utilizado por muchos ladrones en los museos de todo el mundo… Verá, si se deforma demasiado el cristal tras cortar la silicona, puede

producirse un chasquido muy similar a un disparo, que es propio de un panel de cristal al estallar… Quien haya hecho esto, hombre o mujer —matizó, y al hacerlo miró a Maciel de forma significativa—, tenía experiencia y, desde luego, una pericia extraordinaria.

Amanda asintió y perdió la mirada en uno de los amables paisajes del Lejano Oriente que se reflejaban en las paredes del salón rojo. Su expresión, inescrutable, no revelaba la cantidad de deducciones y pensamientos cruzados que chispeaban en su cabeza.

—Un ladrón profesional, entonces.

—Eso parece.

—¿Y se lleva solo un sello imperial y no el jarrón de la dinastía Ming, que vale más que todo este cuarto?

Marc carraspeó, algo preocupado. Tenía una teoría, pero todavía no se la había comunicado a nadie. Tal vez aquel fuese un buen momento para enunciarla en voz alta, y así podría mostrar a Amanda Mendoza que eran buenos policías y que no era frecuente ni habitual que acostumbrasen a estar en el escenario de un robo extraordinario sin darse cuenta.

—Tengo una posible explicación para la sustracción de ese sello imperial, Amanda. No dispongo de pruebas, sino solo de mi propia intuición y de la posible conexión con otros casos que…

—Lo escucho, inspector —lo animó ella, sin dejarlo terminar. Su semblante impresionaba por su belleza y severidad, por su furia contenida—. Soy toda oídos.

13

Marc respiró hondo y metió los dedos dentro de los diminutos bolsillos de su chaleco blanco. Si a Amanda le había parecido inusual el estilismo de aquel traje azul marino con decenas de rayas diplomáticas, desde luego no había dado señal alguna de extrañeza. Observaba al inspector sin mostrar apenas sus emociones, pero resultaba obvio que era imperiosa su necesidad de información, de intentar entender qué estaba sucediendo en su mundo.

—Verá, Amanda… Hay, digamos, tres tipos de ladrones; el primero, que abarca a la mayoría, busca enriquecerse y sacar el máximo dinero que pueda de lo que ha robado, sin más. En el segundo grupo están los que buscan la belleza, el arte en sí. Puede ser para sí mismos o por encargo de un tercero, pero lo que necesitan, lo que codician, es el objeto. De hecho, las obras intocadas, que nunca han estado en el circuito comercial, son las que más fascinan a los coleccionistas, que…

—¿Y el tercer tipo de ladrón? —lo cortó Amanda.

Marc respiró hondo. Era muy posible que metiese la pata con aquella teoría, pero al menos podría ofrecer una posibilidad plausible a Amanda Mendoza. Maciel, tan larguirucho y flaco como era, lo miraba expectante como un ratoncillo curioso, porque tampoco sabía cuál era aquel misterioso y tercer tipo de ladrón.

—Nos consta —dijo Marc— que existe un reducido número de individuos que, con sus robos, pretenden restituir todo aquello que fue saqueado en épocas de conflicto… Se supone que devuelven las piezas de arte a sus tenedores originales, pero sus métodos vulneran la ley y, desde luego, la ética y la seguridad comercial.

Amanda, en señal de desesperación, cerró los ojos y se llevó la punta de los dedos hacia la raíz de la nariz. Decidió no decir nada y esperar a que el inspector terminase de exponer su teoría, aunque la imagen de Dimas Chevalier se instaló en su cabeza como ejemplo y definición perfecta de aquel tercer tipo de ladrón. Alzó la vista y se dirigió a Marc:

—Le aseguro que todo lo que contiene el salón rojo ha sido adquirido de forma legal a museos y anticuarios de prestigio reconocido… Pero, por favor, continúe.

—Bien, pues… Aunque algunos creen que la mayoría de este tipo de ladrones se enfoca hacia los elementos robados por los nazis en la Segunda Guerra Mundial, lo cierto es que, en realidad, muchos se orientan hacia el mercado chino. ¿Le suena la guerra del Opio?

—Siglo XIX, si no recuerdo mal. Hubo dos guerras, pero la verdad es que mis conocimientos de historia y de arte se circunscriben más a Occidente… ¿Va a contarme una historia muy interesante sobre el sello de mi padre?

—No lo sé —reconoció Marc—, pero voy a contarle el motivo por el que se me ocurre que pueda ser el único elemento desaparecido en esta sala, ¿puedo?

—Por favor —concedió Amanda, que al instante se reconvino a sí misma: aquel inspector estaba intentando ayudarla, y su ironía y agresividad debería guardárselas para sí misma.

—En realidad, esta no deja de ser otra historia más sobre imperialismo, Amanda. La segunda guerra del Opio tuvo lugar entre 1856 y 1860… El Reino Unido y Francia estaban en conflicto con la dinastía Qing; querían la legalización forzosa del opio para importarlo, además de la abolición a su favor de unos cuantos impuestos para extranjeros y otra serie de favores, pero las negociaciones fracasaron. Para resumírselo, le diré que las tropas francesas y británicas llegaron a Pekín y destruyeron y saquearon el Palacio Imperial de Verano, que junto con los Jardines Imperiales ocupaba una superficie de unos tres kilómetros cuadrados y albergaba una de las mayores colecciones de arte chino del mundo.

Amanda alzó las cejas, en señal de incredulidad.

—¿Me está diciendo que el sello imperial de mi padre estaba en ese Palacio Imperial?

Marc asintió.

—Muy probablemente. Muchas de las piezas saqueadas se subastaron en el mismo lugar y los beneficios fueron para los ejércitos europeos, pero lo más valioso viajó hasta las manos de la reina Victoria de Inglaterra y hasta las de Napoleón III, aunque gran parte de los tesoros acabaron en casas de subastas de París y Londres, en museos y en villas de campo británicas.

—Dios mío —murmuró Amanda—. ¡El sello de mi padre perteneció a Eugenia de Montijo!

Maciel miró al inspector con un gesto de extrañeza. Resultaba obvio que Amanda acababa de comprenderlo todo, pero él no sabía con exactitud quién era la dama, por lo que Marc se lo dijo como si le hubiese hecho la pregunta.

—La emperatriz de los franceses, Maciel. La esposa de Napoleón III. El caso —continuó, y se dirigió de nuevo a Amanda— es que no sé si esta conexión que he hecho es correcta, pero me consta la existencia de precedentes… No hace mucho, en el Pabellón Chino del Palacio de Drottningholm, en Suecia, desaparecieron también unas piezas que podrían haber sido sustraídas de los Jardines Imperiales; la operación se hizo en apenas seis minutos y el ladrón huyó con una lancha que había escondido en el lago. Apenas un mes más tarde, se asaltaron los museos KODE de Bergen, en Noruega, a través de un techo de cristal desde el que se descendió haciendo rápel… Se robaron unos cincuenta objetos y, tras estudiarlos con detalle, parece que el patrón común fue la procedencia del saqueo de los Jardines Imperiales. Sucedió algo parecido unos meses más tarde en el Museo Oriental de la Universidad de Durham y en el Museo Fitzwilliam de la Universidad de Cambridge… Todos eran objetos de las dinastías Ming y Qing, y todos cumplían el mismo patrón: el ladrón abandonaba objetos valiosísimos y se llevaba solo los que procedían del desastre de la guerra del Opio —explicó, y se detuvo solo un instante para tomar aire—. Es posible que no sea nuestro caso y que se trate de una sustracción por encargo de un particular, sin más, pero en la placa que ordenó poner su padre bajo la vitrina no he visto que hubiese más objetos procedentes del Reino Unido ni de Francia.

Amanda se sentía abochornada. ¿Cómo era posible que se hubiese dejado engañar por Dimas Chevalier? La razón, su intuición y la lógica más aplastante le decían que era él, y solo él, la única persona capaz de haber hecho algo semejante. Se atrevió a formular la pregunta en alto:

—Inspector… ¿Cree que pudo ser Dimas Chevalier?

Marc se encogió suavemente de hombros.

—No digo ni que sí ni que no, pero podría ser, sí. Al menos, los robos cumplen con los tres requisitos fundamentales para los ladrones de guante blanco como él… Nunca son vistos por sus víctimas —comenzó a enumerar, utilizando los dedos—, nunca infieren amenazas y jamás recurren a la intimidación ni a la violencia.

—¡No! —exclamó Maciel—. ¡No puede ser Chevalier! Yo mismo lo registré la noche de la fiesta, Marc, ¡yo mismo y con estas manos! Maciel podrá ser torpe —aseguró, pasando de la segunda persona del singular a la tercera para referirse a sí mismo—, pero sabe cachear a un sospechoso. Le aseguro que no llevaba nada, inspector.

Marc se dirigió entonces a Amanda, y en su tono había cierta sensación de impotencia, de inseguridad.

—Si hubiese sido él, que no lo sabemos, podría haber escondido por aquí la pieza… Es lo único que se me ocurre. Pero denos tiempo, nuestros compañeros —señaló a los policías de Científica— están trabajando en ello y tal vez con las evidencias que el ladrón haya…

En aquel instante, sonó su teléfono. Marc miró la pantalla, se disculpó y salió del salón rojo hacia el pasillo. Se alejó de Lorena y del asistente de seguridad para atender la llamada.

—Mencía, por Dios, ¿se puede saber dónde estaba? Ni se imagina la que tenemos aquí liada… ¡Si ni siquiera he podido hablar con los Mendoza de las novedades del informático ni de nada!

—Ahora me lo cuenta, Marc, pero esto se pone serio.

—No me diga.

—¿Sabe el caso para el que me habían avisado?

—El tiroteo, sí.

—Ha sido en el barrio de las Letras, en la tienda del anticuario que trabajaba con el Cuervo… Es aquí, en la calle Príncipe, justo al lado del Teatro Español, ¿sabe por dónde le digo?

—Sí, sí.

—Vale, pues al anticuario le han plantado tres tiros en la cabeza.

—¿Y está…? ¿Está muerto?

—¿Usted qué cree? Voy para allá. Júnteme a los Mendoza en una sala, vamos a hablar con ellos en serio de una vez.

—¿Que se los junte? ¿Usted cree que se le puede dar órdenes a esta gente? Primero me critica, pero después ¡es usted la que se cree que esto es una novela de Agatha Christie! ¿Qué pretende?, ¿que los reúna en la biblioteca por si alguno es culpable de algo?

Mencía resopló al otro lado de la línea.

—Haga lo que quiera, pero céntrese, esto es grave y tenemos que presionar para ver si alguno nos oculta información. He hablado ya por teléfono con el informático y con el responsable de Científica, así que tenemos por fin datos más concretos para contrastar con los Mendoza… Tardo quince minutos.

Mencía colgó. Y Marc se quedó mirando la pantalla como si en el interior del teléfono pudiese hallar alguna explicación a todo lo que estaba sucediendo. Tomó aire antes de volver a entrar en el salón rojo; hacía falta algo de valor para exigir algo a aquella gente y para, en definitiva, pedirle a la inescrutable Amanda Mendoza que reuniese a toda su familia en la biblioteca.

Era prácticamente la hora de comer y a nadie le apetecía aquella reunión improvisada en la biblioteca. Por lo general, la vida era una sucesión de días rutinarios, ¿por qué tenían que ocurrir todos los hechos importantes a la vez, convirtiéndolos en inabarcables?

Antes de empezar, a Amanda solo le había dado tiempo a atender un par de minutos a su padre, interesado por saber los resultados del médico que había estudiado el caso de su nieto aquella mañana. Pensativo, se había limitado a asentir tras el diagnóstico de epilepsia de Luca. Ahora, bajo la atenta mirada de Cervantes desde su puesto preeminente sobre la chimenea de la biblioteca, familia y allegados se repartieron ante los ventanales enmarcados por gruesos cortinones rojos y en las sillas y sofás: allí estaban cómodamente sentados Magnus y su inseparable ama de llaves, que a Marc le parecía más una asistente personal que la responsable de la gestión de la vivienda; Amanda y la infalible y responsable Lorena, ambas en pie y como si siempre estuviesen dispuestas para la acción; Elio y la dulce Celene, cogidos de la mano y situados en otro pequeño sofá. Solo faltaba Casio, que desde París ni siquiera estaba todavía al tanto de la desaparición del sello imperial de jade blanco.

Por su parte, y en silencio, Maciel se mantenía a unos pasos de su superior, Marc, y Lope hacía lo propio cerca de Mencía. Los artesonados oscuros del cuarto y el peso de la memoria que ofrecían los incontables libros de las estanterías revestían el encuentro de una sobriedad con la que Mencía no contaba.

—Disculpen esta reunión improvisada, pero los últimos acontecimientos han precipitado las cosas. En estos momentos tenemos abiertas tres líneas de investigación: el primer robo de la

Cámara, el segundo realizado por el Cuervo y, ahora, el tercero en la sala oriental.

—Eso es algo que ya sabíamos —cortó Magnus, que, para sorpresa de Marc, se mostraba de nuevo con un ánimo sólido como una roca—. ¿Tienen o no alguna novedad en la investigación? Porque hasta ahora todo es un desastre.

—En efecto —reconoció Mencía, seria y molesta por el tono de superioridad con el que les había hablado—, todo es un desastre, así que vamos a comprobar si se les ha olvidado facilitarnos algún tipo de información, ¿de acuerdo?

—¿Qué insinúa? ¡Pero cómo se atreve!

—No insinúo nada, señor Mendoza, pero apenas hemos tenido tiempo para trabajar y… Esta mañana han asesinado al contacto habitual del Cuervo.

Las exclamaciones de sorpresa y los murmullos se sucedieron al mismo tiempo que Mencía pedía calma con las manos. Les explicó que Alberto Ballester, que llevaba más de treinta años trabajando como anticuario en el barrio de las Letras, había aparecido muerto con tres tiros en la cabeza disparados a bocajarro. La subinspectora insistió en la necesidad de saber si alguno de los presentes había acudido alguna vez a aquel anticuario, y todos negaron de forma tajante. Repasaron los posibles vínculos de cualquiera de ellos con el Cuervo, pero tampoco ahora lograron establecer ninguna conexión. Hablaron después del tercer delito: la misteriosa desaparición del sello imperial, para la que ninguno disponía de una explicación. Magnus, de hecho, negó haber recibido nunca una reclamación del Gobierno chino en relación con aquella pieza, por lo que la teoría de Marc de que el culpable fuese un ladrón que restituía bienes

patrimoniales a sus propietarios originales parecía tener alguna grieta.

Finalmente, Mencía atacó el asunto del primer robo, que era donde ella consideraba que los Mendoza podrían tener más implicación.

—Les informo de que el equipo informático, en un tiempo récord —recalcó, dirigiéndose de forma significativa a Magnus—, ha revisado las grabaciones de los últimos diez días de la videocámara oculta en el ático, y no hay nada. Solo hemos podido visualizarlo a usted, Magnus, acompañado de Emilce en ocasiones… Por cierto, la señora de la limpieza que mis compañeros han visto en las imágenes… ¿siempre entra con usted?

—Siempre. Y hace su trabajo en mi presencia, aunque solo accede un par de veces al mes.

Mencía asintió. Curiosamente, y hasta que se lo habían confirmado los compañeros, en ningún momento se le había ocurrido que, en efecto, aquel lugar tan extraordinario del ático tenía que ser limpiado por alguien, y en este caso era por una de las asistentas fijas de la familia. La subinspectora continuó con el contenido de la cinta:

—También hemos visto a Amanda con su marido y con usted mismo, pero a nadie más.

—Sin embargo, las piezas desaparecidas pudieron robarse antes.

—Sí, parece la única posibilidad, que fuesen robadas y sustituidas por otros objetos antes de esos diez días; de hecho, es posible que lleven años robándoles.

Un nuevo murmullo ascendió por la habitación, en el que la incredulidad y la indignación se elevaron por el aire como una

trágica plegaria. Marc observaba, sorprendido, la seguridad de Mencía al hablar; sabía que sufría de los nervios, pero al parecer le venía bien enfadarse para dirigir sus palabras a los demás con determinación. El inspector, para suavizar el ambiente, incluyó una matización:

—Según me ha dicho el perito del seguro, las únicas piezas falsas son los diamantes, el tejo de oro, el Renoir, un boceto de Dufy y, posiblemente, otro de Matisse.

Amanda sonrió con amargo pragmatismo.

—Al menos se ha limitado el daño y, gracias al Cuervo, creo que hemos podido terminar con las incursiones del ladrón misterioso —declaró con expresión cansada, para dirigirse después a Magnus—: Papá, esta misma semana cambiaremos el tema de la seguridad, ¿de acuerdo? Todo eso de las claves dobles, en mano y por correo electrónico… Ya ves que no funciona.

Magnus asintió, aunque musitó un «ya lo hablaremos».

—Sí, para que todo deje de ser un desastre —dijo Mencía con retintín— será mejor que bloqueen de forma correcta el acceso a esa Cámara. De todos modos —continuó subiendo el tono, ya que había visto el ademán de Magnus por replicar—, nuestros compañeros de Científica nos han confirmado que, tal y como suponíamos por las imágenes, tanto el Cuervo como el primer ladrón debían de llevar guantes, porque no hay más huellas en la estancia que las de la familia y el personal de limpieza autorizado.

—No creería que unos ladrones profesionales fuesen a dejar sus huellas por ahí —objetó Magnus.

Marc miró a su compañera, y el mensaje de su expresión era muy claro: contención, contención ante todo.

—Desde luego —siguió ella, rápida—, no contábamos con huellas, pero nuestra labor requiere siempre examinar al detalle el escenario del crimen.

—A ver, crimen… —dijo Elio, con media sonrisa—. Al fin y al cabo, se trata de un robo, no de un asesinato…

—Se equivoca —afirmó Mencía—. Creemos que el primer ladrón golpeó con un elemento contundente al Cuervo, que falleció minutos más tarde por culpa de una hemorragia interna… ¿O pensaba que lo había matado su sobrino con ese disparo invisible? De hecho, nuestros compañeros opinan que lo que se utilizó fue un antiguo candelabro de la biblioteca, que es donde se ocultó el verdadero ladrón de los diamantes cuando apareció el Cuervo; por tanto, y aunque no fuese un acto violento premeditado, estamos hablando de homicidio.

Cuando Amanda había dejado a Dimas Chevalier en el centro, este dirigió sus pasos a la plaza de Santa Ana. No perdía nada por confirmar la información que le había dado Gina. En el anticuario estaba la clave que podía validar sus teorías, pero era mejor asegurarse antes de orquestar una pequeña venganza. Una acción elegante, sin sangre, pero contundente.

Cuando Dimas se aproximaba a la tienda del anticuario, detectó movimiento y una muchedumbre alborotada. Cruzó la acera y se alejó de la plaza de Santa Ana, la primera peatonal en Madrid, y se camufló entre la masa de turistas y curiosos. ¿Aquella mujer de negro con la melena hasta la cintura no era la subinspectora Mencía Rivera? Había un coche de la Policía Nacional y, por lo que él podía

intuir por cómo estaba aparcado en doble fila, otro más de los que los policías llamaban «Kas», de «camuflaje», y que sin duda era en el que había llegado Mencía. Una ambulancia permanecía ante la puerta de la tienda de antigüedades con las puertas abiertas, y el hecho de que no atendiese a nadie en su interior podía significar algo bueno o, más bien, todo lo contrario. La tienda imitaba los artesonados que los franceses utilizaban en sus locales comerciales, y su color verde oscuro avejentado, junto con las evocadoras antigüedades que se intuían en el escaparate, invitaba a curiosear.

Dimas, que permaneció semioculto entre la muchedumbre, observó cómo dos hombres de edad avanzada salían del núcleo de la acción y se dirigían conversando hacia alguna parte. Le pareció que debían de ser un par de jubilados del barrio. Los siguió de forma disimulada y, a solo unos metros y en una calle estrecha, vio cómo entraban en una taberna de la zona, Viva Madrid; aquel local, por lo que él podía recordar de cuando había vivido en la capital, llevaba más de ciento cincuenta años funcionando, aunque solo había estado allí una vez. Su exterior azulejado, que representaba de forma colorida la estatua de la plaza de Cibeles, le hizo recordar al inspector Bru y a sus disparatadas teorías de un posible robo por su parte al Banco de España. Dimas accedió al local a través de una puerta en cuyo dintel el azulejado rezaba LO MEJOR DEL MUNDO, y con fingida indiferencia se sentó en la barra al lado de los dos hombres, que hablaban con vehemencia.

—Eso ha sido un ajuste de cuentas, Paco. Te lo digo yo.

—¿Por esos muebles y porquerías viejas que vendía Alberto? No, hombre, no. Un atraco, seguro.

El otro negaba, convencido, mientras pedía unas cervezas.

—Imposible. ¿No escuchaste al policía, al gordito?

—¿El que sudaba mucho?

—Ese. Yo estaba cerca de la puerta, y juraría que dijo que no faltaba nada de la caja… Si es que no te enteras.

El tal Paco se había quedado pensativo mientras gestaba teorías de conspiración, de espionaje y de toda clase de exageradas especulaciones. Dimas los escuchó un rato más. Divagaron sobre la posibilidad de que Alberto Ballester, además de anticuario, hubiese sido narcotraficante. Dimas perdió la mirada en las incontables arpías de madera que sujetaban el artesonado del techo y, después, pareció darse cuenta de dónde estaba y de la hora que era, de modo que ojeó la carta y decidió comer una tortilla de patatas y unas berenjenas crujientes. Ah, cómo echaba de menos la comida, los aromas y la gente de España.

Comió al mismo tiempo que Mencía salía hacia el Palacio Dorado para la reunión improvisada en la biblioteca, y en su mente tomó forma la gravedad de lo que acababa de suceder. En cierto modo, y a pesar de lo irreversible del asunto, saber a qué se enfrentaba era mejor que vivir dentro del desconocimiento y la incertidumbre. Solo sentía todo aquello por Amanda; sin duda era una mujer seca y arisca en muchos sentidos, pero tras conocerla un poco había llegado a entender por qué se comportaba así. Debía de resultar realmente agotador tener que estar todo el tiempo demostrando que merecía su lugar en el mundo, en la empresa y en la familia Mendoza. Y era realmente guapa, con una belleza rotunda que manejaba en silencio, sin imposturas. Dimas lo lamentaba por ella, pero ahora no le quedaría más remedio que entrar en acción.

14

El hecho de que Mencía hubiese hablado de homicidio en relación con el Cuervo y el intruso-ladrón que al parecer campaba a sus anchas en el palacio abrió un silencio incómodo en la biblioteca. Marc procuró recuperar el pulso de la reunión:

—Les rogamos tranquilidad… Ahora tienen un equipo de seguridad en la puerta del edificio veinticuatro horas al día, y nuestros compañeros están trabajando en el laboratorio con los cabellos y las fibras encontrados gracias a las fuentes de luz forense, aunque volverán a tomar más muestras; posiblemente lo harán en el punto exacto donde hay que teclear la clave de acceso a la puerta de la Cámara… Y dentro practicarán otro repaso, naturalmente. Si hay algo, daremos con ello.

Mencía miró de reojo a Marc. ¿De dónde sacaba aquella información? En efecto, la luz fría que utilizaban los policías de Científica valía no solo para detectar huellas, sino también fluidos, cabellos y fibras, pero a ella no le constaba que hubieran hallado nada relevante en la Cámara de las Maravillas y mucho menos que tuviesen que volver a tomar muestras.

—En cuanto a los accesos de la casa… Hemos visto que la entrada a su garaje del sótano carece de videocámara…

—Es una casa, usted lo ha dicho —afirmó Magnus, molesto—, no un castillo. Ya hay cámaras en la entrada principal, en la parte trasera y en el jardín, ¿dónde más quiere que las pongamos, en la ducha?

Mencía resopló.

—Me resulta indiferente dónde las tengan, pero necesitaría saber cómo se puede acceder al interior en coche y si en la salida, en la primera planta, la puerta está o no cerrada con llave.

—Al garaje se accede mediante clave numérica —atajó Amanda— y la puerta de acceso es doble y con cerradura de seguridad. De hecho, funciona solo con llave… La manilla no puede usarse sin ella.

—Perfecto, gracias —asintió Mencía, que hizo una señal a Lope para que después comprobase ese acceso—. Estamos también revisando todos los vídeos de la fiesta y los tiempos según la música que sonaba, de modo que… Si no les importa, me gustaría que ahora, al terminar, se quedasen Amanda, Lorena y Elio. ¿Puede ser?

Se miraron entre ellos, extrañados, y asintieron. Mencía ya iba embalada, de modo que soltó un último disparo:

—Nuestro informático ha comprobado que las claves para acceder a la Cámara y las de las alarmas de las ventanas se desconectaron desde una IP encriptada que estaba, muy posiblemente, dentro del palacio… Y hace falta un ordenador en condiciones para hacerlo. Teniendo en cuenta que estamos hablando de robos continuados en el tiempo, por favor, díganme: ¿sospechan ustedes de algún empleado de la casa o de alguien que esté en esta misma habitación?

La insultante insinuación de Mencía logró, de nuevo, el clamor de la masa. La ofensa descarada en su pregunta, las dudas. ¿Qué tipo

de aparato informático se había utilizado para desactivar las claves? ¿Podía valer una simple tableta tipo miniordenador? Porque algo así sería fácilmente disimulable bajo una chaqueta… Además, ¿cómo se atrevía la subinspectora de la UDEV a insinuar que alguna de las personas de aquella biblioteca podía ser responsable de los robos?

—Buscan un culpable rápido —se quejó Elio—, ¿y saben por qué? Porque es más fácil, porque se creen que esto es como el *Cluedo*, cuando lo más probable es que nos haya robado alguien del exterior. ¿No ven que en este edificio se hacen eventos todas las semanas?

—¿Y no ve usted, Elio, que debemos descartar todas las posibilidades? —lo cortó Mencía—. En todo caso, les dejo mi tarjeta a cada uno de ustedes por si se acuerdan de algo, tienen alguna idea o, simplemente, prefieren hablar lo que corresponda en privado, ¿de acuerdo?

Y eso fue todo. Lope desalojó la biblioteca, y a Mencía le pareció curioso cómo Maciel, aquel delgaducho y extraño oficial, también entendía de inmediato el mensaje y ayudaba para despejar de forma natural y sencilla el cuarto. Tal vez la colaboración temporal entre la UDEV y la Brigada de Patrimonio Histórico no fuese tan terrible e insoportable como imaginaba, al fin y al cabo.

Los policías se quedaron en la biblioteca a solas con Elio, Amanda y Lorena, a la que le resbalaban a cada rato sus enormes gafas por la nariz. Mencía señaló con un gesto a Lope y fue directa al asunto.

—Mi compañero ha hablado esta mañana por teléfono con el disc-jockey contratado para la fiesta, y nos ha confirmado el listado que

usted —miró a Lorena— nos pasó sobre la lista musical … Por favor, ¿podrían echarle un vistazo y confirmarnos si es correcto?

Lope sacó un papel doblado del interior de su chaqueta, lo estiró con sus manos regordetas y lo mostró:

1. *Caruso*, de Luciano Pavarotti.
2. *Felicità*, de Al Bano y Romina Power.
3. *L'italiano*, de Toto Cutugno.
4. *Sarà perché ti amo*, de Ricchi e Poveri.
5. *Tu vuò fa' l'americano*, de Renato Carosone.

   *****
6. *Mamma Maria*, de Ricchi e Poveri.

   *****
7. *Funiculì, funiculà*, de Luciano Pavarotti, The Chieftains y la Orquesta Filarmónica de Turín.
8. *Far l'amore*, de Raffaella Carrà, versión retocada por Bob Sinclair.
9. *Ti amo*, de Umberto Tozzi.
10. *Turandot*, acto III, aria *Nessun dorma*, de Luciano Pavarotti, con la Orquesta Filarmónica de Londres.

—¿Qué significan los asteriscos? —preguntó Elio.

—Los que aparecen entre la canción cinco y la seis indican el momento del apagón, y los que salen después se refieren a un cambio en la lista.

—Ah, la canción que pediste —señaló Amanda, que miró a Elio con reprobación. Él se defendió de inmediato.

—Solo habías escogido ópera y cantantes que ya están jubilados… ¡Si ni siquiera tenías a Eros Ramazzotti ni a Laura Pausini! ¿No se suponía que era una fiesta? —se burló, para después dirigirse a la subinspectora—: ¿Para qué rayos quieren saber qué música sonaba?

—Para cotejar los vídeos que han colgado los invitados y verificar dónde estaba cada cual en el momento del robo.

—Ah. —De pronto, el tono burlón de Elio se había rebajado y ahora observaba a Mencía con una mezcla de sorpresa, reconocimiento y admiración—. Pues… Yo pedí varias canciones, pero el tipo solo puso la de *Alors on danse*, de Stromae. La que hizo con Kanye West… ¿Saben cuál es?

—Lo sabemos.

Amanda, sin embargo, se mostró reticente.

—Es una buena idea, pero no demasiado fiable. Antes de que comenzase a trabajar el disc-jockey, estuvo tocando una banda de jazz, y las canciones de la lista no sonaban en su integridad, sino que el chico pinchaba las partes más animadas.

—Contamos con ello —reconoció Mencía—, y por eso entrevistaremos en detalle al disc-jockey. Pero hay algo que sí sabemos, y es el tiempo exacto en que estuvieron bloqueadas las alarmas del ático. Fueron unos quince minutos antes del apagón y apenas cinco desde que regresó la luz, por lo que podríamos olvidarnos del jazz y concentrar la acción del robo entre las canciones una o dos y la cinco, para después incluir la canción francesa y la seis y la siete, incluso la ocho, en el periodo de cuarentena.

—¿De cuarentena? —se extrañó Lorena, con una expresión curiosa y casi infantil.

—Me refiero a lo que sonó después del apagón. Quien salga en las imágenes que han grabado los invitados mientras se escuchan esas canciones no puede ser el ladrón.

—Porque el ladrón estaba en el ático… —dedujo Amanda.

—Exacto.

—Pero ese planteamiento falla —objetó ella de nuevo, al tiempo que comenzaba a deambular por la biblioteca—. Habrá gente que no aparezca en las imágenes porque estaba en el baño, o conversando en el pasillo… Por no hablar de quienes saliesen a fumar.

—Contamos con ello —intervino Marc—, pero así al menos podremos descartar un montón de posibles y potenciales sospechosos, ¿no le parece?

Amanda esbozó un mohín de reconocimiento, aunque no tardó en plantear otra cuestión:

—Esta lista ya se la pasó Lorena hoy… ¿Para qué nos necesitan a nosotros?

—Para saber si hubo algún cambio en el orden musical de última hora, si recuerdan que se repitiese alguna canción…

Amanda negó con el gesto. Ella, además, había salido de la fiesta tras el apagón, y después de la música francesa que había escogido su hermano ya no había distinguido las canciones; al fin y al cabo, había estado atareada con el conflicto en el jardín, en el que había perdido el conocimiento. Lorena sí se había quedado en la fiesta, y no dudó en intervenir:

—El único cambio fue la canción francesa —confirmó, reajustando las gafas sobre la nariz—, y eso puedo confirmarlo: yo misma fui a exigir al disc-jockey que continuase con la lista, porque acompañaba las imágenes que habíamos programado sobre las paredes y el techo

de la sala y que promocionaban Pentimento. Había temas más movidos o lentos según lo que mostrábamos…

—La aguafiestas de siempre —musitó Elio, que habló en un tono lo bastante alto como para que lo escuchasen; sin embargo, si había creído que alguien le reiría la gracia, se había equivocado.

—Bien, eso es todo —resolvió Mencía—. Cotejaremos el material audiovisual que tenemos con los tiempos de las canciones. Si ustedes disponen de grabaciones en sus teléfonos, también nos serán de utilidad.

Lope hizo un gesto a la subinspectora, indicándole que ya se había encargado él de solicitar un material de ese tipo a la familia. Por fin, y con una despedida formal llena de deseos de que aquello volviese pronto a la normalidad y de que se resolviese un asunto tan turbio, los policías salieron de la biblioteca y se dirigieron al salón rojo. Por el camino, Mencía se aproximó a Marc Bru y le preguntó a qué había venido decir que los compañeros de Científica habían encontrado cabellos y tejidos, y que, además, pensaban buscar más material orgánico en el palacio. ¿Acaso sabía él algo de lo que a ella no le hubiesen informado?

—Querida, me he limitado a hacer lo mismo que Agatha Christie en *Asesinato en el Orient Express*, ¡no me diga que tampoco lo ha leído!

—Tengo otras cosas de las que ocuparme, si no le parece mal.

—Y, sin embargo, en los libros está todo… Verá, le diré a Maciel que se quede por aquí con la excusa de acompañar a los de Científica, pero lo tendré vigilando.

—¿Vigilando el qué?

Marc sonrió con malicia.

—Si el ladrón fuese uno de los que ahora estaban en la biblioteca, creerá que todavía queda material orgánico por recoger, así que ¿qué supone que hará?

—Hum… ¿Limpiar?

—Eso es, querida. ¡Es lo que decía Agatha! ¿Qué hay que hacer para cazar un conejo? Introducir un hurón en su madriguera y, si el conejo está ahí dentro, ¡le aseguro que saldrá corriendo!

No importa cuánto te esfuerces: cuando comprendes tu finitud e insignificancia, tu incapacidad para resolver los problemas negros y profundos de la vida, las tripas se te enroscan dentro y sientes de forma física e intensa la sensación de asfixia, de ahogo. Hay quien lo llama ansiedad, aunque Amanda había comprendido que era impotencia. No había logrado que su marido la amase. Al menos, no con un amor fiel y de veneración mutua. Como madre, tampoco había sabido ver la enfermedad que dañaba a su hijo. ¿Cómo era posible que hubiese sido un ladrón, un exconvicto, el que le hubiese abierto los ojos? Tras despedirse de Lorena hasta la tarde, caminaba ahora pensativa hacia su cuarto cuando se cruzó con su padre, que al parecer estaba listo para salir.

—¿Te vas? —se extrañó ella.

—Sí, había reservado para comer en Lhardy, y después tengo el concierto de música clásica en la iglesia de San Antonio.

—Pero, papá, ¿con la que tenemos aquí liada? ¡Todavía hay policía en el salón rojo y yo tengo que ir a la reunión con los inversores!

Magnus restó importancia con la mano.

—Tranquila, ya se queda Emilce pendiente de todo; además, he avisado a Elio para que no se mueva de aquí en toda la tarde, así hace algo práctico —suspiró, para después mostrar un súbito interés por su hijo—. ¿Ha ido ya por Pentimento?

—Hoy, no sé… Creo que no. Pero vendrá seguro mañana por la mañana, cuando inauguremos la Sala de la Anamorfosis. Ya está hecha la convocatoria de prensa y también te necesito a ti allí, no lo olvides.

Magnus asintió como si aquel recordatorio hubiese sido innecesario, y siguió pensando en alto con relación a Elio:

—Pájaros en la cabeza, es lo único que tiene —lamentó, con una consternación que parecía vieja y arraigada—. Y en *Giotto*, ¿da el callo?

—Papá… ¿Vamos a volver a hablar de eso? —resopló ella, que terminó por asegurarle a su padre que haría que su hermano la ayudase con los reportajes para la revista que aquella misma semana tenían que hacer sobre el Museo Reina Sofía y el Thyssen-Bornemisza. Después, Amanda insistió en saber si su padre se encontraba bien, porque el robo del sello de jade imperial ya era el colmo de las calamidades en una misma semana, pero Magnus la tranquilizó y, para su sorpresa, incluso salió del palacio con una sonrisa. Desde luego, el hecho de que el seguro cubriese las piezas podía haberle dado tranquilidad, aunque Amanda sabía que, para Magnus, todos los objetos de su colección eran tesoros muy preciados. ¿Cómo podía explicarse aquella repentina indiferencia? Deseó, con todas sus fuerzas, que el viejo león de Magnus Mendoza no estuviese caminando hacia el irreversible camino de la demencia.

Ahora, solo unos minutos más tarde, Amanda se desnudaba en su cuarto y miraba sin ver, moviéndose de forma automática. En breve tenía que estar lista para reunirse con los inversores de Pentimento y ni siquiera había comido. Debería estar pensando en esa reunión, y en el pequeño Luca, que salía a las cinco del colegio y al que no quedaba más remedio que fuese a buscar la niñera; debería, también, estar pensando en el mundo que acababa de cerrar con Casio: habían confirmado el divorcio la mañana anterior, pero desde entonces no había llamado ni a su abogado ni a ninguna amiga. Nadie lo sabía. ¿No era triste vivir así, siempre en una isla? Amanda debería, incluso, estar pensando en el ladrón de la Cámara de las Maravillas: si había matado a su compañero de gremio, aunque fuese sin querer, se había convertido en un asesino. Pero no era capaz de centrar su atención en aquellos asuntos que, por lógica, tendrían que ser prioritarios. ¿Por qué no podía apartar de su mente a Dimas Chevalier? «Maldito mentiroso, ladrón, liante», farfullaba para sí misma, al tiempo que pugnaba con razonamientos encontrados. Dimas la había ayudado con Luca, y al parecer había comenzado a robar por una causa noble, aunque no fuese lícita. Le hablaba sin filtros y sin esa reverencia aduladora e insufrible con la que se dirigían a ella los que sabían quién era. Empezaba a caerle bien. Pero todos los hombres mentían. Oh, sí, ¡lo hacían todo el tiempo! Sonrió con cruel ironía ante las mentiras continuadas de Casio cuando la había engañado con otras mujeres. Y Dimas… Estaba clarísimo que solo él podía haberse llevado el sello imperial, ¿quién si no? No tenía ni idea de cómo lo habría sacado del palacio, pero la motivación ética del robo, la destreza e ingenio de la operación solo podía adjudicárselos a un hombre como Dimas.

¿Debería llamarlo? Sí, eso tenía que hacer: telefonearlo y escupirle todos los insultos afilados que se le ocurriesen.

Sonó el teléfono justo en aquel instante, pero al mirar la pantalla comprobó que, desde luego, no era Dimas. «Mira este, no hay como divorciarnos para que no pare de llamarme», murmuró antes de atender.

—Dime, Cas —dijo nada más descolgar, seca. Su voz sonaba fuerte, impropia y lejana.

—¿Amanda?

—¿Quién si no?

—¿Ha…? ¿Ha pasado algo? —le preguntó él, extrañado, mientras se apoyaba en un murete que bordeaba el río Sena, justo delante del Museo de Orsay.

—Ha pasado de todo, Cas.

Amanda le explicó a su inminente exmarido qué había sucedido con el sello de jade blanco. Dejó para el final lo que había hablado con la doctora Ramírez en Torrelodones. Esta parte le llevó mucho más tiempo y, desde luego, bastantes más explicaciones.

—Pero ¿es seguro? —dudó él—. Entonces ¿Luca es epiléptico?

—Eso parece. Van a hacerle más pruebas entre esta semana y la que viene, y ya me ha dado algunas orientaciones para la medicación, que…

—Espera, espera, ¿nos fiamos?

—No te entiendo.

—Coño, Amanda, que esa doctora es amiga de Dimas Chevalier, que tú misma dices que seguramente es quien se llevó el sello chino… ¡A ver si nos quiere liar!

—No seas idiota, Cas —dijo ella, al tiempo que miraba ya la hora en su reloj de muñeca—. Es un hospital privado, no tiene nada que ver en su gestión con Dimas. Y, además, no tenemos pruebas de que fuese el ladrón.

—Es un delincuente.

—Pero me ha ayudado hoy, y también lo hizo cuando me atacó el Cuervo en el jardín. ¿Dónde estabas tú cuando hubo problemas?

—Amanda…

—No, en serio, Cas —insistió ella, súbitamente enfadada; no sabía por qué de pronto se sentía así, pero una rabia bañada en fuego escalaba desde su pecho hacia el exterior—. ¿Dónde te habías metido? Porque me da igual que te estuvieses follando a Melinda, de verdad, ¡me da igual! Pero para mí, y para tu hijo, no estabas. Así que no me vengas ahora con que no te convence el diagnóstico de una doctora, porque es lo único que tenemos. Cuando vengas de París, si quieres, pagas tú a otro profesional y contrastas la información, ¿de acuerdo?

Y colgó. Jamás había hecho nada semejante, ni a Cas ni a nadie. Amanda Mendoza no zanjaba las llamadas con una huida. Temblando, se miró las manos. De pronto, y con una lucidez que le sorprendió no haber tenido antes, se dio cuenta de que lo que había dicho era verdad: ya no le importaba la infidelidad de su marido, sino que no fuese un amigo, un padre, un apoyo… Un extraño había atacado a Luca, y también a ella misma, pero él se había limitado a observar desde una ventana.

¿Cuánto tiempo hacía que ya no estaban enamorados? ¿Tan rápido se había escurrido la vida que hasta ahora no se había dado cuenta? Cuando todo le iba terriblemente mal, Amanda se acordaba

siempre de un poema de Elizabeth Bishop, *Un arte*, que decía: «No es difícil dominar el arte de perder; hay tantas cosas que se empeñan en extraviarse…». Ella, desde luego, iba camino de perderlo todo.

Abandonó el teléfono y tomó aire. Cas no había vuelto a llamarla. Bien, porque en aquellos momentos difícilmente podría hablar con nadie sin estallar. Tenía que tranquilizarse, terminar de vestirse y arreglarse para que ni las ojeras ni el cansancio se asomasen a la reunión de aquella tarde. Puso música y, mientras se maquillaba, comenzó a sonar *Heart of Glass*, de Blondie. Sonrió con cruel amargura, despreciando de nuevo su imagen ante el espejo. ¿Acaso no podía ser ella como la chica de la canción? Había tenido un amor y durante un tiempo había sido estupendo, aunque después su hombre resultase tener un corazón de cristal. ¿O sería el suyo, el de Amanda Mendoza, el que no funcionaba como debía?

Con la música, Amanda no escuchó el teléfono central del palacio, que nadie pareció querer atender. Al otro lado de la línea, Dimas Chevalier esperaba con paciencia a que lo atendiesen. Necesitaba hablar, con urgencia, con Magnus Mendoza.

15

Las calles guardan secretos que a veces solo se pueden ver a paso lento y con la mirada despierta. Dimas caminaba por el barrio de Malasaña de Madrid algo perdido. Nunca había estado en el lugar al que se dirigía y, además, un enfado contundente enredaba sus pasos. Tras llamar varias veces al Palacio Dorado, y ya a punto de acudir en persona a su puerta, Emilce le había informado telefónicamente de que Magnus Mendoza había salido a comer fuera y de que, sintiéndolo mucho, no podría atenderlo aquella tarde porque después acudiría directamente a un concierto de música clásica en la iglesia de San Antonio de los Alemanes. ¿Y el teléfono móvil de Magnus? Ah, por lo general lo tenía en silencio, sin hacerle el menor caso, y Emilce acababa de comprobar que se lo había dejado olvidado en el salón de música. Dimas había colgado con la firme determinación de ir igualmente a hablar con él, y para ello había buscado información de aquella iglesia en internet. La idea de que hiciesen conciertos de música clásica en un templo de comienzos del siglo XVII le sorprendía, pero al parecer en aquella parroquia tan particular hasta celebraban un festival internacional de órganos y coros.

Dimas observó con atención el GPS de su teléfono móvil y suavizó el paso al llegar a la altura del enclave religioso. Para ser un edificio

tan antiguo disponía de un exterior austero, de pequeño y apretado ladrillo rojo sobre la base de un sencillo zócalo de piedra, y para cualquier paseante el edificio podría haber pasado por una vieja institución donde se guardasen archivos polvorientos. Entró al zaguán del inmueble sin mucha convicción, todavía con serias dudas de que aquel fuese el lugar correcto. Sin embargo, una joven que estaba sentada tras una mesa, a la derecha, le sonrió con naturalidad y le preguntó si acudía para escuchar el concierto; a pesar de que todavía era temprano, y dado que acababa de pagar la entrada, lo invitó a pasar a la iglesia por si le apetecía esperar dentro, ya que los músicos se encontraban ensayando. Dimas no sabía si Magnus ya habría llegado, pero tras dar unos pasos distinguió su imponente cabello blanco, algo alborotado, en uno de los asientos de madera para los feligreses; estaba justo en una esquina y en la parte de atrás, en una de las zonas más discretas y al lado de un viejo confesionario de madera de color verde. Los músicos, en el altar, conversaban entre ellos y revisaban sus instrumentos mientras un jovencísimo violonchelista comenzaba a tocar el preludio de *Suite para violonchelo n.º 1*, de Bach.

Dimas fue incapaz de detener su atención en Magnus, que le daba la espalda y no lo había visto. ¿Qué lugar tan extraordinario era aquella pequeña iglesia, en la que hasta el más ínfimo espacio, del suelo al techo, estaba pintado al fresco? Parecía una Capilla Sixtina diminuta, pero que te envolvía por completo dentro de su planta elipsoidal. Columnas salomónicas, san Antonio accediendo al cielo rodeado de arcángeles en la cúpula y, en las paredes, ángeles, niños y mancebos fingían sujetar enormes tapices que representaban reyes, reinas y distintos milagros del santo: una tormenta que no

mojaba, un tullido que echaba a andar… Al instante, Dimas comprendió por qué Magnus acudía a aquel lugar para escuchar música: el ilusionismo barroco aturdía los sentidos, y uno tenía la impresión de encontrarse en movimiento, pero sin desplazarse ni un centímetro y con una sensación de completa y sorprendente serenidad.

—Venga, siéntese a mi lado —le dijo Magnus, que había descubierto su presencia y llevaba unos segundos observando su estupor—. Un lugar magnífico, ¿verdad?

Dimas se limitó a asentir y fue a sentarse en el banco, alargado y estrecho. Para su sorpresa, Magnus no mostraba asombro ni inquietud alguna ante su inesperada aparición. De hecho, el anciano fue directo al asunto:

—Debería estar muy enfadado con usted.

—Creo que es justo al contrario, Magnus.

—¿De veras? Tiene suerte de que no lo haya denunciado a la policía por llevarse mi sello imperial… Sabe que es una pieza única en el mundo.

—¿Su sello? —preguntó Dimas.

El anciano dejó pasar unos segundos y sonrió con malicia, como si saborease el momento.

—¿Creía, Dimas, que en mi palacio solo iba a haber una videocámara oculta? Reconozco que se merece su apodo de Houdin, lo birló en menos de un minuto y como un verdadero prestidigitador.

Dimas le mantuvo la mirada, sorprendido pero sereno.

—Así que en el salón rojo también montó un tinglado tras el espejo.

El anciano asintió.

—El espejo sobre la chimenea tenía un hueco perdido detrás, porque jamás se enciende ahí el fuego, que para algo hay calefacción… El tinglado, como usted dice, es un poco más moderno que en el ático, con registro directo en un dispositivo de mi habitación.

—¿Y por qué no me ha denunciado?

—Antes teníamos que hablar. De hecho, pensaba llamarlo para invitarlo a cenar, pero se me ha adelantado. Fue un verdadero alivio cuando descubrí que el ladrón del sello fue usted y no ese malnacido enmascarado quien se llevó mis diamantes. De todos modos, ha sido de muy mal gusto por su parte robar una de mis piezas orientales.

—Una fruslería para Magnus Mendoza —se excusó Dimas, impasible—. Usted sabe que hasta Victor Hugo estaba horrorizado por el saqueo de los Jardines Imperiales y que creía que debía devolverse todo lo robado a China.

—¿Quién se cree que soy? ¿Un maldito *gloater*? —cuestionó Magnus, molesto y autodenominándose tal y como en el gremio se llamaba a los hombres sin escrúpulos que compraban arte saqueado —. Pago el precio que se debe por la historia y la belleza, no robo bienes ajenos. Su complejo de Robin Hood del mundo del arte debe de resultar muy provechoso para su conciencia, pero no me cabe duda de que su inapropiada sustracción le generará réditos.

—Por supuesto. Mis relaciones comerciales con China, se lo aseguro, han mejorado notablemente. Ni se imagina cómo lo celebran cada vez que recuperamos alguna de sus piezas saqueadas —le aseguró Dimas con impostada cordialidad—, y le prometo que su sello imperial se unirá a una colección exquisita.

—Si es privada, poco valor tendrá para el pueblo chino.

—Será pública cuando prescriba el delito. Creo que usted era muy fan de esa postura, si no recuerdo mal.

Magnus no ocultó su ira.

—Es usted un delincuente, y debería guardar su soberbia para quien no tuviese el poder de enviarlo a la cárcel. Le exijo que me devuelva la pieza… ¿Sabe por qué no lo he denunciado?

Dimas sonrió con dureza.

—Supongo que porque querrá que encuentre a su ladrón de diamantes. Al primero, quiero decir, ya que al Cuervo lo contrató usted mismo —añadió. Esperó en Magnus una reacción que no llegó a producirse, porque el anciano se limitó a apretar la mirada y, con el gesto, lo invitó a continuar. Dimas siguió hablando, y cada verdad la masticaba con rabia—. Por eso se empeñó en que yo fuese a ver la Cámara de las Maravillas dos días antes del robo, y en que acudiese a su fiesta, y hasta en que me quedase a dormir en su palacio… Quería tener un posible culpable en el que recayesen las sospechas y que nada ni nadie pudiese vincularlo con su propio robo.

Ante aquella revelación Magnus encogió levemente los hombros, como si ahora no le quedase más remedio que admitir aquella pequeña travesura. Al tiempo, la iglesia se iba llenando de espectadores, y ambos hombres mantenían la conversación en tono muy bajo, casi en un susurro. El anciano suspiró.

—¿Cómo lo supo?

—Una acumulación de detalles. No solo buscaba en mí a un culpable, sino que me di cuenta de que resultaba exagerada su preocupación cuando había sabido que su nieto estaba en el jardín aquella noche; no era algo tan relevante, pero sabía lo que iba a

pasar en los tejados. He hecho memoria, y es sorprendente incluso el hecho de que el Cuervo se observase a sí mismo en el espejo donde tenía oculta su videocámara… Sabía que estaba ahí, grabándolo, mientras usted tenía coartada al leer en compañía del ama de llaves. Recuerdo, además, haber admirado su entereza tras el robo, pero también puedo rememorar cómo se rompió cuando descubrimos que las joyas que se llevaba eran falsas… Por no hablar de la desactivación de las alarmas, que entiendo que corrió de su cuenta, aunque no contase con la presencia de otro ladrón en el edificio. De todos modos, fue bastante arriesgado confiar en alguien como el Cuervo… ¿Cómo podía saber que no se quedaría los diamantes?

Magnus sonrió.

—Digamos que su remuneración iba a ser muy generosa y prolongada en el tiempo, amén de mi colaboración en solventar algunos problemillas legales de su familia. Y tenía su pasaporte, por supuesto —añadió, como si ahora estuviese hablando con un viejo amigo y contándole obviedades de un negocio corriente—. De todos modos, me sorprende que uniendo simples conjeturas haya podido llegar hasta mí, Dimas.

—No crea que no me ha llevado tiempo unir todos los detalles. El Cuervo no tuvo ningún problema en agredirme, pero a Amanda solo le dio un empujón, porque no le quedó más remedio, y a su nieto ni lo tocó, a pesar de lo fácil que le habría resultado neutralizarlo y saltar la valla del jardín. Me dio que pensar.

—No dejan de ser suposiciones por su parte.

—Puede ser, pero nuestro mundo es pequeño, y he sabido que el anticuario principal con el que el Cuervo tenía relación se reunía en

los últimos tiempos con un enlace cerca de la Puerta del Sol, en un restaurante distinguido que él no podía permitirse…

Magnus asintió, y por su expresión revelaba que se sentía algo defraudado consigo mismo.

—Lhardy. No debí reunirme allí con él.

—Descuide, su identidad no la sabe nadie y tampoco he revelado mis sospechas a mis contactos —le aseguró, aunque Gina, que era quien le había facilitado toda la información, estaba completamente al tanto del asunto—. Por lo demás, ha sido usted hábil y discreto, pero me temo que el anticuario no. De estar prácticamente en la bancarrota pasó hace más de un año a llevar un modo de vida más ostentoso y a introducir en el mercado obras no catalogadas en ninguna parte y de cuestionable procedencia. Ya sabrá que lo han asesinado hace unas horas, y me temo que sea cosa de esas mafias con las que trabajaba… No es bueno para el negocio cuando la policía va a interrogar a un enlace importante, no sé si me explico.

—Perfectamente. Aunque todo este asunto nos pone en una situación comprometida a ambos, ¿no le parece?

—Tal vez tenga usted mucho más que perder —objetó Dimas, serio—. Dígame… ¿Por qué lo hizo? ¿Por los franceses?

Magnus miró hacia el techo, donde la bellísima cúpula con ventanales irradiaba la suave luz del atardecer sobre aquel espacio, y después desvió la atención hacia sus propias manos, arrugadas y todavía fuertes. El concierto estaba a punto de empezar, y no podían seguir hablando allí dentro.

—Si no le importa, Dimas, creo que es mejor que bajemos a la cripta. Se lo contaré todo.

La cripta subterránea de la iglesia de San Antonio, a diferencia del templo, no era de especial belleza. Un túnel de ladrillos abovedado formaba un largo pasillo con un altar al fondo, y a ambos lados del pasaje se ordenaban pequeños bancos con la misma disposición que tendrían en una iglesia. A pesar de que apenas habían bajado unas simples escaleras y de que el espacio no estaba a mucha profundidad en el subsuelo, Dimas sintió cierta claustrofobia. Al igual que habían hecho en el templo, él y Magnus se sentaron en el primer banco que encontraron, por lo que de nuevo se situaron en la última fila, de cara al altar, aunque este se adivinase, a lo lejos, mucho más austero.

Una vez que se sentaron, y con el suave murmullo de la música del concierto sobre sus cabezas, Magnus tomó aire y confesó sin remordimientos:

—Dimas, usted sabe tan bien como yo cuál es el centro del mundo en nuestro negocio. Madrid se ha convertido en una ciudad cultural importante; Londres también lo es, al igual que Nueva York, aunque haya bajado un poco el ritmo; Los Ángeles, Berlín… Pero París, ah…, París es el ombligo del mundo. Yo no quería tener más conflictos con los franceses, ¿entiende? Desde que enseñé los diamantes a ese estúpido embajador, nuestras operaciones comerciales se vieron perjudicadas. Todo eran trabas, excusas y problemas para financiar y cerrar operaciones o aceptar intercambios, y me di cuenta de que no podía trabajar bien sin ellos, porque además bloqueaban negociaciones compartidas con el Reino Unido e Italia.

—Y se le ocurrió que un ladrón profesional le robase los diamantes.

Magnus asintió.

—Un robo falso, por supuesto. Pero necesitaba un profesional, que el robo fuese creíble. Sabía que un anticuario del centro estaba consiguiendo material interesante, de modo que hice las preguntas adecuadas a las personas debidas, y comprendí que Alberto Ballester podía tener el contacto no solo de falsificadores, sino de algún ladronzuelo que sirviese para mis fines. Llegaríamos a un acuerdo de negocios y, después, disfrutaría en privado de mis pequeños tesoros… ¿O acaso cree que en esa Cámara están todas mis riquezas?

Dimas se pasó las manos por el rostro, como si así pudiese deshacerse del cansancio que llevaba acumulado.

—¿Y por qué no vendió los diamantes? ¿No sería más fácil?

—¿Y dar la razón a los franceses? —se sorprendió el anciano, como si aquel tipo de humillación fuese algo impensable entre caballeros de su especie—. Si vendiese, perdería mi palabra y mi imagen de integridad, de solidez, ¿no lo entiende?

A Dimas se le ocurrieron muchas y muy variadas contraargumentaciones, pero al estudiar la expresión de Magnus comprendió que cualquier discusión sería en vano y que aquel hombre no se movería un ápice de su postura.

—Pudo haberme metido en un buen lío, Magnus.

—Lo defendí en todo momento ante la policía, y lo sabe. Lo único con lo que no contaba era con ese maldito ladrón que se adelantó al Cuervo y que, según parece, pudo haberlo matado. En realidad, todo esto lo he hecho por una buena causa.

—Sus negocios con los franceses, ya lo sé.

—No. Esos negocios únicamente son un medio para financiar las investigaciones de mi fundación —argumentó Magnus, que mostró

en el rostro, de pronto, una expresión de profunda gravedad—. ¿Sabe de qué murió mi mujer hace quince años, Dimas? Cáncer de páncreas. Los diagnósticos fueron confusos y alocados al principio, y nos llevó tres meses dar con lo que Paula tenía. Después, solo duró dieciséis semanas. Dieciséis. Y ese es el objetivo principal de mi fundación, señor Chevalier, la investigación oncológica. En Episteme se investiga con los mejores recursos y laboratorios, no lo dude.

Dimas lo creyó solo a medias.

—¿Ahora es usted Robin Hood? —le preguntó a Magnus—. Si tanto le importase, no dispondría de una cantidad tan enorme de objetos valiosos… Los habría vendido para la causa, al igual que sus queridos diamantes.

El anciano volvió a encogerse de hombros.

—Me declaro culpable, soy víctima de la belleza —argumentó, con una sonrisa llena de inocencia—. ¿Sabe qué descubrió Semir Zeki, un catedrático de Neurobiología inglés? Que las reacciones vinculadas a la estética, a la belleza, fluyen en un lóbulo del tamaño de un guisante ubicado tras los ojos, ¿se lo puede creer? Hasta Leonardo da Vinci, hace ya quinientos años, se dio cuenta de cómo nos atraía de forma irresistible la oposición… ¡Y me refiero a los colores! Blanco y negro, amarillo luminoso y marrón oscuro… ¿No cree que la belleza es, en sí, digna de investigación?

—Veo que tiene explicación para todo y que ha perdido el juicio por completo. ¿Se da cuenta de que el Cuervo ha fallecido por su culpa y que el anticuario también?

—No —lo corrigió Magnus—, el Cuervo ha muerto por culpa del primer ladrón, que le aseguro que no sé quién es, y Alberto Ballester

ha muerto por imprudente, por cerrar negocios con quien no debía… Con eso no tengo nada que ver.

Dimas resopló, consciente de nuevo de que Magnus no atendería a más razonamientos que a los suyos.

—Mire, Magnus, yo también podría denunciarlo a la policía, y el descrédito dejaría su reputación por los suelos.

Magnus lo interrumpió con una sonora carcajada, que resonó a lo largo del túnel de la cripta.

—No tiene pruebas.

—¿No? Mi teléfono móvil ha grabado toda esta conversación —le dijo, mostrándole un teléfono que sacó de su chaqueta y en el que parpadeaba una luz verde en la pantalla—. A un juez le resultaría interesantísima… —añadió, y una sonrisa se dibujó en sus labios, pero no en sus ojos—. Si yo caigo, usted también.

—No creo que deba amenazarme, teniendo en cuenta sus antecedentes penales —le espetó Magnus, molesto. Dejó transcurrir unos segundos, en los que volvió a mirarse las manos, concentrado. Cuando alzó la mirada, Dimas distinguió de nuevo en él la determinación de un animal salvaje—. Le propongo un trato —resolvió el anciano—. Ya hemos resuelto el robo del Cuervo, de modo que podemos dar ese asunto por zanjado, ¿le parece? Hemos resuelto, también, el misterio de la desaparición de mi sello imperial… Le exijo su devolución inmediata. Dado que está asegurado, solo podría perdonarle la impertinencia de robármelo si me diese algo a cambio, por supuesto.

—Cómo no… —asintió Dimas con ironía.

—Quiero que averigüe quién es el primer ladrón —le pidió, confirmando así la sospecha de Dimas sobre las intenciones del

anciano—. Un pacto entre caballeros… Insisto en que quiero que me devuelva mi tesoro chino, pero le reitero que puedo olvidar ese desagradable incidente si usted hace lo propio con mi torpeza con el Cuervo. A cambio, me ayudará a encontrar al desgraciado que robó mis diamantes, y yo lo ayudaré también con sus relaciones comerciales en España.

Dimas sopesó la propuesta durante unos segundos. No necesitaba a Magnus para trabajar en España, pero no podía olvidar el hecho de que el anciano tuviese imágenes suyas robando el sello imperial.

—Querré esa cinta del salón rojo, y su palabra de que no tiene copias.

—Yo querré el audio de su teléfono, y su palabra de que no tiene copias —reclamó el otro, cuando ambos sabían que siempre se quedarían algo para cubrirse las espaldas.

Se mantuvieron las miradas, midiéndose y sin confiar el uno en el otro, aunque terminaron por estrecharse la mano en señal de conformidad. Magnus le pidió que lo mantuviese informado de los posibles avances de sus investigaciones e insistió para que en breve programasen otro encuentro. A la mañana siguiente tendría obligaciones en Pentimento, ya que había una convocatoria de prensa por la apertura de una nueva sala y estaba seguro de que le llevaría tiempo, porque los periodistas querrían preguntar por el robo de los diamantes. «Y menos mal que no ha trascendido lo de mi sello imperial», había musitado el anciano. Dimas se levantó dispuesto a marcharse y con cierta sensación de fracaso, pues aquella reunión no había sido para nada como había esperado. Ya se había dado la vuelta cuando escuchó de nuevo a Magnus:

—Señor Chevalier… Gracias por lo de mi nieto esta mañana, me lo ha contado Amanda.

Dimas se giró con una pequeña arruga en el entrecejo, señal de preocupación.

—¿Ella sabe lo del sello imperial?

—Por mí desde luego que no, pero… No es estúpida, Dimas. Por cierto, ¿cómo lo sacó del palacio la noche de la fiesta?

Dimas miró a Magnus como si fuese un compañero de cartas ante el que acababa de perder la partida, pero no contestó. Se dio la vuelta, subió las escaleras y con toda la dignidad que fue capaz de reunir salió de la cripta.

16

Mencía y Marc no se habían complicado la existencia: cuando terminaron en el Palacio Dorado, hambrientos, comieron en el primer local que encontraron. A pesar de estar en una zona turística, aquella taberna parecía bastante normal y no un circo de cámaras fotográficas, de modo que descendieron las escaleras hacia un sótano con paredes azulejadas de blanco y que prometía unos bocadillos de calamares fantásticos y una ensaladilla «típica». Los habían acompañado Maciel y Lope, que acababan de regresar al palacio para seguir apoyando al equipo de Científica y hacer, de forma discreta, la operación de vigilancia que Marc había propuesto en las inmediaciones de la Cámara de las Maravillas. Ahora, mientras Mencía y Marc terminaban de comer, ella iba lanzando sus pensamientos al aire.

—Está claro, ¿no? Ese dichoso sello imperial solo pudo robarlo Dimas Chevalier. El método, la destreza de la ejecución… Qué cabronazo.

—No tenemos pruebas. Y no olvide que exigió que se le registrase antes de marcharse la noche de la fiesta.

—Un cabronazo, lo que yo decía. En realidad, todo esto es por culpa de unos ridículos diamantes, de un par de cuadros falsificados

y de ese sello imperial, que si estuviese en mi casa le aseguro que como mucho serviría de pisapapeles.

—¡Un pisapapeles de la dinastía Ming! —se escandalizó él—. Pero ¿no ve que el arte, para la humanidad, lo es todo? No da alimento ni refugio, cierto, pero simboliza la libertad y la civilización, porque significa que podemos crear y no limitarnos a cazar para subsistir… De hecho —insistió—, que exista el arte quiere decir que existe la posibilidad de encontrar tiempo para nosotros, para pensar, para ser felices.

Mencía negó con un gesto.

—No estamos hechos para ser felices, Marc, sino para sobrevivir.

—Pero ¡qué dice! —exclamó, llevándose una mano a la cabeza—. ¡Hasta en el Paleolítico daban su espacio a la creación! El mundo del arte engloba un universo increíble, ¡absolutamente increíble! En un solo cuadro se puede hablar de política, de economía, de gastronomía, de religión y hasta de modas… ¿No se da cuenta? El arte habla de nosotros y dinamiza el pensamiento colectivo, ¿no es maravilloso?

Ella lo miró con incredulidad.

—¿De verdad se cree todo eso? He visitado el Reina Sofía y he visto cómo se denominaba arte a un maniquí poniendo la ropa a secar, o a un punto rojo sobre un lienzo en blanco… Y eso, perdone, hasta un niño de guardería podría hacerlo.

—Ah, pero ese es otro debate que abriría el fuego sobre qué es arte y qué no lo es, al igual que en los libros se habla de libros malos y comerciales frente a los de la élite, los de la alta literatura.

—No es lo mismo. Arte es lo que le salga de las narices a los museos, Marc. Hasta un bolso de marca o un vestido extravagante

pueden ser considerados arte y no simplemente ropa… Lo que no entiendo es el precio que se paga por ellos.

—Es injusta, Mencía… Sin duda alguna vez ha pagado más por alguna prenda de vestir porque fuese de determinada firma, ¿me equivoco? —recalcó, y por la expresión de fastidio de ella parecía que el inspector había dado en el clavo en ese punto—. En el arte sucede lo mismo; exponer en cierta galería o recibir la aprobación de determinado crítico puede suponer que el precio de la obra se triplique de inmediato. Si ya lo dijo Picasso: «El objeto del arte es quitar el polvo de la vida diaria de nuestras almas».

Mencía se dirigió a Marc con expresión cansada:

—Centrémonos, ¿le parece?

—Me parece, cómo no…

—Lo de que Lope haga el paripé con su oficial esta tarde en el palacio, que sepa que lo he autorizado para que vea mi buena disposición, pero ya le digo que su pequeña trampa no va a resultar. Habría que ser tonto para tragársela. Por otra parte, deberíamos verificar si los objetos sustraídos de la Cámara de las Maravillas aparecen en la *deep web* o en el mercado negro.

—¡Ya estoy en ello! —atajó él—. He pasado los datos del Renoir y del resto de los objetos falsificados a la Interpol y al Comando Carabinieri de Italia, que al fin y al cabo es la unidad de delitos de arte más grande del mundo; al FBI, que a lo tonto tiene al menos veinte agentes con este tipo de asuntos; a la OCBC de Francia…

—Pare, pare —le pidió Mencía, asombrada—. ¿Todo esto por un par de cuadros? ¿Y qué es la OCBC? Suena a grupo de música heavy metal…

—¡Ah! Pues es, a ver… —Marc cerró los ojos, concentrado en traducir las siglas, aunque solo lo consiguió a medias—. Es algo así como la oficina central de lucha contra el tráfico ilícito de bienes culturales, aunque solo tiene treinta efectivos, ¿eh? Nada que ver con Italia, ¡por supuesto! Pero ha de saber que desde la Brigada todavía hemos hecho más, porque hemos anotado los objetos robados en el Art Loss Register, que es una base de datos descomunal, con sede en Londres, en la que todos los marchantes, casas de subastas, museos e interesados pueden consultar artículos robados.

—Ah. ¿Y eso nos servirá para…?

—Para que el ladrón no encuentre comprador, porque cualquiera que vaya a adquirir una obra revisará primero esa base de datos y la de Art Price, que es más grande incluso que la de la policía. A la gente le parece raro, pero el circuito criminal del arte, junto con las drogas, el blanqueo de capitales y la compraventa de armas, supone la mayor cantidad de delitos e ingresos ilegales del mundo, debería saberlo…

Mencía guardó silencio durante unos segundos. Desde su posición en la UDEV tenía que reconocer que tal vez había minusvalorado el trabajo de la Brigada de Patrimonio Histórico, pero ahora comenzaba a ser consciente de su importancia.

—Reconozco que ha hecho un buen despliegue —admitió.

Marc, animado por aquel reconocimiento que no esperaba, le explicó la gran diferencia dentro de Europa a la hora de gestionar los robos de obras de arte. Si en España se tramitaban una media de doscientas o trescientas denuncias al año, en Italia llegaban a las ocho mil. Y Marc estaba seguro de que, salvo que los robos en el

Palacio Dorado hubiesen sido por encargo, todas las piezas terminarían en el mercado negro. Era posible que se vendiesen por un precio irrisorio frente al del mercado legal, pero se venderían… Solo era cuestión de tiempo.

—Querida, ahora hay mucho trabajo por delante —concluyó él—. Tenemos el listado de invitados a la fiesta, que podemos cribar bastante gracias a su idea de la música; aún deben darnos acceso a las cámaras de la zona y a los oficios bancarios sobre las cuentas de la familia, y nos falta rastrear en condiciones a los posibles contactos del Cuervo, porque la muerte de este anticuario no ha sido casualidad.

Mencía se quedó pensativa sobre aquel punto y, sin querer, perdió la mirada en su bocadillo, que a pesar de tener hambre apenas había tocado.

—Cuando se levantó el cadáver del anticuario, su hermano estaba allí… Me dijo que en los últimos tiempos sabía que el difunto había tratado con falsificadores nuevos y con oligarcas rusos, porque lo había visto buscar palabras en ruso en internet, claro que no sé si eso…

—¡Todo es relevante, querida! Hay mafias en todas partes, pero en Rusia se han contabilizado hasta cuarenta grupos de crimen organizado que aceptan el arte como fianza para sus operaciones.

—Joder —se sorprendió ella—. Eso encajaría con lo que me dijo Diego Ferrer, el forense…

—No me diga. ¿También le tocó ese levantamiento?

—Sí. ¿Recuerda que le dije que al anticuario le habían disparado tres balazos en la cabeza?

—¡Como para olvidarlo!

—Bien, pues no había casquillos de bala, y los disparos fueron a bocajarro, a solo un par de metros. Al principio Ferrer sugirió que a lo mejor no habíamos buscado bien, pero los de Científica habían rastreado cada centímetro del local. Cabía la posibilidad de que el tirador los hubiera recogido, pero fue todo muy rápido y dudo que tuviese tiempo, porque no usó silenciador y los vecinos dieron la voz de alarma al momento…

—¿Y entonces la explicación es…?

—Que el tirador usase un revólver. Y, si ha sido así, todavía habrá que analizar las balas que le saquen de la sesera al tipo. A Ferrer le recordó a otro caso del año pasado… Tiros en la cabeza, nada de casquillos y un revólver concreto. Era anticuario de poca monta de Barcelona que colaboraba con una galería que ya había cerrado. No hubo detenidos, pero lo vincularon a un grupo ruso de narcotráfico y trata de blancas, así que imagino que también podría estar relacionado con tráfico de arte robado.

—Vaya panorama.

Mencía asintió, aunque enseguida retomó el hilo de sus propias cábalas y conjeturas con una indisimulada expresión de agobio.

—Tal vez haya una mafia y un caso más grueso y grave del que ocuparse, pero de momento debemos centrarnos en el asunto de los Mendoza, ¿estamos? Porque tengo clarísimo que hemos debido pasar por alto algo de esa familia y de su entorno inmediato. Tenemos que hacer un perfil de cada uno… Se nos están acumulando los robos y los muertos, y el inspector jefe de la UDEV ha de estar a esto —hizo un gesto en el que unía los dedos índice y pulgar, en señal de un espacio diminuto— de llamarme a su

despacho para ponerme firme, y la verdad es que no me apetece nada, ¿me explico?

Marc tuvo la sensación de que el tono de Mencía crecía hacia el histerismo. Para su sorpresa, y justo cuando parecía que iba a decir algo más, la policía se desplomó. Entornó los ojos hacia la nada, perdió el control del cuerpo y, sencillamente, se desvaneció. Sin previo aviso, sin palidez previa y sin señales que al inspector pudiesen haberlo alertado de aquella pérdida de conocimiento repentina. ¿Qué podía haber pasado? Miró a su alrededor, por si algún agresor la hubiese atacado sin que él se diese cuenta, pero salvo el camarero no vio a nadie. Marc gritó el nombre de la policía e intentó reanimarla sin éxito. Al caer, además, se había golpeado la cabeza y había comenzado a sangrar.

Entretanto, en la ciudad, el cielo se había cubierto y unas nubes grises, casi negras, parecían burbujas de malos presagios. Cuando llegó la ambulancia, salieron tan veloces de la taberna del subsuelo que pareciera que Madrid, al engullirlos, les hubiese abierto paso hacia la oscuridad.

Amanda llegó al Palacio Dorado tras su reunión con los inversores con pasos fuertes y decididos. Buscó a su hermano sin encontrarlo, y terminó por preguntar a Emilce.

—A lo mejor está en su habitación.

—¿No tenía que acompañar a los policías hasta que se fuesen?

Emilce mostró una mueca sutil, que evidenciaba su falta de fe en que Elio cumpliese jamás de forma estricta con sus obligaciones.

—Elio llevó a la señorita Celene a primera hora de la tarde al aeropuerto…

—¿Al aeropuerto?

—Sí, creo que le tocaba su viaje mensual a Ámsterdam —afirmó, pues ambas sabían que la joven Celene colaboraba con el Rijksmuseum en su departamento de restauración—, y le escuché decir que regresaría en menos de una semana.

—Ya… Y entonces, como si lo viese, Elio se tiró media tarde fuera, ¿no?

—No, no, regresó enseguida… Entre tanto, yo misma he estado acompañando a los policías y no ha habido ningún problema, de verdad; esos que vinieron con maletines y que buscan huellas creo que ya casi han terminado… Quedan dos, el gordito y el alto y delgado, que no sé bien qué hacen ahí. Se han puesto en el descansillo de la segunda planta, como si fueran los guardianes de las escaleras del ático.

Amanda comprendió que aquellos policías debían haberse quedado por algo, pero no acertaba a adivinar el motivo. Ah, Emilce… Qué útil era su presencia. Parecía invisible, pero lo veía todo y su espíritu no se había embrutecido por las labores de dirección, orden y mantenimiento de un lugar con tantas exigencias como lo era aquel palacio. Al contrario, se encontraba al servicio del crecimiento intelectual, cuyo interés compartía con Magnus en sus múltiples lecturas y debates nocturnos. ¿No formaban una pareja sorprendente? Su padre jamás se lo había reconocido, pero estaba convencida de que él y Emilce mantenían una relación más que amistosa. De pronto, alguien tocó el hombro de Amanda.

—¿Me buscabas?

Era Elio, que venía con Luca de la mano. Habían estado trabajando juntos en una cartulina para el colegio. Amanda, sorprendida de ver a su hermano tan entregado a Luca, abrazó a su hijo y le susurró al oído que más tarde charlarían y jugarían juntos, pero ahora debía irse con la niñera, ya que ella tenía que hablar con el tío Elio. Se llevó casi literalmente a rastras a su hermano de nuevo a la biblioteca, y allí ya no contuvo su enfado.

—¿No tenías que estar pendiente de la policía?

—Ya estaba Emilce, como un bulldog. Relájate, Amanda.

—Estoy muy relajada, gracias. Pero ¿sabes qué pasa? Que me he reunido con los inversores franceses, Bernard y Fournier, no sé si te suenan. ¡Oh, sí, deben de sonarte! Resulta que cerraste una venta con ellos desde nuestra galería de Barcelona hace nueve meses, y, vaya por Dios, su cliente se ha quejado, porque no sabe si el boceto de Rembrandt que les enviaste es falso o robado. ¡Y no te hagas de nuevas conmigo, Elio! —lo amenazó, al ver dibujados en el semblante de su hermano el desconcierto y la sorpresa—. Me han dicho que ya te habían trasladado sus quejas y que ahora estaban pendientes de las aclaraciones oportunas o de una compensación. Como se entere papá, lo matamos del disgusto. ¿Se puede saber qué has hecho, imbécil?

—No todos somos doña perfecta como tú, ¿sabes? Yo lo hago todo mal, por lo que parece, así que para variar intenté lucirme un poco —reconoció—. Pudo salir bien o no, pero no creo que sea para tanto. El cliente era de Arabia Saudí, y esos nunca cuestionan la procedencia de nada. Además, ¡es Rembrandt! Hay como seiscientas obras de él en los museos, por no hablar de centenares en colecciones privadas, cuando los dos sabemos que como mucho

pintó trescientos cuadros. ¡El mercado es así! —Se acercó a Amanda, convencido de sus propios argumentos—. Casi el cuarenta por ciento de las obras de arte que se venden en el mundo son falsas… Pero la gente sigue comprando, ¿no? Y les dan igual los riesgos, ¿y por qué? Porque quieren llamar la atención y remarcar lo especiales que son al disponer de una pieza única.

—Ahora vendrán los de Arabia Saudí a darte las gracias —ironizó ella, muy enfadada—. ¿Puedes decirme cómo piensas arreglarlo?

—Ya estoy en ello, Cas me está echando una mano.

—¿Cas? ¿Y qué pinta él en esto?

Elio se mordió el labio inferior y la miró, inquieto, sin ocultar su nerviosismo. Al momento, Amanda comprendió que había mucho más que contar que aquel tropiezo con los inversores franceses, pero en aquel instante sonó su teléfono móvil. Era de la empresa de alarmas. Habían llamado a su padre, pero nadie les había cogido el teléfono. Sabían que era un incordio contactarlos cada vez que se desconectase la alarma de la Cámara de las Maravillas —y más teniendo en cuenta las numerosas ocasiones en las que Magnus accedía a ella—, pero hacía ya casi cinco minutos que alguien la había apagado sin introducir el nuevo código que les mandaban por teléfono tanto al propio Magnus como a ella misma, de modo que la pregunta era obvia… ¿Iba todo bien?

Amanda ni siquiera colgó el teléfono. Salió junto con Elio corriendo hacia el ático, donde ni la policía ni ellos mismos parecían ser capaces de controlar el acceso a aquella enorme habitación llena de maravillas.

Subieron las escaleras muy rápido, pero tal vez hicieron demasiado ruido. Elio gritó llamando a la policía, para después tropezar consigo mismo y terminar rompiendo una gran maceta que había justo en el arranque de la escalera del ático desde la segunda planta. Maciel y Lope, que estaban charlando amigablemente en el rellano, se vieron sorprendidos por la carrera y los gritos. Los siguieron de forma automática sin saber realmente qué estaba pasando.

Llegaron enseguida a la tercera planta y avanzaron corriendo por el pasillo rojizo, de nuevo dentro de un universo pompeyano en el que los trampantojos de las paredes les ofrecían ilusiones ópticas de lejanía y sensación de estar en otra época. Sin embargo, nadie parecía reparar en aquella mágica ambientación, porque todos buscaban girar en el pasillo para llegar a la gran puerta dorada de la Cámara de las Maravillas. Allí estaba. Brillante e imponente, como siempre. La puerta cerrada, nadie en el pasillo. De no ser por la llamada de la empresa de seguridad, no podrían haber sospechado que allí estuviese sucediendo algo fuera de lo normal.

Lope y Maciel intercambiaron un par de comentarios, y el primero se quedó con Amanda y Elio al lado de la puerta, mientras el otro giraba la última curva del pasillo circular para verificar que estaba despejado. Un grito asertivo de Maciel confirmó que no había nada extraño a la vista; sin embargo, distinguió una especie de diminuto tragaluz a baja altura, en la inclinación del tejado entreabierto. Era demasiado estrecho para que cupiese por allí una persona. Claro que el Cuervo se había relacionado con especialistas en *parkour*, hábiles para escalar por todas partes como arañas… ¿Cabría la posibilidad de que…? No, Maciel echó un vistazo a través del tragaluz, y solo vio un tejado completamente desierto. Regresó junto a Lope y los

Mendoza, y descubrió que Amanda volvía a hablar por teléfono con la empresa de seguridad.

—¿Seguro que no ha podido ser un error? Aquí no vemos nada —afirmó ella al teléfono, tras una confirmación visual con Maciel—. Sí, ya sé que su sistema es infalible, pero ha fallado últimamente. ¿Cómo? Ah, entonces ¿ahora la alarma le aparece conectada? No entiendo nada. Sí, llevo un rato en la puerta.

Siguieron hablando un par de minutos y, cuando Amanda colgó, las expresiones de desconcierto eran comunes a todos. Elio comenzó a barajar posibilidades: dado que habían instalado un nuevo protocolo en el sistema informático, era posible que hubiese tenido algún error, sin más, y aquello era todo. Falsa alarma. Pero Amanda no estaba de acuerdo.

—¿Y si volvieron a desactivar la alarma de forma remota?

—En tal caso —opinó Lope—, quienquiera que lo hubiese hecho podía estar realizando pruebas a distancia…

—O encontrarse ahora mismo dentro de la Cámara —afirmó Amanda, que al instante empezó a teclear su código de entrada y a confirmar el mensaje que al momento obtuvo en su teléfono desde la empresa aseguradora. ¿Cómo era posible que antes, al recibirlo, no lo hubiese escuchado? Se dio cuenta de que, al reunirse con los inversores franceses, había dejado el móvil en silencio, y se maldijo por ello. Dio un paso dentro de la antesala de la Cámara y se giró hacia los policías—. Van armados, ¿verdad?

Maciel y Lope se miraron y no les quedó más remedio que asentir, aunque Maciel, salvo en los ejercicios de tiro obligatorios, no había usado la pistola en su vida. Amanda continuó con paso decidido y les pidió que pasasen. Después, cerró la puerta tras de sí: si allí

dentro había alguien, su única escapatoria serían las ventanas, y el sistema de seguridad las tenía ahora bloqueadas. Avanzaron unos pasos y Amanda desoyó las indicaciones de Lope de ir detrás de él, protegida. El policía tuvo la sensación de que, de haber allí un ladrón, preferiría toparse con un policía antes que con aquella mujer, porque Amanda parecía dispuesta a liderar un ejército y a ordenar las ejecuciones que fuesen necesarias. Atravesaron la impresionante antesala llena de cuadros que representaban gabinetes de curiosidades y por fin llegaron a la Cámara de las Maravillas, que los recibió como si su encanto dormido estuviese siempre esperando, dispuesto para ser admirado.

Amanda encendió luces a su paso y cada pieza, antigüedad y obra de arte parecía estar donde debía. Ningún ruido, ninguna sombra extraña. Revisaron toda la Cámara y sus recovecos, que seguían la estructura en forma de U del ático y que añadían estancias formadas por paneles separadores de ambientes y de distintas colecciones. Ni siquiera el geólogo de aquel cuadro que supuestamente había pintado Vermeer daba la sensación de haberse movido ni un milímetro de su puesto, listo para ser venerado por cualquiera que accediese al exclusivo ático.

—Volvamos a revisarlo todo —propuso Elio.

—Creo que no hace falta —opinó Amanda, a la vez que comprobaba que las ventanas estuviesen cerradas. Repasaron un par de veces más toda la Cámara, hasta que decidieron por unanimidad que, sin duda, se había tratado de un problema de la central de alarmas de la empresa aseguradora.

—Luego volveré a llamarlos. Ahora hablaremos tú y yo.

Mientras salían de la Cámara, Maciel y Lope se miraban de soslayo, sopesando todavía si realmente había sido una falsa alarma o si la pequeña treta de Marc había dado resultado. Bajaron las escaleras del palacio, sin embargo, cada vez más convencidos de que los sistemas tecnológicos modernos estaban llenos de taras y de que no había nada mejor que una buena cerradura de las de antes para tener las cosas bien guardadas. No se les pasó por la mente echar un vistazo dentro del hueco del diminuto y estrecho ascensor del pasillo exterior. Aquel ascensor solo lo utilizaba Magnus, y ahora ni siquiera se encontraba en la tercera planta, sino en la primera, como siempre. Toda la familia sabía que había una llave en el marco de la puerta del elevador, en cada piso, para acceder al hueco de la cabina en situación de emergencia. El propio técnico del ascensor, que iba todos los meses, lo había recordado en varias ocasiones para el caso de que se cayese algún objeto por aquel estrecho espacio, tan irregular. Pero esto no podían saberlo Lope y Maciel. Al parecer, tampoco Elio ni Amanda jugaron con aquella idea. Lo cierto era que en aquel hueco oscuro latía ahora, acelerado, el corazón de una persona que se mantenía de puntillas sobre una diminuta fijación de las guías de la pared, consciente de que su vida se sostenía sobre una estrechísima repisa de acero.

17

La biblioteca del palacio, de nuevo, sirvió como marco de una reunión familiar.

Amanda había obligado a Elio a sentarse para que, sin escatimar detalle alguno, le contase qué había sucedido con los inversores franceses y con su todavía marido. Elio había restado importancia al asunto.

—A ver, Amanda… A veces, a las galerías de Madrid y Barcelona nos llegan piezas desde colecciones privadas, y no siempre tienen el certificado de autenticidad. Nuestros expertos las revisan para dar el okey, y en ocasiones sabes que contactamos con familiares del artista… El proceso es lento, así que, si el precio de la obra es bajo, asumimos el riesgo.

—Lo asumes tú, quieres decir —dijo ella—, porque a mí nunca me has consultado ninguna operación dudosa, y daba por hecho que todo el material con el que trabajabas tenía certificado de autenticidad.

—¿Lo ves, Amanda? ¡Ya estás otra vez en plan doña perfecta! ¿Desde cuándo son cien por cien fiables esos certificados? Si le sacas un buen fajo a un catedrático de Arte, te firma hasta una declaración jurada de que existen los ovnis.

—Serán los expertos con los que tratas tú, no yo.

—Que no, Amanda… ¿Te explico lo que pasó con el Rembrandt? Que sí era un trabajo auténtico, pero de su escuela. El tipo hizo lo que todos, retocar el trabajo de un alumno y ejecutar solo las partes difíciles. Tú sabes que cuando es así, la obra también se considera auténtica.

—Ya. ¿Y qué pinta Cas en todo esto?

—Cas… A ver cómo te lo explico para que no lo entiendas mal.

—Tranquilo, que lo estoy entendiendo todo perfectamente.

Elio se levantó y se repeinó el cabello, nervioso. Se dirigió a su hermana con semblante abatido:

—Papá y tú siempre me estáis recordando lo inútil que soy…

—¿Yo?

—Aunque no lo digas, lo das a entender.

Sí, tal vez su hermano tuviese razón en eso, pero lo cierto era que siempre debía supervisar su trabajo, y que en los últimos meses no lo había hecho porque se había tenido que volcar en la creación y dirección de Pentimento. Elio continuó hablando:

—Ya te lo dije antes… Quería lucirme un poco y cerrar alguna operación decente, para variar. Pero era consciente de que no es lo mismo vender a un posible comprador desde una galería, donde ya saben que podemos utilizar todas las artimañas de venta imaginables, que desde una colección privada en la que solo hagamos de intermediarios…

—Ah —se limitó a decir ella, que dedujo de inmediato el método de venta de su hermano—. Así que utilizaste a Cas.

—Sí. Si el material procedía de su colección, era mucho más fácil colocar las obras.

—Pero ¿cómo…? ¿Cómo pudiste enredarlo?

—Bueno, Amanda… No estabais muy bien de dinero y él no quería pedir ayuda a papá, así que… De todos modos, no hicimos nada ilegal, solo escenificamos un poco mejor el escenario de venta, eso es todo.

—Una cosa es usar herramientas de marketing, Elio, y otra engañar al personal. ¿Sabes cuántas operaciones nos pueden fallar ahora si se corre la voz de que no somos de fiar?

—Eso no va a suceder.

—Ya ha sucedido, los franceses se han quejado.

—Pero casi todo lo que hemos vendido se ha ido para Japón —objetó él, que solo tuvo que esperar un par de segundos para que Amanda otorgase significado a lo que acababa de decir. Cuando ella lo comprendió, su expresión fue una mezcla de furia y de estupefacción. Todo el mundo en el sector sabía que vender una falsificación a un japonés era bastante seguro; si eran estafados, los compradores de aquel país se avergonzaban de una forma que a los occidentales les resultaba difícil de entender, pero que para ellos suponía una mella en su honor, en su propio prestigio e inteligencia, por lo que no solían acudir a la policía salvo que el caso fuese muy flagrante. Amanda tomó aire e intentó serenarse. Se volvió hacia Elio.

—¿De cuántas operaciones estamos hablando?

—Pues… Unas veinte o veinticinco.

Ella respiró hondo. Eran muchas.

—¿Nos van a llegar piezas devueltas? Me refiero a las casas de subastas. Si descubren un material falso, no lo van a decir en prensa, pero tampoco tardarán en devolvérnoslo.

—No, no —le aseguró él, convencido, aunque luego aplicó un matiz a su convicción—. No creo. Tampoco somos delincuentes, no hemos hecho daño a nadie… Además, desde que vendisteis la casa de La Moraleja ya no volvimos a hacer operaciones arriesgadas. Cas no quería líos…

Amanda se mostró fría e inflexible.

—Si no quería líos, tendría que haber hablado conmigo.

—Ah, muy bien, ¿y con qué cara iba a hacerlo? Piénsalo, ya habíais perdido la casa por culpa de sus inversiones, y él… En fin, ¿qué hay de malo en que sacase algunas comisiones de la galería?

Amanda desvió su atención al colorido dibujo de la alfombra. Miraba sin ver, todavía asimilando la información. ¿Cómo era posible que tanto su hermano como Cas hubiesen caído en prácticas de comercio que bordeaban la ilegalidad y que, sin embargo, fuese ella de nuevo la bruja en aquel cuento? Era como si la quisieran castigar por su rectitud, por su capacidad de trabajo. Sabía que la dureza y la integridad no estaban bien vistas en una mujer. De pronto, comprendió por qué Casio había hablado tanto con unos inversores japoneses al comienzo de la fiesta. Lo había perdido de vista un rato antes del apagón, pero recordaba que le había extrañado la seriedad en los semblantes de los contertulios de su marido. Con todo lo que había sucedido se había olvidado de ello, pero ahora comprendía que Cas debía estar dando explicaciones imposibles a aquellos inversores. Despacio, y sin levantar la mirada, Amanda habló alto y claro:

—No volverás a realizar ninguna operación en las galerías, ni tampoco en la fundación ni en Pentimento, sin que yo misma o alguien de mi confianza la supervise.

—¡Pero, Amanda!

—Si lo prefieres, podemos dejar que lo decida papá —lo cortó, alzando ya la mirada y clavándola sin piedad en su hermano—, o bien podemos olvidarnos de este asunto, sin que llegue a sus oídos, si aceptas estas nuevas reglas.

Elio, enfadado, tardó unos segundos en asimilar que Amanda hablaba completamente en serio.

—Qué hija de puta eres —le espetó, y acto seguido se dio la vuelta, salió de la biblioteca y cerró de un portazo. Amanda, agotada, se dejó caer en el sofá. Le llevó unos minutos tranquilizarse, unir cabos y entender cómo había llegado a aquella situación. Tal vez su hermano le había mentido, igual que su marido, porque ella era una arpía y una controladora totalmente incapaz de ser un poco canalla y de disfrutar de la vida.

Amanda se levantó y se dirigió al cuarto de Luca, que aquella noche comenzaría a tomar su nueva medicación. Le había prometido que jugarían un rato juntos, y todavía no le había preguntado siquiera qué tal le había ido el día. Escogerían un cuento y lo leerían antes de dormir, con la esperanza de que el sueño fuese tranquilo y de que, aunque ella tuviese un nudo en la garganta, por fin se terminasen las pesadillas.

A Dimas le encantaba estar con Matías, su hermano. Le había conseguido un piso cerca del río Manzanares y con vistas al puente de Toledo. Habría preferido algo más céntrico, pero Matías se había negado a que gastase un euro más en él, de modo que con contemplar el puente del siglo XVIII desde su amplio piso con terraza

en Carabanchel se había ido arreglando. No quedaba muy lejos de donde vivía el padre de ambos, de modo que era factible que este lo visitase con relativa frecuencia.

—Espero que papá no venga justo ahora —sonrió Dimas a su hermano.

—No, tranquilo. Acaba de marcharse unos días a San Juan de Luz… ¿Sabes que quiere restaurar la casa de los abuelos? De todos modos, en algún momento deberías ir a verlo… El tiempo pasa y se hace mayor.

—El tiempo no cambia lo que somos, Matías. Y estar siempre discutiendo y con reproches no forma parte de mi concepto de relación saludable… Prefiero que viva tranquilo —concluyó, y en su expresión había cierta nostalgia, pero también aceptación y serenidad. Dimas posó una mano sobre el hombro de su hermano. No se parecía en nada a él. Era más bajo, rubio y de cabello ensortijado. También disponía de complexión delgada, aunque menos atlética en comparación, y unos ojos azules claros como el agua, casi transparentes, que le dotaban de un aura angelical. Decían que Matías era como la madre y Dimas como el padre, pero ella estaba muerta y a Dimas su padre no le dirigía la palabra.

Si Gastón Chevalier supiese que su hijo pequeño también trabajaba para el mayor, el exconvicto, se llevaría un gran disgusto. Se suponía que Matías era autónomo y que colaboraba de forma estable con la plantilla del departamento informático de dos grandes firmas de moda. Su trabajo consistía, fundamentalmente, en que todos los botones de las páginas web funcionasen de forma correcta cuando los clientes buscaban prendas, seleccionaban colores y, sobre todo, presionaban el clic que suponía la compra segura

mediante pago con tarjeta, Bizum o transferencia bancaria. En cierto modo, aquella ocupación era real, pero Matías también trabajaba para Dimas y su equipo. Se encargaba de rastrear la información fiscal y los antecedentes de todas las empresas, galerías y coleccionistas con los que se relacionaba Dimas desde Londres, y confirmaba la veracidad de aquellos certificados de autenticidad de las obras que tan poca consideración le merecían a Elio Mendoza. Dimas le había dicho que no era necesario, que Gina podría encargarse, pero él se había negado.

—No fastidies, Dimas. Soy un tío que tiene que estar siempre en casa con doble cerradura de seguridad y con un temporizador de apertura. Para salir a la calle tengo que hacerlo con el enfermero —añadió, aludiendo al enorme y fuerte Antón, que pasaba con él más de ocho horas al día—, ¿y te niegas a ofrecerme un poco de diversión para que me sienta útil?

—A papá no le haría gracia.

—Pero es que papá no va a saber nada de esto —había zanjado Matías.

Sus argumentos eran sinceros. Necesitaba tener la mente ocupada, porque su vida personal era compleja; había llegado a tener novia, pero cada vez que le daba un ataque salía corriendo de un restaurante, de una oficina o de un coche, y era muy peligroso. De hecho, había estado a punto de morir atropellado muchas veces. Años atrás había llegado a ocasionar, con su carrera involuntaria, un accidente múltiple en el que un niño había terminado gravemente herido por el impacto de un coche. Desde entonces, decidió que nunca más saldría solo a la calle. Le resultaba imposible controlar aquellos ataques, y la medicación solo había suavizado un poco los

síntomas de su extraña epilepsia. Por eso, cada poco tiempo Dimas contactaba con el Hospital del Canto del Pico para conocer los posibles avances de la ciencia, y por aquel mismo motivo también realizaba consultas en los distintos lugares del planeta a los que acudía a buscar obras de arte.

A Matías le apenaba que Dimas no viviese en Madrid, pero sabía que su hermano mayor huía en cierto modo del lugar donde había pisado la cárcel. Él no podía coger aviones, de modo que solo había visto la casa de Dimas por vídeo y por fotografías, pero le daba la sensación de que su hermano era feliz en la capital británica. Su equipo de trabajo —encabezado por Gina— colaboraba con muchas galerías y museos, y la colección de pintura flamenca de Dimas era muy apreciada: cada préstamo de sus cuadros, de hecho, suponía importantes réditos. Se trataba de un gran marchante que, a pesar de su fama previa, era conocido y respetado.

En aquel instante, los dos hermanos se preparaban para comer algo en la terraza de Matías, que disponía de una altísima barandilla con una sólida placa de cristal para evitar que en sus carreras incontroladas pudiese precipitarse al vacío. Dimas se detuvo al escuchar su teléfono. Era el inspector Marc Bru.

—Disculpe que le moleste, señor Chevalier, pero me han confirmado hace solo unos minutos que en el Palacio Dorado ha habido problemas con la alarma de la Cámara del ático.

—Oh. ¿Y me informa por algún motivo concreto?

—No, por saber. Porque imagino que usted controla bastante de alarmas, y a lo mejor podría informarme sobre este punto… Me refiero a si es normal que salten sistemas de seguridad de última generación así, sin más.

—No lo sé, inspector. No he desconectado una alarma en mi vida.

—No me diga.

—Ya ve. Mis métodos eran más rudimentarios. Claro que le interesará certificar si yo me encontraba o no cerca del palacio —añadió, sin perder la sonrisa en los labios—. Solo por si pudiera echarle una mano con su investigación, imagino.

—Por supuesto.

—Espere, le cuelgo. ¿De acuerdo?

Y Dimas, sin esperar conformidad, colgó el teléfono y activó una videollamada al instante al inspector. Se enfocó a sí mismo e hizo un gesto de saludo con la mano, para después girar la cámara sobre la terraza de Matías y pasar a mostrar el puente de Toledo. Volvió la imagen hacia sí mismo otra vez, y al terminar se dio cuenta, para su sorpresa, de que Marc parecía estar en la puerta de un hospital. Le preguntó si todo iba bien, y el inspector se limitó a asentir. Dimas finalizó la conversación prometiendo al desconcertado Marc que le pasaría su ubicación en tiempo real para que estuviese tranquilo.

Cuando colgó, el antiguo ladrón desdibujó su sonrisa. Podía pretender que aquello era un juego, pero no le gustaba nada estar en el ojo de aquel huracán, con el que no tenía nada que ver. De hecho, le perturbaba bastante que ahora su destino fluctuase según Magnus Mendoza decidiese o no denunciarlo y sabía que iba a tener que solucionar aquel asunto del sello imperial. No podía depender de la voluntad de nadie, solo de la propia, y había sido un estúpido y un pretencioso al llevarse la reliquia china. Por otra parte, ¿por qué habría fallado la alarma? Las casualidades fortuitas, en circunstancias como aquella, eran más bien inexistentes. El fastidioso ladrón de los diamantes seguía cerca y debía dar con él. Al

día siguiente tendría que ponerse en acción, y de forma drástica. Matías, por su parte, lo miraba fijamente a solo un par de metros de distancia. Había escuchado la conversación con Marc Bru.

—La policía, ¿otra vez?

—Querían solo una pequeña colaboración.

—Dimas.

Y Matías, negando con el gesto, se alegró de que su padre se encontrase en aquellos momentos en el sur de Francia, ajeno a un mundo que siempre parecía girar en la misma dirección.

Marc se quedó mirando el teléfono como si desde su interior Dimas Chevalier todavía le guardase alguna sorpresa. En efecto, no tardó ni un minuto en recibir su ubicación en tiempo real, cuya información iba a durar, según el sistema de WhatsApp, un par de horas. «Al final tenía razón Mencía… Un cabronazo», pensó.

Maciel había llamado antes a Marc desde el palacio de los Mendoza para contarle lo que había sucedido, si es que realmente había ocurrido algo, y el inspector no pudo dejar de pensar que su pequeña trampa tal vez sí hubiese surtido efecto. Sin embargo, ahora ya no podría saberlo a ciencia cierta, de modo que tendrían que volver a contactar con la empresa de seguridad para comprobar si podían darles alguna información sobre desde dónde se había desconectado la alarma y, en especial, en qué dispositivo.

Ahora Marc llevaba ya un rato esperando en el hospital, y se había negado a irse de Urgencias a pesar de las reiteradas peticiones de Mencía.

—Le digo que se vaya, Marc. Ya ha oído lo que ha dicho el médico, que solo ha sido un síncope vasovagal, un desmayo.

—Tiene usted razón, que a uno le baje la frecuencia cardiaca y la presión arterial de golpe no tiene ninguna importancia. ¿Cómo fue lo que dijo el doctor? —preguntó, simulando que hacía un esfuerzo por recordar—. Ah, sí. Síncope motivado por sobrecarga de ansiedad extrema.

—Ha sido un exagerado. Me habrá dado un bajón de tensión y punto. Ya le he explicado que tengo muchas responsabilidades y… En fin, imagino que ha escuchado lo que ha dicho el enfermero sobre mi índice de masa corporal. Tendré que comer más.

Marc asintió comprensivo, pero no se dejó engañar. Antes, mientras esperaban a que le hiciesen un TAC cerebral tras el contundente golpe en el cráneo, Mencía había bajado la guardia y le había contado las circunstancias familiares que limitaban sus ingresos y que, añadidas a los precios de los alquileres en la capital, la obligaban a compartir piso. El hecho de que la joven fuese tan nerviosa y trabajase en la UDEV policial, sin duda, no debía de ayudar mucho.

—No puede seguir así, querida —le había dicho él mientras ahora esperaban a que le diesen los resultados del TAC.

—¿No? ¿Y qué sugiere?

Mencía estaba a punto de derrumbarse, y Marc comprendió que contenía las lágrimas en su presencia. De pronto, la subinspectora pareció sobreponerse sin más, infundiéndose energía positiva desde alguna parte.

—Hay tiempos mejores y peores, no dramaticemos. Los problemas siempre llegan, solo hay que saber tomarlos, ¿entiende? Como si

fueran curvas en una carretera.

Marc admiró la rapidez con la que ella rearmaba su ánimo, y también procuró impregnar su voz de optimismo:

—¿Sabe qué canción me pongo yo para darme energía ante los problemas complicados? La de *Tiptoe Through the Tulips*, de Tiny Tim… ¿Sabe cuál es?

Mencía mostró una expresión de incredulidad.

—¿Una muy vieja en la que el cantante parece que está afónico y que intenta cantar ópera, pero no le sale?

Marc entornó la mirada y fingió estar muy ofendido.

—Le perdono la blasfemia porque tiene un mal día, querida, pero una canción que lo anima a uno a perderse por un jardín con un sauce y con flores hasta las rodillas para librarse de la llovizna solo puede traer buenas vibraciones.

Mencía sonrió con sinceridad.

—Está usted como una cabra, Marc.

Ambos se echaron a reír, juntos, por primera vez desde que se conocían. Formaban un equipo extraño. Ella, siempre de negro y tan delgada, con aquel cabello liso y largo; y él, con sobrepeso e indumentarias tan coloridas y excéntricas que con frecuencia parecía recién salido de una fiesta de los años ochenta. En aquel momento los avisaron de que ya estaban listos todos los informes médicos y Mencía ya podía irse a casa. La joven policía pareció hacer caso omiso a todas las recomendaciones de descanso y Marc solo pudo acompañarla hasta un taxi. Después, mientras él caminaba hacia su propio coche, tuvo muchos pensamientos encontrados. Sobre el caso del Palacio Dorado, sobre Dimas Chevalier y hasta sobre Mencía. Ahora ya no le extrañaba que ella fuese una persona tan nerviosa, y

tal vez solo necesitase un amigo para perderse de vez en cuando por el jardín de la canción y librarse de la inclemencia.

18

Marc Bru apareció en la Brigada de Patrimonio Histórico muy temprano y con un aspecto insólitamente discreto: vestía un sencillo traje de chaqueta de color azul marino que solo desvelaba su histriónico gusto y personalidad por un ajustado chaleco de caracolas y estrellas de mar sobre un fondo celeste, a juego con unos calcetines de delfines. Marc estaba seguro de que, de alguna forma, su pequeña trampa de la tarde anterior sí había funcionado. Tras el episodio del «fallo» en la alarma de la Cámara de las Maravillas, había solicitado a los de Científica que pasasen al menos a echar un vistazo al panel de acceso. Le confirmaron que tanto la placa como el gran pomo de la puerta estaban tan limpios «como la conciencia de un bebé», con la salvedad de las huellas de Amanda, que era la última que había entrado. ¿Era normal que estuviese todo tan limpio? No lo tenía claro. El informático de la policía, tras hablar con la central de alarmas, le había confirmado que el método de desactivación del programa de seguridad había sido similar al de la noche de la fiesta: una dirección de IP encriptada que tenía su origen en el propio palacio o en sus inmediaciones.

Marc se sentó en la mesa de su despacho, llena de papeles y carpetas, donde reinaba un desorden inabarcable, pero en el que él sabía dónde se encontraba hasta el folio más anodino de cualquier

expediente. Su cerebro no dejaba de dar vueltas. A Casio Mendizábal podía descartarlo del engaño, porque se encontraba en París. Todavía tenía pendiente revisar con detalle dónde estaba antes del apagón de la fiesta, pero desde luego no participaba en aquel ardid que el inspector había ingeniado. ¿Quiénes se hallaban en la reunión de la biblioteca? Magnus, Elio y Amanda. Los tres Mendoza estaban descartados de la artimaña, pues, cuando habían sucedido los hechos, uno estaba en un concierto y los otros dos eran quienes, desde la propia biblioteca, habían dado la voz de alarma. ¿Podría tratarse de Emilce, el ama de llaves? Podría ser, sí. ¿Y Lorena, la entregada y solícita ayudante de Amanda? Era factible, aunque, por lo que Maciel había podido averiguar, se había quedado atendiendo a unos inversores franceses para llevarlos después de regreso al aeropuerto.

También estaba Celene, la novia de Elio, que, según él —y siempre de conformidad a la información que Lope y Maciel habían obtenido—, se había ido en avión a primera hora de la tarde del día anterior a Ámsterdam. ¿Por qué no cerciorarse? Buscó en internet y accedió a la web de Aena, donde comprobó que la tarde anterior había habido hasta tres vuelos directos a Ámsterdam. Marc sonrió travieso. ¿Por qué no hacer lo mismo que Dimas Chevalier había hecho con él la tarde anterior? Una videollamada podía ser muy reveladora, y en aquellos instantes no tenía argumentos suficientes como para pedirle a un juez que librase oficios a compañías aéreas ni a los museos o empresas para los que aquella muchacha pudiese trabajar. ¿Por qué no empezar por lo sencillo para avanzar a nivel burocrático si el asunto lo requería? Lo cierto era que, cuando había tomado declaración a Celene, le había parecido de mente sencilla y

sin ingenio, pero no podía olvidar que trabajaba en el mundo del arte y que hasta los más estúpidos eran capaces de cometer crímenes siniestros.

Marc buscó la información que tenía de ella en el expediente y, sin considerarlo ni un segundo más, marcó la opción de llamada.

Celene estaba realmente cansada. El vuelo del día anterior, el madrugón de hoy… Los horarios en Ámsterdam eran desde luego mucho más ajustados que en España, y no sabía si prefería o no aquel estilo de vida centroeuropeo en el que, aunque subiese a un tranvía después de desayunar y cuando todavía era noche cerrada, al menos sabía que a las cinco de la tarde ya dispondría de tiempo libre.

Además de su trabajo esporádico para las productoras audiovisuales, que «nunca sabían cuándo la iban a necesitar», el trabajo de restauración ofrecía a Celene una estabilidad económica también relativa, pues eran muchos los estudiantes que se ofrecían a colaborar prácticamente gratis tan solo por ganar puntos para su currículum y tener acceso a obras extraordinarias. Ahora mismo ella ya se encontraba, con su bata blanca, dispuesta para comenzar su tarea en el famoso Rijksmuseum, y sus pensamientos volaban. Cuando trabajaba en España, casi siempre le tocaba colaborar con restauraciones de lienzos, esculturas e imágenes de tipo religioso. Los talleres estaban llenos de aguarrás mineral y etanol para limpiar, de jabones de resina, emulsiones, disolventes orgánicos y gelificados, pero cada pieza era diferente y no existía un tratamiento universal. Una vez, en un curso que había hecho en el MoMA de

Nueva York, había descubierto que la saliva era una gran aliada para algunos de los más prestigiosos restauradores; por fortuna, en la actualidad, se había creado saliva sintética, que, aunque no ofrecía los mismos resultados que la original, se parecía en cuanto a riqueza enzimática. Y ahora, sin embargo, lo único que ella tenía entre manos ante el cuadro más famoso del museo era una cámara fotográfica de última generación. ¿Cómo era posible que los procesos hubiesen cambiado tanto?

Sus pensamientos fueron interrumpidos por una videollamada. Número desconocido. ¿Quién sería? Publicidad, probablemente, aunque el número era inusualmente largo y parecía tener prefijo español. Cortó la llamada, pero el teléfono volvió a sonar en solo unos segundos. Extrañada, descolgó sin mostrar su propia imagen. Era aquel policía tan pintoresco, el de la Brigada de Patrimonio Histórico.

—¿Ha pasado algo? Dios mío, ¿Elio está bien?

—Perfectamente, descuide, ¡cuánto lamento haberla asustado! Tan solo quería hacerle unas preguntas, serán menos de dos minutos.

—Ah, pero… Estoy trabajando, ¿podríamos hablar después, al mediodía?

—Nos urge un poco —insistió Marc, que cambió a un tono más formal—, y ya le digo que será cosa de un par de minutos.

Celene, abrumada, aceptó atenderlo. Marc exageró los efectos del fallo de la alarma del palacio la tarde anterior y, aunque ya tenía constancia de que ella iba camino de los Países Bajos cuando había sucedido, necesitaba saber si había visto u oído algo extraño antes de abandonar el inmueble. La táctica de ofrecer al interrogado la

posición segura de inocencia mientras él buscaba al culpable por un camino completamente alejado solía darle buen resultado. Como esperaba, Celene se relajó y le confirmó lo que él suponía: la joven no había detectado nada inusual.

—Comprendo. Pues eso era todo, disculpe que la haya molestado… Está usted trabajando en el Rijksmuseum, ¿verdad? ¡Oh, cómo me gustaría visitarlo! Hace ya tantos años que fui la última vez… ¿Restaura alguna obra en concreto?

—*La ronda de noche*, de Rembrandt.

—¡No puedo creerlo! ¿De verdad? ¡Pero si es la obra más importante de Ámsterdam, por Dios! Estará usted emocionadísima.

Celene sonrió al otro lado del teléfono y con su ego acariciado por aquellas palabras, aunque sin dejar de traslucir su modestia.

—No crea… La restauración se hace ante el público del museo, estamos tras una vitrina enorme de cristal a solo siete metros de la gente, pero a mí me han tocado los escáneres de rayos X y tomar fotografías de alta resolución a cada milímetro… Y serán más de diez mil imágenes, así que figúrese. Dentro de una hora vendrá el equipo habitual, que son casi veinte restauradores, por no hablar de los historiadores de arte… Así que siento decepcionarlo, pero mi trabajo no es tan romántico como usted se imagina.

—Comprendo, comprendo… ¡Pero su labor no deja de ser excepcional! Sé que es un atrevimiento por mi parte, Celene, pero si me dejase ver su estudio un segundo por la videollamada…

Ella volvió a sonreír al otro lado de la línea.

—Claro.

Marc pudo ver al instante cómo la dulce Celene, con su rostro casi infantil, giraba la cámara hacia el lienzo de *La ronda de noche*,

pintado en el siglo XVII y cuyas dimensiones alcanzaban más de cuatro metros y medio de ancho y tres y medio de alto. El enorme cuadro era admirado por más de dos millones de visitantes cada año, y Marc comprendió que el museo hubiese decidido mostrar a través de un cristal su restauración, pues, junto a algunos cuadros de Vermeer y el autorretrato de Van Gogh, aquella obra era uno de sus mayores reclamos. Tras guardar una imagen tan singular en su retina, se despidió rápidamente de Celene y le dio las gracias por su ayuda, viéndose obligado a tacharla de su lista de sospechosos. Sin embargo, era consciente de que algo en aquel caso se le escapaba… ¿Qué era? Cuando Celene había colgado el teléfono, también se había quedado con una sensación de extrañeza y desconcierto. ¿Para qué la había llamado realmente aquel policía? Preocupada, envió un mensaje a su novio, Elio Mendoza. Si había algo de todo aquel asunto que él le hubiese ocultado, desde luego era el momento de saberlo.

La Sala de Anamorfosis de Pentimento era un espacio pensado para albergar cuadros y piezas que ofreciesen juegos ópticos y en el que las ilusiones visuales pudiesen resultar intrigantes y hasta subversivas. Destacaban algunas reproducciones como las *teste composte* o «cabezas compuestas» del siglo XVI de Giuseppe Arcimboldo, uno de los pintores más originales del Renacimiento, que construía retratos de personas uniendo frutas y verduras en un juego estético que para su época era realmente vanguardista.

En aquellos momentos, y casi una hora antes de que se abriese la sala a la recepción de prensa, Lorena terminaba de preparar una

pequeña tribuna con varios micrófonos para que los Mendoza se dirigiesen a los periodistas, a los que se ofrecería un pase privado antes de permitir que por la tarde accediese el grueso del público. Cerca de ella, Elio también se encontraba en la sala; había atendido los mensajes de Celene a primera hora, y le había costado convencerla de que no había sucedido nada nuevo que ella no supiese, aunque él también se sintió preocupado y extrañado por aquella llamada a su novia. ¿Qué estaba buscando la policía? ¿Los incluían a ellos mismos en la lista de sospechosos? Ahora, ya a media mañana, él y su padre charlaban admirando las piezas de la Sala de la Anamorfosis y comentaban lo curioso que les parecía uno de los cuadros de Arcimboldo, en el que, con un planteamiento casi infantil, el artista había construido la imagen de un bibliotecario con la superposición de libros de distintos tamaños y colores.

Delante del cuadro había un gran banco transparente que jugaba con efectos de luz a dar la sensación de que flotaba en el aire, porque en aquel espacio no solo los cuadros eran una ilusión, sino que también el mobiliario formaba parte del juego. Magnus apreció el asiento por su utilidad y no por su diseño, y buscó con la mirada a Amanda para invitarla a que se sentase con él y Elio durante unos minutos. «Papá, no es el momento», había insistido ella, atareada. Sin embargo, el patriarca del clan se dirigió de nuevo a su hija de una forma que no dejaba margen de duda: era un tema importante y no cabía esperar ni un minuto. Dado que Amanda había visto los sorprendentes y súbitos cambios de humor en su padre en los últimos días, se preocupó: ¿y si lo que quería contarles era algo grave, de salud? A aquellas alturas, ya estaba preparada para todo. ¿Cómo iba ella a sospechar que la tranquilidad de su padre ante el

robo del Cuervo tenía su causa en que lo había orquestado él mismo? ¿Y cómo iba a suponer, además, que también tenía una videocámara secreta en el salón rojo y que había grabado a Dimas robando su sello imperial? Aquello explicaría que, tras ver las imágenes del robo desde su cuarto, el anciano se hubiese quedado tranquilo y hasta de buen humor, sabiendo que así tendría a Dimas en la palma de la mano. Así pues, a pesar de que tanto Elio como Amanda podían sospechar una demencia o una enfermedad grave del corazón que los stents de su padre no hubiesen podido compensar, se sentaron en aquel enorme banco transparente frente al cuadro de Arcimboldo, listos para escuchar cualquier drama irreversible.

Magnus les habló en tono discreto, y tanto Elio como Amanda se vieron obligados a acercarse al máximo hacia su padre. Comenzó diciéndoles que había pensado contarles aquello más adelante, que había dudado hasta el último minuto, pero que acababa de decidir que, si sucedía cualquier cosa, sería injusto que sus propios hijos no estuviesen prevenidos. Estos, preocupados, cruzaron sus miradas; ella pudo percibir en su hermano, todavía, el rencor y la rabia por la discusión de la tarde anterior.

—Los hombres de negocios —dijo Magnus—, a veces, nos vemos obligados a actuar de forma irregular. No por gusto, sino por necesidad, por el bien común.

Elio asintió y miró de reojo a Amanda, como si el inicio de aquel discurso se ajustase de forma sorprendente y exacta a su propia situación. Ella ni siquiera se detuvo un instante en comparar a su padre con su hermano, y se centró en averiguar qué habría hecho su

padre que fuese tan grave como para dirigirse a ellos en aquel tono de confidencia. Magnus continuó hablando:

—Sabéis que los acuerdos con los marchantes y las galerías francesas se habían visto resentidos por culpa del idiota del embajador de Francia y su estúpida campaña de acoso para que devolviese mis diamantes… Bien, pues llegado el momento, cuando un empresario dispone de un bien patrimonial que dificulta el crecimiento de su empresa, ¿qué creéis que debe hacer?

—Des… ¿Deshacerse de ese bien? —dudó Elio.

—Exacto. Los métodos no siempre pueden ser los adecuados, pero se me ocurrió que a lo mejor no era necesario claudicar y bajar la cabeza, sino solo ofrecer la apariencia de no disponer ya del objeto de conflicto.

Amanda cerró los ojos.

—Papá. No puede ser.

Magnus asintió con un semblante revestido de gravedad. Hablaba ahora mirando todo el tiempo hacia ella, como si le preocupase especialmente que fuese Amanda quien comprendiese lo que había hecho y por qué. Les explicó cómo había conocido al anticuario del barrio de las Letras; sabía por sus contactos del gremio que tenía algunos dibujos de Matisse y de Dufy, aunque no estaba seguro de que fuesen originales. Cuando los vio, dedujo que el anticuario trabajaba con ladrones de arte. A través de aquel hombre, y con la debida compensación, había terminado por dar con el Cuervo. Robar los diamantes iba a ser solo una travesura que añadiría un aura legendaria a su Cámara de las Maravillas y que, además, le permitiría seguir disfrutando de sus joyas al tiempo que recuperaba la normalidad en sus transacciones comerciales.

—Pero no contaste con que esa noche hubiese otro ladrón en la Cámara, claro —razonó Amanda, que miraba a Magnus con los ojos muy abiertos y el alma encendida—. Y supongo que escogiste esa fecha para darle más bombo al asunto, encima.

—Iba a beneficiar a Pentimento —reconoció él—, porque la fiesta de inauguración de un museo termina apareciendo solo en algunas páginas culturales, pero un robo imposible… Oh, sí, algo así sale en todas partes.

—Tú siempre pensando en los demás —ironizó ella—. ¿Y en tu nieto, pensaste? —le preguntó, aunque no parecía una pregunta, sino una exclamación llena de ira, por lo que Lorena pidió a dos azafatas que saliesen de la sala. Amanda despedía fuego a cada movimiento—. Ahora que íbamos a respirar un poco al saber lo de la epilepsia, tenemos también que intentar que tu nieto no se traumatice porque cree que ha matado a un hombre con un disparo de su mano… ¿Y sabes qué toca esta tarde? Psicólogo, ¡psicólogo para un niño de ocho años, que encima va a ser hijo de padres divorciados en breve!

—¿Qué? ¿Entonces tú y Casio…?

—Yo y Cas, nada… Ya ves, papá —replicó ella, con rabia y sin que ni Magnus ni Elio se atreviesen a decir nada sobre el divorcio, pues la furia de Amanda no decrecía—. ¡Ah! Y qué bien, ¿no? Tu acto de generosidad también me dejó inconsciente en el jardín. Muchísimas gracias, ¡no sé qué sería de mí sin vosotros!

Magnus aguantó la ira de Amanda con estoicismo, aunque no dejó de excusarse cuando les explicó con detalle cómo había orquestado todo aquel plan.

—Se suponía que el robo iba a ser limpio, el Cuervo no tenía que haber bajado al jardín. La culpa fue del otro ladrón.

—Claro que sí, papá, la culpa siempre es de los demás.

—¡Déjalo ya, Amanda! —exclamó Elio, que había estado callado hasta aquel momento, conmocionado por las palabras de su padre —. Nos ha explicado que era solo una argucia de negocios, inocente y sin malicia. Ha sido mala suerte y ya está.

—¿Mala suerte? ¿Tú has escuchado algo de lo que he dicho antes? Luca en el psicólogo, yo atendida por conmoción cerebral aquella noche y el ratero muerto.

—Eso no es culpa de papá, fue un accidente con el otro ladrón.

—Cállate, Elio —bufó Amanda, que se preguntó por qué la vida tenía que ser así, una serie de decepciones encadenadas.

—Y lo del sello imperial, ¿también es cosa tuya?

—Ah, no. Eso fue Dimas Chevalier. Pero he llegado a un acuerdo con él.

—¿Qué?

La pregunta la hicieron Elio y Amanda al unísono y boquiabiertos. No solo se confirmaba la sospecha inicial de que solo un hombre como Dimas hubiese podido ejecutar un robo semejante, sino que ¡su padre lo sabía! Magnus les explicó a sus hijos todo lo que había sucedido en la cripta de la iglesia de San Antonio; ahora no les quedaría más remedio que colaborar con Chevalier, ya que, si denunciaban su delito, él también podría desvelar lo que Magnus había hecho.

Amanda se levantó y, fiel a su rutina de pensamiento, comenzó a caminar de un lado a otro murmurando «no, no, no» muchas veces seguidas.

Magnus se incorporó también y la tomó del brazo.

—Hija, no pasa nada. Si no fuese por el malnacido que ha robado los diamantes de verdad, ahora todo estaría bien. Ese muchacho, el Cuervo, se encontraría tan feliz en su casa y yo me divertiría presionando a Chevalier con cualquier negocio que se me ocurriese, pero este asunto se ha enredado demasiado y era necesario que los dos supieseis la verdad, por lo que pueda suceder.

—¿Lo que pueda suceder? —se escandalizó Elio.

—Al anticuario lo han asesinado —recordó Magnus—, y, por lo que he hablado con la policía, el asunto no tiene realmente que ver con nosotros, sino con el hecho de que sus colaboradores supiesen que iba a ser investigado al estar relacionado con el Cuervo y, por ende, con el robo de nuestros diamantes.

—Pero ¿quién…?

Magnus endureció el gesto.

—Hay hombres de negocios que no se limitan a vender y comprar, Elio. Cada operación pone en juego muchas vidas, y desde luego yo no tengo nada que ver con ese tipo de calaña.

Elio se mostró preocupado.

—Pero ¿y Chevalier? ¡Él también te ha amenazado!

Magnus sonrió ante la candidez de su hijo.

—No, por Dios. Ya os lo he contado todo, y Chevalier es un caballero de palabra con el que he llegado a un acuerdo de negocios para descubrir al verdadero ladrón.

—¡Un acuerdo de negocios! —exclamó Amanda—. Así que ahora sois amiguitos… Pacto entre caballeros, ¿no? ¿Qué somos, los Borgia?

—Papá —intervino Elio—, no deberías fiarte de él. Yo entiendo perfectamente lo que hiciste y estoy aquí para apoyarte en lo bueno y en lo malo, pero dejaría que solo la policía fuese quien investigase a ese primer ladrón. Si el resto de los asuntos están resueltos, ¿para qué confiar en un delincuente?

No pudieron hablar más. Lorena entró para avisarlos de que un gran número de periodistas, muchos más de los convocados, esperaban ya al otro lado de la puerta para acceder a la nueva sala de Pentimento. Como era lógico, iban más por la noticia del robo de los diamantes que por el acto cultural en sí, pues la familia no había concedido declaraciones desde la noche de la fiesta, pero habría que aprovechar la coyuntura.

La tribuna para hablar había sido colocada justo delante de la obra estrella de la sala, que era popularmente conocida como *Los embajadores* y que había sido pintada por Hans Holbein a comienzos del siglo XVI. Cuando estuvieron ya distribuidos los periodistas, los fotógrafos y los operadores de cámara, arrancó la rueda de prensa. Magnus Mendoza ofreció unas primeras palabras formales y lamentó de forma exagerada el robo de los diamantes de Francia en su domicilio particular, excusando el dar más detalles debido a la investigación policial en curso. Sobre el sello imperial y su sustracción, por supuesto, ni una palabra, pues no había trascendido a la opinión pública.

Después, le tocó hablar a Amanda. Justo cuando comenzó su intervención, apareció en la sala Dimas Chevalier, elegantísimo y con una sonrisa amplia y serena. Vestía completamente de blanco, traje, camisa y corbata incluidos, por lo que su apariencia rozaba lo teatral. El traje era de talla extragrande y las hombreras un tanto

exageradas, pero de alguna forma Dimas lo vestía sin parecer un espectro de los años noventa del siglo xx, sino un caballero a la moda y con aire innovador. Su abundante cabello iba peinado hacia atrás con esmero, y el contraste con sus anillos y algún pendiente oscuro lo presentaba como a un exótico, distinguido e inclasificable galán. Amanda no entendía qué hacía allí, y, tras haber confirmado que era él quien había robado el sello imperial, su enfado era inmenso. Ahora, con toda la prensa delante, no podía hacer nada. Tomó aire, escondió su estupor y, con un ánimo aparentemente intacto, se preparó mentalmente para lo que quiera que fuese que Dimas hubiese ido a hacer a su sala de las ilusiones.

19

Si los periodistas habían creído que el acto de presentación de la Sala de Anamorfosis iba a ser aburrido, desde luego estaban equivocados. Tras unas palabras de Amanda, el propio Elio —asistido por Lorena— describió la singularidad de cada obra. Terminó, precisamente, con la de *Los embajadores*; todo eran detalles y simbolismos explícitos y ocultos en la pintura, que en cuyo encuadre central representaba a un embajador y a un obispo que parecían sufrir un extraño borrón sepia a sus pies: si el observador se movía hacia la derecha, podía comprobar desde ese ángulo que esa forma indefinida era, en realidad, una detalladísima calavera. Lorena explicó que aquello era una *vanitas* o «vanidad», símbolo de la poca relevancia de los logros de cada cual en la vida, porque la muerte terminaría por igualarnos a todos.

Los fotógrafos se movieron hacia aquel ángulo en la búsqueda de la calavera, y las exclamaciones de sorpresa y admiración se trasladaron a los bolígrafos de varios periodistas, que tomaban notas sobre la excelente ambientación y originalidad del espacio. Durante ese tiempo, Dimas había permanecido en la fila de atrás, junto a los periodistas, sin que Magnus, Elio ni Amanda le dirigiesen la palabra, pero sin que tampoco se atreviesen a decirle que se marchase. El evento, tras un breve turno de preguntas, terminaría con el

ofrecimiento a los visitantes de unos quesos y un vino español. Uno de los periodistas se dirigió directamente a Amanda:

—Como miembro fundacional y de la dirección ejecutiva de Pentimento, ¿por qué cree que el ciudadano de a pie podría interesarse por un lugar así, que solo dispone de reproducciones?

—Reproducciones, sí, pero con contexto. Creo que así es como debe entenderse de verdad el arte, y no solo bajo la luz de una sala enorme y vacía.

—Y a usted, ¿qué es lo que más le fascina del arte?

—¿A mí? —Ella sonrió como si aquella pregunta fuese excesiva, ya que la estrella del encuentro era el museo y no sus pensamientos privados, pero contestó igualmente—: Lo que más me fascina del arte es que es mutable —dijo, y al hacerlo le brillaron los ojos—. La materia permanece, pero el significado y la interpretación cambian según los códigos morales y éticos de cada época. Sin embargo —continuó, y señaló la pintura de *Los embajadores*—, un cuadro como el de Holbein confirma una verdad inmutable, porque ante la tumba todos somos iguales.

En aquel momento, Dimas comenzó a aplaudir y a caminar al mismo tiempo hacia la tribuna. Su traje de chaqueta impecable, su peinado, su expresión risueña… Amanda no dio crédito cuando Dimas, sin perder la sonrisa, se situó a su lado y se apropió de un micrófono.

—¡Ay, Amanda! —exclamó, al dirigirse a los periodistas—. ¿Han visto? Los convoca aquí a todos ustedes y termina hablando de la muerte. ¡Siempre con su habitual desparpajo y espíritu dicharachero!

Los presentes se echaron a reír y Dimas, que sonreía, aunque mantenía la mirada seria, le hizo una señal a Magnus para que

acudiese a la tribuna. El anciano dudó por un instante, pero al ver la desesperación de Amanda decidió acudir. Dimas, satisfecho, continuó hablando con modales y formas exquisitos. Se presentó como coleccionista afincado en Londres y gran amigo de la familia, para después anunciar un acto final antes del aperitivo.

—Tenemos una sorpresa que querríamos compartir con ustedes. Como sabrán, Magnus Mendoza es conocido por sus labores de filantropía y por su generosidad y apoyo a distintas instituciones culturales, entre las que, por supuesto, se encuentra su propia fundación, Episteme, dedicada a la investigación oncológica en memoria de su mujer —explicó, mostrando afectación en la última frase—. Pero Magnus también es un hombre divertido, de modo que… ¡No se figuran lo que ha hecho!

«¿Quiere callarse de una vez?», le susurró Amanda, intentando arrastrarlo por la chaqueta. Él se movió unos centímetros para que todos pudiesen ver lo que ella pretendía.

—Ah, ¡qué tímida y discreta es Amanda! Esta familia huye de los reconocimientos, pero sí, les voy a contar lo que ha hecho el gran Magnus Mendoza. ¿Saben qué apostó conmigo? Algunos de los presentes ya sabrán de mi pasado…

—Usted es el Prestidigitador, ¿verdad? —preguntó uno de los periodistas.

—Lo era, ya no —asintió, dando la sensación de que había superado un largo proceso previo para poder decir aquella sencilla frase—. Hace mucho que no me dedico más que a trabajar y a respetar el mundo del arte… Gracias a ello, conocí en Suiza al gran Magnus Mendoza y nos hicimos amigos, ¿verdad, Magnus?

El aludido se vio obligado a asentir sin entender nada.

—Fíjense si Magnus es generoso —continuó Dimas, en tono casi declamatorio— que, tras el lamentable robo de sus diamantes, me retó a que, si yo mismo lograba sustraer alguna pieza de su salón chino, ese objeto precioso sería ofrecido en subasta para que todos los beneficios de su venta, de forma íntegra, repercutiesen en su fundación y en la investigación contra el cáncer.

Un murmullo incontenible entre los asistentes del mundo de la prensa y hasta las azafatas del evento voló por la sala, como si lo que acababa de decir Dimas solo pudiese formar parte de otra ilusión dentro de aquel enorme cuarto.

—Por supuesto, y tratándose de una causa tan noble —continuó Dimas—, acepté la apuesta y… *Voilà.*

Se llevó la mano derecha al bolsillo interior de su chaqueta y extrajo un elegante paquete rojo. Los flashes de las cámaras parpadearon sin cesar; los dos asistentes de videocámara ajustaron sus zooms, y todos los periodistas, e incluso Lorena, Elio y Amanda, clavaron su atención en aquella diminuta caja. Dimas puso una mano sobre la tapa del estuche, que posó sobre la tribuna, en el punto exacto donde recibiría más luz. Al tiempo, y mientras ralentizaba su apertura, continuó hablando:

—No sé si será cierto, pero dicen que cuando Cézanne terminaba un cuadro lo llevaba a la naturaleza, que para él era obra de Dios; creía que, si su trabajo no desentonaba en aquel ambiente, es que entonces era arte… Pues bien, yo les digo que esta pequeña maravilla de la dinastía Ming encajaría en cualquier lugar del planeta donde la naturaleza tuviese el más mínimo espacio —sentenció, efectista, mientras sacaba el sello imperial y lo dejaba allí mismo para que los ávidos fotógrafos tomasen imágenes.

Las preguntas volaron de nuevo, los comentarios a media voz, las llamadas de teléfono.

—Por favor, por favor, ¡calma! —rogó Dimas—. Para cualquier pregunta sobre esta pequeña pieza, por favor, consulten al maestro —señaló a Magnus— y él les explicará todo lo que necesiten saber.

Elio apretó los puños. Amanda miró a Dimas sin saber si reírse o si darle una bofetada. En las últimas horas había descubierto que su padre y su hermano eran medio delincuentes, y uno de verdad acababa de jugársela al gran Magnus Mendoza. Ahora Dimas no tendría su sello chino, cierto, pero su padre tampoco podría amenazarlo con llamar a la policía por un robo que de repente se había convertido en un acto benéfico.

Amanda, preocupada, miró a su padre. Al principio se había quedado pálido, pero después mostró muy buen talante y color. El anciano tomó un micrófono y alabó la pericia de Dimas. Después, se acercó al Prestidigitador y le devolvió las palmadas en la espalda, agradeciéndole también su generosidad al haberle prometido una de sus obras flamencas para la subasta de la fundación.

Dimas y Magnus se mantuvieron la mirada en una pugna en la que el uno maldecía al otro, pero donde, a la vez, reconocían su mutuo ingenio.

—Veré qué puedo hacer —dijo Dimas ante la propuesta—. ¡Que conste que eso no formaba parte del trato! Ya se nos ocurrirá alguna prueba para Magnus, ¿no creen? —añadió, como si la situación fuese muy ocurrente. No quería ni pensar en los gritos de Gina en el despacho de Londres cuando le explicase lo que había sucedido. En todo caso, tal y como se había planteado el asunto, sería bastante

factible que él pudiese escurrirse de aquella encerrona que Magnus había pretendido hacerle.

Ahora, mientras el anciano posaba con el sello imperial y atendía a los periodistas, él, libre por fin, anunció que se marchaba con la excusa de un compromiso previo urgentísimo. Antes de irse, Dimas se aproximó a Amanda y le habló con discreción:

—Siento todo esto, no tiene nada que ver con usted.

—Tiene todo que ver conmigo cuando roba en mi casa y a mi padre. Supongo que hasta será el verdadero responsable del robo de los diamantes.

—Le prometo que no… Nunca le he mentido, Amanda, de verdad… Le juro que puede confiar en mí.

—Y yo le juro un odio inextinguible. Si no le importa, tengo mucho que hacer.

Y Amanda, que había regresado a su habitual expresión gélida, se alejó sin siquiera mirar a Dimas y continuó atendiendo a la prensa bajo el borrón extraño del cuadro de Hans Holbein, que, visto desde el ángulo correcto, era la imagen de la muerte.

Ya era la hora de comer, y en la Brigada de Patrimonio Histórico tanto Mencía como Marc estaban a punto de terminar su reunión. Ella se había negado a descansar y había tenido que ir temprano a su propia comisaría para atender otros asuntos de la UDEV, pero ahora había podido acercarse para revisar cómo iba el caso del Palacio Dorado. Fue Maciel el que llegó corriendo para informarles de la noticia que ahora volaba en redes sociales: ¡el famoso ladrón Dimas Chevalier al servicio de una causa benéfica!

Vieron el vídeo de Dimas en Pentimento en el que explicaba la noble apuesta que supuestamente había hecho con Magnus. Atónitos, no tardaron en llamar a los Mendoza, aunque nadie les cogió el teléfono, ya que el aperitivo con los periodistas se había alargado. Lograron contactar finalmente con Amanda, que se excusó como pudo: «Mi padre está muy mayor, había hecho una apuesta estúpida con el señor Chevalier y, en fin, se le fue de la cabeza… Sí, sí, la compañía de seguros ha sido avisada y, como es lógico, se reforzará la seguridad del salón rojo, pero desde luego el importe que alcance en la subasta el sello imperial se transferirá a Episteme… ¿Cómo? Sí, sigue adelante la investigación de los diamantes de Francia, por supuesto… Les ruego que se centren en el primer ladrón, que al fin y al cabo es el verdadero delincuente, porque el otro chico, el Cuervo, no llegó a llevarse más que unas piedras falsas, ¿no? Bastante tendrá su familia con el deceso… No, mi padre no se ha olvidado de nada en ese punto. Lo siento muchísimo».

—¿Lo ve, Marc? ¡Si es que no me creo nada! —se quejó Mencía—. Estos ricachones, con sus arreglos y chanchullos…

Marc se ajustó sus gafas rojas para la presbicia que negaba necesitar y volvió a ver el vídeo.

—Mire el lado positivo y, sobre todo, tómese este asunto con calma —dijo el inspector, en clara alusión al estado de salud de la subinspectora—; un expediente menos, ¿no cree? Solo nos queda el del Cuervo y el del primer ladrón, y hasta la mismísima Amanda Mendoza nos ha pedido que vayamos a lo práctico, al que se llevó los diamantes de verdad.

—Me da pena el Cuervo —suspiró Mencía—. Ha tenido mala suerte, aunque cuando te mezclas con gente como Alberto Ballester y escalas tejados para apropiarte de lo ajeno… En fin, suceden cosas. Es inevitable. Creo que solo debía conocer al anticuario de venderle algunas piezas, pero no sabía el tipo de individuo con el que trataba… Los de estupefacientes ya lo tenían controlado.

—La tienda de antigüedades era una tapadera, ¿no?

—Al principio, no. Pero ya sabe, todo se corrompe.

—¿Cree de verdad que el asesinato del anticuario no tiene nada que ver con lo del palacio? ¿Seguro?

—No lo sé, Marc… La gente con la que trataba Alberto Ballester es peligrosa. Creo que ya debían tener sus desencuentros, pero un chivatazo les avisaría de que íbamos a registrar la tienda y a interrogarlo… Hemos revisado cada centímetro de la tiendecita y no había nada, y en su domicilio tampoco.

Marc suspiró. Aquella teoría le parecía un poco «pillada por los pelos», como diría Maciel, pero el mundo era un lugar oscuro y lleno de maldad. Él no estaba acostumbrado como Mencía a tratar casos de asesinato ni de tráfico de a saber qué, sino que se encapsulaba en su mundo de historia y de arte. Al menos, y con el trabajo que habían realizado toda la mañana sus respectivos equipos, habían logrado confirmar varios puntos.

En la fiesta del palacio hubo ciento veintisiete invitados, doce empleados de catering, cinco músicos de jazz, un pinchadiscos con su asistente y, por supuesto, los Mendoza y sus acompañantes. Gracias a la idea de Mencía de contrastar los vídeos con la música de la fiesta, habían podido descartar al menos a setenta y dos personas como responsables materiales del robo de los diamantes en el ático.

Aquello dejaba un margen todavía amplísimo para la investigación, pero de esa manera no tendrían que tomar declaración a todos los invitados.

—El sistema tampoco es muy fiable —objetó la propia Mencía—. Amanda, por ejemplo, apenas aparece. Cuando lo hace, siempre está en lugares discretos y vestida de negro. Cualquiera diría que no participó en la fiesta, pero sabemos que estaba allí.

A Celene tampoco se la veía con frecuencia: cuando se la distinguía entre distintas cabezas, surgían las dudas sobre su verdadera identificación, pues había muchas chicas rubias y la que les interesaba en concreto no destacaba de forma especial. Dimas Chevalier, por su parte, aparecía solo en un vídeo, y no correspondía al margen temporal que le habían dado a la música; sin embargo, tampoco podían tildarlo de sospechoso, porque habían confirmado que en el momento del apagón estaba al lado de Amanda.

—Casio Mendizábal —añadió Mencía— solo aparece en dos vídeos antes del apagón, y en ambos casos hablaba con unos chinos, creo. Gente de aspecto oriental.

—¿De veras? Y yo que pensaba volver a tomarle declaración… Creía que tenía algún asunto turbio que ocultar antes de su cita de amor —dijo Marc, sin disimular su fastidio—. Tal vez fuera una reunión de negocios que tuviese que guardar en secreto, ¿no cree?

Mencía arrugó la nariz, pensativa.

—¿Quién sabe? Seguro que el mundo del arte está lleno de tejemanejes. Pero en todo caso sabemos dónde se encontraba Casio justo durante el apagón.

—Podemos confirmarlo —recordó Marc— porque tomamos declaración a su amante, y no le hizo ninguna gracia contarme lo

que había hecho, se lo aseguro.

—A todo esto —dudó Mencía—, ¿estamos seguros de que nuestro Adonis está en París?

Marc se encogió de hombros.

—No voy a volver a hacer lo de la videollamada —sonrió a Mencía, a la que ya le había contado su contacto a primera hora con Celene —. De momento, sin tener todavía los oficios bancarios y sin poder detectar las obras robadas en el mercado negro, estamos dando palos de ciego.

—Al menos hemos recibido las imágenes de las cámaras de la zona —dijo Mencía, para de inmediato hacer una mueca de decepción—, aunque no encontrásemos en ellas nada de provecho… ¿Qué nos queda?

Marc resopló.

—Repasar los hechos más despacio.

—Para eso tenemos el cronograma —señaló ella, que apuntó con la mirada hacia el ordenador policial.

—Cierto —confirmó él, que le dio a un par de botones para imprimir el archivo—, aunque también debemos tomar declaración a quien nos quede pendiente de esa fiesta, que son unos cuantos. En fin —sonrió, palpándose la barriga—, ya sé que usted, lo que es comer, come como un periquito, pero yo me muero de hambre… ¿Me deja que la invite a un italiano que hay aquí al lado?

—Marc… Le agradezco mucho lo que hizo ayer por mí, pero no quiero su compasión. No necesito que me invite a comer ni que nos hagamos amigos ni nada, ¿vale?

—Querida —dijo, y volvió a sonreír, al tiempo que se ajustaba su chaleco y cogía el cronograma impreso, una libreta grande y un

bolígrafo—, ¿no ve que ya somos amigos? Vamos, debemos anotar y repasar todos los hechos de nuevo… Además, tengo algo para usted.

Hay quien dice que las casas de subastas sobreviven gracias a las clases privilegiadas y que las mejores piezas antiguas ya no las atesoran los coleccionistas, sino los museos, pero lo cierto es que empresas como Sotheby's y Christie's siguen facturando millones de euros cada año. Casio Mendizábal había acudido a muchas subastas en su vida, tanto en calidad de marchante y de vendedor como de potencial comprador. Nunca se había personado en ninguna que tuviese como objeto de puja una de sus obras, porque no habría soportado la presión. ¿Y si ni siquiera alcanzaba el precio de reserva, que era lo mínimo acordado? ¡Qué indignidad! Con el tiempo, había aprendido que se vendían mejor los cuadros que no eran demasiado grandes, porque eran más transportables; que tenían más salida las pinturas azules y rojas que las oscuras, y que las mujeres desnudas funcionaban muchísimo mejor que los hombres como reclamo de venta. Casio también había aprendido que era cierto el famoso dicho de que, además de por hacer negocio, existían tres razones fundamentales para vender arte, «las tres des»: divorcio, deuda y deceso. En el último caso, habían sido famosas las subastas millonarias que se habían sucedido tras el fallecimiento de grandes personalidades como la actriz Elizabeth Taylor, el banquero David Rockefeller o Paul Allen, cofundador de Microsoft. Y aquel, precisamente, era uno de los últimos encargos que Casio tenía en París: tras la muerte de un famoso coleccionista de Ruan, en Francia, su suegro Magnus le había pedido que pujase por una de

las obras de su colección, que era un paisaje de una playa normanda supuestamente pintado por el artista impresionista Eugène Boudin.

La subasta no sería fácil, porque el material antiguo no abundaba y aquella marina de Boudin era realmente buena. Magnus le había dicho a Casio que, si hacía falta, podía incluso dejar su paleta de puja todo el tiempo en el aire, que era una táctica agresiva para disuadir al resto de los pujadores y que él odiaba profundamente. Tras un proceso que duró menos de dos minutos y medio, Casio pudo respirar tranquilo cuando escuchó el golpe breve y violento del martillo del subastador: la pieza era suya y, al menos en aquella ocasión, podría regresar a Madrid con los deberes hechos. Satisfecho, se levantó y salió de la sala, pues todavía quedaban unas cuantas obras por subastar. Pensaba llamar a Magnus para darle la buena noticia, pero vio que tenía un par de llamadas perdidas de Amanda. El día anterior ella le había colgado el teléfono, y él no se había atrevido a volver a molestarla. El hecho de que su todavía mujer hubiera intentado contactarlo le aliviaba, ya que quería hablar con su hijo de una forma u otra.

—¿Amanda?

—Sí, Cas… Te he llamado.

—Ya lo he visto, perdona… Estaba con la subasta del Boudin.

—Ah. ¿Te has hecho con la pieza?

—Sí.

—Enhorabuena.

Breve silencio. Casio no quería recordar la reciente discusión, pero tampoco podía hacer como si no hubiese sucedido nada.

—¿Estás…? ¿Estás mejor?

—Sí. Quería pedirte perdón por colgarte ayer.

—No te preocupes. Están sucediendo muchas cosas y esta presión puede destrozar los nervios de cualquiera.

—Ya. De todos modos, solo quería pedirte perdón por eso y mandarte a la mierda por otra cosa —continuó Amanda, con el tono de voz tranquilo—. ¿Se puede saber en qué negocios has estado metido con mi hermano? Ah, y antes de que te inventes nada, te aclaro que ya sé que has hecho de gran coleccionista que vende material a través de las galerías Mendoza y que ese material no tiene certificado de autenticidad ni referencia fiable alguna. ¿Hay algún matiz o detalle más que yo deba saber de esta vergonzosa información?

Casio tragó saliva. Maldito Elio, no se podía confiar en él. ¿Cómo era posible que Amanda se hubiera enterado de aquello y que el dichoso niño mimado de la familia no le hubiese prevenido?

—Amanda, no es lo que piensas. No creo que ninguna de las obras fuese falsa ni nada parecido, sino solo que alguna podía ser de la escuela del autor, sin más…

—¿Y se puede saber por qué no me dijiste nada? —le preguntó ella, ahora ya con un color de voz oscuro, dolido y lleno de resentimiento—. Era plenamente consciente de nuestros problemas económicos, habríamos encontrado una salida sin pedir ayuda a mi padre… No hacía falta que hicieses de macho alfa, ¿sabes?

—Para eso ya estabas tú, ¿no? —replicó él, de pronto envalentonado, mientras ella encajaba el golpe al otro lado del teléfono—. ¡Pagué las deudas, todas! Y podía haberle ido con el cuento a tu padre, o a ti, y llorarte por un cheque… Pero no lo hice, ¿no? ¿Eh? ¿Verdad que no? Te puedo asegurar que no incurrimos en ninguna ilegalidad.

—Por eso se han quejado de vuestras operaciones los inversores franceses.

—¿Qué? ¡No sabía nada!

—Por supuesto que no, porque a quien se quejaron fue a mí ayer por la tarde, y ya no te llamé porque… En fin… Están sucediendo muchas cosas —acertó a decir, sin explicarle el problema que había habido con la alarma de la Cámara de las Maravillas—. ¿Por eso estuviste tanto rato hablando con los inversores japoneses en la fiesta? He sabido que también les habéis colado obras sin certificado.

Casio no dijo nada durante unos instantes, perplejo. ¿Es que Amanda lo sabía todo?

—Estaba procurando arreglarlo —confesó por fin—. No quería que te llevases un disgusto e intenté hacerlo con la mayor discreción que…

—Mira, Cas, dejémoslo, ¿de acuerdo? Lo que no querías es que pillase la operación. Ya hablaremos cuando vuelvas y me daréis un informe detallado de todas esas ventas irregulares. Tenemos que prepararnos y cubrirnos por si llega alguna reclamación.

Continuaron discutiendo sobre los clientes y la posible grieta en la imagen que podrían sufrir las galerías de arte de los Mendoza, aunque Casio tranquilizó a Amanda con consideraciones racionales y explicaciones que aparentaban ser sólidas y bien argumentadas, pese a que se sostuviesen por frágiles hilos de araña. Ella, agotada por la jornada, terminó por revelarle a Casio de forma muy somera las novedades de las últimas horas y los efectos positivos de la medicación en Luca, con el que podría hablar tan pronto como el niño llegase de sus clases de tenis. La charla podría durar solo un

rato, porque aquella tarde también tenía cita con el psicólogo. Y aquello era todo: entre los dos ya solo quedaba hablar de Luca y del trabajo en común, nada más.

Cuando colgaron el teléfono, Casio se derrumbó sobre un banco de madera y hundió su cabellera rubia entre ambas manos, como si necesitase sujetar la cabeza para no perder el control. Ya había destrozado su vida familiar, y era difícil encontrar un motivo único: ¿desamor, inseguridad, ambición?; pero su prestigio y su vida profesional podían también estar en peligro. Había confiado en Elio en un momento muy delicado de su vida, en un instante de desesperación, y lo cierto era que no se habían limitado a vender material no catalogado o con un certificado de dudosa procedencia.

Un par de años atrás, un marchante había querido colocarles unas falsificaciones muy buenas, y ellos habían amenazado con llamar a la policía. El marchante no había regresado a por el material y, tras un par de meses con los cuadros en el almacén, una tarde había surgido la idea. Casio estaba desesperado, y aquella misma semana iba a tener que decirle a Amanda que habría que vender la casa de La Moraleja. Elio, por su parte, siempre parecía estar en bancarrota y nada le llegaba para cubrir los gastos de su ropa, su coche, la moto, los viajes y las fiestas. Comenzó como una broma, pero en una tarde gris y lluviosa, tras varias copas, decidieron probar suerte: si los pillaban, podrían decir que habían sido ellos los engañados. Se les ocurrió que lo más seguro sería alejarse de España y colocar el material en el mercado internacional. Habían descubierto una forma bastante fácil de pasar los cuadros por aduanas cuando los mandaban a Japón: decían que eran propios, pintados por quien hubiese viajado con las piezas, y solo los firmaban con la autoría del

artista relevante en cuestión cuando llegaban al país de destino. Por supuesto, era el propio Casio quien estampaba la rúbrica. La primera vez lo hizo en Beirut, al entregar unos dibujos de Picasso. De hecho, encontrar dibujos falsos era fácil, pero mucho menos rentable que las pinturas, que implicaban un margen de beneficio muy superior. ¿Qué pasaría si Amanda se llegase a enterar de algo así? Él ya había dejado de hacer aquel tipo de operaciones, pero sospechaba que Elio podía haber continuado en aquella línea para no tener que dar explicaciones de sus gastos y excesos a su padre.

Ahora, que ya estaba todo perdido, tal vez debiese confesarle aquel cúmulo de vergüenzas a Amanda. Había sido injusto con ella y, le gustase o no, con Luca de por medio siempre serían familia. Él, que tenía a las mujeres que quería con apenas dedicarles una mirada, que vestía en aquellos instantes un traje de Armani y que cenaría por la noche en un conocido restaurante con vistas a la torre Eiffel…, ¿cómo era posible que, con un futuro todavía inmenso, se sintiese como un perdedor?

20

El hecho de que Dimas se hubiese librado del problemático asunto del robo del sello imperial era un alivio, pero sus contactos chinos iban a sentirse un poco decepcionados. Aunque ahora él ya no tenía por qué permanecer en Madrid, la misión de encontrar al ladrón de los diamantes de Francia se había convertido en algo personal. Sentía curiosidad y cierta fascinación por todo aquel que pudiese desplegar su ingenio y no la violencia para obtener sus fines, pese a que en aquel fatídico asunto hubiera terminado muriendo otro ladrón y, además, un anticuario. De momento, y a falta de novedades de Gina desde Londres, Dimas no tenía mucho hilo del que tirar. Los diamantes y el tejo de oro, a aquellas alturas, ya habrían sido reconfigurados y fundidos, respectivamente, y resultaba imposible localizar su paradero. Sin embargo, el Renoir auténtico y los dibujos de Dufy y de Matisse tenían que estar en alguna parte. ¿Por dónde podría empezar a buscar?

Aquella tarde, después del espectáculo que había montado en Pentimento, podría haberla dedicado a descansar y a contestar los numerosos correos y llamadas que tenía de su despacho, pero había decidido que desempeñaría aquella tarea a la hora de cenar. Ahora, Dimas se encontraba en la famosa Cuesta de Moyano de Madrid, en la que numerosos libreros vendían libros de segunda mano desde

hacía cien años. Trabajaban a diario en casetas de madera de color gris azulado que, según el día, desplegaban o no sus toldos amarillos; ocupaban de forma lineal aquella sencilla cuesta, en la que las casetas seguían en paralelo el trazado de uno de los muros del Real Jardín Botánico, cerca de la estación de Atocha.

A pesar de que Dimas había acudido a su hotel a cambiarse y de que ya no iba vestido de blanco, sino de una forma deportiva mucho más discreta, llevaba ya un buen rato sintiéndose observado. Se detuvo un instante y, en un giro rápido, rastreó la calle a sus espaldas con la mirada. ¿Sería posible que allí, en la parte alta de la Cuesta de Moyano, hubiese una persona que intentaba esconderse tras la estatua de Pío Baroja?

Dimas no sintió miedo, sino curiosidad. Si alguien lo vigilaba, tenía que haberlo seguido desde el hotel Wellington, de donde había salido hasta llegar allí tras dar un paseo de poco más de veinte minutos. Con determinación, se dirigió hacia el pedestal de la estatua, que representaba a un Pío Baroja erguido y sereno, en actitud de paciente contemplación.

—Vaya, no puedo creerlo —acertó a decir Dimas cuando reconoció a un hombre alto y delgado que trataba de afanarse en simular que observaba las nubes del cielo—; ¿no es usted el oficial de la Brigada de Patrimonio?

—¿Quién, yo?

Maciel hizo un torpe intento de hacerse el sorprendido, aunque Dimas no pareció darle ninguna importancia al hecho de que lo hubiese seguido por las calles de Madrid, sin duda por orden de Marc Bru.

—No se preocupe —sonrió al oficial, afable—, me tomo su presencia como un cumplido. No entiendo qué pasa con ustedes, siempre me creen más importante de lo que soy.

—No sé de qué me está hablando, yo solo pasaba por aquí de camino al centro.

—¿Al centro? Creo que tiene que caminar unas cuantas calles más. Pero mire, ya que está aquí y si no tiene mucha prisa, podría ayudarme.

—¿Cómo dice? —Maciel no sabía ni dónde poner sus propias manos, de lo descolocado que se sentía. Cuando el inspector supiese que Dimas lo había interceptado enseguida, se ganaría como mínimo un gesto de condescendiente reprobación. Sin embargo, aquel tipo, Chevalier, también suscitaba su curiosidad. Acababa de sorprenderlo mientras lo seguía y al instante, como si fueran buenos amigos, le estaba pidiendo colaboración. ¿De dónde podía salir un hombre con talante semejante? «Tranquilízate, Maciel», se dijo a sí mismo—. Tengo… Sí, a lo mejor tengo algo de tiempo, dígame en qué necesitaría mi ayuda.

—Verá, oficial —comenzó Dimas con tono cálido y cercano, como si estuviese hablando a un antiguo amigo de toda confianza—, ambos tenemos un objetivo claro, que es descubrir quién robó los diamantes de Francia la noche de la fiesta… Usted porque es su trabajo, y yo porque parece que todo el mundo quiere endiñarme los robos del palacio de Magnus Mendoza. He estado pensando en los dibujos que sustrajeron de la Cámara de las Maravillas… Fueron sustituidos por falsificaciones bastante buenas, que creo que sería muy probable que se hubiesen hecho en España, porque así el

ladrón se ahorraría el riesgo de pasarlas por la aduana de cualquier otro país, ¿me sigue?

—Lo sigo —se interesó Maciel.

—Bien, pues para los dibujos de Dufy y Matisse debieron de envejecer el papel mojándolo con té, que es un método muy habitual entre los falsificadores…

—Sí, eso lo sé —se apuró en aclarar el otro para que Dimas supiese que él, a pesar de haber sido pillado en el seguimiento, no era ningún idiota—, pero no vale cualquier papel, tiene que ser ya un poco antiguo, igual que la madera de los bastidores… Aunque eso creo que con una mezcla de trementina y aceite de linaza ya puede tener un aspecto bastante envejecido.

—Cierto —confirmó Dimas, que mostró una mueca de admiración —, pero, si vamos a lo fácil y nos centramos en el papel, lo ideal para un falsificador sería utilizar las hojas blancas que hay al final de los libros viejos, especialmente si se trata de álbumes antiguos y de gran tamaño, como los que hacían en los años veinte…

Maciel abrió de forma algo exagerada los ojos ante aquella revelación, con la que jugó a hacer cábalas.

—¿Por eso está aquí? ¿Busca libros viejos de esa época para saber quién más los compra?

—Más o menos, porque, si no añadimos ningún otro filtro, la búsqueda podría ser eterna —matizó, al tiempo que comenzaba a caminar hacia las primeras casetas en lo alto de la cuesta, animándolo con el gesto a que lo acompañase—. El caso de Matisse es más difícil, pero un buen falsificador sabría que tanto Dufy como Picasso para dibujar compraban blocs de papel de Arches, que es una marca francesa muy cara. Dudo que pueda encontrar

información por aquí, pero ya he puesto a algún contacto a trabajar en París y en Barcelona, y no pierdo nada por intentarlo en la capital.

—¿Su plan es ir librero por librero para saber si tienen ese tipo de bloc antiguo o si lo han vendido en los últimos meses? ¡Es imposible que se acuerden! Y, aunque se acordasen, ¿por qué le iban a dar información del comprador?

—Ah, nunca se sabe. Y, a decir verdad, esta tarde tampoco tenía nada mejor que hacer… Hay más librerías en Madrid con piezas antiguas, pero lo lógico era empezar por la Cuesta de Moyano, ¿no cree? —resolvió Dimas—. ¿Me acompaña?

Maciel resopló de tal forma que el aire de sus pulmones casi se convirtió en un silbido. La expresión de su rostro se traducía en un «¿Por qué no?». Al fin y al cabo, si aquella tarde tenía que seguir a Dimas Chevalier, ¿qué mejor forma de hacerlo?

—Oiga —le dijo, antes de comenzar las indagaciones con los libreros—, ¿es verdad eso de la apuesta con lo del sello chino? En la Brigada nos ha parecido bastante raro lo que ha sucedido esta mañana, lo hemos visto hasta en el telediario…

Dimas no perdió la sonrisa.

—Supongo que todos los que pertenecemos al mundillo cultural estamos un poco chalados, pero pueden preguntarle a Magnus cualquier duda sobre el sello imperial. Imagino que se olvidó de nuestra apuesta —sugirió, con expresión angelical—, es un hombre bastante mayor…

—Me hago cargo, pero… ¿cómo sacó la pieza del palacio?

—¡Dios mío, oficial! No creerá que yo podría acometer un robo semejante sin la cooperación de Magnus Mendoza… Le puedo

asegurar que la ejecución de los robos perfectos es tremendamente aburrida. Además, ¿no le acabo de decir que Magnus está mayor, que se le olvidan las cosas? —insistió, con gesto de preocupada gravedad—. Pero, les haya parecido raro o no, piensen que al menos la subasta de ese sello puede ayudar a muchas personas enfermas…

—Claro. Por supuesto.

Era obvio que Maciel no estaba convencido en absoluto de aquella versión sobre lo que había sucedido en el salón rojo. A pesar de una evidente desconfianza mutua, Dimas y el desgarbado oficial comenzaron sus indagaciones en las casetas de los libreros, aunque no estaban todas abiertas y alguna vendía más láminas del viejo Madrid y discos antiguos que libros. En realidad, Maciel solo lo acompañaba e iba escuchando cómo Dimas desplegaba sus encantos con todo el mundo, convenciéndolos con su simple sonrisa de las más honestas de las intenciones. El oficial se sentía casi hechizado ante aquella facilidad de palabra y embaucamiento, ante un despliegue semejante de carisma y encanto. Por un instante se preguntó cómo iba a contarle aquello a Marc Bru, pero después musitó para sí mismo: «Tú atiende y escucha, Maciel, tú atiende y escucha».

Mencía salía de la comisaría ensimismada en sus pensamientos. Desde luego, Marc Bru la había sorprendido. No solo había dado un enfoque dinámico al cronograma de los hechos en aquel extraño caso del Palacio Dorado, sino que incluso ella misma se replanteaba la posibilidad de que el culpable pudiese ser alguno de los Mendoza o de sus allegados, dado el problema que había habido con la

alarma de la Cámara de las Maravillas tras la reunión de la biblioteca. Habían decidido que, a la mañana siguiente, ellos mismos irían a hablar con cada una de las personas presentes en aquella reunión. Algo se les había pasado por alto, pero ¿el qué?

Además, Marc la había dejado completamente asombrada cuando le había hablado del ático de su edificio en La Latina, del que como era lógico ella no tenía conocimiento hasta la fecha. Antiguamente era un trastero, cierto, pero las dimensiones arquitectónicas antiguas eran diferentes y mucho más amplias que las actuales; la parte que le correspondía a Marc, en aquel punto del ático de su edificio, era de algo más de cuarenta metros cuadrados útiles. Había heredado el piso de sus padres, y el trastero disponía de impresionantes vistas sobre los tejados de Madrid a través de un enorme rosetón ovalado, al que había que añadir dos lucernarios y una claraboya sobre un baño sencillo. Había sido acondicionado hacía ya unos quince años como apartamento, aunque Marc lo utilizaba como trastero porque consideraba que en verano hacía demasiado calor y, en invierno, demasiado frío. Carecía de calefacción y, pese a que tenía su encanto, él no necesitaba el dinero como para complicarse la existencia con inquilinos. Sin embargo, la propuesta a Mencía había sido clara.

—Querida, creo que necesita su propio espacio. Hágame caso… No soy más sabio por ser más viejo, pero he vivido lo suficiente como para no equivocarme en estos asuntos —le había dicho, resuelto, mientras se quitaba las gafas rojas y daba por terminada la comida de trabajo.

Mencía se había quedado sin palabras.

—No sé, Marc. Se lo agradezco, pero… Usted mismo ha dicho que es un trastero sin calefacción ni aire acondicionado. Además, ¿dónde iba usted a meter sus cosas?

Él se rio.

—Querida, vivo en un piso de ciento quince metros cuadrados, ¿de verdad cree que mis cachivaches ocupan tanto espacio? En serio —insistió con semblante firme—, creo que le vendría bien a usted y me vendría bien a mí: si se encarga de limpiarlo y actualizarlo con aire acondicionado y unos muebles bonitos de esos que se montan solos, puede estar el primer año sin pagar renta, solo sus consumos… ¿Sabe que el resto de los trasteros ya son apartamentos de forma oficial? ¡Y «con encanto»! Al menos, eso me dijo mi vecino, que no deja de perseguirme para que se encargue de todo esto la inmobiliaria del barrio… —le aclaró, para después indicarle el importe aproximado de renta que le cobraría: era muy bajo, casi ridículo, especialmente tratándose del centro de Madrid. La oferta parecía irrechazable.

Mencía había notado cómo el corazón le latía fuerte, emocionado, pero también había sentido vértigo ante la idea de confiar en Marc, que prácticamente era un desconocido. Si le fallaba, volver a encontrar un apartamento asequible en Madrid sería una tortura.

Como si Marc hubiese podido escuchar sus pensamientos, le había dicho: «Quédese tranquila, Mencía. Confíe, que todo saldrá bien». Ella se lo había quedado mirando, extrañada.

—¿Por qué hace esto? Apenas nos conocemos, Marc. No sé qué pretende, pero, si fuese a vivir a su edificio, le aseguro que no tomaríamos el café juntos, ni compartiríamos sesiones de Netflix las tardes de lluvia, ni yo bajaría a pedirle sal, ¿me explico?

—Perfectamente —había sonreído él, que en realidad esperaba una negativa en rotundo y no aquella posibilidad abierta a que ella sí aceptase la propuesta, y más tras haber visto algunas fotos del encantador ático-trastero, que necesitaba un buen repaso—. No hace falta estar de acuerdo en todo ni que nos caigamos bien siempre para ser amigos, ¿sabe? Si lo prefiere, y dada mi edad, puede verme como una figura paternal suplente, como un padre putativo.

Ella no pudo evitar reírse.

—¿Un padre puta-qué?

—Putativo. Que ejerce, pero que en realidad no lo es… ¿O es que no sabe nada de derecho civil? ¡Qué juventud! En fin —resolvió, con ademán de levantarse para dedicarse ya a otro asunto—, usted decide, pero sepa que, con una policía en el inmueble, mi edificio estaría más seguro.

Mencía, ya casi en la puerta de la comisaría, cavilaba ahora sobre aquel posible cambio en su vida, sobre aquella ventana que parecía ofrecerle un poco de luz, pero que le daba un pánico mortal. Antes de tomar ninguna decisión, debía ir a ver aquel viejo trastero.

Ensimismada como estaba en el asunto, casi se tropieza con Diego Ferrer, el forense.

—Tiene que mirar por dónde pisa, señorita —le dijo él, riéndose.

—Ah, perdón, iba pensando en mis cosas… ¿Y tú por aquí?

—Vine a traerte la autopsia oficial del chico de negro, el que escalaba tejados.

—El Cuervo.

—Ese, el Cuervo.

—¿Y la traes tú en persona?

—Era por devolverte la visita del otro día.

—Ah —sonrió ella, halagada—. Pero ¿hay algo nuevo?

—No, se confirma todo lo que te dije, la hemorragia subaracnoidea. Y del anticuario no tengo todavía la autopsia… A ver qué os dicen los de balística, porque lo del revólver y los disparos a bocajarro ya pasó una vez el año pasado.

—No me digas.

—Sí, en Barcelona, también un anticuario. Así que quizá coincidan los análisis de los proyectiles… Por cierto, ¿te marchabas?

—Pues… Sí.

—Y hoy, ¿te da tiempo a ese café?

Mencía se lo quedó mirando. Era como si en aquella jornada le pasasen trenes insospechados por delante mientras ella se atrevía a sopesar si le interesaba tomarlos o no, cuando era evidente que estaba deseando hacerlo. Le pareció que Diego tenía una forma de ser, y de mirar, en la que él mismo asemejaba una casa enorme, asentada y sólida, y cuyas ventanas se abrían para acogerte sin más, sin cuestionar ni prejuzgar nada. La subinspectora se vio a sí misma saliendo de allí con una sonrisa y buscando un lugar donde terminar la tarde con aquel médico forense sin cejas, que era interesante no por la posibilidad de ofrecerle un refugio emocional, sino porque era un misterio.

Amanda acariciaba el cabello de Luca mientras el pequeño veía unos dibujos en la televisión de su salita privada, anexa al dormitorio y que en tiempos pasados había sido el tocador de la antigua marquesa. Estaban a punto de irse a dormir y, sin duda, ella iba a

caer rendida. ¡Qué día tan largo y extraño! A la mañana siguiente, acudiría con Elio al Museo Thyssen-Bornemisza por un reportaje de su revista… ¿Es que la vida no se acababa nunca?

—Mamá —le requirió de pronto el pequeño—, con la nueva medicina ya no me van a doler los músculos ni voy a señalar las paredes, ¿verdad?

—No, mi amor.

—Pero tú sabes que yo estaba despierto y que me enteraba de todo, ¿no?

—Sí, cariño. Ahora no pienses en eso, ya pasó.

—Es que, mamá, las personas a las que yo escuchaba por las noches sí que eran de verdad, ¿sabes? Estoy seguro de que no eran sueños. ¿Se lo tenemos que decir a la doctora del castillo?

Amanda sonrió. En efecto, el hospital de Torrelodones parecía una fortificación.

—A la doctora hay que contarle siempre todo. ¿A cuántas personas escuchabas?

—A dos. Yo creo que eran dos, no sé. Como en susurros. Podrían ser tres. Algo vi. Alguna noche, no sé cuándo… ¿Serían los ladrones?

—Puede ser, pero ya no vendrán más. El abuelo ha puesto guardias en la puerta.

—Pues yo hice un dibujo anoche. Por si los policías lo necesitan. Siempre están por aquí y no resuelven nada. Espera, te lo enseñaré.

Amanda sonrió ante la candidez de su hijo. Luca saltó del sofá y sacó de un cajón un sencillo dibujo con dos sombras negras, vestidas de forma idéntica a la del Cuervo. Subían las escaleras principales del palacio. Una silueta era algo más alta que la otra, no eran gruesos ni especialmente altos, y tampoco se adivinaban sus

rostros. Luca sacó dos o tres bosquejos más, muy parecidos entre sí, mientras Amanda lo tranquilizaba lo mejor que podía.

—Ya no vendrán más. Olvida todo esto y a dormir tranquilo, ¿vale, cariño? ¡Venga, a lavarte los dientes!

Amanda se quedó preocupada por lo que había dicho Luca y por la posibilidad de que unos extraños campasen a sus anchas por el palacio. Tendría que volver a hablar de la seguridad con su padre y su hermano. Mientras esperaba a que Luca terminase en el baño, revisó su teléfono. Tenía un mensaje de Casio:

> Amanda, quiero pedirte perdón. Sé que no te quiero como tú necesitas. Nuestro camino se termina aquí, pero te respeto muchísimo. Perdóname todo el dolor. Eres una mujer increíble. Con Luca seremos capaces de hacerlo bien, estoy seguro. Hablamos a la vuelta. Buenas noches.

Para rematar el mensaje, Casio unía el enlace a la canción *Baby Can I Hold You*, de Tracy Chapman, que siempre había sido su canción. La melodía reclamaba un perdón, como si el destino del matrimonio hubiese estado condenado, desde el principio, al drama de los desencuentros.

Amanda respiró de forma tan intensa que fue capaz de sentir, de forma literal, cómo el aire entraba y salía de su cuerpo. ¿Por qué le mandaba una canción de amor? Podía parecer una bonita despedida, cordial y saludable, pero la rabia creció en su interior. Cas le enviaba un alto el fuego almibarado, cursi y sensiblero. Por supuesto que lo haría bien por Luca. Se mordería las ganas de ser sarcástica sobre la vida de Cas ante su hijo, sonreiría cuando él se lo llevase al parque, aprobaría vacaciones y escapadas de padre e hijo, pero no cedería a

la melancolía. ¿No funcionó? De acuerdo. No necesitaba que nadie la quisiese a medias.

No contestó el mensaje. Luca salió del baño, lo acompañó a la cama y lo arropó. Después, comprobó que las puertas del cuarto estuviesen cerradas por dentro con llave. «Quédate tus canciones, Cas», murmuró, y apagó el teléfono. Luego se metió en su cama y, durante largo rato, dejó que su mente se perdiese en distintos pensamientos. ¿No resultaba irónico su propio nombre? Amanda, «la que debe ser amada», pensó con amarga dureza. Sentía que el diablo la reclamaba a cada paso, diciéndole que era imperfecta. Pero no perdería el control, ¿acaso podía permitírselo?

Observó las pinturas del techo y después repasó mentalmente sus obligaciones de la jornada siguiente, en que tendría que acudir al Museo Thyssen-Bornemisza por asuntos relativos a su revista. Después, agotada pero incapaz de dormirse, intentó evocar algún momento en su vida en que la calma, ese sosiego tan parecido a la felicidad, hubiese estado presente de forma más o menos estable. Sin pretenderlo, regresó a sus apuntes y lecturas universitarios, en aquel largo proyecto de fin de carrera que había hecho sobre poetas norteamericanas del siglo XX.

¿Cómo eran aquellos versos de Emily Dickinson? Ahora, que todo era penumbra, le venían a la mente.

A la luz que se desvanece
aguzamos la vista, mucho más
que con la llama que permanece.
Hay algo en la huida
que despeja la visión.

Y, en la oscuridad, Amanda sintió que solo podía confiar en sí misma, por lo que abandonó toda expectativa sobre la familia y el amor, y dejó que la envolviese la noche.

21

Madrid amaneció de nuevo entre brumas, como si fuera una ciudad flotante sobre el mar. «Y luego dicen de Londres», musitó Dimas al salir de su hotel, encogido dentro de su gabardina. Si la primavera no terminaba de arrancar y él continuaba en la capital, necesitaría comprar ropa de más abrigo. Atravesó las calles a buen paso, con las manos en los bolsillos y la mirada atenta a su entorno. Desde que era niño, Dimas había tenido la sensación de que en Madrid cabían todos los conceptos en una misma manzana de edificios: lo magnífico y lo decadente, lo elegante y lo soez, lo canalla y lo heroico, lo frívolo y lo inmortal. Cuando alguien camina por una ciudad tan viva, comprende que Madrid es inmensa no porque sea gigante, sino porque empequeñece al que se atreve a mirarla a los ojos.

Dimas no dio crédito al lugar donde Magnus Mendoza lo había convocado para una «cita discreta». Tras su experiencia con el anticuario ya no le valía Lhardy, y el anciano tampoco deseaba acudir al discreto Bar Inglés de estilo británico del hotel Wellington, porque «a él en Madrid lo conocía todo el mundo». El Palacio Dorado tampoco resultaba apto para la reunión, ya que en este caso era Dimas quien no quería acudir al inmueble: «Me niego, se las apañará para endilgarme cualquier otro robo». Así pues, Dimas

marcaba paso firme por el paseo del Prado con aquel destino «discretísimo» al que a él no le apetecía en absoluto acudir; giró a la izquierda y se detuvo ante la enorme puerta enrejada. Sobre ella, un dintel de piedra sostenía una gran placa rectangular que parecía de mármol blanco, vieja y desgastada, y sobre el que unas largas y nudosas raíces desnudas todavía dejaban leer qué había al otro lado:

CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS
REAL JARDÍN BOTÁNICO

Apenas eran las diez y cuarto de la mañana, pero ante la verja había ya varios turistas y una excursión de adolescentes capitaneada por un profesor al borde del colapso, que amenazaba con acercarse antes que él a la cabina donde se vendían los billetes de entrada. «Sí, un lugar discretísimo», musitó Dimas, que tras pagar la entrada giró directamente hacia la izquierda, directo hacia la conocida como Estufa de las Palmas. Era un invernadero de hierro fundido que había sido construido a mediados del siglo XIX, y cuyo exterior no desvelaba en absoluto el enorme vergel tropical y exótico que albergaba en sus entrañas. Antiguamente, la calefacción para aquel tipo de plantas se había estructurado en canales bajo el suelo, tapados con rejas de hierro fundido que se llenaban de estiércol: al fermentar, se elevaban de forma natural la temperatura y la humedad del lugar.

Nada más poner un pie en el interior del impresionante invernadero, Dimas notó el calor húmedo y caliente que cualquier europeo puede sentir nada más bajar de un avión en un país del

Caribe. Avanzó unos pasos en aquel ambiente exótico y envolvente, y distinguió la densa y revuelta cabellera blanca de Magnus Mendoza al fondo del invernáculo; el anciano debía de confiar en él sobremanera, pues lo esperaba dándole la espalda y con la mirada perdida en las aguas verdosas de una pequeña alberca. Dimas avanzó entre plátanos y palmeras por un pasillo sobre las rejillas de hierro del antiguo sistema de calefacción. Se detuvo a la misma altura que Magnus.

—Buenos días —saludó—. Le advierto que viene hacia aquí una masa de adolescentes, de modo que deberíamos abreviar… ¿Para qué quería hablar conmigo?

—¿Para qué va a ser, Chevalier? Quiero su grabación de teléfono de nuestra conversación en la cripta de San Antonio.

Dimas sonrió e hizo una suave mueca que pretendía ser de inocencia.

—Le confieso que no lo había grabado, apenas tenía batería… Pero entenderá que necesitase jugar alguna carta a mi favor.

—Y usted entenderá —replicó el otro, rápido y arrugando la mirada— que con su numerito de ayer me ha hecho perder cientos de miles de euros.

—¡Ah, eso! —exclamó Dimas, que restó importancia con un gesto de la mano, como si barriese el aire—. Pero si era por una buena causa… Su fundación lo merece, y solo es un sello imperial de toda su colección.

Magnus, molestísimo, golpeó su bastón contra una de las rejillas del suelo.

—¿De verdad que no me grabó el otro día?

—De verdad. Pero no se enfade… Me quiso usar como posible culpable por si lo del Cuervo salía mal, así que estamos en paz. Si lo piensa, ni siquiera se habría dado cuenta si le llego a colar una réplica del sello, cosa que no hice.

—¿Quién sabe? —objetó Magnus, lleno de rencor—. Lo mediocre no destaca tanto cuando está acompañado de la excelencia, pero al final termina por mostrarse. A usted le pasa lo mismo… Por mucho que se rodee de obras de arte y de lujos, no deja de ser un delincuente.

Dimas se puso serio.

—Esta mañana tengo mucho de lo que ocuparme, Magnus. ¿Solo quería verme para insultarme?

—Quiero saber qué va a hacer ahora.

—¿Lo dudaba? —Dimas alzó las cejas—. Ayudarlo a encontrar a su ladrón, por supuesto.

—¿Sin obtener nada a cambio? ¿Sin compensación ni coacción de por medio?

—Si no recuerdo mal, habíamos acordado un pacto entre caballeros. Y yo siempre cumplo mis promesas. Además —añadió, con un gesto de confidencia—, si no lo descubro, todo el mundo seguirá creyendo que fui yo quien le robó esos ridículos diamantes. ¿Sabe que ayer por la tarde me estuvo siguiendo un policía? Ahora ya nos hemos hecho amigos, pero…

—¿Por eso no me cogía el teléfono?

—Por eso y porque tenía que esperar a que se le pasase el enfado por lo que hice en Pentimento.

Magnus sonrió por primera vez.

—Reconozco que estuvo bien jugado. ¿Me prestará alguno de sus cuadros para mis exposiciones?

—Puede ser. ¿Y usted me contará cualquier novedad con la policía? Necesito pillar a ese ladrón lo antes posible para volver a Londres… He dejado una subasta a medio montar, tengo pendiente mi cometido en la Bienal de Venecia y un par de inversiones que… En fin, tengo trabajo.

Magnus se acercó un poco más al estanque verdoso y escudriñó a Dimas con descaro.

—Hay una diferencia fundamental entre usted y yo —le espetó, sin dejar de estudiarlo—. Usted invierte en arte, pero yo lo colecciono. Lo suyo es un acto de especulación, y lo mío cultiva la idea de que el arte es una fuente de conocimiento intelectual, una forma de preservar la belleza.

—Claro, por eso le urgía tanto que el Cuervo le robase los diamantes, para que no se estropease la estética de sus negocios con los franceses. Por Dios, Magnus, en todo hay un término medio. No se empeñe en ser el bueno de esta historia, porque no lo es.

—¿Y usted sí? Es un hombre inteligente y lleno de ingenio, Chevalier. ¿Por qué no aplica sus esfuerzos en actividades que resulten útiles a la sociedad?

—¿A la sociedad y no a mí?

—A ambos. Podría dejar de rastrear reliquias para los chinos y dedicarse a buscar los grandes tesoros del arte perdidos a lo largo de la historia. Gobiernos, coleccionistas e incluso la humanidad, estarían en deuda con usted.

—¡La humanidad! —exclamó Dimas, que alzó las manos de forma exagerada—. ¿Qué sugiere, que busque tesoros perdidos de la Flota

de Indias o algo por el estilo?

—¿Por qué no? También hay obras extraordinarias en tierra firme que podría rastrear… La *Cabeza de fauno*, de Miguel Ángel; la *Natividad*, de Caravaggio…

—Y la Cámara de Ámbar de los rusos, ¿no? —se rio Dimas. Magnus palideció ante la broma, aunque Dimas pareció no apreciarlo —. ¿Pretende que recupere todo lo robado por los nazis? Aunque lo de Caravaggio fue en los años setenta en Palermo, ¿no? Si no recuerdo mal, nadie sabe quién se llevó la pintura…

—Le aseguro que todo ese arte está en alguna parte y que muchos coleccionistas pagarían fortunas solo por admirarlo —afirmó Magnus con vehemencia—. La Cámara de Ámbar también.

Dimas miró al anciano y comprendió que le hablaba completamente en serio. Sin embargo, aquella *Cabeza de fauno*, que había sido esculpida por un Miguel Ángel de apenas quince años en el siglo XV, había desaparecido del castillo de Poppi tras un saqueo de los alemanes… ¿Quién podría encontrar ahora un tesoro semejante? ¡Y la Cámara de Ámbar! Un juego de paneles de oro, de espejos y de planchas de ámbar que pesaba seis toneladas y que ocupaba una superficie de más de cincuenta metros cuadrados… Se hallaba a comienzos del siglo XVIII en el Palacio de Catalina, cerca de San Petersburgo, y en la Segunda Guerra Mundial los alemanes lo habían desmantelado para esconderlo en un castillo de Prusia Oriental… Era la octava maravilla del mundo del arte, pero nadie sabía si se había perdido en un bombardeo al castillo, en un naufragio cuando intentaban huir con los paneles… ¿Acaso Magnus se había vuelto loco?

Se escucharon de pronto las voces alborotadas de varias decenas de adolescentes que se aproximaban a aquel extraño punto de reunión. Dimas no quiso perder más tiempo con discusiones vacías. Prometió a Magnus que le informaría de cualquier novedad con relación a sus investigaciones, pero también precisaba su ayuda: cualquier mínima incidencia o primicia policial debería llegar a sus oídos. Ahora necesitaba saber qué había sucedido exactamente cuando había fallado la alarma la otra tarde en el palacio, y, aunque ya tenía el teléfono de Amanda, ella no se dignaba a atender sus llamadas.

—Está muy enfadada —reconoció Magnus, que se dirigió a Dimas con renovada curiosidad—. No sé por qué, pero Amanda confiaba en usted. En fin… Ella y Elio están ahora mismo aquí al lado, en el Thyssen. Un trabajo de la revista… Hágales las preguntas que considere.

Cruzaron un par de frases más, escuetas, y se despidieron.

Un anciano de porte noble y distinguido y un hombre joven y elegante que se movía con la energía y la chispa de quien sabe caminar de forma adecuada tanto en callejones como en palacios. Ambos salieron del invernadero seguidos por las decenas de miradas de aquellos adolescentes, que cuando ocuparon su espacio fueron vagamente conscientes, quizá, de haber asistido a una de esas extrañas e inusuales reuniones que solo podían nacer de un pacto entre caballeros.

Marc Bru se frotó los ojos sin dar crédito. Se encontraba en su despacho de la Brigada de Patrimonio Histórico frente a Maciel, que,

más delgado y desgarbado que nunca, solo se atrevía a mirar un punto indefinido en el suelo.

—A ver si lo he entendido bien, Maciel. Según su informe, Dimas Chevalier interceptó el seguimiento y ambos terminaron ayer por la tarde tomando un chocolate con churros. ¿Es así?

—Por la noche hacía frío, inspector, y en el local freían los churros al momento… —se justificó el oficial—. Pero antes hicimos todo lo que le dije en la Cuesta de Moyano para encontrar al falsificador de los dibujos.

—Claro. La Cuesta de Moyano. Pero no descubrieron nada.

—No. Pero me aseguró que iba a seguir buscando y que, si encontraba algo, nos avisaría.

Marc Bru se ajustó las gafas y, después, la chaqueta. Hoy llevaba un traje de una tela que de nuevo imitaba el tartán escocés, en esta ocasión con tonos discretos entre el azul oscuro y el verde.

—Así que usted cree, Maciel, que uno de los ladrones más famosos del mundo va a buscar a un ladronzuelo solo por ayudar a la policía a descubrirlo… ¿Es eso?

—Es y no es. Me aseguró que lo que quería sobre todo era limpiar su nombre y que nadie sospechase de su persona, inspector. Hoy, de hecho, tenía previsto visitar varias librerías de anticuario y me aseguró que me llamaría para informarnos del resultado.

—Ah, pues si ya son tan amigos, nada que decir —dijo Marc, algo molesto por no haber sido él quien hubiese compartido confidencias de investigación con el enigmático Dimas Chevalier.

En aquel momento apareció Mencía Rivera por la puerta y, al tiempo que se disculpaba por no haber podido llegar antes a causa de sus asuntos en la UDEV, el oficial se despedía con la instrucción

de rastrear en el mercado negro las obras robadas en el Palacio Dorado. «¡A por ello, Maciel!», se había exclamado a sí mismo al salir por la puerta. Mencía lo había mirado sin detenerse demasiado, como si ya le pareciese normal que cada cual fuese un poco bicho raro.

—Adivine qué, Marc.

—Soy un hombre mayor, no me ponga adivinanzas, que ya he tenido que tratar con Maciel esta mañana. ¡Se ha ido a tomar churros con Chevalier! ¿Se lo cree?

Mencía actuó como si esa información resultase del todo irrelevante y sacó una carpeta que llevaba en un bolso enorme. La puso sobre la mesa del escritorio del inspector y, eufórica, se dispuso a compartir una información que le había alegrado la mañana.

A Marc le había complacido ver tan contenta a la subinspectora, pero le pidió que se tranquilizase y que tomase asiento. El síncope que había sufrido se debía a un cuadro severo de estrés, y todavía se estaba recuperando del golpe en la cabeza, por mucho que ella se hubiese negado a tomarse una baja.

Mencía hizo caso omiso a las recomendaciones de calma de Marc y abrió una carpeta llena de listados con números y referencias que estaban marcadas en distintos colores.

—¡Mire! Han llegado los oficios bancarios. Y no solo habíamos solicitado saldo de cuentas… Tenemos los movimientos desde hace dos años y hasta los de la semana pasada.

Marc observó la pequeña montaña de documentación.

—Ahorremos tiempo, Mencía… La veo muy contenta, y eso quiere decir que ha encontrado algo, ¿verdad?

—Sí. El viejo Magnus, como casi todos los millonarios, tiene pasta, pero no mucha liquidez porque lo invierte todo en arte y en propiedades. De hecho, en el Registro de la Propiedad aparecen hasta dieciséis inmuebles a su nombre, sin hipotecas ni cargas. Amanda es quien más dinero dispone en su cuenta particular, aunque la que mantiene con el marido está casi como la mía, es decir… Bastante tiesa. En la cuenta común, y sobre todo en las tres que él posee solo a su nombre, llegó a haber números rojos, pero se recuperaron cuando vendieron la casa y… ¿Sabe cuándo más?

—¿Cuándo?

—No se lo va a creer, pero Casio Mendizábal tuvo tres inyecciones de liquidez muy grandes en su cuenta hace diecinueve, trece y nueve meses, que coinciden en cantidad y en fechas con ingresos de Elio Mendoza. ¿No le parece raro?

—Puede ser raro, puede ser normal —dijo, y se puso las gafas para revisar por sí mismo la documentación—. Piense que trabajan juntos en las galerías y en operaciones comerciales del mundo del arte.

—Pero tienen una nómina, lo he comprobado con los oficios que solicitamos a la Seguridad Social y en los propios extractos bancarios. ¿De dónde viene ese dinero? Hubo más ingresos así, aunque menos fuertes, durante varios meses.

Marc guardó silencio y dejó pasar unos segundos, pensativo.

—¿Y los demás? ¿Algo relevante?

—De la asistente, Lorena, nada relevante. Al menos, los últimos dos años. Ingresos por nómina y gastos acordes. Y de Celene todavía no tenemos todo porque dispone de cuentas en los Países Bajos y tardaremos más. En España, poca cosa: dos cuentas con

saldo justo, y una de ellas es en la que maneja sus cuotas de autónomos. Todo dentro de lo normal, le da para vivir de forma digna, pero sin alardes.

—¿Y el ama de llaves?

—Un listado de ingresos y gastos casi militar. De hecho, gasta poquísimo de su salario, que es muy alto, y dispone de más liquidez que algunos de los Mendoza.

—Tiene sentido… Al fin y al cabo, si vive desde hace tantos años en el palacio no paga alquiler ni hipoteca y tampoco debe de llenar su propia despensa. ¿Se le conoce familia?

—No nos consta. Hijos no, desde luego.

—Entonces, con sus jóvenes neuronas, ¿qué deduce, Mencía?

—No empecemos con el paternalismo, Marc.

—Perdone.

—Está bastante claro. Esos dos, Elio y Casio Mendizábal, han realizado operaciones extrañas o, al menos, irregulares.

—Pueden tener una explicación perfectamente factible para esos ingresos, Mencía… ¿Quién es el ordenante?

—Siempre es diferente. Empresas del mundo del arte y particulares de todos los lugares del mundo, tres de ellos de Japón, aunque alguna vez ha sido el propio Elio el que ha hecho la transferencia a Casio.

—Ah. Qué interesante. Eso cuadraría con la charla que Casio tuvo con los invitados orientales de la fiesta y de la que no me quiso hablar.

—Ya le dije que los ricos siempre andan con chanchullos.

—Como todo el mundo, querida. Bien… Pues ya que hoy pensábamos entrevistar a todos los que estaban el otro día en la

biblioteca, será el momento perfecto para que Elio Mendoza y Casio Mendizábal nos aclaren dudas.

—Sabe que tengo razón —insistió ella—, aquí hay gato encerrado. Creo que ambos hacen operaciones turbias. Elio siempre tiene las cuentas peladas, y eso que su padre le da un sueldo como para pagar veinte veces mi apartamento… ¿No cree que podrían estar implicados en lo de los diamantes y en todo lo que se suplantó en la Cámara de las Maravillas? Piénselo… Le cambian las obras al viejo sin que se dé cuenta, él sigue tan contento y ellos consiguen liquidez.

Marc apretó los labios y estudió los movimientos bancarios.

—Como decía Agatha Christie en *El misterioso caso de Styles*, «la explicación más sencilla es siempre la más probable» —citó, modulando la voz como si estuviese diciendo un concepto de hondo significado—, pero tal vez eso que propone no sea tan sencillo.

—¿Ya está otra vez con Agatha Christie? —se quejó ella—. Reconozca que tengo razón.

—Reconozco que les faltarían las claves para acceder a la Cámara y que Elio Mendoza podría pedir dinero a su padre si lo necesitase. Solo con lo que saquen del sello imperial en la subasta podrían vivir de forma holgada durante mucho tiempo… No lo sé, Mencía.

—Es complicado, pero aún hay más —dijo ella, que creó cierto suspense con un silencio de unos segundos y marcó unas hojas de la carpeta—. El anticuario asesinado había hecho hacía tres semanas un ingreso de una cantidad en metálico en su cuenta, al igual que el Cuervo. Los dos lo hicieron el mismo día, aunque nuestro ladrón ingresó el triple.

—¿Intermediario y ejecutor?

—Eso creo. Lope ha hablado con la familia del anticuario otra vez. Parece que nuestro amigo de la plaza de Santa Ana trabajaba no solo con la mafia, sino con otros muchos ladronzuelos y falsificadores, de modo que pudo cargárselo cualquiera.

Marc se acercó, pensativo.

—Revisemos esto que ha traído. La verdad tiene que estar delante de nosotros.

22

Dicen que el Museo Thyssen-Bornemisza, ubicado en el antiguo Palacio de Villahermosa del paseo del Prado de Madrid, se encuentra entre los cien más visitados del mundo. A Dimas Chevalier esta apreciación le habría parecido muy acertada, dada la cantidad de visitantes que aquella mañana hacían cola para conseguir un billete de acceso. «Si para ver a esta familia tengo que seguir pagando entradas, me voy a la ruina», farfulló. Magnus, de forma sucinta, le había explicado que en la revista que dirigía Amanda, *Giotto*, iban a hacer un reportaje sobre el género pictórico *vedute*, que se había hecho popular en el siglo XVII y que consistía en la reproducción pictórica realista de paisajes de ciudades, de sus vistas. Dimas sabía que el primer vedutista de las ciudades modernas había sido Gaspar van Wittel, de modo que tras echar un rápido vistazo al catálogo se dirigió a la parte del museo donde se exponían sus obras: se trataba de la sala A, de la Colección Carmen Thyssen, que en la planta baja lo recibió con calidez. Suelos de mármol beis y paredes blancas, iluminadas con exquisita delicadeza. A Dimas siempre le había parecido que, frente al descuido de otras pinacotecas, en este museo cuidaban de los cuadros con el mimo único y propio de los verdaderos coleccionistas.

Sí, allí estaba el gran cuadro de la Piazza Navona de Roma pintado por Van Wittel el último año del siglo XVII; parecía una colorida fotografía que atendía a todos los detalles de la plaza y sus habitantes, y sus más de dos metros de ancho por su casi metro de alto hacían del óleo sobre lienzo un trabajo espectacular. A su lado había más obras del mismo artista y de Francesco Guardi o de Giuseppe Zocchi, todas con la línea vedutiana y con distintos escenarios.

—¡Oh! ¡Señor Chevalier! —exclamó Lorena al ver a Dimas.

La joven llevaba encima toda clase de mochilas y bolsos de cámaras fotográficas, y hasta un trípode enganchado a una correa. Sus enormes gafas, por una vez, estaban bien puestas y no resbalaban a lo largo de su nariz. A solo unos metros, Elio Mendoza dirigía a un fotógrafo y atendía, a la vez, a alguien que parecía ser parte del personal del museo. De Amanda no había ni rastro.

—Hola, Lorena, ¿qué tal la mañana?

—Bien, aunque aún nos queda un buen rato porque el fotógrafo ha llegado tardísimo —le explicó con gesto algo desesperado y, también, sorprendida por verlo en aquel museo—. ¿Puedo ayudarlo en algo?

—Me gustaría hablar con Elio y con Amanda, si es que ella está por aquí.

—Oh, Amanda subió a la sala donde tienen los Canalettos, y Elio… Ahí lo tiene —señaló.

El aludido observó de reojo a Dimas y le dedicó una mirada de desprecio. Después, continuó dando indicaciones al fotógrafo y al redactor de la revista. Dimas se quedó sin saber muy bien qué decir o hacer ante la animadversión de Elio. Lo comprendía, pues la última

vez que se habían visto había sido en Pentimento, cuando le había hecho la jugarreta a su padre con el sello imperial; sin embargo, si —tal y como Magnus le había confirmado— el joven estaba al tanto de todo, también debería saber que su padre había intentado endilgarle a Dimas el robo del Cuervo, por lo que deberían estar en paz.

Lorena, también algo descolocada y sin tener claro si debía atender o no a Chevalier, le explicó que aquel reportaje era muy importante para la revista, pero que a Amanda se le había ocurrido una forma de aprovecharlo también para Pentimento.

—No me diga. La encantadora, accesible y cordial Amanda, ¿de nuevo con sus originales ocurrencias?

—No sea malo —le recriminó la joven—, conmigo ella es muy generosa y amable, se lo aseguro. ¡Y dispone de gran ingenio, además! Se le ha ocurrido crear una sala vedutista, ¿sabe? De vistas de ciudades… Visitará las principales obras de la época y, después, ofrecerá al público fotografías exactas y con el mismo encuadre que las pinturas, solo que las fotografías, como ya se imaginará, serán de ahora, cuatro siglos más tarde.

Dimas asintió. Estaba convencido de que con Pentimento, sin duda, Amanda iba a lograr que muchos ciudadanos de a pie que nunca habían sentido el más mínimo interés por el arte terminasen por explorarlo con otros ojos. Iba a decir algo cuando notó el aliento caliente y furioso de alguien a su espalda.

—¿Se puede saber qué coño hace aquí? —le preguntó Elio—. Estamos trabajando.

—Yo también. De hecho, estoy trabajando para su padre.

Elio, furioso, lo tomó del brazo y lo llevó a un punto algo más alejado, en la entrada de otra sala.

—¿Se permite hacer bromas? ¿Sabe usted el dinero que le ha costado a mi padre su estupidez del sello imperial?

—¿Sabe usted que su padre me invitó a su fiesta de Pentimento solo para señalarme como sospechoso del robo del Cuervo?

Elio se mordió los labios e intentó contenerse.

—¿Qué quiere?

—Quiero saber qué paso la otra tarde, cuando falló la alarma de la Cámara.

—¿Y usted cómo se ha enterado de eso?

—Porque su padre y yo ahora somos amigos y nos lo contamos todo —replicó, deshaciéndose de la mano de Elio—, y porque la policía esa tarde me llamó para saber dónde diablos me encontraba, porque al parecer su ático se ha vuelto muy popular en el gremio.

Elio relajó un poco el gesto, pero no abandonó su actitud defensiva.

—¿Y qué más le da saber qué sucedió? Falló la alarma, eso es todo.

—Y usted, ¿qué hacía cuando saltó la alarma?

—¿Yo? ¿Soy sospechoso de algo, acaso?

—Puede ser —se limitó a decir Dimas, dejando que el silencio posterior ejerciese la presión que esperaba sobre su interlocutor. Elio se acercó y le escupió prácticamente las palabras:

—¡El colmo! ¡Un delincuente insinuando que yo mismo robo en mi propia casa! —exclamó, furioso—. Puede quedarse tranquilo, señor Chevalier… Llevé a mi novia al aeropuerto después de comer y luego

me pasé más de dos horas con mi sobrino en la biblioteca, con la niñera presente, hasta que llegó Amanda.

—Ah, qué buen tío es usted.

—¡A saber si de verdad Luca es epiléptico! —replicó el otro, ya sin freno—. Le ha metido ideas a mi hermana en la cabeza… ¿Sabe que ahora el niño hasta dibuja a los supuestos cacos dentro del palacio? ¿Eh? ¿Lo sabe? ¡Por su culpa le están dando el tratamiento equivocado!

—Tiene usted razón —confirmó Dimas con expresión convencida —, debería recibir terapia psiquiátrica toda la familia.

Elio abrió más los ojos, indignado. Alzó un puño cuando, justo en aquel instante, lo llamó, buscándolo, la responsable del museo a la que había dejado con el reportero y el fotógrafo. Al fondo, Lorena observaba la escena muda de asombro y sin atreverse a intervenir. Elio detuvo su atención, de pronto, en su propio puño alzado y, sin decir nada, se giró y se dirigió hacia donde se encontraba la persona que lo reclamaba, a quien le ofreció una amplia sonrisa.

Dimas miró a Lorena con expresión de disculpa, aunque no tardó en musitar un «Esta familia me adora». Tomó aire y, decidido, se despidió de la asistente y salió de aquella sala. La idea de ver a Amanda lo ponía algo nervioso; el hecho de que ella, sin hacer nada, fuese capaz de generarle aquella inquietud le molestaba. ¿Por qué le interesaba lo que esa mujer pudiese decir o pensar de él? La antipatía parecía ser mutua, pero no podía evitar acudir a ella como si se tratase de una tentación imposible de esquivar.

Y, en realidad, ¿a quién le importaba un ridículo pacto entre caballeros? Los rumores e insinuaciones sobre el robo de los diamantes, como todo, con el paso de las semanas terminarían por

diluirse en el olvido. No había pruebas contra él, porque era inocente y no podía haberlas. ¿Qué le importaba si robaban a los Mendoza una y mil veces? Lo que tenía que hacer, sin perder un minuto, era ir al hotel, coger su maleta y salir derecho hacia el aeropuerto. Su equipo de Londres, que era como su familia, lo estaría esperando con los brazos abiertos. Gina, Robert, la señora Mildred, Tom y Antoine… Sí, eso debía hacer, volver a casa. Se lo dijo a sí mismo una, dos y hasta tres veces mientras, incapaz de detener sus pasos, subía las escaleras hacia la segunda planta del museo. La sola idea de volver a ver a Amanda, maldita sea, lo atraía de la misma forma en que a un marinero lo seducirían los cantos de una sirena frente a las afiladas rocas de un acantilado.

Las pinturas de Canaletto estaban, por lo que había podido ojear en el folleto del museo, en la sala diecisiete. Dimas sorteó a unos cuantos turistas y visitantes, y llegó a aquel espacio en menos de cinco minutos. De nuevo, suelos de mármol beis y ahora, en las paredes, estuco de tono salmón suave y tostado. Los gigantescos cuadros de Canaletto se mostraban sin esfuerzo como los reyes de la pequeña sala. La plaza de San Marcos y el Gran Canal eran las estrellas indiscutibles de sendos cuadros, pintados a comienzos del siglo XVIII. A Dimas le encantaban las obras de los pintores venecianos, porque utilizaban pigmentos y colores muy modernos y fuertes para la época, al ser Venecia un puerto de gran transacción comercial. Decían, de hecho, que el color azul ultramar, importado de Afganistán, había sido visto por primera vez en un cuadro veneciano del siglo XII. Pero, por bellos que fuesen los cuadros,

Amanda no estaba. Dimas había imaginado encontrársela tal y como la había visto aquel día en Pentimento, con una carpeta en la mano y tomando notas sin descanso. Aquella imagen lo reconciliaba en cierto modo con las personas. Al fin y al cabo, ella era rica o, al menos, podía permitirse una vida llena de lujos; sin embargo, parecía preferir trabajar y hacer cosas útiles.

¿Dónde se habría metido? Tal vez ya se hubiese marchado, aunque le parecía poco probable que, dado su habitual talante, Amanda dejase a su hermano solo para hacer el trabajo. Dimas fue avanzando por distintas salas, buscándola. Llegó a un espacio enorme, rectangular y alargado, en el que destacaba un único cuadro al fondo: medía más de dos metros de alto y apenas uno de ancho, y resultaba imposible no detener la mirada en aquel óleo sobre lienzo que representaba de cuerpo entero a un hombre joven, elegante y distinguido, a comienzos del siglo XIX. Pero la atención de Dimas no se había detenido precisamente en el cuadro. Frente a él había apreciado enseguida, dándole la espalda, la silueta de Amanda: se hallaba sentada en el borde de un banco que estaba dispuesto de forma paralela a aquel largo pasillo rectangular, como si el objetivo de todos los visitantes fuese contemplar las pinturas de los laterales, y no la del fondo.

Dimas avanzó en silencio hacia ella. Nunca la había visto en vaqueros, aunque al parecer Amanda no había descuidado su atención a los colores apagados y vestía un largo suéter marrón oscuro que hacía juego con unos elegantes mocasines. Cuando Dimas llegó a su altura se quedó en pie a su lado y, también contemplando la obra, guardó respetuoso silencio. Amanda se dirigió

a él con tono tranquilo, desde la más sosegada serenidad y sin mirarlo ni siquiera de soslayo.

—No lo esperaba por aquí, Chevalier. ¿Planeando algún robo espectacular, quizá?

—¿En el Thyssen? No sería tan osado. Y, Amanda…, podemos tutearnos. Creo que ya nos conocemos lo suficiente.

—Creo que no —dijo ella al instante, para inclinar después un poco la cabeza hacia la derecha, como si necesitase apreciar algún detalle concreto en la pintura que contemplaba, obra de Thomas Lawrence—. ¿Conoce este cuadro, Dimas? Es el retrato de David Lyon… Una imagen idealizada, pero ¿no le parece fascinante?

—Sí, supongo —respondió él, que observó con más detalle la pintura—. Parece que el mundo lo esperase solo a él.

Amanda asintió. En efecto, el retratado, apuesto y joven, parecía observar al espectador con la conciencia de quien sabe que todavía tiene tiempo y oportunidades por delante. En su rostro, se adivinaba inteligencia y cierta tendencia a la sonrisa, a la afabilidad.

—Sí. Me gusta porque da la sensación de que todavía no ha asistido a las decepciones de la vida, ¿verdad? Y tal vez no lo hiciese nunca. ¿Sabe qué…? —le preguntó, mirándolo por primera vez para después volver a prestar atención al lienzo—. Llegó a ser juez y diputado en el Parlamento del Reino Unido y se casó con más de cincuenta años con la hija de una novelista, que contaba en la familia con una paleontóloga y una escritora, entre otros hermanos. ¿Se imagina cómo serían las comidas familiares?

—Aburridas no, seguro.

Amanda asintió de nuevo y, después, miró a Dimas a los ojos. Ambos se mantuvieron el firme contacto visual durante unos

segundos, y fue él quien habló primero:

—Creo recordar que me juró un odio inextinguible, pero me gustaría que hablásemos un momento.

Amanda tardó un momento en asentir, como si le diese pereza moverse y respirar. Por fin, le hizo una señal para que se sentase a su lado en el banco.

—Si necesita la clave de la Cámara de las Maravillas, le advierto que está muy solicitada.

—Solo necesito aclarar lo que sucedió ayer en Pentimento…

—Ya lo sé —lo cortó ella—. Mi padre nos lo ha contado todo. ¿Algo más?

—Sí —reconoció él, incómodo ante su desapego. Hasta ahora había percibido en Amanda prudencia, desconfianza y hasta frialdad, pero no aquella inmensa tristeza—. La tarde en que falló la alarma en la Cámara… ¿Puede explicarme qué pasó exactamente?

Amanda se sorprendió con la pregunta, ya que, al fin y al cabo, no parecía haber sucedido nada más que un fallo en el sistema. Sin embargo, accedió y le narró todo lo acontecido con detalle: desde el momento en que había llegado al palacio hasta la forma en que habían registrado la Cámara. Dimas comprobó que no había cambios con relación a la versión de Elio, por lo que no encontró nuevos hilos de los que tirar. Procuró no mostrar su decepción y le explicó a Amanda lo que había hecho la tarde anterior en la Cuesta de Moyano, aclarándole que pensaba continuar con su investigación aquella misma tarde en distintas librerías de viejo. Ella lo escuchó atentamente y, después, lo observó con interés, como si la mera presencia de Dimas fuese un misterio.

—¿Por qué sigue robando? Asume un riesgo innecesario… Por lo que sé, es bastante rico, así que se mete en jaleos sin necesidad. No lo entiendo.

—No crea que vivir al margen de la ley no requiere de entrenamiento y disciplina —objetó él, fingiéndose molesto.

—¿Los caraduras entrenan?

—Supongo que tenía usted razón… ¿Recuerda lo que me dijo en la fiesta? Una reforma no es una regeneración, y no puedo evitar lo que soy, mi instinto. He procurado direccionarlo de la forma adecuada, pero la emoción que supone es insuperable. No está mal sentirse vivo de vez en cuando.

—¿Su vida personal está muerta, entonces?

—No he dicho eso.

—¿Y qué dice su mujer?

—No tengo mujer. La última, de hecho, me dejó cuando entré en la cárcel. Y es raro, porque le expliqué que era un resort en el que podría visitarme cada semana.

Amanda se rio. Después, se dirigió a Dimas como si fuese un objeto de estudio que se esforzaba por entender.

—¿Y a qué se dedica? ¿A robar para los chinos o por encargo?

—No, no… Eso lo hice por principios. Hay injusticias por todas partes, y parece que al mundo le da igual. ¿Se acuerda del Hospital del Canto del Pico al que fuimos, en Torrelodones? Había columnas góticas, sillerías, un claustro… Nada pertenecía a la construcción original. ¿Sabe de dónde venían las columnas? De un castillo de Curiel. ¿Las vidrieras? De una colegiata de Logroño. Y le aseguro que a ese claustro lo echaban de menos en un monasterio de Valencia; por no hablar del artesonado…

—Lo he entendido, gracias. Pero hay cauces legales para recuperar las cosas, ¿sabe?

—Mis métodos son más efectivos.

—Cómo no.

—Además —apuró él, de pronto acuciado por una extraña necesidad de mostrarse honorable—, me dedico a otros asuntos. Mi empresa en Londres asesora a museos y particulares para la seguridad de sus obras, verificamos certificados de autenticidad y, además, estudiamos la verdadera autoría o el posible fraude en esculturas, pinturas y arte religioso.

—Caballero y ladrón, entonces.

Él se encogió de hombros, como si no pudiese hacer nada en contra de sus circunstancias.

—Robar a los ricos no me genera grandes dosis de culpabilidad. Lo que les sustraigo, ante la capacidad neta de su patrimonio, es prácticamente invisible. Pero ya no lo hago casi nunca, y solo actúo en casos de restitución patrimonial.

—Así que se ha convertido en un cínico que se engaña a sí mismo.

—Y usted en una frívola a la que no le importa que en la colección de su padre haya piezas robadas.

Ella negó con el gesto. Aquella discusión podría seguir en bucle durante horas sin que se pusiesen de acuerdo. Se pasó las manos por los ojos, cansada, y Dimas pensó que, aun sin maquillar y con aquella melancolía que desprendía, era una de las mujeres más impresionantes que había visto nunca. De pronto, Amanda arrugó el ceño y lo miró con renovado interés.

—¿Cómo sacó el sello imperial del palacio?

—Fue fácil. Lo introduje en el maletín de los músicos del grupo de jazz. En sus bolsas de instrumentos siempre hay apartados para cepillos de boquilla y bayetas…, cosas así. Me llevó menos de cinco segundos.

—¡Pero podían haberlos registrado al salir!

—Sería raro —negó él, convencido—. Cuando no sabes que estás cometiendo un delito, actúas con total naturalidad. El problema llega cuando un ladrón se pone nervioso y pierde el control.

—¿Y cómo recuperó el sello?

—Solo tuve que ir a verlos a su actuación del día siguiente y visitarlos en el camerino, de paso me cercioraba de que no hubiesen sido ellos los ladrones de los diamantes.

—Podían haber encontrado el sello antes de que lo recuperase.

—Sin riesgo no hay vida, Amanda.

Ella sonrió ante aquella afirmación, dándole en cierto modo la razón a Dimas. Después, se levantó y se dirigió a él con determinación.

—Tengo que terminar este reportaje y después pasar por el Reina Sofía —le explicó, aludiendo al otro gran museo que había a menos de un kilómetro, en dirección a Atocha—, pero esta tarde, si no le importa, lo acompañaré en su tarea con los libreros. Yo también quiero saber quién es ese maldito ladrón.

23

Magnus era una persona poco dada a la melancolía. Una vez había hablado con un hombre que, muchos años después de quedarse ciego, le había confesado que apenas podía recordar el rostro de sus seres más queridos. ¿Acaso le había sucedido a él lo mismo? Su mujer Paula había fallecido hacía ya quince años, pero él disponía de álbumes llenos de fotografías, de vídeos… Y también tenía a Elio y a Amanda: a veces el corazón se le encogía al ver en ella los gestos y rasgos de su madre. Sin embargo, su ambición y su codicia habían relegado quien había sido a un rincón de su cabeza, que ahora estaba lleno de sombras.

Magnus tomó aire y, reflexivo, cerró la puerta de la Cámara de las Maravillas tras de sí. Atravesó la antesala de paredes abarrotadas de cuadros con gabinetes de curiosidades y deambuló después por las distintas estancias del enorme habitáculo. La biblioteca, las vitrinas llenas de extravagancias históricas y científicas, e incluso aquella en la que habían estado los diamantes de Francia y que ahora parecía un nido vacío. Tal y como era su costumbre, terminó por sentarse en el sillón frente al sorprendente cuadro de *El geólogo* de Vermeer. El coleccionismo del arte antiguo, cuando podía disfrutarse de aquella forma individual, serena y lenta, era el lujo supremo. Pero ¿se había excedido con toda aquella suntuosidad? Aquel insolente ladrón,

Chevalier, le había hecho reflexionar. Su propia e inmensa egolatría le hizo olvidar, tal vez, el origen de la Cámara de las Maravillas y la importancia de la Fundación Episteme.

Todo comenzó con Paula hacía ya más de cincuenta años. Eran felices, viajaban por el mundo y, de vez en cuando, adquirían alguna obra de arte. Simples inversiones, no todo podía ser comprar ladrillo y limitar su patrimonio a inmuebles: ¿y si el sector inmobiliario caía? El oro y el arte podrían subsistir, porque las grandes fortunas casi siempre notaban menos los golpes de las crisis económicas. Durante un verano, él y Paula habían vivido un viaje de ensueño por grandes capitales europeas: Budapest, Viena, Praga…, para después pasar por pequeños pueblos de Alemania y terminar en Ámsterdam. Habían visitado Haarlem casi de casualidad, de camino a la playa de Zandvoort. ¿Cómo iban ellos a saber que allí estaba el museo más antiguo de los Países Bajos? Tras pasear al borde de los amables canales del río Spaarne, se habían tropezado con el Teylers Museum; por fuera no decía gran cosa, solo era una casa señorial con una sorprendente y ostentosa estatua en su tejado. Sin embargo, él y Paula, cogidos de la mano, habían descubierto en su interior una colección única en el mundo. No solo atesoraba libros, rocas, fósiles y cuadros que se exponían desde 1784, sino que el edificio había funcionado como un enclave estimulador del arte y de la ciencia, donde se experimentaba con novedosos instrumentos científicos.

«Aquí hacen como los griegos, ¿has visto, Magnus? Buscan el… ¿Cómo era? El episteme, el conocimiento», le había dicho Paula, fascinada. Después, con una sutil caricia en su brazo, se había alejado sin decir nada para explorar una enorme sala oval, que era el corazón del museo y su antiguo laboratorio. Aquel lugar, como un

gabinete de curiosidades con objetos de toda procedencia y clase, era un templo de conocimiento y de reunión. Magnus también estaba impresionado, pero lo que más le había impactado era la Gran Máquina de Electrificación que se exponía allí mismo: a finales del siglo XVIII, había sido el mejor instrumento científico de su tiempo, destinado a generar la mayor energía eléctrica posible; su voltaje podía alcanzar los trescientos mil voltios, y el propio Napoleón lo había visitado en 1811 para utilizarlo como herramienta de guerra. Por suerte, o por desgracia, pues Paula había apuntado que «eso no lo sabrían nunca», en aquella visita de Bonaparte el sistema no había funcionado porque el aire estaba demasiado húmedo.

Tanto Paula como Magnus se habían sentido profundamente conmovidos e impactados por el fundador de aquel museo, que creía que para lograr una sociedad mejor era esencial difundir los conocimientos artísticos y científicos entre los ciudadanos.

—Deberíamos hacer eso, Magnus.

—¿Difundir el conocimiento?

—¿Por qué no? Pero antes tendríamos que reunir nuestras propias maravillas.

—En pleno siglo XX ya no se hacen descubrimientos como antes, mi amor. ¿Crees que unos cuadros y unas cuantas esculturas van a hacer del mundo un lugar mejor?

Ella había respondido con un mohín alegre.

—No tengo ni idea, pero una buena colección sí que puede servir para obtener beneficios, y con ellos se puede colaborar con la ciencia, ¿no?

Y aquello había sido todo. Sin grandes discursos ni decisiones radicales, sin aspavientos exagerados ante las ideas de Teyler, el hombre que había creado el museo y que llevaba muerto más de dos siglos. Sin embargo, aquella visita casual instaló en ellos una semilla invisible. Modesta y silenciosa al principio, con adquisiciones aquí y allá, y mucho más contundente pasados los años, con la creación de aquella Cámara de las Maravillas en el palacio. Pero su objetivo, igual que el recuerdo de los viejos tiempos, se había difuminado.

Magnus se observó las manos, ahora llenas de pequeñas manchas y venas gruesas. El tiempo se había equivocado, lo había convertido en un viejo que había perdido el rumbo.

—Así que estás aquí —escuchó a su espalda.

—Sí… —asintió él, que reconoció la voz al instante—, ¿dónde si no?

Emilce se aproximó y se sentó a su lado en el amplio sofá. El ama de llaves también conocía la clave de acceso a la Cámara, aunque esta circunstancia solo la sabían Magnus y ella misma. ¿Para qué decírselo a nadie más? ¿Y para qué contárselo a la policía, que comenzaría a especular con ridículas suspicacias? A pesar de lo que los hijos de Magnus pudiesen pensar, la relación entre ella y su padre era puramente amistosa. Una de esas amistades sólidas y leales, ajenas a las dudas e inseguridades del amor romántico. Emilce y Magnus leían juntos cada noche, conversaban sobre la vida por las mañanas, paseaban por el jardín. Él siempre estaría enamorado de Paula, pero ¿acaso existe un solo un tipo de amor?

—Te veo triste… ¿Ha pasado algo?

—Ha pasado todo —sonrió Magnus, con gesto cansado, a la vez que confirmaba la clave en su teléfono móvil. La empresa de alarmas acababa de enviarle una de esas nuevas y molestas notificaciones informándole de que alguien había entrado en la Cámara, aunque desde luego Emilce tenía su permiso para estar allí con él, como siempre. Terminó con su teléfono y le explicó a su fiel ama de llaves lo que había sucedido con Dimas Chevalier en el Real Jardín Botánico. Ella, casi siempre neutra y estoica, lo escuchó ahora con interés.

—Me cae bien ese chico —se había limitado a decir, como una sentencia—. Me hace gracia. —Después, Emilce se había dirigido a Magnus con expresión de gravedad—: El otro día, cuando falló la alarma de la Cámara… ¿Confías en todos? Me refiero a… En fin, a todos los de la casa.

—¿A todos? ¿Qué insinúas?

—Esa tarde —comenzó ella, despacio y con delicadeza— fuiste al concierto en la iglesia de San Antonio, ¿recuerdas? Yo estaba pendiente de los policías, que trabajaban con sus luces y sus polvos blancos en el salón rojo. Percibí algo extraño que… No le di importancia porque la empresa de alarmas aseguró que fue un fallo del sistema, pero…

—¿Pero…?

—Ha venido el técnico del ascensor… Ya sabes, se acerca una vez al mes, y esta semana ha venido dos veces para arreglar la botonera del segundo, que estaba rota.

—¿Y?

—Que no aparece la llave de seguridad de acceso al elevador en esta planta, en el ático. Hemos estado buscando un buen rato,

también en el foso, y nada.

—Ah, ¿solo es eso? —respiró Magnus, aliviado—. Ya pensé que pasaba algo serio.

El anciano perdió la mirada en el Vermeer, como si en aquella perfección pictórica pudiese encontrar algún tipo de alivio. Emilce, sin embargo, mantuvo el gesto serio y, de forma inusual, posó la mano sobre la de Magnus. Casi nunca lo tocaba, y eso hizo que él se mostrase alerta.

—El técnico dice que es como si alguien hubiera abierto la puerta y se hubiese colgado de los cables… Había grasa en una repisa, y no se explica cómo pudo llegar ahí. Además…, esa tarde me pareció escuchar ruidos en una habitación de la primera planta. Salvo los policías, no había nadie más en casa, ¿comprendes? Solo estaban Elio y Luca en la biblioteca, con la niñera.

Magnus miró a Emilce, preocupado. Una ráfaga de inquietud le subió por el pecho.

—¿En qué cuarto te pareció escuchar ruido?

Cuando Emilce se lo dijo, Magnus comprendió que ni la deslumbrante belleza de la Cámara de las Maravillas podría adormecer aquella nueva e inesperada sospecha.

Mencía, de pronto, volvía a ver todo a través de su prisma habitual, que era oscuro y casi negro. Los nervios, implacables, regresaban. Y, si Diego Ferrer se daba cuenta de que era una mujer incapaz de lidiar con la vida, ¿dejaría de invitarla a salir? Por si fuera poco, en aquel dichoso caso del Palacio Dorado, ¿podrían dejar algún día, alguna vez, de trabajar con suposiciones y encontrar la más mínima prueba contra alguien, la que fuese?

—No lo veo, Marc —resopló, ya casi llegando a Pentimento tras la hora de comer—. Hemos estado toda la mañana revisando los oficios bancarios, y al final ¿qué tenemos? Nada. Como mucho, un par de multas de Hacienda para Elio y Casio. Pero nada que pueda vincularlos con los robos de la Cámara.

—Calma, querida. Tal y como dijo…

—¡Ni se le ocurra citar a Agatha Christie!

—Tal y como dijo Amanda esta mañana —continuó él—, la clave está en quién podría tener acceso a los códigos de la Cámara.

En efecto, y para ello, tal y como habían acordado, debían interrogar a los Mendoza y sus allegados. Como Elio y Amanda se encontraban trabajando en el Museo Thyssen-Bornemisza, se habían visto obligados a preguntarles por teléfono. Ambos habían mantenido su versión inicial de los hechos, que ya habían confirmado Lope y Maciel.

—Los códigos son lo de menos, Marc. Esa tarde no solo había dos guardas de seguridad en la puerta, sino Policía Científica en la segunda planta, por no hablar de Lope y Maciel, que también se encontraban allí.

—Si entró alguien, quizá lo hizo por el tejado.

La subinspectora negó con la cabeza.

—Amanda confirmó que en la Cámara las ventanas estaban cerradas por dentro y que todo parecía en orden… ¿Y si al final sí que fue un fallo en la alarma, sin más?

Marc hizo un gesto con expresión escéptica.

—¿Justo después de que yo dijera que Científica iba a repasar la botonera de entrada de la Cámara y la parte del interior? Mucha casualidad, querida.

—Entonces tuvo que ser alguien cercano a la familia que controle del mundo del arte. Amanda estaba en una reunión con esos inversores franceses, Magnus en un concierto, Elio con el niño… Por no hablar de Chevalier, que tenía reunión familiar en Carabanchel. Así que nos quedan Casio el guaperas, Celene la restauradora y Lorena la secretaria.

—Casio estaba en París y Celene se fue a Ámsterdam esa misma tarde —objetó Marc—. Y, la verdad, a Lorena no le veo un perfil como para… No sé, no lo veo.

—Las mosquitas muertas son las peores.

—No le digo que no, pero en su listado criminal ha olvidado incluir a Emilce, y un ama de llaves siempre tiene el perfil adecuado, no lo olvide.

—Ya, pero es que esto no es una novela y esa señora no sabe nada de arte ni trabaja en el sector.

—¿No? ¿De verdad lo cree? Lleva más de treinta años trabajando en esa casa, y ya ha visto la relación tan estrecha que tiene con Magnus.

—Se olvida de la finalidad del robo —dijo Mencía—. ¿Para qué iba a querer robar nada, si ya vive en un palacio?

—Querrá asegurarse su jubilación, no va a trabajar siempre.

Mencía resopló. Seguían manejando conjeturas y suposiciones basadas en impresiones parciales e ideas preconcebidas. Entraron en el museo. A esas horas de la tarde había pocos visitantes. Habían quedado allí para hablar con Lorena, pues por la mañana, rodeada de fotógrafos y agobiada por gestiones burocráticas, le había resultado imposible atenderlos. Después, acudirían al palacio para hacerlo también con Emilce.

Al acceder al zaguán, ambos policías tuvieron la sensación de adentrarse en un mundo en movimiento. Había estancias que configurarían la exposición permanente, como la de la Anamorfosis, la de los *pentimenti* o las de las recreaciones de los lugares del mundo para los que habían sido creadas diferentes obras, pero el resto de los espacios mutaban según los días. Ahora, una enorme reproducción del cuadro *Huyendo de la crítica*, del pintor catalán Pere Borrell, se asentaba en la entrada como si la obra estuviese apoyada de forma casual sobre una altísima columna. El cuadro, pintado a finales del siglo XIX, representaba a un niño, casi un adolescente, con rostro a camino entre el susto y la extrañeza mientras salía del cuadro que lo retrataba. Un pie y una mano ya asomaban casi por completo, y el juego visual con el espectador estaba servido.

—Hay que reconocer que en este museo se lo curran —murmuró Mencía—. Al final me va a gustar ver cuadros y todo —añadió, sorprendida de sí misma. Hasta la fecha, la sola idea de acudir a una pinacoteca le habría supuesto un larguísimo bostezo.

—Mire, allí está Lorena —señaló Marc, que acababa de localizar de forma visual a Lorena, a punto de subir unas escaleras.

La estudió durante unos instantes, y le pareció que nunca había visto tan seria a aquella joven que por costumbre ofrecía un aspecto risueño y servicial. Lorena debió de sentirse observada, porque de pronto volvió el rostro y los vio. La sensación duró solo medio segundo, pero a Marc le dio la impresión de que tras su mirada había una mujer más adulta y fría de lo que acostumbraba a mostrar. Tal vez fuese su forma de vestir, su rostro aniñado y aquellas pecas de pelirroja que la hacían parecer tan joven. Al

instante, Lorena dulcificó sus facciones, ajustó sus grandes gafas y se dirigió hacia ellos con la más inocente y cándida de las sonrisas.

Casio Mendizábal había decidido regresar antes de su viaje a París. Los propósitos profesionales de su viaje se habían cumplido con creces, y en la siguiente subasta que aún le quedaba pendiente en la capital francesa podría participar por teléfono; de hecho, era plenamente consciente de que con frecuencia podía haber veinte personas pujando en sala y otras cuarenta por vía telefónica, de modo que por una vez iba a priorizar a su familia. Tenía muchas ganas de ver a Luca y, al menos, le debía a Amanda un final en condiciones. Además, era muy probable que en breve tuviese que viajar a Barcelona, porque uno de los coleccionistas más codiciados de arte impresionista de la ciudad, según parecía, estaba en sus últimas horas. Si aquello era cierto, y tenía todo el aspecto de serlo porque el caballero había cumplido ya noventa y siete años, debería ser amable y hacer de inmediato una visita a sus herederos. Era consciente de que el método para captar obras para la galería y para futuras subastas no era exactamente ético, pero sabía que compañeros de otras pinacotecas —expertos ya en necrológicas— se le adelantaban casi siempre.

Bajó del taxi y, como acostumbraba, accedió al palacio a través de la diminuta y estrecha escalera de la calle Alcalá que daba a su habitación: decían que el antiguo marqués, en los viejos tiempos, la había utilizado para introducir a sus amantes en el edificio, pero él no sabía si era cierto y, desde luego, no sería quien fuese a juzgar tal cosa. Le gustaba usar aquella entrada porque así tenía la

sensación de que vivía de verdad en un apartamento independiente y no dentro de toda aquella suntuosidad, de aquel teatro de trampantojos, de techos dorados y decoración recargada. Comprobó que la doble cerradura estaba tal y como él la había dejado y, al llegar a su habitación, se desplomó durante un par de minutos sobre la cama. Probablemente sería la última vez que durmiese en aquel cuarto. Al día siguiente recogería sus cosas para irse al piso de Chamberí. Quería pasar el trance lo antes posible: la charla con su suegro sobre el inminente divorcio y su previsible gesto de decepción y desaprobación absolutas; la conversación con su hijo, que todavía era pura inocencia. ¿Cómo se le explica a un niño que su mundo sigue siendo el mismo, pero que aun así se desgaja, que ya nada tendrá su lugar original? Y la despedida final de Amanda, que ahora, al menos por teléfono, parecía distinta: más colérica, más veraz, más viva.

Un ruido seco sobresaltó a Casio. Tumbado como estaba en la cama, se llevó una mano al cabello rubio, como si atusarlo le permitiese una mayor concentración. Otro ruido, ahora más suave. Había alguien en la habitación de Luca. «¿Tan pronto? —se preguntó, al tiempo que miraba su reloj de pulsera—. Si no sale hasta las cinco». Se levantó y se dirigió hacia la puerta que conectaba su cuarto con el de Luca; la exterior, que daba al pasillo principal, permanecía cerrada con llave como casi siempre, por si había alguna exposición en la segunda planta y algún despistado se equivocaba de piso. El cuarto del pequeño estaba entre el suyo propio y el de Amanda, que disponía de un gran baño y un anexo para la niñera, aunque esta casi nunca dormía allí. Casio avanzó despacio y, sin saber muy bien por qué, le invadió una extraña

necesidad de prudencia, por lo que giró muy despacio el pomo de la puerta de la habitación de Luca. Al abrirla y ver quién estaba en el cuarto de su hijo, su expresión de extrañeza se acompañó de una pregunta inevitable.

—¿Qué haces tú aquí?

No pudo hacer más preguntas. Vio la pistola y notó los latidos de su propio corazón en los oídos, como si el miedo fuese un pálpito que le advirtiese con fría certeza de lo que iba a suceder. Un disparo, que percibió como un puñetazo, volvió aquella habitación dorada y llena de querubines en un paisaje opaco y negro, y el bello Casio se sintió como un ciego indefenso que caía por un precipicio.

Dimas y Amanda habían visitado varias librerías de viejo a las afueras de Madrid. Lo habían hecho con el coche escarabajo cabriolé de Amanda, hasta que ella misma se cansó de buscar aparcamiento o de esperar a que Dimas hiciese la gestión para quedarse ella en el vehículo. «No he venido de chófer», sentenció, de modo que dejó su preciada antigüedad en un aparcamiento y continuaron la búsqueda andando y en taxi. Había muchas librerías que explorar: una de ellas era la Librería Bardón, pero resultó que llevaba cerrada unas semanas por obras, por lo que el viaje resultó en vano. Acudieron también a la famosa Librería San Ginés, a pesar de que Amanda había insistido en que aquel lugar encantador ahora era ya más terreno de turistas que de verdaderos libros antiguos; pero Dimas se había empeñado en visitarla, tal vez por sus recuerdos de infancia vinculados al viejo establecimiento, que al parecer tenía sus orígenes

en el siglo XVII, por lo que era una de las librerías más antiguas de España.

Tras comprobar que no había nada en San Ginés que pudiese ayudarlos en su investigación, Dimas insinuó la posibilidad de tomarse unos churros allí al lado, «ya que estaban», pero Amanda castigó la sugerencia con una mirada fulminante: quería acabar con aquel asunto de una vez, y a cada minuto se le antojaba más descabellada la idea de buscar al posible falsificador a través de aquellas librerías. Así pues, se alejaron y se dirigieron a otros establecimientos de anticuario en otra zona de la ciudad.

—Podemos trabajar, disfrutar y charlar al mismo tiempo, no sé si lo sabe.

—Desconozco qué temas de conversación pueden apasionarle, Dimas… Me refiero a más allá de ganzúas, estudios sesudos sobre siliconas y vitrinas y esa clase de asuntos.

Dimas, molesto, detuvo sus pasos justo antes de salir de otra librería en la zona norte de Madrid, en la que de nuevo no habían tenido suerte.

—¿Por qué es tan rencorosa? Debería agradecer que me haya quedado y les siga ayudando. ¿Tan insoportable le parezco? ¿Es que no ve nada positivo en mí o en la vida, así, en general?

—Me ayudó con Luca. Eso estuvo bien.

Él sonrió.

—¿Ve como ya somos amigos?

—No lo creo.

—Pues a mí usted me parece muy ingeniosa.

—¿Yo?

—Sí. Sus ideas para Pentimento me encantan. Y eso que estaban haciendo por la mañana en el Thyssen… Me refiero, además del reportaje para su revista, lo de crear una sala de *vedute*, con cuadros de vistas…

—No fue una idea original mía —reconoció ella, al tiempo que marcaba en una lista de su agenda la siguiente librería a la que deberían acudir—. Se me ocurrió al visitar The Wallace Collection, en Londres… Allí tenían una habitación *vedute* y dos de los cuadros eran de Canaletto, aunque después se deshicieron de la idea y pusieron todas sus grandes obras en una sala roja gigante, sin criterio temático alguno.

Dimas asintió.

—Sí, la conozco. La sala roja con la gran bóveda. Allí mismo tienen una obra de las que birló José Bonaparte, ¿sabe? *La dama del abanico*, de Velázquez.

—Oh. ¿Y va a sustraerla en breve? Lo digo porque tengo que ir a ver esos Canalettos, y no quisiera hacerlo en medio de sirenas policiales.

—No, tranquila. Compraron el cuadro a mediados del XIX por seiscientas libras, así que los Wallace lo hicieron todo legal. Otra cosa es que el asunto huela a chamusquina, pero jamás haría nada que la pusiese en problemas.

—Qué considerado.

Dimas simuló una suave reverencia.

—De todos modos, lo del género *vedute* le da solo para una sala, no para todo un museo —reflexionó él, al tiempo que alzaba una mano y paraba un taxi—. ¿Cómo se le ocurrió Pentimento?

Amanda entró en el vehículo y le dio al conductor la dirección de la siguiente librería, en el barrio de las Letras. Cansada, se deshizo de pronto de su ironía y habló a Dimas como si con aquella pregunta también ella acabase de descubrir algo.

—Al final, creo que todo tiene su origen en Londres… ¿Conoce el Victoria & Albert Museum?

—Cómo no… Dios, ¡no me diga! —exclamó, tras sopesar una idea durante varios segundos, sorprendido—. ¿La habitación 46?

—Exactamente —asintió ella con una sonrisa—, la 46A. Reproducciones a escala, a finales del siglo XIX, de la Columna de Trajano de Roma, del Pórtico de la Gloria de la Catedral de Santiago, del *David* de Miguel Ángel… ¿No le resulta más impresionante verlas así, desnudas de su contexto? Las vi por primera vez de niña, y me impactaron casi más que en directo. Por eso pensé que sería increíble tener reproducciones exactas de grandes obras del mundo, pero que con su contexto incluido ya serían extraordinarias.

—Quién lo diría… —reconoció Dimas con un silbido apreciativo—. Así que es una exploradora, ¡una romántica!

—No diga tonterías —negó ella, y le hizo una señal para bajar del taxi.

Ya habían llegado. Descendieron del vehículo y, tras pagar la carrera, accedieron sin ceremonias a la última librería.

24

Lorena había llevado a los policías al despacho de Amanda en Pentimento, donde ella disponía de un encantador anexo lleno de luz en el que un amplio escritorio blanco parecía una isla sobre un montón de cables unidos a impresoras, ordenadores y toda clase de enlaces telemáticos. Tras la mesa, un enorme cuadro de forma circular reproducía *La cabeza de Medusa*, de Caravaggio, del siglo XVI: su semblante en pleno grito y con los cabellos de serpiente resultaba estremecedor e impactante. Mencía se había sentido sobrecogida al ver la imagen, y le sorprendió que Lorena pudiese trabajar contemplándola sin sentirse abrumada. De hecho, y al parecer, en aquellos instantes a la joven solo le preocupaba que la policía importunase a los inversores del museo.

—Ya se lo he explicado varias veces, y preferiríamos que no molestasen a Bernard ni a Fournier, son inversores muy importantes —había insistido Lorena, preocupada—. De todos modos, aquí tienen sus teléfonos, ya los hemos avisado de que podrían llamarlos, aunque les aseguro que estuve con ellos y Amanda todo el tiempo.

—Lo que duró la reunión, quiere decir —matizó Marc.

—La reunión y después el rato de llevarlos al aeropuerto, que fue una eternidad. Lo normal sería que se fuesen en taxi, ¿eh? Pero este tipo de contactos los tratamos de forma personalizada.

—Pero —intervino Mencía— ¿por qué le llevó tanto tiempo? ¿Había tráfico?

—¿Tráfico? —se sorprendió Lorena—. ¿No vieron en las noticias el accidente? Fue casi cuatro horas antes, al mediodía… Un camión cisterna de gasolina volcó y chocó con otro de una empresa maderera… ¿De verdad no se han enterado? Tardaron una eternidad en limpiar la carretera, no tienen más que verlo en internet, salió hasta en el telediario.

Mencía sacó su teléfono móvil y buscó la noticia. Después, mostró el pantallazo a Marc con un gesto significativo. Sí, aquel accidente había ralentizado y prácticamente bloqueado el tráfico en aquella carretera hacia el aeropuerto hasta media tarde, cuando por fin se despejaron todos los carriles. Mencía y Marc habían repasado aquella jornada de forma detallada con el cronograma, y justo en aquel instante acababan de comprender la mentira en la que habían caído. Según Emilce y el propio Elio, este había llevado a Celene al aeropuerto justo después de comer y «había vuelto enseguida». Aunque hubiese logrado coger un desvío e ir por la autopista, la congestión de tráfico debía de haber sido considerable. Elio había mentido, pero ¿por qué? Tal vez Celene se hubiese ido en taxi al aeropuerto, y él precisase ese rato para actuar. O tal vez ambos estuviesen compinchados y, mientras él tenía coartada con su sobrino, ella podría limpiar las huellas; luego, se habría marchado igualmente a Ámsterdam, cogiendo el avión de última hora. O quizá ninguna de aquellas teorías fuese cierta, y sencillamente Elio hubiera mentido para hacer cualquier otra actividad en aquel rato que supuestamente acompañaba a su novia al aeropuerto.

En todo caso, no tenían más que solicitarle al juez que librase oficios a las compañías aéreas para saber en qué vuelo había volado finalmente Celene a Ámsterdam. Sería difícil, porque con ello solo demostrarían quién podría haber hecho fallar la alarma aquella tarde y no quién había matado al Cuervo la noche de la fiesta, pero un camino conducía al otro.

Marc tomó aire. Harían las gestiones precisas, pero todo a su tiempo. Los Mendoza, tras una mañana de trabajo, debían de estar en casa. Marc y Mencía se miraron con cómplice entendimiento y se despidieron de Lorena, apurados. Con paso decidido, se dirigieron sin perder un segundo al Palacio Dorado.

La librería del barrio de las Letras no era muy grande, pero su ambiente evocaba desde luego el de los establecimientos más antiguos del gremio. Suelos de mármol y, justo en el centro del local, una escalera de caracol de hierro forjado dorado junto a una elegante columna que ascendía hasta un segundo piso, donde podían verse paredes repletas de libros con estanterías que seguían el recorrido lineal del inmueble. En la planta inferior, los libros se exponían a través de puertas enrejadas que dejaban entrever su digna antigüedad. Dimas se acercó al mostrador y, aunque ya no confiaba mucho en su suerte ni en su plan para localizar un falsificador que utilizase el papel Arches antiguo, volvió a hacer sus indagaciones.

—¿Bloc de Arches de los años veinte? —le respondió el librero, que comenzó rápido a revisar una libreta—. Pues sí, lo tuve, pero me voló de las manos, ¿sabe? Y no hace mucho, además, aunque me

solicitaron más material y de momento no lo he conseguido. No obstante, es posible que reciba álbumes ilustrados franceses de esa época… Tengo otra persona en espera, pero si está interesado puedo anotarlo para…

—Y esa persona —interrumpió Amanda, que de pronto esbozó una amplísima sonrisa y se dirigió a Dimas como si lo que estaba sucediendo fuese muy divertido—, ¿no será de nuestro equipo del museo? ¡Anda que si hemos venido a buscar donde ya lo habíamos encargado! —exclamó, dando una palmada amistosa a Dimas en el hombro y negando con el gesto, como si ya se hubiese hecho a la idea de tener que dirigir a una pandilla de simpáticos incompetentes.

—No sé… —se excusó el librero—. Es una chica encantadora, la verdad… ¿Para qué museo trabajan?

—Para Pentimento, el nuevo que han abierto en Recoletos —confirmó Amanda, con los nervios escalando por su piel. ¿Una chica? ¿Quién? Las preguntas rebotaban en su cabeza.

—Ah, sí, Pentimento —reconoció el librero—, lo vi en las noticias… Parece interesante, ¡tengo que ir!

—Está invitado, por supuesto —intervino Dimas, que buscó la complicidad de Amanda—. ¿Verdad que lo invitamos?

—¡Claro!

—Y, de hecho —continuó Dimas—, vamos a necesitar un montón de material antiguo para el museo, para nuestras exposiciones… La chica que vino, a ver… ¿Cómo es? Pelirroja, morena… ¡Para asegurarnos de que no nos equivocamos!

—Sí —fingió preocuparse Amanda—. ¡A ver si estamos encargando todo por duplicado!

—Ah, pues… —dudó el hombre—. Es una chica rubia muy joven, un encanto… No puedo darles sus datos, claro…

—Claro.

Amanda había palidecido, aunque no había dejado de sonreír. De pronto, lanzó una carcajada al aire y palmoteó de nuevo el hombro de Dimas.

—¡Calla, calla! ¡Si ya sé quién es! —exclamó, para dirigirse de nuevo al librero con expresión de felicidad—. ¿Rubia, dice?

—Sí… Tiene una cicatriz aquí —señaló el librero, que se pasó el dedo índice por la ceja—, pero no puedo decirles más —se excusó, como si necesitase dejar claro que él no era responsable de la existencia del derecho a la intimidad de sus clientes ni de la creación de la Ley de Protección de Datos—. Lo único que puedo hacer, si les urge el material, es preguntarle a ella si también tiene mucha prisa o si es de su museo para ver si…

Amanda negó con la mano y le pidió al librero que no se preocupase. Mostró una sonrisa espléndida e intachable, tomó a Dimas del brazo, miró su reloj de pulsera como si tuviesen prisa y le aseguró al dependiente que estaban todos en el mismo equipo de trabajo y que ya se daban por anotados en la lista de espera. Se despidieron prometiendo volver a encontrarse y reiterando la invitación del librero a Pentimento. Cuando salieron de la librería, solo un minuto después, Amanda tenía ganas de vomitar.

—No puedo creerlo, joder. ¡No puedo creerlo, Dimas!

—Tal vez… Piensa que Celene es restauradora, pudo venir para sus temas de trabajo.

Amanda comenzó a caminar por la acera de un lado a otro, en su habitual ritual para pensar con claridad. Se detuvo y miró a Dimas,

para después reanudar su paseíllo nervioso.

—No, no puede ser… Qué casualidad, ¿no? Justo ese tipo de papel. ¿Y no recuerdas, cuando estábamos en el ático, que ella insistía en que el Renoir era verdadero? ¡Si es restauradora, por Dios! ¿Cómo he podido ser tan imbécil? —lamentó, mesándose el cabello.

Dimas la observó con tristeza. Amanda por fin lo tuteaba, pero él acababa de comprender algo a lo que ella todavía no había llegado. Se acercó y la tomó de las manos, obligándola a que se tranquilizase y dejase de caminar.

—Amanda, escucha… Si fue Celene, no pudo hacerlo sola.

Se quedaron mirando y Amanda no necesitó decir el nombre de su hermano en alto para saber a qué tipo de ayuda podía referirse Dimas. No, no era posible. Elio no podía haber sido; era caprichoso, gandul, tramposo, despilfarrador… Pero no era un delincuente. Sin embargo, de pronto, Dimas pareció darse cuenta de algo más. Cerró los ojos, concentrado, y cuando los abrió se llevó una mano a la cabeza.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —le preguntó ella, desesperada. Al instante, escuchó que sonaba su teléfono móvil y lo sacó del bolso. Era aquel inspector de policía tan excéntrico, el de los trajes chillones. Le mostró la pantalla a Dimas, que le tomó de nuevo la otra mano.

—Lo siento muchísimo, Amanda. No sé cómo no me había dado cuenta… La música. Ahora lo entiendo todo.

Dos coches policiales y una ambulancia con su escándalo de luces, en plena plaza de Cibeles, parecían sacudir de forma irreal el

escenario que Amanda estaba acostumbrada a ver cuando llegaba al Palacio Dorado. Ella y Dimas, incapaces de encontrar un taxi libre durante los dos primeros minutos de urgencia y confusión, habían terminado por coger el coche del aparcamiento y prácticamente habían volado hasta el palacio. Ahora, Amanda se alegraba de haber ido en su coche; de aquella forma habían podido acceder directamente al garaje y habían evitado a los curiosos y a la prensa, que ya comenzaba a llegar. Dos trabajadores de la empresa de seguridad, tras el bloqueo de todas las puertas, habían supervisado su entrada. Era Dimas quien iba al volante del singular vehículo descapotable porque Amanda, al teléfono todo el tiempo y sobrepasada, había perdido en cierto modo el férreo y constante control que solía tener sobre sí misma.

¿Qué le había dicho aquel inspector, Marc Bru? Un disparo, que solo habían percibido los guardias de seguridad del acceso principal al palacio. Habían bloqueado de inmediato todas las puertas y ventanas, y, corriendo, también habían comenzado a inspeccionar los cuartos de la primera planta, de donde les parecía que podía proceder el impacto. Cuando ya creían que podrían haberse equivocado y que el ruido podía haberse originado desde cualquier otra fuente improbable, encontraron el cuerpo de Casio Mendizábal en la habitación de su hijo. Parecía que se había desplomado prácticamente en el umbral de la habitación desde el cuarto contiguo, que era el suyo propio, y lo había hecho a causa de un terrible impacto en el ojo derecho. Si lo que habían escuchado los guardas había sido un disparo, aquel había sido sin duda su objetivo. Telefonearon a la policía cuando, precisamente, Marc Bru y Mencía Rivera se encontraban ya ante la puerta del Palacio Dorado.

Órdenes, carreras, registros y más llamadas. Todo en vano, pues no encontraron a nadie más que a Magnus y a Emilce en la Cámara de las Maravillas, donde no habían escuchado nada. El propio Magnus había telefoneado a Elio, que había comido en el centro con el reportero y el fotógrafo de la revista y que ahora, tras haber recibido el aviso, acababa de llegar. Amanda salió veloz del garaje y ni siquiera se giró para ver si Dimas la seguía. Subió las escaleras de dos en dos y, ya en la primera planta, comprobó que el acceso a su propio cuarto y al de su hijo estaba bloqueado por la Policía Científica, que no le dejó pasar. Otros policías, con semblante grave, registraban el resto de las habitaciones y las iban cerrando y precintando a su paso. Amanda ni siquiera perdió un segundo en indagar información a los funcionarios policiales; siguió su instinto y fue corriendo a donde percibió que había aglomeración de gente, que era en el salón de música, aquella habitación dorada que tenía acceso directo al jardín.

Cuando entró, le sorprendió ver a su hijo sentado con la niñera y Emilce en un sillón más apartado en un pequeño saloncito anexo, mientras Magnus, también sentado y con aspecto de derrota, hablaba con Marc y Mencía, que estaban acompañados de más policías.

—¿Y Cas? ¿Se lo han llevado? ¿Dónde está? —preguntó Amanda.

—Se lo han llevado al hospital —escuchó a su espalda. Era Elio, que estaba apoyado, pálido, en la pared de la puerta de acceso, justo al lado de las enormes estatuas femeninas que portaban candelabros.

—Tú —se limitó a decir Amanda, furiosa, al tiempo que se acercaba a él con paso firme y lo zarandeaba—. ¡Tú! ¿Qué has

hecho, Elio? ¿Has sido tú?

—¡Yo no he sido! ¡Estaba en el centro con los de *Giotto*! ¿Cómo puedes pensar eso? ¿Estás loca?

—Loca, ¿verdad? Tienes mucho que explicar, Elio.

Sobre los hombros de Amanda se posaron las manos de Dimas, que le solicitó con la mirada que se tranquilizase. Sin embargo, en ella parecían atropellarse muchos pensamientos a la vez. Se acercó a Marc Bru, al tiempo que Luca llegaba corriendo junto a ella y la abrazaba. Amanda se agachó y le devolvió el abrazo, pero sin dejar de mirar al inspector.

—¿Es seguro que el niño esté aquí? Quiero decir, ¿no han identificado a quien…?

—Estamos registrando el edificio, señora Mendoza… No sabemos cómo, pero probablemente el agresor haya huido. Su hijo acaba de llegar con la niñera, y lo cierto es que no puedo darle garantías de que el perímetro sea seguro. Pero debe tranquilizarse, el palacio está lleno de policías y tal vez salir ahora, con esa muchedumbre en la calle, no sea lo más prudente para nadie. Estamos haciendo lo posible para que…

—¿Y mi marido? —le preguntó en un tono muy bajo para que Luca no escuchase nada, al tiempo que se erguía y se acercaba al inspector.

Dimas, por su parte, alejó al pequeño para distraerlo de la conversación.

—Ya se lo dije por teléfono —le dijo Marc a Amanda—, le dispararon en la cara, y ahora mismo debe de haber comenzado la intervención, que sin duda…

—Pero Cas… ¿Estaba consciente?

—No. Creo que era grave.

Amanda se quedó quieta y en silencio, aunque toda ella era en sí una revolución. Ideas, miradas insondables, preocupaciones y dudas. Primero, se acercó de nuevo a su hijo, se agachó y lo abrazó con intensidad. Luca mantenía una actitud sorprendentemente serena, pero por dentro bullía la inquietud y una creciente angustia. Amanda procuró reconfortarlo. «No, tranquilo, papá se pondrá bien, se ha lastimado con un golpe, nada más». Con una orden visual de Amanda, la niñera cogió de la mano a Luca y lo llevó al rincón amable y más apartado donde se encontraban antes, mientras Emilce la ayudaba a distraer al niño y un joven policía se acercaba a su posición y vigilaba el jardín desde una gran ventana.

Amanda se acercó a su padre y se aseguró de que estaba bien; acto seguido, volvió a dirigirse a Marc:

—Si mi marido ya está en el hospital…, ¿por qué sigue aquí una ambulancia?

Fue Mencía la que la miró a los ojos para ofrecerle una contestación.

—Todavía no hemos terminado el registro, Amanda. No sabemos si hay o no más heridos ni hemos localizado al agresor, de modo que… De momento, hemos solicitado que los sanitarios esperen en el exterior del inmueble.

—Dios mío. No, no es seguro que mi hijo esté aquí. Si lo sacamos por el garaje, a lo mejor…

—Amanda —objetó Elio—, el edificio está lleno de policías… Tranquilízate.

—¿Que me tranquilice? ¡Tranquilo tú! ¿Dónde está Celene, Elio? Ilumínanos.

—¿Celene? —Su sorpresa parecía sincera—. En Ámsterdam… Pero si hasta le hizo una videollamada la policía.

—En Ámsterdam. Claro. Muy ocupada falsificando cuadros, ¿no?

—Elio —intervino Dimas, serio y muy calmado, incluso apaciguador—, lo sabemos todo. Por favor, dinos dónde está Celene.

—¡En Ámsterdam! —insistió él, pálido y sudoroso—. ¡Llamad a su museo! Está allí, trabajando…

Mencía se acercó, le pidió a Elio que se tranquilizase y le señaló un sillón para que tomase asiento.

—Mientras mis compañeros registran todo el perímetro, creo que será mejor que hablemos, Elio.

Obediente, como si fuera un autómata, el joven se dirigió a donde le había indicado Mencía. La mirada comenzaba a tenerla perdida, igual que los cobardes cuando saben que una verdad va a desvelar quiénes son.

Al principio su expresión era pálida y melindrosa, pero todavía indescifrable. Elio no se atrevía a mirar ni a Magnus ni a Amanda y aseguraba no tener nada que contar. Llegó a declarar que no entendía por qué su hermana le hablaba de aquella forma ni qué estaba pasando.

Mencía, con dolor de estómago ya solo por los nervios acumulados, perdía la paciencia. Maciel acababa de llegar y ya estaba en el salón de música, mientras que Lope se había asomado a la puerta para informar de que, de momento, no habían encontrado nada en el palacio y que seguían buscando al agresor. Para sorpresa de todos, Emilce intervino y pidió que buscasen

también «en el hueco del ascensor», relatándoles lo que antes le había contado a Magnus. Mientras hablaba lo había mirado, pues no sabía si él querría o no que contase aquello, pero ambos sabían que guardar silencio a aquellas alturas sería un error. Se sintió más tranquila cuando fue el propio Magnus quien, con la vista fija en su hijo, le pidió que contase a la policía por qué el ama de llaves había escuchado ruidos en su habitación, precisamente en la suya, la tarde en que había fallado la alarma de la Cámara de las Maravillas.

—¿En mi habitación? ¡Y yo qué sé, papá! Yo estaba con Luca en la biblioteca…

—¿Y Celene? —le preguntó Mencía—. Porque sabemos que no la llevó al aeropuerto después de comer, como nos dijo.

—¿Qué? ¿Yo? Pues no sé a qué hora la llevaría…

—No le he preguntado eso.

Mencía, inflexible, le detalló a Elio los pormenores del accidente que había bloqueado el acceso habitual al aeropuerto aquella tarde. Por unos instantes, el joven cachorro de los Mendoza pareció poder mantener la compostura. ¿Acaso había pruebas de cualquier clase contra él? ¿Ruidos en su cuarto? ¿Eso era todo lo que tenían? Marc intentó hacerlo recapacitar.

—Es mejor que confiese, Elio. Esta tarde ha sucedido algo muy grave y le recuerdo que, más allá del robo de los diamantes de su padre, ha muerto una persona en esta casa hace solo unos días.

—¡Yo no he matado a nadie! —se limitó a exclamar, histérico.

Dimas, harto de aquel teatro, se acercó a Elio y lo observó con una fijeza que mostraba su verdadera fuerza de carácter. Ahora, tuteaba a Elio y se acercaba cada vez más a él, empequeñeciéndolo.

—No, no has matado a nadie, Elio. Pero sí has robado a tu padre durante meses. Y lo has hecho ayudado por Celene. Hemos descubierto que fue ella quien consiguió el papel para falsificar el Dufy, y sabemos que encargó más material… Tenemos los datos del proveedor.

—Ella, ella… —titubeó Elio—. Es restauradora y trabaja para el cine —argumentó, nervioso—. Tiene toda clase de materiales de restauración.

—Por supuesto. Pero solo ella, a través de ti, podía conseguir las claves de acceso a la Cámara. Imagino que te colaste en el despacho de tu padre para conseguirlas… Por eso tanto tú como ella negabais que el Renoir fuese falso, y por eso rechazabas mi intervención todo el tiempo, y por eso —remarcó, redundante— no querías que Amanda dijese nada a Magnus. De hecho, creo que tú te las arreglabas para tener siempre coartada mientras Celene sustraía las piezas… ¿Me equivoco?

—No tienes… ¡No tienes pruebas de nada!

—¿No? ¿Sabes una de las cosas que se aprenden en la cárcel, Elio? Que las pruebas indiciarias y circunstanciales también permiten enjuiciar de forma penal un delito… Pero no te preocupes, porque estoy seguro de que en tu caso habrá pruebas. Para empezar, la música.

—¿Qué? —se sorprendió, y la pregunta asustada de Elio pareció amplificarse con un eco culpable por la gran habitación dorada.

Dimas, implacable, no permitió que Elio tomase un respiro:

—La música era una señal, ¿verdad? Tenía que haberme dado cuenta antes… —lamentó, al tiempo que miraba a Amanda y, después, a Mencía y a Marc, a los que ofreció una explicación—. Elio

conocía el listado musical, que sabía que iba a sonar a toda potencia, y no tenía más que cambiarlo con una melodía muy diferente para avisar a Celene, en el ático, de que había problemas. Por eso le pidió al pinchadiscos la canción en francés… Debía ser un tema disonante y que hiciese ruido, porque había visto que Amanda salía de la fiesta y que, de forma más que probable, iba a terminar subiendo para investigar qué había pasado por culpa del corte de luz.

Marc dio una palmada al aire, y después se quedó con las manos unidas, como en posición de rezo.

—¡Por supuesto! ¿Cómo no lo vi? —se sorprendió. Se dirigió a Dimas, admirado—. ¿Erik el Belga?

—Erik el Belga —asintió Dimas, en alusión a uno de los ladrones más prolíficos y escurridizos de Europa en el siglo xx. Dimas se dirigió a Amanda y a Magnus, de nuevo dispuesto a ofrecer una explicación—. Ese ladrón, cuando hablaba por teléfono con sus camaradas, dejaba que sonase la música. La policía no se daba cuenta al principio, pero un tipo de melodía significaba peligro; otro, precaución, y otro diferente, que todo estaba despejado y sin riesgo… Creo que Elio tuvo la idea de usar ese truco en la fiesta para evitar dejar registros de teléfono de ninguna clase en la operación que realizaba con Celene.

En ese momento, Maciel, que había estado callado desde que había entrado por la puerta, también pareció darse cuenta de algo.

—¡Por eso hizo tanto ruido cuando subíamos a la Cámara el otro día, que hasta rompió un jarrón! —se maravilló—. ¡Estaba avisando a su compinche de que íbamos hacia allí!

Elio no pudo decir nada, porque su rostro lo revelaba todo. Magnus, atónito y lleno de rabia y decepción, miraba a su hijo no solo como si aquella situación formase parte de un mal sueño, sino como si Elio se hubiese convertido en un desconocido. Se levantó y, sin mediar palabra, le propinó una sonora bofetada.

—¿Qué has hecho? —se limitó a preguntarle, abochornado.

Y entonces, y solo entonces, fue cuando Elio Mendoza por fin se rompió.

25

Elio se quebró por completo. Lo hizo de forma repentina, con un llanto desgarrado. Mencía había visto a algunas personas comportarse de aquella forma en comisaría: al principio les entraba el pánico por decir la verdad, pero después llegaba el alivio al permitir que la tensión acumulada se desparramase por todas partes, liberándolos de mentiras encadenadas, de engaños y subterfugios. Sin embargo, Elio seguía un patrón errático y absolutamente particular, porque de pronto frenó su llanto y, lleno de rabia, se levantó y le habló a su padre con amargura:

—¿Sabes por qué lo he hecho, papá? ¡Porque estaba hasta los cojones, por eso! Todo el día ahí metido con tus cuadros, como un loco. Comprando diamantes un día, violines o cascos aztecas si te salía de los huevos… Y los demás te dan igual. Y yo, yo tengo mis problemas, y también mis gastos, ¿entiendes? Y, siempre que te he pedido algo, ¿qué has hecho? Dime, ¿qué? —se envalentonó, al ver que Magnus no decía nada—. ¡Tratarme de inútil, de incompetente! Porque todo lo importante lo tiene que hacer la señorita, ¿no? —Señaló a Amanda—. Pues no, papá. Llevo tres años pasándolas putas, ¿sabes? Pero ni te has dado cuenta, y ¿te he pedido ayuda? No, señor.

—Siempre has tenido todo —dijo Magnus, con su compostura deshecha y la mandíbula temblando—. Te compré un piso, te di trabajo, tienes un sueldo…

—¡Yo no quiero ser tu empleado! Tú lo que quieres es tenernos bajo la suela de tus zapatos, ¡como siempre!

—Ya está bien, Elio —intervino Amanda.

—Déjame en paz. —Él se apartó—. No es para tanto. Solo cambié tres o cuatro piezas, y papá no se habría dado ni cuenta de no ser por ese delincuente que ahora resulta que es tan amiguito vuestro. —Volvió a dirigirse a su padre—: ¿Y qué vas a hacer, papá? ¿Me vas a denunciar por tres mierdas de cuadros? Los disfrutabas igual sin saber que eran falsos.

Mencía quiso terminar con aquel drama familiar, no lo soportaba.

—No sé si su padre interpondrá cargos, pero no me cabe duda de que sí lo hará la fiscalía, así que le vendría bien colaborar con nosotros. Y le recuerdo que no tiene nada que ver un robo con un homicidio… Entiendo que fue Celene quien golpeó al Cuervo.

—¡Fue un accidente! Defensa propia, ¡defensa propia! Ella no tiene culpa de nada, hacía solo lo que yo le pedía… Por eso fue a limpiar las huellas el otro día, porque yo se lo pedí, ¡yo!

—Así que fue ella quien se escondió en el ascensor cuando subieron mis compañeros.

—Tenía mi permiso para estar en el palacio y limpiar lo que le diese la gana.

—Ya —se limitó a decir Mencía, agotada su paciencia—. Confirma, entonces, que finalmente Celene tomó el último vuelo de la noche…

—¿Eso es un crimen? —cuestionó él.

—El robo está tipificado como delito, señor, y, si implica violencia o intimidación, las penas de prisión van de tres a cinco años, tanto si se usan armas y medios peligrosos para cometer el delito como para proteger la huida, por no hablar del homicidio, con penas de diez a veinticinco años —citó Mencía de memoria, inflexible y concentradísima—. Díganos, ¿dónde está Celene ahora?

—¡En Ámsterdam!

—Creo que no —intervino Maciel, con el teléfono en la mano. Mientras ellos hablaban, había llamado al Rijksmuseum. Con gesto grave, confirmó que la joven restauradora había avisado aquella mañana de que no iría al trabajo debido a una urgencia familiar. Había regresado a España.

Al principio, la idea había comenzado como una broma alocada, como una propuesta disparatada que Elio y Celene habían comentado en privado y entre risas tras visitar un día la Cámara de las Maravillas con Magnus. ¿Cómo era posible que todo aquel patrimonio lo disfrutase un único hombre y unos pocos allegados? ¿Se daría él cuenta siquiera de que aquellos diamantes eran los de la Corona de Francia u otros cualesquiera, que podrían ser simple cristal?

«Te apuesto a que le cambio el Renoir por una falsificación y ni se entera», había dicho Elio, tumbado en la cama con cierta amargura. Acababa de invertir en la obra de un artista emergente y la operación le había salido mal porque no había encontrado compradores. Lo grave del asunto era que había tomado prestado dinero del fondo de reserva de *Giotto*, y sabía que si su hermana lo

descubría iba a tener serios problemas. Celene había intentado calmarlo, distraerlo, y siguiendo la chanza le había confirmado a Elio la posibilidad del fraude:

—En realidad, sería facilísimo engañar a tu padre.

—No lo creo —había dicho él—, conoce hasta cada línea y rasguño de las obras que almacena en su Cámara de las Maravillas.

—Las conocía, querrás decir, porque hace tiempo que le ha empeorado mucho la vista, pero solo se pone las gafas para leer —había objetado ella—. Además, ¿cómo crees que se hacen las reproducciones, Elio? ¡Se imitan hasta los fallos! No tienes más que ver a todos los pintores que hay en los museos para copiar los originales… ¿Qué te piensas que hago yo en el cine cuando me piden una habitación llena de cartelería o una recreación de una sala medieval?

Elio se volvió hacia Celene con un semblante que mostraba el máximo interés.

—¿Tú serías capaz?

—De engañar a tu padre, no lo sé —se rio—, pero de hacer las reproducciones creo que sí… Ya sabes que he pintado algunos cuadros, aunque mi trabajo como restauradora me ha enseñado mucho… Mi presencia en las pinturas no puede notarse, ¿entiendes? Intervengo sin que se note para que solo brille lo original.

Elio se había quedado pensativo y había mirado a Celene con renovado respeto, como alguien a quien tener en cuenta por algo más que por ser su novia. Sin embargo, terminaron la velada hablando de otros asuntos y él abandonó aquella idea alocada, que aparcó durante semanas hasta que otra de las operaciones ocultas que hacía con su cuñado, Casio, también lo dejó sin liquidez y sin

recursos para justificar lo injustificable en cuanto a sus incursiones en las cuentas de *Giotto*. Una noche, tras invitar a Celene a una cena romántica, le había propuesto el primer engaño: el tejo de oro del tesoro azteca, que sería lo más fácil de falsificar y de colocar en el mercado. Tanto él como Celene conocían a los suficientes anticuarios y marchantes del mercado negro como para fundir aquel pequeño tesoro y hacerlo desaparecer de forma discreta. Si su padre descubría el cambiazo, no tendrían más que argumentar que la pieza había sido falsa desde el principio, que lo habían engañado los vendedores.

Al principio, Celene lo había tomado a broma.

—Ya, claro… ¿Y cómo piensas entrar en la Cámara, si tú no tienes clave de acceso?

—No tengo porque no quiero, porque nunca me ha interesado subir ahí arriba.

—Pues, si se la pides ahora y le das el cambiazo —se había reído Celene—, ya te señalas como el ladrón del año.

—La he tenido a mi alcance muchas veces —había confesado Elio —, papá ha abierto los correos de la clave delante de mí más de una vez, y sé el código de su caja fuerte.

Celene había notado un calor intenso en su interior, una mezcla de miedo, emoción y adrenalina.

—¿Hablas en serio?

—Muy en serio.

Y Elio la había mirado con franqueza, hastiado de ser siempre la oveja negra, de no recibir felicitaciones y de que todos a su alrededor estuviesen acostumbrados a no esperar nada de él. Aquella misma mañana, su padre le había echado en cara «su

impuntualidad» y su «falta de rigor y profesionalidad», cuando lo que faltaba era que, sencillamente, le dejase a él manejar el negocio y no a Amanda, que con su rectitud parecía pretender vivir dentro de un regimiento militar.

Y así, poco a poco, se fue pergeñando el primer plan de engaño, al que siguieron otros muchos. Elio y Celene comenzaron a pisar fuerte, cada vez más seguros y convencidos de la ética de su fraude, pues la Cámara de las Maravillas era más un almacén que un museo. ¿No era mejor sacar las piezas de aquella tumba, entregarlas a la masa o a alguien que las venerase de verdad?

Celene no lo había hecho por dinero. No del todo, al menos, ya que también estaba cansada de la eterna escasez de saldo en sus cuentas bancarias. Tampoco lo había hecho solo por complacer a Elio, aunque le resultaba inevitable someterse a él, a sus caprichos y peticiones. ¡Era tan bueno con ella, la quería tanto! ¡A ella, que era invisible!

Debía reconocer que había accedido por ego, por buscar un reconocimiento privado pero satisfactorio. Sí, era ella quien podía realizar los mismos trazos que Renoir o Matisse. Y era ella quien tenía la sangre fría para entrar en aquella horrible Cámara, que le parecía un desván donde se acumulaban objetos con una codicia coleccionista enfermiza. No tenía ningún sentido ese afán acumulativo, aquel derroche de arte apilado y visible solo para unos ojos de viejo, cansados y obsesionados con una belleza que podía encontrarse, también, dando un simple paseo por el parque. Celene sabía que el noventa por ciento de su trabajo en el cine pasaba

desapercibido: cartelería, joyas, escritos con letra antigua, entradas de teatro… Uno de sus profesores le había dicho una vez que, si el público se centraba en los accesorios que ella fuese capaz de crear, entonces es que había hecho mal su trabajo.

¿Acaso engañaba con su arte? No, Celene estaba convencida de ello. La gente, y el propio Magnus, se emocionaba de igual forma con sus cuadros y dibujos, como si estuviese ante un Renoir o un Dufy. ¿No era ese el verdadero objetivo del arte, emocionar? Inspirar, establecer comunicación entre dos mundos ajenos… Celene tenía la conciencia tranquila respecto a aquello, pues el único principio que había vulnerado era el de la confianza, pero no el de la creatividad ni el de la magia de la emoción compartida.

Sin embargo, debía reconocer también que la ambición había podido con ella y que había hecho ya tantas falsificaciones que su vida había comenzado a desfilar por un camino sin retorno. Elio no lo sabía, pero Celene había comenzado a vender su trabajo en el mercado negro cuando había visto su parte de los beneficios que aquella sencilla actividad creativa le reportaba. ¿No era irónico? Su trabajo, con su firma, no valía nada, pero si imitaba en un lienzo a otro autor consagrado podía permitirse lujos antes impensables, como aquel vestido elegantísimo que había llevado a la fiesta de Pentimento y que se había tenido que quitar para acceder a la Cámara de las Maravillas. ¡Qué terrible fatalidad coincidir allí con el Cuervo! Tal vez aquel ladrón se hubiese asustado más al verla a ella que al revés, pero cuando se acercó no pudo evitar tomar lo primero que encontró a mano y golpearlo. ¿Cómo iba a saber que el impacto iba a ser mortal? Elio se había empeñado en hacer el robo aquella noche y con tanta gente en el palacio como forma de evitar

problemas, pues sus anteriores incursiones en la Cámara, siempre nocturnas, habían sido complicadas: cada pisada y cada ruido parecían poder despertar hasta a las esculturas que soportaban los candelabros, y más desde que Amanda y su familia se habían mudado a la primera planta.

Y el pequeño Luca, un inocente ángel que le había complicado la existencia. Cuando Elio le había dicho que el niño había hecho dibujos sobre las personas que él creía ver por las noches en el palacio, no había podido resistirlo y aquella misma mañana había tomado el primer avión de regreso sin decirle nada. Tenía que comprobar qué había visto de verdad el niño y borrar cualquier prueba, cualquier mínimo indicio, y desaparecer. No volvería a falsificar nada en su vida, pero eliminar rastros y presencias sería ahora su objetivo. Era poco probable que Luca dispusiese de ningún tipo de credibilidad, y más con su diagnóstico de epilepsia y sus anteriores episodios de confusión nocturna, pero si el inspector la había llamado a su museo y le había solicitado una videollamada era porque ella misma ya estaba en el ojo de mira.

Tras regresar de Ámsterdam había entrado en el palacio por el garaje, como siempre, y había tenido mucho cuidado en que nadie la viese. Sabía dónde se encontraban todas las cámaras, cómo entrar y salir sin ser vista. ¿Cómo iba ella a esperar que aquel estúpido de Cas se presentase en el cuarto del niño cuando ella, por fin, se había hecho con los dibujos? Utilizar su pequeña arma había sido un acto reflejo de defensa, una acción fortuita y sin maldad. Los dibujos de Luca, además, aunque adivinaban bien su silueta en comparación a la de Elio, los mostraban de espaldas y no le decían nada; en

definitiva, se había arriesgado a estar allí por un pálpito histérico, no por una preocupación real.

Y ahora Cas debía de estar muerto, o eso creía. ¿No sería una burla del destino, morir por nada? De repente, ella estaba atrapada en aquel odioso palacio, rodeada de policías; y, maldita sea, necesitaba un buen plan.

Dimas era consciente de estar presenciando una tragedia, y de que se cumplía de forma radical aquel viejo principio de que el dinero no daba la felicidad. No todo el tiempo, al menos. Observó cómo Amanda hablaba por teléfono con alguien que estaba en el hospital, la hermana de Casio, y cómo esta le confirmaba que su hermano se encontraba en el quirófano a la espera del resultado de una operación que se preveía larga y complicada. Amanda había prometido acudir corriendo al centro médico tan pronto como dejase solucionado el sinsentido y el caos que se manejaban en aquellos instantes en el palacio. Todos suponían que quien había disparado a Casio había sido Celene, pero ¿cómo podían saber si ella todavía estaba en el edificio? Elio era el único que no daba crédito a aquella posibilidad.

—No, ella no habría vuelto antes sin decirme nada…

—Ya ve que sí.

Mencía, con otros dos policías presentes, continuó escuchando las confesiones de Elio. Sí, había logrado las claves colándose en el despacho de su padre, donde había dejado una pequeña cámara sobre una estantería tras su escritorio, enfocada hacia su ordenador, de forma que pudiese grabar los nuevos códigos que le daban de

forma periódica. A la caja fuerte ya tenía acceso siempre, de modo que el trabajo no había sido excesivamente complicado. Había calculado una excusa, incluso, para el caso de que alguien detectase su cámara —que ponía y quitaba solo cuando Casio llevaba las claves—, y era que pensaba grabar una broma a su padre, una de aquellas que salían después en los vídeos virales de internet con cualquier ocurrencia, pero para disfrutar en privado, en familia. Total, ¿quién iba a esperar de él un comportamiento maduro y razonable?

Elio continuó deshilachando pequeñas confesiones, e incluso se adentró en las irregularidades cometidas con Casio, al que según él le «había hecho un favor» porque estaba en apuros económicos y, a fin de cuentas, era su cuñado, por mucho que ahora se fuese a divorciar de su hermana. Dimas había mirado de reojo a Amanda, que se había mostrado completamente impasible ante aquella revelación. En realidad, parecía que de pronto se había vaciado por dentro, como si el orden que había logrado en su vida, a base de rectitud y trabajo duro, hubiese sido solo una ilusión. A su alrededor, todo habían sido envidias, celos, conspiraciones y engaños. ¿Hasta qué punto era ella responsable? Daba la sensación de que Amanda se había roto y de que ya ninguna explicación valía para nada, porque el resultado iba a ser siempre el mismo.

De pronto, sonó el teléfono de Dimas. Era Gina. Se alejó unos metros y atendió la llamada en el pasillo, todavía lleno de policías registrando el edificio. Descolgó y le explicó a Gina la situación de forma muy breve, de modo que iba a ser importante que concentrase la llamada lo máximo posible y solo si el asunto era realmente urgente.

—Yo diría que sí —dijo ella—. ¿Sabes el material que me pediste localizar en el mercado negro? Diamantes, oro, cuadros… Bien, pues no he encontrado nada, salvo el Renoir.

—Entonces lo has encontrado todo. ¿Dónde lo habéis pillado?

—En Hamburgo, Alemania. Se lo han intentado colar a un anticuario que trabaja con gente de Abu Dabi, pero ya tenía fichado el lienzo en Art Loss Register.

—¿Y no ha ido a la policía?

—No, qué va… Ha llegado a un acuerdo con el tipo para otros temas y lo ha dejado correr, pero se lo ha soplado a Robert, que ya sabes que domina Berlín y toda la zona alemana.

—Entonces ¿el Renoir ha volado?

—Me temo que sí.

—¿Y tienes el enlace de origen, de dónde venía la pieza?

—Se hizo el cambio a bordo de un barco en Marken, un pueblecito de jubilados de los Países Bajos.

—¿Marken?

—Sí, a unos veinte kilómetros de Ámsterdam. Yo no he estado nunca, pero dice Robert que se come un pescado muy bueno —declaró Gina, que, a pesar de que parecía intentarlo, no terminaba de recuperar su tono alegre, oculto bajo un velo de preocupación—. Hay otra cosa, Dimas… No sabemos quién es el proveedor original, aunque probablemente esté en Ámsterdam.

—De eso ya me había dado cuenta.

—Ya, pero es que ese proveedor no solo trabajaba con el anticuario de Hamburgo, sino con otros muchos… Su identidad es un misterio; apareció en el mercado hará un par de años, y adivina con qué anticuario trabajaba…

—No.

—Sí. Alberto Ballester, el anticuario que se acaban de cargar en Madrid. ¿Tú no me habías dicho que la policía pensaba que eso era cosa de una mafia rusa?

—Sí… —reconoció Dimas, sorprendidísimo y con su cerebro en pleno proceso de atar cabos.

—Pues ya ves, a lo mejor no fueron los rusos. Cuidado con quien haya robado ese ático tan maravilloso, porque me da la sensación de que ha estado limpiando su rastro. ¿Tendrás cuidado?

—Lo tendré.

Dimas cortó la comunicación y le contó las novedades a la policía. Tenía todo su sentido que fuese Celene quien movía las mercancías en el mercado internacional, pero nunca la habría imaginado como una asesina. Había comprendido que la policía iba a interrogar a Alberto Ballester por su vínculo con el Cuervo y el Palacio Dorado, y al tratar con él de forma habitual para la venta de sus falsificaciones habría temido verse salpicada. ¿Quién podría haberlo adivinado, en una chica tan dulce? Dimas llegó al salón dorado con Elio terminando de llorar una amarga confesión y con Lope, desesperado, entrando también por la puerta y sin rastro del agresor de Casio por ninguna parte.

La cuestión más apremiante era obvia: si todavía estuviese en el palacio, ¿dónde diablos se podría haber escondido Celene?

26

Cuando Elio y Celene supieron que Magnus había colocado una videocámara secreta en el ático, el pánico casi los había hecho confesar en el acto. Por fortuna, y como oficialmente nunca había habido ningún robo hasta la noche de la fiesta en la Cámara de las Maravillas, el bueno de Magnus no había revisado aquellas cintas ni una sola vez, y el hecho de que se borrasen cada diez días los había salvado. Además, Celene jamás había subido al ático con la cara cubierta porque sabía que Elio anulaba las cámaras de seguridad, y solo lo había hecho la noche que había aparecido el Cuervo como medida de precaución, ya que era consciente de la cantidad de personas que iban a transitar por los pasillos. La sola idea de que algún invitado despistado se cruzase con ella había agudizado sus sentidos de precaución y de supervivencia.

Sí, Celene había tenido suerte hasta ahora, aunque siempre había hecho las cosas con suma prudencia, calculando tiempos y evitando estar más de cinco minutos dentro de la Cámara cuando había accedido para realizar un cambio. Lo meditaba en su escondite mientras la policía no dejaba de dar vueltas por todas partes. Confiaba en que no llevasen perros, porque en tal caso seguramente estaría perdida. Tenía que lograr salir de allí, cuando fuese, y huir a Ámsterdam. En el barrio rojo disponía de algunos contactos que

podrían cubrirla hasta que resultase necesario y, aunque la idea le hacía menos gracia, si fuese preciso podría incluso recurrir a los rusos que le había presentado Alberto Ballester, el anticuario del barrio de las Letras.

Al fin y al cabo, su trabajo se había vuelto muy popular en el sector; se había esmerado lo indecible tanto con los materiales base como con los pigmentos, y para los marcos de los cuadros desmontaba —con ayuda de un carpintero de las afueras de Madrid — mobiliario antiguo para darle forma a los bastidores con las medidas exactas de los originales. Después, los envejecía logrando sutiles grietas a base de calor y con barnices oscurecidos con falsa pátina. También había aprendido a dar a los óleos el aspecto propio de haber sido comidos por el tiempo, y utilizaba un barniz concreto, la «pátina Rembrandt», que hacía secar la superficie de forma más rápida y producía un craquelado especial, con las pequeñas fisuras venosas que en apariencia solo los años podían afectar a las pinturas. Sí, estaba realmente orgullosa de su trabajo. Pero, ah, Ballester… El muy estúpido había muerto por ser un cobarde y por su falta de determinación.

—Van a venir a interrogarte, lo sabes, ¿no? Ni se te ocurra nombrarme, porque te van a machacar con el Palacio Dorado y con el puñetero Cuervo… ¿Cómo pudiste mandarlo a robar ahí? ¿Estás loco? No sé ni cómo pudo entrar en la Cámara…

—Yo tampoco, Celene, y te aseguro que no tenía ni idea de que iba a ir a la casa de los Mendoza… Su contacto lo tiene mucha gente del sector, ¿entiendes? Yo se lo he facilitado a algún pez gordo en los últimos tiempos, pero todo es confidencial.

—Claro, cómo no… Mi nombre también lo es, ¿sabes?

—Por supuesto, pero no respondo por terceros.

—¿Por terceros?

—Has venido a mi tienda muchas veces, la gente habla.

Ella cerró los ojos, angustiadísima. Aquel estúpido anticuario le estaba dejando claro que sí, que, si hacía falta para salvar su pellejo o llegar a algún acuerdo, se iba a ir de la lengua. Celene no quería hacerlo, pero su mano se dirigió por instinto al bolso donde guardaba su revólver. Si Ballester hablaba, su mundo se hundiría: así de sencillo. Elio desconocía la gran cantidad de cuadros que ella había llegado a falsificar en los últimos meses, y si no borraba sus pasos no tardaría en saberlo. Y no, de ninguna manera podía permitirse perderlo: era su pareja ideal y soñada, eran felices y debían seguir siéndolo. Pensó poco y actuó rápido; los disparos sonaron secos y rotundos, y le maravilló que con aquel simple gesto hubiese podido encontrar de nuevo una solución al problema.

Ahora Celene ya no estaba tan segura de las cosas ni era capaz de encontrar soluciones apretando el gatillo. Si lograba evitar a la policía y salir de aquel palacio, ¿cuál sería su vida? Ya no podría trabajar en el Rijksmuseum ni colaborar con ninguna otra pinacoteca. Se convertiría en una fugitiva y trabajaría en la sombra, aunque no sabía para quién. Los colaboradores rusos de Ballester regresaban a su mente, pero la sola idea le producía una angustia indecible. ¿Y Elio, el amor de su vida? Nunca más la querría a su lado. Por no hablar de sus padres, en Valencia, que, independientemente del museo en el que se encontrase, la creían prácticamente restaurando la *Mona Lisa* en cada una de sus intervenciones.

¿Cómo había terminado así, con un revólver de anticuario en la mano y convirtiéndose en una asesina? Todo había comenzado como una broma absurda y ella únicamente había querido hacer feliz a Elio, pero ¿por qué tenía la sensación de que en aquel juego solo era ella la que ahora estaba perdida?

Mencía y Marc hablaban en susurros, en completa confidencia. El gran salón dorado de música los acogía mientras fuera, en el jardín, el atardecer dibujaba sombras que seguían el perfil de los árboles. Ambos se habían hecho una composición bastante nítida de lo que había ido sucediendo en el Palacio Dorado los últimos meses, y los dos tenían claro que, de no haber coincidido Celene y el Cuervo en el ático, aquellas falsificaciones que habían comenzado a sustituir obras maestras podrían haber pasado desapercibidas durante años.

—Tanto va el cántaro a la fuente que, al final, se rompe —sentenció Marc, apesadumbrado por no haber sido capaz de hilar toda la información que desde el principio habían tenido ante sus ojos. Era muy probable que, cuando recibiesen los oficios bancarios de las cuentas de Celene en Ámsterdam, se encontrasen allí los beneficios de una estafa a nivel monumental.

—¿Seguro que no conocía de nada a Alberto Ballester, el anticuario? —le insistió Mencía a Elio, que ya no lloraba ni se lamentaba.

—Se lo juro.

—¿Y Celene?

—No… No lo sé. Es restauradora y podría haberlo necesitado para los trabajos de las productoras de cine, ¡yo qué sé!

Mencía había mirado primero a Marc y después a Dimas; él les había contado su conversación con Gina, y habían atado los mismos cabos a idéntica velocidad. Seguían de momento en el pantanoso camino de las especulaciones sin pruebas, pero el rompecabezas se iba completando.

Por su parte, Magnus, muy serio, observaba a su hijo. Aunque fuese por un motivo egoísta, le había reconfortado saber que en Elio cabía todavía cierto sentido del orgullo y de la lealtad, pues no había desvelado que era él, Magnus Mendoza, quien había contratado al Cuervo. Quizá debiese contarlo, pero ¿para qué? A aquellas alturas no valdría para nada, solo para ensuciar el apellido de la familia y perjudicar su imagen y sus negocios. Resultaba obvio que el cerebro de los robos en la Cámara de las Maravillas había sido Elio, pero su novia, al parecer, había aprovechado aquel negocio de la falsificación de obras de arte de una forma mucho más amplia de la que él hubiese imaginado nunca.

Amanda, preocupada y con semblante triste, se acercó a Marc.

—Si no la han encontrado a estas alturas, dudo que esté aún en el palacio… Entiendo que habrán dado aviso a los aeropuertos, ¿no?

—Aeropuertos, estaciones de autobús y de tren, por supuesto. Y hemos solicitado vigilancia en el domicilio familiar de Valencia, porque en estos casos a veces recurren a la familia.

Amanda asintió, sin más, deseosa de ir al hospital para ver qué sucedía con Casio; el hecho de que su hijo permaneciese en el palacio no le ofrecía tranquilidad, de modo que había pedido a Emilce que acompañase a la niñera y al pequeño Luca hasta su piso de Chamberí, donde al menos el niño estaría alejado de todo aquel circo lleno de policías y de periodistas. Cuando Amanda accedió al

cuarto anexo al salón dorado, vio cómo Luca apenas contenía un llanto sereno, preocupado. Lo besó y lo abrazó con cariño, le dedicó palabras de consuelo y de ánimo. «Seguro que papá se pone bien enseguida… Iré a verlo y, después, te lo cuento todo, ¿de acuerdo?». Y Luca la habría creído, porque Amanda jamás lo engañaba; podía dulcificar la vida a su hijo y evitar darle toda la información, pero hacía tiempo que había comprendido que las cosas funcionaban mejor cuando era sincera en la medida de lo posible con el pequeño.

Dimas se había acercado y, antes de que ella se fuese al hospital, se ofreció a acompañarla.

—Aquí no hago gran cosa y dudo que a estas alturas encuentren a Celene.

—Gracias, pero no es necesario. De todos modos, me gustaría que acompañases a mi padre. Imagino que se llevarán a Elio para tomarle declaración o… Bueno, para lo que sea necesario, y a mi padre le vendrá bien no estar solo —añadió en tono confidencial, pues comprendió que el niño prestaba atención y los estaba escuchando.

Para su sorpresa, Luca se acercó a ellos y, al llegar a su altura, se dirigió a Dimas:

—¿Estáis buscando a tita Celene?

—Sí —reconoció Dimas, agachándose y regalándole una sonrisa—; pero tú no te preocupes por nada, campeón… Es un juego de mayores. Ahora tú tienes que irte a donde te ha dicho tu mamá, ya verás como…

—¡Yo sé los escondites!

—¿Los sabes?

—Sí, sí… Tita Celene ha jugado mucho conmigo. ¿Lo del escondite tiene que ver con lo que le ha pasado a papá?

Amanda se agachó y, tras tomar aire, asintió y no restó gravedad a su tono de voz.

—¿Tú sabes dónde puede estar Celene, cariño?

Luca tragó saliva y, después, fue corriendo hasta la ventana. Marc, Mencía y el resto de los policías no perdían ni un gesto del pequeño, que alzó la manita derecha y apuntó hacia la enorme Casa de Muñecas del jardín.

—Siempre que jugábamos a escondernos, teníamos un sitio secreto ahí.

Lope se acercó, ceñudo, y observó hacia donde señalaba Luca. Después, se dirigió a Mencía:

—Ahí ya hemos mirado, y nada.

—En el torreón, en la otra puerta —afirmó el niño, convencido.

—También hemos mirado ahí —confirmó Lope a Mencía y sin dirigirse al niño, que no dejó de insistir.

—Hay un hueco bajo las escaleras que suben. Está escondido y no se nota, pero es una puerta, ¿a que sí? —le preguntó a la niñera, que se acercó y reconoció que sí, que allí había un espacio pequeño en el que a veces habían jugado, pero en el que apenas cabían dos personas agachadas.

Mencía, rápida, dio consentimiento para que acompañasen al niño fuera del palacio, ya fuese mediante alguno de los vehículos del garaje o en coche patrulla, lo que evitaría la muchedumbre y curiosos del exterior en la medida de lo posible. Podía haber ordenado que se llevasen ya a Elio detenido a comisaría, pero tal vez les hiciese falta. Lamentándolo mucho por Magnus, esposó

finalmente a su hijo mientras un policía lo custodiaba. Acto seguido, le hizo una señal a Lope y a otros compañeros, sacó su arma y, con paso firme, comenzó a descender las elegantes escaleras hacia el jardín.

Celene pudo sentir los pasos sobre la gravilla en el exterior. Era como cuando jugaba al escondite con Luca, pero, en esta ocasión, una sensación de ansiedad y de miedo le apretaba el estómago; de hecho, era como si en su interior comenzasen a desfilar cuchillas. La policía ya había pasado cerca antes, pero ahora la sensación era distinta. ¿Por qué? Celene se dio cuenta al cabo de unos segundos. El silencio. Nadie daba órdenes y no se escuchaban voces, solo pasos firmes y lentos hacia su posición. Comprendió, de forma intuitiva, que la habían descubierto. ¿Cómo habían podido saberlo? Sonrió con tristeza al pensar en Luca; sí, sin duda tenía que haber sido el pequeño quien apuntase a aquel escondite, pues solo lo conocía él y, tal vez, la niñera. Se lo habían encontrado un día de casualidad, y en su interior solo había telarañas. Qué lejanos parecían aquellos días despreocupados, como si perteneciesen a otra vida.

Ahora, aterrorizada, Celene dirigió su mirada hacia el revólver en su mano, que tenía un singular y apagado color oro. Su vista se había acostumbrado a la penumbra del escondite, pero ahora el arma le parecía un artilugio oscuro, sobrenatural y extraño. Se lo había dado un anticuario de Barcelona para «protegerse en aquel negocio» y en forma de pago parcial por uno de sus trabajos. Con aquel hombre también habían surgido complicaciones, pero que

hubiese terminado muerto no había sido culpa suya. Se había abalanzado sobre ella requiriendo un servicio que, desde luego, no había sido contratado. Nunca se lo había contado a Elio, como tantas otras cosas en los últimos meses. ¿Qué le había sucedido? ¿La avaricia y la ambición la habían transformado o, en realidad, siempre había sido así? La vida es una oportunidad, aunque no siempre para cumplir sueños, sino para mostrarnos lo que somos.

No esperó a que la descubriesen. Al intentar ponerse en pie se dio cuenta de que le costaba, porque parte de sus músculos se habían entumecido. Clic. Notó cómo la puerta, oculta entre los pliegues de la madera del bajo de la escalera, cedía hacia el exterior. Se incorporó y salió de su escondite, consciente de que su presencia todavía permanecía oculta a quien quiera que estuviese en el jardín, pues la puerta del torreón se interponía entre ella y un nutrido grupo de policías. Cuando comenzó a girar el pomo pudo escuchar, con asombrosa nitidez, cómo se posicionaban distintas personas al otro lado del muro y cómo se retiraban los seguros de las pistolas, casi todas compactas de nueve milímetros. ¿Tan peligrosa se había vuelto? ¿Ella? Cuando comenzó a abrir la puerta, escuchó cómo Mencía le advertía de su presencia, de que no había escapatoria y de que tenía que salir con las manos en alto y bien visibles. Celene se detuvo. ¿Debía hacerlo? ¿Debía ser obediente, como en tantas otras ocasiones? Su vida ya estaba destrozada, se mirase desde el ángulo que fuese.

Ya no había tiempo para pensar. Su cuerpo actuaba sin su permiso, como si el alma hubiese comenzado a separarse de su cuerpo. Salió con las manos en alto tras la nuca y con la pistola oculta tras el cabello, bien firme en la mano derecha. Le sorprendió

la oscuridad que se había apropiado del jardín, y su mirada se dirigió de inmediato a la ventana del salón de música, desde donde Elio, sujeto por un policía, la miraba con unos ojos vidriosos llenos de preguntas. Cuando ella, sin decírselo, había tomado aquella mañana un avión para registrar el cuarto de su sobrino Luca, ¿qué pretendía? Si los dibujos del niño hubiesen sido certeros, ¿también lo habría matado? ¿Hasta qué punto se le había ido de las manos aquella locura enfermiza? Fue solo cuestión de dos segundos, de un cruce de miradas en la distancia, en el que Celene comprendió que Elio, su Elio, la observaba como si fuese una desconocida.

Celene no fue consciente de estar llorando mientras, despacio, comenzaba a separar las manos. De forma deliberada mostró el revólver dorado, que brilló como si fuese un espejo de las luces del palacio. Después, apuntó a uno de los policías e hizo caso omiso a los gritos y las órdenes de Mencía, cuya voz podía sentir como una vibración lejana, pero que ya no escuchaba en absoluto. Disparó a la nada, con la esperanza de que la oscuridad la engullese de forma veloz. Lope apuntó, y acertó, en una de sus piernas, aunque Celene no desistió y, a pesar del dolor, volvió a alzar el arma para apuntar a la primera persona a la que vio a tiro hasta que, por fin, dos certeros disparos de uno de los policías terminaron con el latido del primer ladrón que había visitado el ático del Palacio Dorado.

Dimas estaba acostumbrado a que la gente romantizase su trabajo como ladrón, cuando él en realidad había comenzado a serlo por necesidad y había terminado con sus huesos en la cárcel, en una de las épocas más tristes y deprimentes de su vida. Que ahora se

permitiese gastar bromas y sonreír desde el lado de los ganadores había sido un golpe de suerte, un regalo de la vida. Pero había conocido muchas historias tristes como las de Celene y Elio, que parecían más trágicas cuando quienes habían perdido la partida, en realidad, eran personas que nunca habían necesitado de verdad entrar en aquel juego.

Con tristeza, y desde aquel salón mágico y dorado, vio la escena como si sucediese a cámara lenta: los sanitarios de la ambulancia corrían hacia el jardín, aunque la mirada de Celene, fija y perdida en el cielo nocturno de Madrid, dejaba claro que estaba muerta. Hicieron falta tres hombres para sujetar a Elio, que al principio había caído de rodillas, para después suplicar acercarse a ella. Magnus, por su parte, observaba la escena como si estuviese viviendo algo ajeno e impropio, el tristísimo escenario de una ópera fuera de lugar. En ningún momento se acercó a su hijo, como si antes de hacerlo precisase reorganizar los distintos compartimentos de su cerebro, que ahora se encontraba en pleno proceso de asimilación.

Amanda, sin embargo, y a pesar del largo cúmulo de reproches que tenía pendiente echar en cara a su hermano, se acercó para darle un abrazo en silencio, sin decir nada. Lloraba con una tristeza profunda, y resultaba difícil saber si lo hacía por el final que había tenido Celene o por una aflicción que abarcaba todas las tribulaciones acumuladas: Casio, Elio, ella misma… Un suspiro hueco la llenó por completo y, al salir el aire, se quedó vacía. Sin saber por qué, a Amanda le vinieron a los labios unos versos de Emily Dickinson y murmuró: «Esta es la hora del plomo». En realidad, el poema, que escuchó completo en su cabeza, era algo más largo.

Esta es la hora del plomo,
recordada, si se la sobrevive,
como quienes se congelan recuerdan la nieve.
Primero, el escalofrío.
Luego, el estupor.
Por último, la liberación.

Pasados unos minutos se alejó de su hermano y, después, acudió a ver cómo estaba su padre, que parecía empeñado en mantener una postura digna, aunque su semblante fuese de irremediable derrota. Pero Amanda no podía detenerse a cuidar ni a consultar a todos a su paso, porque ella todavía tenía otras preocupaciones acuciantes por delante. Se acercó a Marc, pues Mencía hablaba con los sanitarios y, a la vez, atendía al teléfono a sus superiores. Miró de nuevo y en la distancia el cadáver de Celene, sin dar crédito todavía a que aquella terrible estampa fuese real. ¿Cómo era posible que aquel inspector de Patrimonio Histórico, vestido de esa forma tan estrafalaria, fuese la única persona que ahora le parecía normal?

—Elio está detenido, supongo.

—Sí, le tomaremos declaración… Imagino que la familia debe de tener un abogado de confianza —sugirió él, aunque era consciente de que gente como los Mendoza dispondría más bien de tratos con abogados mercantiles, y no con penalistas.

Amanda había asentido.

—Sí, acabo de avisarlo y llegará enseguida. Entiendo que podré irme…

—Al hospital, ¿verdad?

—Sí —había confirmado ella, que no podía evitar desviar la mirada hacia donde estaba el cuerpo de Celene—. Es increíble, jugaba con Luca muchísimas veces… ¡Es demencial que haya intentado matar a Cas! Yo creía que… Creía que éramos amigas.

—Todo asesino es, probablemente, el viejo amigo de alguien —replicó Marc con la mirada también perdida en Celene, cuyo cabello rubio, a punto de ser cubierto, dibujaba ondas sobre el césped.

En realidad, Marc Bru acababa de citar una frase de Agatha Christie de *El misterioso caso de Styles*, porque no había podido evitar que se le viniese a la cabeza. Cuando llegó el abogado, Amanda, incapaz de conducir, pidió un taxi y se atrevió a desafiar a la marea de periodistas y curiosos que se agolpaban a la puerta del palacio. Antes de irse, dirigió una última mirada a Dimas, convencida de que no le fallaría y de que se quedaría con su padre hasta que fuese necesario. ¿No era irónico? Una de las personas en las que más podía confiar en aquel instante de su vida era un delincuente. Cuando logró por fin salir del palacio, la noche ya había cubierto las últimas cortinas de claridad y un agradable y tibio calor primaveral, por fin, parecía colarse por las calles de Madrid. Al día siguiente saldría el sol con la puntualidad prevista, sin que a los astros les importasen sus miserias, pero Amanda sabía que ya sería imposible recomponer el desgarro en que su familia se había convertido. Ahora, que sabía toda la verdad sobre las sombras que habían reinado en el Palacio Dorado durante aquellos últimos meses, se prometió a sí misma no instalarse nunca más en la mentira. De camino al hospital, el taxi pasó ante Pentimento, donde la enorme lona con la imagen de Gustave Courbet, desesperado y angustiado, le pareció más que nunca un espejo.

27

Tras la muerte de Celene, Magnus Mendoza apenas salió de su cuarto durante una semana, en la que las cortinas se mantuvieron cerradas y casi no probó la comida que Emilce se empeñaba en hacerle llegar a su habitación. Tan solo mantenía largas reuniones con el abogado de la familia, al que recibía en el despacho anexo a su dormitorio, junto a la biblioteca; a Amanda solía ofrecerle excusas y, cuando accedía a su cuarto, tan solo se dirigía a ella con monosílabos y para interesarse por la salud de Casio, que continuaba ingresado en el hospital con coma inducido. Por otra parte, y a pesar de que Elio había confesado su implicación en los robos, no estaba relacionado con los delitos de sangre, que el abogado penalista que Magnus había contratado se había esforzado en demostrar como responsabilidad exclusiva de Celene; por tanto, y tras el pago de una contundente fianza, Elio había terminado por regresar al palacio bajo arresto domiciliario y como medida cautelar mientras durase la investigación; allí mismo había mantenido largas conversaciones con su hermana. Lloros, gritos, lamentos. Resultaba imposible saber si su arrepentimiento por lo sucedido era o no genuino, pero parecía completamente derrotado y exhausto; de hecho, y por imposición de Magnus, el joven había comenzado a

recibir asistencia psicológica inmediata, en una terapia de recuperación que prometía que iba a ser dura y larga.

Tras aquella primera semana de oscuridad, en la que Magnus y especialmente Amanda huyeron de la presión mediática y de la constante petición por parte de la prensa para que ofreciesen declaraciones, el gran patriarca había salido por fin de su cuarto: estaba más delgado, pero su aspecto era arreglado e impecable, con un brillo en la mirada que hacía mucho tiempo que no tenía. Pidió a sus dos hijos que se reuniesen con él en la biblioteca y se sentaron en disposición triangular, con dos sillones frente a un sofá a la misma altura. El anciano no perdió el tiempo en circunloquios ni en explicaciones: daba la sensación de que tenía todos sus pensamientos muy meditados y de que se iba a limitar a exponerlos.

—Elio, ya sabrás lo que pienso… La decepción contigo es inmensa, pero te perdono.

—Papá…

—No me interrumpas hasta que termine, por favor —lo cortó, con una serenidad y cercanía extrañas en él. Era como si por dentro hubiera renovado toda su antigua fuerza, pero ahora la direccionase de una forma diferente—. No te confundas, hijo. Te perdono porque no eres un asesino, y te aseguro que, si hubieses disparado una sola vez la pistola de Celene, yo mismo te habría metido en la cárcel —aseguró, con dureza—. Pero no lo hiciste, y tampoco desvelaste que había sido yo quien había contratado al Cuervo, de modo que al menos has protegido el apellido de la familia, aunque su honor ya esté por los suelos. En todo caso, gran parte de lo que ha sucedido es culpa mía…

—Papá —lo interrumpió Amanda—, olvida ya lo de ese ladrón, la policía ha cerrado el asunto y solo nos queda esperar el juicio de Elio —concluyó, sin ánimo para escuchar un discurso de culpas y reproches. El abogado les había dicho que su hermano tan solo tendría que remarcar lo que había confesado ante la policía en su declaración firmada, destacando que él no sabía nada de las actividades que realizaba Celene más allá de los cambiazos en la Cámara de las Maravillas y, desde luego, sin que él tuviese nada que ver con el intento de homicidio de Casio ni con las muertes del anticuario ni del Cuervo, por mucho que esta última hubiese sido completamente involuntaria. Elio carecía de antecedentes y su padre no iba a presentar cargos, por lo que solo tendrían que lidiar con la fiscalía por su colaboración necesaria y su participación en los delitos de robo.

Magnus rechazó el comentario de Amanda, ya que quería hablarles de otra cosa.

—He dicho que lo que ha sucedido es en gran parte culpa mía, y es cierto. En algún momento perdí el rumbo y olvidé por qué vuestra madre y yo comenzamos la colección del ático… Así pues —añadió, tras unos segundos que parecían ofrecer un deliberado golpe de efecto—, he decidido hacer pública la Cámara de las Maravillas.

—¿Qué? ¿Cómo que pública?

Amanda había entendido las intenciones de su padre, pero su pregunta reflejaba una patente incredulidad. Elio, que de momento sobrevivía a base de ansiolíticos, por su parte se había convertido en un espectador vacío al que apenas emocionaba ni sorprendía nada.

—Este palacio hace mucho que es más un museo que una casa, y tú, Amanda, ya estás en tu piso de Chamberí. En cuanto a ti —dijo

Magnus, dirigiéndose a Elio—, cuando esto termine te irás a tu apartamento y liberarás tu cuarto… Ambos seréis bienvenidos siempre en el ala izquierda de la primera planta, donde haré unos pequeños cambios y bloquearé el acceso a los visitantes.

—Papá, no entiendo nada —se quejó Amanda—. ¿Permitirás que entre y salga gente de aquí todo el tiempo? ¿Eres consciente del barullo que se generará y de las medidas de seguridad adicionales que…?

—Soy consciente de todo —zanjó él.

—Muy bien —replicó ella—, entonces vas a abrir tu propio museo, con originales extraordinarios, a doscientos metros de Pentimento, que solo tiene réplicas… Una gran idea.

—Una pinacoteca retroalimentará a la otra —resolvió Magnus, que por un instante dio la sensación de que no había contado con aquella potencial competencia que Amanda había deducido de inmediato. Después, regresaron a su rostro la firmeza y la imposibilidad de cambiar de parecer—. Ha llegado el momento de retomar la finalidad de la Cámara de las Maravillas, que siempre fue la de recaudar fondos para Episteme y la investigación oncológica. El palacio pasará a formar parte de la Fundación Episteme, de modo que cuando yo no esté podáis hacer lo que queráis con el resto de mi patrimonio, pero este inmueble y sus tesoros seguirán generando ingresos de forma indefinida. Habrá solo tres accesos diarios en horario fijo, con guía y límite de aforo de… No sé, de tal vez veinte o veinticinco personas por visita.

—Me parece bien —se limitó a decir Elio a media voz, casi sin atreverse a dar opinión sobre nada, a tenor de sus antecedentes en menoscabo del patrimonio y de la confianza familiar.

Amanda, más asombrada por la idea de que su padre compartiese sus tesoros que por la definitiva conversión del palacio en museo, no pudo replicar. El semblante de este destilaba una determinación tan firme que por fin se dio cuenta de que no les estaba consultando nada, sino que se limitaba a trasladarles el resultado de una meditada decisión.

—En cuanto a ti, Elio —prosiguió Magnus, sin rebajar ni un ápice la dureza de su mirada—, asumo también mi parte de culpa. Solo tú eres responsable de tu desvarío y tu codicia, pero he sido yo quien te ha saturado de abundancia y de comodidades, y ha sido un error. Te he impuesto desde niño que apreciases el arte, la cultura y la belleza, y admito que esperaba en ti a un igual, cuando tú no eres ni tienes por qué ser como yo. Te haré una pregunta muy sencilla pero muy difícil de contestar —añadió, inclinándose hacia él—. Una vez que solucionemos todos los asuntos jurídicos…, ¿sabes ya qué quieres hacer con tu vida?

Elio se perdió en la mirada de su padre, aturdido y asombrado por aquella forma de hablarle, de considerar por primera vez y de forma franca qué ilusión podría cobijar su destartalado corazón. Ahora, que todavía estaba asumiendo la pena y la culpa por lo que le había sucedido a Celene y por lo que él mismo había llegado a hacer, todavía no tenía una respuesta. Su padre le mantuvo la mirada unos segundos, hasta que comprendió que era demasiado pronto para él.

—Bien… De momento, entonces, y mientras continúe el arresto y no te repongas —agregó, buscando la expresión adecuada para el duelo, la culpa y la terapia que ahora formaban parte de la vida de Elio—, permanecerás aquí conmigo, en mi ala del palacio. Tenemos mucho que hablar y que conocer el uno del otro.

El anciano esperó a que su hijo aceptase la propuesta como una oportunidad, no como una imposición, y le pareció que Elio asentía de forma limpia y sincera. Una oportunidad.

Antes de concluir la reunión familiar, Magnus quiso saber si el interés de la prensa había decrecido y si no habían aparecido más titulares exagerados y sensacionalistas.

—Está todo controlado —confirmó Amanda—, y según pasen los días decaerá más el interés. La prensa muestra como culpable de los robos a… Bueno, a una persona ajena a la familia —dijo con delicadeza, evitando nombrar a Celene—, aunque hay quien cree que esto y lo de Dimas con el sello imperial era todo una operación de marketing que se nos fue de las manos.

Magnus se limitó a asentir aceptando la información, pero sin calificarla.

—Y Chevalier, ¿ha hecho declaraciones? Me consta que los periodistas lo persiguieron en el aeropuerto.

Amanda negó con el gesto.

—No, ha guardado la discreción prometida.

—Bien. Y tu marido…

—Exmarido.

—Tu todavía marido… Cuando salga del hospital, si es que sale, ¿qué piensas hacer con él?

Amanda, desconcertada ante semejante pregunta, se sorprendió al comprender que, por primera vez en mucho tiempo, no tenía ni la menor idea ni pronóstico de cómo iba a ser su vida ahora ni de qué camino debería escoger.

Dos semanas más tarde, Mencía se encontraba en el trastero-ático de Marc Bru. Asumía el peso de tener que hacerse cargo de forma indefinida de parte de los gastos de su padre, y aceptaba también la culpa por no visitarlo a menudo en Cáceres, pero la sola idea de permitirse una verdadera independencia, de disponer de un refugio en el ático de Marc, le había devuelto el color a las mejillas.

—Qué guapa estás —le había dicho Diego, el forense, nada más verla. Después, le había dado un beso en los labios. Un beso como una caricia, todavía tímido y sin la inercia de la costumbre. A continuación, había mirado a su alrededor—. Menos mal que es pequeño, porque en este ático hay que reformarlo todo, ¿no?

—Qué suerte que seas precisamente tú quien me va a ayudar a montar los muebles y a pintar, ¿a que sí?

Él se rio y señaló el enorme rosetón acristalado que formaría parte del salón y que daba hacia la plaza de la Paja.

—Solo si pones una butaca con mi nombre delante de este ojo de buey gigante… ¡Vaya vistas!

Mencía, feliz, había sonreído con franqueza y, mientras Diego le ayudaba a tomar medidas y a anotarlas, iban comentando las novedades del famoso caso de la Cámara de las Maravillas.

—Tenemos los datos definitivos de la autopsia de la chica, Celene… Se confirma que fue ella quien disparó a Casio Mendizábal; ya sabes que tenía restos de pólvora y residuos microscópicos de plomo en las manos y en la ropa, y desde el laboratorio nos han informado por fin de que sí, de que se ajustan al revólver que llevaba cuando murió.

—Ninguna sorpresa, entonces —comentó Mencía, al tiempo que se agachaba para medir bien el ángulo de inclinación del techo en

una esquina—. ¿Nada nuevo con lo que impresionarme?

—Mis músculos, a lo mejor.

—Diles a tus músculos que no muevan la cinta métrica de ahí —se rio ella, aunque, por la expresión de Diego, la policía intuía que había algo más—. No te cortes, di lo que tengas que decir, porque al final me voy a enterar igual.

Él, que procuraba mantener firme el otro extremo de la cinta en un ángulo imposible del tejado inclinado, le contestó sin perder de vista un clavo que sobresalía y que tomaría como referencia.

—Ya hemos enviado el informe esta mañana a la Brigada, listilla, pero los de balística también confirman que las balas disparadas al anticuario y a Casio Mendizábal provenían de ese revólver… Los surcos y marcas, ya sabes.

—Sí, como una huella dactilar. Centrémonos… ¿Y el anticuario de Barcelona?

—También. Fue esa misma arma la que lo mató.

—Vaya con la restauradora. Parece una criminal en serie.

—Ya.

En aquel momento escucharon cómo alguien llamaba a la puerta. Acto seguido, apareció Marc Bru en el umbral, vestido con un traje verde pistacho casi fosforito y unos calcetines con dibujos de aceitunas. Entre los brazos llevaba a su enorme gato naranja, que observaba el nuevo entorno con desconfianza. El inspector se dio cuenta de que tanto el forense como la policía se quedaban boquiabiertos con su atuendo, que disculpó al instante. «¿Qué pasa? Ya hace calor y es primavera… ¿Qué culpa tengo yo de que los demás vayan siempre vestidos de blanco y negro?». Tras los correspondientes saludos que siguieron —tanto a él como al gato—

y los comentarios de Marc acerca de que aquel pequeño desastre del apartamento se arreglaba «con una mano de pintura», Mencía le puso al día de los resultados de la autopsia.

—Hay que ver, Mencía… —apuntó Marc—. ¿Se acuerda cuando creía que quien lo había hecho era la secretaria, Lorena? No acertó con la sospechosa, pero al final tenía razón…

—¿Yo? ¿En qué?

—En que las mosquitas muertas son las peores.

Mencía se rio.

—Puede ser. Pero al final no pudimos aclarar quién encargó el robo al Cuervo.

El inspector se encogió de hombros.

—Tal vez la propia Celene, tal vez los rusos o tal vez el propio anticuario del barrio de las Letras. Nunca lo sabremos, creo… En fin, me voy —declaró, al ver que su gato comenzaba a revolverse—, venía solo por si necesitaba algo; de todos modos, si al bajar les apetece un café estaré en casa. Ya sé que quedamos en no ser amigos —añadió, con un mohín dirigido a Mencía—, pero como padre putativo y casero lo menos que puedo ofrecer es un tentempié.

—¿Padre puta-qué? —se rio Diego, que se apuntó al café de inmediato. Marc sonrió.

—Un forense siempre será bien recibido en mi casa —se limitó a decir Marc, sin dar mayores explicaciones—. Le vendrá bien un descanso, que Mencía tiene esto hecho un asco.

—¡Pero si me dio las llaves ayer!

La exclamación de Mencía llegó cuando Marc ya se iba canturreando por el pasillo de entrada. ¿Cómo era lo que decía la

canción? Los amigos debían permanecer junto a la ventana, siempre atentos, para echar una mano cuando salpicase la lluvia.

28

Transcurrieron tres meses.

La recuperación de Casio Mendizábal fue calificada por los médicos de «asombrosa», y tras su operación y coma inducido durante diez días solo requirió dos semanas más de hospitalización con severas restricciones y órdenes de reposo en su domicilio. Sin embargo, aquel hombre rubio y tan extraordinariamente atractivo nunca volvería a ser el mismo, pues, aunque de forma inaudita no había perdido finalmente el ojo derecho, el disparo que había recibido justo al lado de la cuenca ocular había afectado a sus sentidos. Prestigiosas revistas neurológicas se habían interesado en el caso, ya que con aquel ojo ahora Casio veía todo del revés. Visualizaba las cosas con absoluta nitidez, pero como si alguien hubiese dado la vuelta al paisaje. Y no solo tenía el problema de la visión invertida, sino que a veces sufría triplopía, y con aquel iris azul que aparentaba seguir siendo sano lo veía todo y a todos por triplicado. Clínicas neurológicas de toda Europa estudiaban el caso con gran interés, en algo que habían dado en llamar «dinámica cerebral».

—Cas, ¿seguro que necesitas el parche?

—Seguro.

En apariencia, y salvo por una fea cicatriz al lado del ojo que estropeaba su habitual armonía facial, la mirada de Casio

aparentaba ser la misma, pero nada más lejos de la realidad. Dado que lo que observaba el ojo sano era visto del revés por el que estaba enfermo, aquel contraste lo desquiciaba tanto que precisaba cortar una de las fuentes de visión. Así pues, Cas se había acostumbrado a llevar su parche, y a las mujeres —para su sorpresa — les seguía resultando incluso más atractivo. Luca, sin duda, estaba encantado.

—Papá, ¿ahora eres un pirata?

—¡Claro! Pero de los buenos, ¿eh?

Casio y Luca jugaban sobre el sofá del piso de Chamberí mientras Amanda los contemplaba con una sonrisa. Ella se había mudado allí de forma definitiva, y, aunque el apartamento no era muy grande, resultaba suficiente para ella y el pequeño Luca, que con la medicación no había vuelto a sufrir episodios epilépticos. Amanda había acogido al que ahora ya era su exmarido durante la recuperación, y ahora él se había instalado durante unos meses con sus padres, al tiempo que terminaba las reformas en un pequeño apartamento que había alquilado en el mismo barrio, en Chamberí, para estar cerca de Luca.

Por otra parte, Casio se había visto obligado a responder por algunas de las operaciones que había realizado con Elio, aunque la gran mayoría habían pasado los filtros correspondientes sin que, por fortuna para ellos, ninguno de los compradores encendiese las alarmas sobre las piezas de arte que habían adquirido. El gran escándalo del robo y de las muertes vinculadas a la Cámara de las Maravillas había tenido difusión internacional, pero en ningún momento aquellos hechos se habían vinculado a la gestión comercial de las galerías de los Mendoza ni a sus operaciones en las casas de

subastas. Sin embargo, dados los precedentes y por precaución, Amanda había desligado a Casio de operaciones complejas, aunque seguía manteniéndolo a su lado en *Giotto* y en la galería de Madrid; por supuesto, todos los contratos que Casio cerrase desde su reincorporación serían supervisados por Lorena, que había visto cómo la tragedia familiar había provocado a su favor, por sorpresa, un inmediato ascenso y un radical aumento de salario y de responsabilidades.

Aquella tarde, antes de salir de viaje de trabajo hacia Londres, Amanda había dejado a Luca en casa de sus suegros con Casio, al que hacía mucho que no recordaba tan alegre y dispuesto a jugar con el pequeño.

—¿Estás seguro de que ese disparo no te tocó la parte del cerebro de la felicidad? Nunca te había visto así.

—¿Y no te alegras?

—Claro, Cas. Pero me sorprende que, ahora que te has divorciado y que tienes que llevar un parche para el resto de tu vida, seas más feliz que nunca.

Casio la miró con su único ojo sano con cierta ternura y Amanda, de nuevo, tuvo la sensación de que se había transformado en un hombre completamente distinto. Él se acercó y le dio un abrazo.

—No es que esté más feliz por no estar contigo, Amanda… Es solo que estoy más contento conmigo mismo.

Ella había alzado las cejas en señal de que no entendía nada.

—Me refiero a que, no sé, es como una liberación —explicó Cas, emocionado. Había acumulado tantas mentiras durante aquellos años que daba la impresión de que ahora era libre por primera vez —. No era por ti, pero tu familia y tú siempre habéis sido tan

imponentes… No sé si quise destacar en las cosas equivocadas —añadió, con un gesto algo triste, que daba a entender que en aquel afán desacertado incluía su capítulo de conquistas femeninas—. ¿Tiene sentido?

Amanda suspiró.

—Vamos, que al final todo lo que sucedió también fue culpa mía.

—No, no. Al contrario. ¿Y no ves que ya tengo mi castigo? Te he perdido, llevo un parche en el ojo y vivo con mis padres, ¿qué más quieres? —bromeó, en un intento deliberado para que ella le devolviese al menos una sonrisa. Después, le habló con franqueza—: Hacía mucho que no era yo, que no estaba a gusto conmigo mismo, y ahora… Me siento aliviado.

Amanda se lo quedó mirando. Por un lado, se alegraba de verdad por él, y por otro se preguntaba por qué ella no había sabido darle su espacio ni hacerlo feliz. Tal vez la felicidad no dependiese de forma exclusiva de las personas en sí, sino del momento de sus vidas en que se cruzaban. Estuvo a punto de hacer un comentario para romper aquella intensidad, pero se limitó a sonreír, confiando en que esa visión nueva y amable del mundo en la que él habitaba le durase mucho tiempo. Un padre feliz haría de Luca un niño razonablemente alegre, o al menos las posibilidades de ayudar a aquel objetivo se expandían de forma considerable ante la alternativa de un referente paterno amargado y oscuro.

Amanda, pensativa, se dirigió al aeropuerto cautivada por la visión de su hijo jugando con Cas, y aquella alegría ajena la reconfortó. Ella, que todavía lidiaba con las secuelas y los dramas familiares que se habían encadenado tras la muerte de Celene, tenía unos cuantos frentes que atender: su padre ya había abierto el Museo de la

Cámara de las Maravillas, con extraordinario éxito y con las entradas agotadas hasta varios meses después; por otro lado, su hermano ya no estaba bajo arresto domiciliario, pero recibía tratamiento psiquiátrico estricto, en una búsqueda lo más cabal y serena posible para intentar averiguar qué quería hacer con su vida y sanar la aflicción que él mismo había provocado. Posiblemente, solo cuando se depurasen responsabilidades y Elio tuviese claro el resultado de su instrucción judicial, podría establecer un punto de inflexión para seguir buscando su camino. Entre tanto, solo le quedaba perdonarse y persistir. Celene, cuyo nombre aludía a la luz serena de la noche, sería siempre para él un misterio y una herida, pero Amanda confiaba en que su hermano pudiese terminar de sanar, de reconstruirse.

Ahora, en el mundo real, ella trabajaba duro en su revista y en Pentimento, que también tenía un éxito arrollador entre el público y que requería gran parte de su tiempo. En aquellos instantes, de hecho, se disponía a tomar un avión, pues le esperaba un viaje de trabajo a un museo de Londres y ya había asumido que la vida era, más que nunca, una larga travesía de piedra.

Lorena había volado a Londres dos días antes y ya tenía todo preparado. Aquel museo atesoraba dos cuadros impresionantes de Canaletto del siglo XVIII, *Canale della Giudecca* y *San Giorgio Maggiore*, cuyas reproducciones querían llevar a la sala de Pentimento reservada al género *vedute* o «de vistas», y ya habían logrado el permiso de la dirección de The Wallace Collection para que, al igual que se hacía de forma usual en la pinacoteca del Prado,

dos artistas contratados por Amanda pudiesen trabajar allí mismo, bajo la enorme bóveda de la sala roja, las semanas que resultasen necesarias hasta lograr copiar y captar la esencia más pura de aquellas obras. A cambio, en *Giotto* realizarían un extenso reportaje del museo londinense, que llevaba abierto al público desde el año 1900.

En ese momento se desarrollaba la rueda de prensa en las instalaciones del propio museo y Amanda, vestida con un elegantísimo traje negro de chaqueta, atendía en inglés a los periodistas. Llevaba el cabello recogido y, en su mirada, se podía apreciar cierto desapego y una sosegada tristeza.

—¿Por qué su interés en estos cuadros concretos de Canaletto? Podrían decantarse por otras obras con paisajes de la época.

—Sí, es cierto —reconoció Amanda—, pero Canaletto dispone de una destreza singular en sus trabajos, y quisiéramos hacer una colección completa de su visión de Venecia junto con reproducciones de lienzos que constan en otros museos, como el Thyssen de Madrid. Además, debemos reconocer que estos cuadros son tan realistas que casi da la sensación de que uno pudiera instalarse dentro y viajar en el tiempo.

—Pero su intención es la de contrastar los lienzos con la imagen actual del paisaje en cuestión, ¿no es así?

—Sí, así es —reconoció ella, que no sabía a dónde quería llegar el periodista.

—En anteriores declaraciones, ha manifestado que el arte debería entenderse y estudiarse desde otros ángulos, que con la globalización la creatividad parece haberse vuelto más uniforme…

¿En qué cree que puede ayudar el hecho de que Pentimento se limite a ofrecer reproducciones y no originales?

Ahí estaba. El ataque educado, la crítica afilada envuelta en palabras amables. Amanda, desgastada por la adversidad, pero también endurecida, se mostró completamente invulnerable al comentario.

—La globalización unifica los estilos de todo el mundo, por lo que me parece esencialmente reductora. Ya no hay cambios como los de antes: del gótico al Renacimiento, del manierismo al caravaggismo, del romanticismo al realismo… Nuestra revista se llama *Giotto* porque, aun dentro de un mismo mundo creativo, hubo una persona que cambió la perspectiva y el enfoque con el que se veía el arte, y ese fue Giotto di Bondone en el siglo XIV… Eso es lo que pretendemos con Pentimento, mostrar un arte que ya existe, pero desde otra perspectiva.

El periodista anotó las explicaciones y se conformó con ellas, aunque el periodismo cultural ya no era el de antaño y el redactor no sabía que Giotto se había enfrentado a frescos y pinturas planas, sin profundidad ni perspectiva, porque el medievo solo tenía en cuenta el punto de vista de Dios, y no el del ser humano. Había sido aquel florentino quien, de repente, había añadido volumen a las formas, emociones y profundidad, y a Amanda le había parecido que aquel valor y aquella singularidad del artista merecían por lo menos el nombre de su revista de arte.

Lorena hizo una señal a Amanda para terminar, pues al parecer no había más preguntas, pero otra mano se alzó al fondo de la sala. Un caballero elegantemente vestido, con cierto acento español e impecable dicción británica, quería plantearle una cuestión.

—¿Qué opina usted, como experta en el mundo del arte, de que un cuadro español como *La dama del abanico* de Velázquez se encuentre expuesto en este mismo museo? Lo pregunto por su probable procedencia de los cuadros sustraídos por José Bonaparte a la Corona española…

Un responsable de The Wallace Collection indicó a Amanda que no resultaba preciso que contestase, y con agitación comenzó a preguntar a sus colegas quién era el misterioso caballero, porque no le constaba su acreditación de prensa. Pero Amanda lo tranquilizó y restó importancia a la impertinente pregunta, porque su sonrisa desvelaba que el hombre al fondo de la sala era Dimas Chevalier.

—¿De qué medio es usted?

—De *Madrid News* —se inventó él, con inmediato descaro.

Amanda, imperturbable, le contestó con la misma formalidad con la que había atendido a los otros periodistas, aunque en sus labios se contenía una sonrisa.

—Tal vez no esté usted muy informado, pero un experto en este tema, en el que mantengo toda mi confianza, me aseguró en su día que ese lienzo de Velázquez fue adquirido a mediados del siglo XIX por los antepasados de la familia Wallace por seiscientas libras, por lo que la transacción fue completamente lícita. Como podrá comprender, y pasado tanto tiempo, resulta completamente imposible rastrear el origen y las operaciones comerciales precedentes —añadió, sin que se le olvidase dónde se encontraba y la cortesía que debía al museo—. Me consta, además, que en The Wallace Collection realizan una maravillosa gestión de conservación y cuidado de todas sus obras.

El responsable del museo intervino y cortó por fin y de forma algo brusca la rueda de prensa, de modo que Amanda terminó por perder de vista a Dimas, al que un ordenanza de la pinacoteca invitó con amable discreción a que se marchase. A Amanda le dio pena no poder seguir hablando con él, porque a lo largo de aquellos meses, para su sorpresa, Dimas había estado muy pendiente de ella y de la evolución de Luca, dados los antecedentes de enfermedad epiléptica que también sufría su propia familia.

Amanda, por muy dolida y en shock que se encontrase tras lo sucedido con la Cámara de las Maravillas y con toda su vida personal en general, no era tonta: comprendía perfectamente que el interés de Dimas excedía el de conocer la salud de su hijo. El antiguo y famoso Houdin la halagaba, pero ella, sin pretenderlo, sujetaba sobre sí misma una gruesa coraza. A pesar de que ambos mantenían una fingida animadversión mutua, cada vez que Dimas la llamaba desde Londres ella se sentía reconfortada. Tal vez porque la hacía reír, o quizá porque era sincero hasta el extremo, rozando a veces la rudeza, pero lo cierto era que se había generado entre ambos una electricidad difícil de disimular. Era extraño e indefinible aquello que tenían, pero era de verdad.

—Amanda, si quieres puedes irte —le había dicho Lorena al oído, con las gestiones burocráticas ya prácticamente terminadas ante los responsables del museo—, ya termino yo aquí, y hasta la cena no tenemos más compromisos. Además —añadió la joven, al tiempo que ajustaba sus gafas, que de nuevo y como de costumbre se encontraban en la punta de su nariz—, creo que alguien te está esperando fuera.

Amanda alzó las cejas.

—¿*Madrid News*?

—Puede ser —sonrió Lorena, cómplice.

Cuando Amanda salió del museo, en efecto, Dimas estaba fuera y la recibió con su habitual expresión amable y sutilmente irónica.

—No esperaba verte —comenzó ella—. ¿Cómo te enteraste de que venía a la ciudad?

—En nuestro gremio se sabe todo, y quería comprobar si era verdad que ahora das más miedo que antes… ¿Te has enterado de que algunos te llaman Morticia?

Ella se rio.

—¿Morticia?

—Sí, de Morticia Addams, la de la película.

—Comenzó siendo un cómic, si no recuerdo mal, aunque no me disgusta… Es mejor que Cruella de Vil, que es lo que me llamaban hace años.

En efecto, Amanda había recibido muchos calificativos dentro del gremio, y ahora era cierto que, tras lo que había sucedido en el Palacio Dorado, a su antigua fama de mujer intratable y estricta en los negocios se había sumado un aura de negro misterio. Avanzó unos pasos y se quedó a solo unos centímetros de Dimas.

—¿Ya has birlado algo del Wallace?

—Todavía no. ¿Un paseo?

—Tengo una cena de trabajo —objetó ella, que aun así se miró los pies y se alegró de no llevar tacones.

El paseo, de apenas quince o veinte minutos, los llevó hacia Regent's Park, donde se encontraba el zoológico científico más

antiguo del mundo. El parque hacía frontera con Marylebone, donde se ubicaba The Wallace Collection. La temperatura era agradable y, a pesar de que estaban en pleno mes de julio, el calor era típicamente londinense, moderado y aceptable. Charlaron sobre Elio, sobre la familia y el dolor, y él le contó los últimos desencuentros con su padre. Relativizar las cosas y contemplarlas desde el humor podía ayudarlos, pero era cierto que, a veces, la vida parecía una larga caminata sobre fango. Se sentaron en un banco frente al lago, salpicado de cisnes, y él tomó por sorpresa la mano de Amanda.

—¿Se puede saber qué haces? —le preguntó ella, aunque su sonrisa mostraba que el gesto no le había parecido desagradable.

—Es para protegerte, esta zona de Londres es peligrosísima y está llena de ladrones y malhechores.

—No me digas.

Amanda miró a su alrededor, y el ambiente no podía ser más bucólico; se veían turistas, vecinos que sacaban al perro de paseo, otros que hacían deporte y, en el lago, pequeñas barquitas de paseo desde las que los usuarios procuraban acercarse a los cisnes. Dimas y Amanda se mantuvieron la mirada unos instantes, en los que ella se preguntó si su tristeza le permitiría algún día, alguna vez, abrazar un momento como aquel.

—Un delincuente y una bruja. Seríamos una pareja muy buena.

—Nos envidiarían en todas las fiestas.

—Nos criticarían hasta quedarse secos —se rio ella—, pero yo te cubriría con mis técnicas de arpía mientras birlas reliquias para los chinos —añadió, para después mostrar su verdadero semblante, que era el del cansancio y la tristeza—. Dimas, no sé si estoy en un momento como para esto.

La mirada compartida fue larga e intensa. Londres los envolvía como si estuviesen en un refugio, pero nada podía protegerlos de los demonios que llevaban dentro. Dimas no tardó ni dos segundos en tomar una decisión.

—Esperaré.

Llegó la noche a Madrid, y el calor pegajoso de la ciudad invitaba a recorrer sus calles de madrugada, como si aquel remedio sirviese de algo frente a la elevada temperatura. Sin embargo, y con aquella humedad caliente en el aire, Magnus siempre prefería quedarse en su palacio. Aquellos meses habían sido muy complicados, y las largas conversaciones con Elio no resultaron fáciles. Algunos de sus reproches eran delirantes, pero otros tenían gran fondo de verdad. Los abogados estaban negociando un acuerdo con la fiscalía, que al fin y al cabo sí tenía un responsable de los crímenes de sangre, y tal vez lograsen terminar con aquella pesadilla en unos meses. Le costaría mucho dinero, sin duda, pero ¿por quién gastarlo, si no era por la familia?

Magnus subió a la Cámara de las Maravillas a paso lento, y en su camino saboreó las obras de arte que salpicaban cada centímetro del palacio; la noche entre sus pasillos parecía guardar un embrujo atemporal y etéreo, envolvente. Ahora, disponían de un vigilante las veinticuatro horas en la puerta del inmueble, y desde luego las medidas de seguridad se habían modernizado. Para acceder a la Cámara, los reconocimientos facial y dactilar suponían uno de los primeros filtros, además de una contraseña personal que Magnus solo tendría que cambiar cada seis meses, pues las cámaras con

sensores de movimiento instaladas en las ventanas y en la puerta principal del gabinete de curiosidades se accionaban de forma instantánea en la central de la empresa de seguridad cuando existía el más leve movimiento.

Emilce solía acompañarlo en aquellas incursiones al gabinete de curiosidades, pero esta noche no. Esta noche, Magnus quería sus tesoros solo para él. Avanzó despacio, como si fuera la primera o, tal vez, la última vez que iba a estar allí dentro. A veces se preguntaba a sí mismo por qué le cautivaba tanto aquella habitación; había concluido que, posiblemente, le recordase a sí mismo cuando era joven, cuando soñaba con tener todos aquellos tesoros. Pero no se podía vivir de recuerdos, porque el tiempo era escaso y a él no le quedaba demasiado. Magnus se sentó en el cómodo sofá frente al cuadro de *El geólogo* de Vermeer, que estaba resultando ser la pieza estrella de su recién inaugurado museo, aunque debía reconocer que el salón rojo donde Dimas Chevalier había perpetrado su robo del sello chino tenía también un gran éxito entre el público, que fotografiaba sin cesar el espacio vacío que había dejado aquella pieza en la vitrina.

Magnus sacó una especie de mando a distancia del bolsillo de su chaqueta y, tras apretar un botón, de pronto, se quedó completamente a oscuras. A los pocos segundos, una moderada claridad iluminó la estancia desde puntos estratégicos y, después, Magnus accionó otro interruptor. De las paredes a ambos lados del Vermeer emergieron dos impresionantes paneles dorados. Solo él y los operarios extranjeros que había contratado para montarlos sabían que estaban ahí. Por supuesto, les había dicho que eran copias, pero lo cierto era que, ante sus ojos, Magnus Mendoza tenía

parte de la Cámara de Ámbar del Palacio de Catalina que, para su sorpresa, Dimas Chevalier le había citado como tesoro patrimonial imposible de recuperar.

Magnus había pagado una fortuna por aquellos escasos metros cuadrados de reliquia, que habían rescatado del fondo del Báltico y que habían salido a la venta en un selectísimo, elitista y privado mercado negro. Los paneles originales habían brillado en la residencia de los zares ante el fulgor de más de quinientas velas, y aquellos sencillos restos lo hacían solo ante luces led delicadamente dirigidas, pero el espectáculo era bellísimo. ¿Quién podría suponer que aquel anciano pudiese custodiar en su ático la octava maravilla del mundo? La Cámara de Ámbar, ante sus ojos y escondida en la mismísima estructura del Palacio Dorado. Desvelaría su existencia en su testamento, por supuesto, pero de momento se reservaría aquel lujo privado para sí mismo. Ahora que su amor no estaba, qué sensación tan embriagadora sucumbir ante otro tipo de belleza. Intentaría controlarse, pero, ah, era tan tentadora la idea de volver a acudir a alguna de aquellas subastas clandestinas… Cuando los hombres creaban obras tan increíbles, que trascendían, era como si lo espiritual superase el poder de la carne y de la temporalidad, como si fuese posible volverse inmortal. ¿No era un verdadero prodigio aquella cámara llena de maravillas?

29

Venecia, dos meses después

El palacete, a pesar de haber sido restaurado, no había perdido el decadente esplendor veneciano. Se encontraba a unos diez kilómetros de la legendaria ciudad, en Torcello, que en su día había sido la isla principal, la que había dado origen al conglomerado de las casi ciento veinte islas que constituían el archipiélago veneciano. Dimas había comprado la propiedad dos años atrás, pese a que en la isla apenas quedasen una docena de habitantes frente a los veinte mil que habían llegado a colonizarla. La inversión no había sido ningún capricho, porque la Bienal de Venecia se hacía cada dos años, sí, pero duraba seis meses y para él y sus socios implicaba el cierre de una facturación muy considerable, y más cuando lo habían designado curador del pabellón británico aquel año. Lo cierto era que el nombramiento había sido algo bastante fortuito e inesperado tras el repentino fallecimiento de quien iba a seleccionar las obras británicas aquella temporada, pero desde luego Dimas pensaba rentabilizar la coyuntura. Además, aquel pequeño palacete era para él y para todo el equipo un buen punto de anclaje, descanso y reunión: como marchantes y galeristas, allí mismo habían cerrado ya varios acuerdos y realizado reuniones privadas con clientes del norte

de Italia. El hecho de hacerlo en un lugar como aquel ayudaba a que toda la operación comercial se resolviese dentro de un halo de elegante sofisticación, que realzaba el carisma y la imagen de la empresa.

Ahora, Dimas y su equipo —Gina, Robert, Tom y Antoine, porque a la señora Mildred la habían dejado defendiendo el teléfono y los correos en el despacho de Londres— navegaban por la mañana desde Torcello hacia el pabellón inglés de Venecia, y lo hacían en una lancha tamaño medio, de madera y similar a los taxis venecianos. Avanzaba el mes de septiembre, la temperatura era muy agradable y el mar, amable, los recibía en calma; hacía varias semanas que Dimas no veía a Amanda, aunque hablaban con regularidad y sin que él precisase utilizar la excusa de Luca para llamarla o verla cuando pasaba por Madrid. Sin embargo, llevaba un par de días sin que ella contestara a sus mensajes, y él temía que hubiese sucedido algo grave, porque Amanda era la rectitud en persona y jamás dejaba de atender ni un solo requerimiento, fuera de quien fuese. No sabía si ella llegaría a estar lista algún día para confiar de verdad en alguien, pero Dimas no podía evitar pensar en aquella huraña y distante mujer. Eran almas completamente opuestas, aunque nadie podía saber qué era lo que inclinaba a los corazones hacia las relaciones equivocadas. ¿Una misteriosa química, una inevitable tendencia humana hacia el estropicio? Él no lo sabía, pero comenzaba a preocuparse de verdad al no tener noticias de Amanda. Sus pensamientos se vieron interrumpidos por Gina, que alzó la voz para dejarse oír sobre la brisa del mar y el rugido del motor; su cabello rubio y rizado flotaba con la brisa, y por su expresión parecía haber recordado algo importante.

—¡Me olvidé de contártelo! ¿Te acuerdas de la revista de la pija?

—¿De quién?

—Sí, hombre, la revista de tu amiga de Madrid… *Giotto*. ¿No has leído el reportaje que han hecho de la Bienal? Salió ayer, y les da un buen repaso a todos los pabellones.

Dimas tomó aire. Con Amanda todo era posible.

—¿Nos deja muy mal?

—Al revés. Espera, *amore*, que te lo leo. ¡Robert! ¿Me pasas la carpeta azul? —le pidió a su marido, que iba sentado en la parte de atrás de la lancha charlando con el resto del equipo—. Sí, esa, la de las notas de prensa —señaló, para luego continuar hablando—. Lo vi anoche y lo imprimí, y como no coincidimos en el desayuno…

—Dispara ya, Gina.

—Te leo, ¿eh? A ver… «La Bienal de Venecia, cuya primera edición fue en 1895…». Blablablá… «Lamentable el pabellón americano este año, con ese sinfín de cajas negras que pretendían simbolizar una suerte de paz mundial…». —Gina hizo un brevísimo receso, en el que buscaba la parte interesante—. «Cuando se camina entre los pabellones, la sensación es la de deambular por un mundo irreal, en el que los artistas parecen extraterrestres con ideas y creatividades adelantadas a nuestro tiempo, y los marchantes y coleccionistas conforman una selecta élite que…».

—Pero ¿el artículo lo firma ella? —interrumpió Dimas.

—Sí, Amanda Mendoza.

—Entonces ha estado aquí.

—Supongo.

Dimas se mordió en silencio una punzada en el estómago, porque eso significaba que Amanda había visitado la ciudad y no lo había

llamado.

—Pero ¿cuándo habla de nosotros?

—A ver… Aquí, aquí, ya lo tengo.

Gina continuó leyendo:

—«El pabellón inglés, este año, resulta completamente espectacular. Y no solo por el hecho de que se hayan molestado en recrear las antiguas calles de un Londres decimonónico para mostrar las diferentes obras, sino por la selección de estas. En esta ocasión, el inesperado curador, Dimas Chevalier, del que se podría esperar cualquier genialidad y, también, cualquier deliberado estropicio, ha sorprendido a todo el gremio con una selección de piezas exquisita. Ha arriesgado y no ha escogido obras maestras, sino cuadros y esculturas con potencial, capaces de crear por sí mismos una línea artística y un contexto nuevo; Chevalier no se ha limitado a acoger sus gustos personales, sino todo aquello que tiene nuevo pulso en el mundo del arte. En definitiva, y recordando un verso de Marianne Moore, ha logrado una colección que deja huella y que seguirá ahí "cuando la ola haya pasado"».

—Vaya —murmuró Dimas—. ¿Dice algo más?

—Te pide para salir —se rio Gina, para acto seguido continuar revisando la nota de prensa—. Dice que los franceses también lo han hecho muy bien este año, pero al resto los pone finos.

—En su línea —sonrió Dimas.

—Pues este artículo va a ser importante, *amore*, que lo sepas. Ya me ha llegado a primera hora un correo de un coleccionista alemán que lo ha leído y nos ha pedido una cita para mañana. Aunque lo cierto es que todas las críticas han sido muy buenas… Yo creo que la pija ha sido objetiva, la verdad.

Dimas asintió, halagado por el hecho de que se reconociese su trabajo, y volvió a mirar su teléfono móvil. Ni un mensaje. El correo electrónico estaba al día y sin ninguna noticia de Amanda. Tomó aire y se preparó para el atraque. Llegar a Venecia siempre requería de todos sus sentidos: la belleza del paisaje no cansaba nunca la vista, pero sí resultaban agotadores los turistas agolpados sin motivo en los embarcaderos.

Cuando llegaron al pabellón, y de forma instintiva, Dimas buscó a Amanda. Para su sorpresa no dio con ella, sino con Lorena. La pelirroja tomaba notas aquí y allá, y cuando lo vio se recolocó sus gafas y se acercó con una sonrisa. Dimas, más atento que nunca, comprendió que iba a saber qué había sucedido con Amanda y, con suerte, dejaría de arrugársele el corazón.

Amanda había llegado a Venecia tres días antes, dispuesta para trabajar y plenamente consciente de la presencia de Dimas en la ciudad. De forma deliberada, había decidido no hablar con él para, a cambio, hacerlo una última vez consigo misma. Alojada en el lujoso hotel Cipriani, se había dejado mimar por la magia de la ciudad, que como era habitual la había recibido con un Bellini, que era un cóctel de vino blanco espumoso y zumo de melocotón. Había redactado aquel artículo sobre la Bienal con la mayor honestidad posible, y tras enviarlo a la central de Madrid se había publicado en la revista digital de *Giotto* casi de inmediato, aunque habría un reportaje a toda página en papel en una semana.

Esa misma mañana había ido a buscar a Dimas a su pabellón, pero no habían coincidido por solo unos minutos. Aunque Amanda

no lo sabía, en aquellos instantes Lorena le explicaba a Dimas lo que había sucedido, y que sin duda Amanda podría verlo aquella tarde, pues ahora se había tenido que ir a otros pabellones más alejados por reuniones de trabajo, que terminaría a última hora con un encuentro final en la Galería de la Academia de Venecia. Justo en aquel instante, Dimas recibió un mensaje en su teléfono móvil:

> Si esta noche estás libre de compromisos de sustracción y pillaje, te invito a cenar. ¿Nos vemos a las ocho en la iglesia de Pantaleón? A unos metros hay un restaurante que solo recibe a los mejores ladrones del mundo.

Dimas sonrió, sorprendido. Si Amanda bromeaba con él de aquella forma, sin duda debía de estar de buen humor. A veces seguían jugando a aquello de que ella era una bruja y él un delincuente, pero tampoco era el tono habitual. Intrigado y lleno de curiosidad, Dimas contestó a Amanda:

> ¿Aceptan a arpías de Madrid en ese restaurante? Será maravilloso verte.

Así pues, Dimas pasó toda la jornada trabajando en su propio pabellón y en otros, en los que tanto él como su equipo buscaban artistas emergentes; el ochenta por ciento de ellos jamás llegaría a nada, pero había que estar ahí para rastrearlos y hacerse con su representación.

Por su parte, Amanda se llevó a un fotógrafo de la revista para que captase distintos aspectos de otras zonas de la Bienal y de la Galería de la Academia de Venecia, donde aprovecharía para hacer un reportaje de sus casi ochocientos cuadros del siglo XIII al XVIII, en la que era la mayor colección de pintura veneciana del mundo. En su

línea, iba vestida de forma neutra y con colores oscuros, como si intentase pasar desapercibida, pero resultaba evidente que había algo en ella, tal vez una serena melancolía, que por mucho que intentase evitarlo la hacía destacar. Terminó más temprano de lo esperado y, cuando al final de la jornada llegó al punto de encuentro con Dimas, le sobraba casi media hora.

A pesar de que septiembre iba carcomiendo las esquinas de los días y los llenaba de oscuridad, la claridad todavía ganaba a la noche y, para sorpresa de Amanda, la iglesia de San Pantaleón estaba abierta. Por fuera era un templo sencillo y casi tosco, pero en su interior albergaba el cuadro más grande del mundo; representaba el martirio de un santo, y para crear un lienzo semejante habían pegado al techo más de cuarenta telas. Amanda se sentó en un banco, alzó la mirada y se quedó absorta en aquellos casi cuatrocientos cincuenta metros cuadrados de impresionantes imágenes que llevaban más de tres siglos en la bóveda.

—Digna hija de su padre —escuchó a su espalda. No necesitó volverse para saber que Dimas la observaba a apenas un par de metros de distancia—. No sé qué pasa, pero a los Mendoza siempre me los encuentro en las iglesias.

—Será que somos medio santos.

—Será que hay mucho que confesar.

Ella sonrió, se giró hacia él y se puso en pie.

—No lo negaré —confirmó con afabilidad, acercándose—. Llegas pronto.

—Es que había quedado con la mujer más puntual del planeta, y, como últimamente le falla el teléfono, no quería perdérmela.

—Empezamos con reproches —se quejó ella con un mohín—. ¿Un paseo?

Ambos salieron del templo y comenzaron a deambular por las callejuelas venecianas, que a aquellas horas y con los turistas recogiéndose en sus hoteles y cruceros comenzaban a estar muy tranquilas. Resultaba curioso el encuentro: llevaban ya muchos días sin verse, pero la sensación de ambos era la de estar donde debían. Hablaron de la familia, de los próximos proyectos, del sorprendente éxito del Museo de la Cámara de las Maravillas y, por supuesto, de la Bienal de Venecia.

—Gracias por tu crítica a mi pabellón.

—No dije más que la verdad.

—Te lo agradezco igualmente. Sabes que ante los éxitos ajenos siempre hay más silencio que halagos.

—Lo sé.

De forma deliberada estiraron un poco más el paseo, pues todavía era algo temprano para acudir a la reserva del restaurante, y la noche comenzó a envolverlos, como si la ciudad flotante se hubiese convertido de pronto en una cápsula que los protegiese del mundo real. En la calle, como una premonición romántica de lo que iba a suceder, sonaba a lo lejos la canción *Parlami d'amore, Mariù*, de Achille Togliani.

Amanda, a pesar de su ropa oscura y su cabello negro, resplandecía. Se acercó a Dimas y, cuando él creía que por fin ella había encontrado el momento adecuado para dejarse llevar, se vio sorprendido por sus palabras.

—¿Sabes, Dimas? He pensado mucho estas últimas semanas… La vida es un poco como una broma, ¿verdad?

—¿Por qué lo dices?

—No sé —respondió ella, dejando claro que, en realidad, lo sabía perfectamente. Siguió caminando al lado de uno de los bucólicos canales mientras Dimas la seguía—. Lo digo porque tengo la sensación de que, al final, los que seguimos las normas terminamos por llevarnos siempre la peor parte, ¿no crees?

Dimas se paró en seco.

—No, no lo creo —negó, y con su seriedad la obligó a detenerse y a que lo mirase a los ojos—. Te recuerdo que yo no seguí las normas y que tuve que pasar tres años de mi vida en la cárcel.

—Sí —reconoció ella, imperturbable—, pero ahora estás aquí. Con un palacete en Venecia y otro en Londres, y con un montón de diversión a tus espaldas.

—Yo no diría que…

Dimas no pudo decir nada más, porque Amanda se acercó y lo besó en los labios. Fue uno de esos besos con los que el mundo alrededor no existe y la realidad se desploma, y con cuyo calor podría derretirse la más dramática de las tristezas. Amanda estiró el beso, que prometía lo que vendría después, y volvió a sorprender a Dimas.

—¿Sigues trabajando para los chinos?

—¿Qué?

—Que si sigues aceptando encargos honorables. Me refiero según ese código de honor que te sacaste de la manga.

Dimas se separó, y en su expresión se aunaban el asombro y la cautela.

—¿De qué va esto?

Amanda se acercó de nuevo, deshaciendo el espacio de distancia que él había marcado.

—De que a lo mejor yo también quiero un poco de diversión y de emociones fuertes. Si sigues aceptando encargos, tengo uno para ti.

—¿Un robo?

—Una sustracción amigable, digamos. Una cosilla sin importancia.

—Si no fuera importante, no me lo pedirías.

—A lo mejor es que es difícil, y por eso necesito a un ladrón experto.

Dimas se quedó atónito. Examinó la expresión de Amanda para saber si hablaba o no realmente en serio. No tardó mucho en darse cuenta de que era así, y tuvo la sensación de que la vida era una sorpresa infinita. No tenía la menor idea de lo que Amanda le quería proponer, pero ¿cómo resistirse a escucharla?

Amanda volvió a besarlo y Dimas la detuvo.

—¿Esto forma parte del encargo?

—No, esto es cosa mía.

—Ah.

Amanda lo besó otra vez y dejó que su mano se deslizase hasta la de Dimas.

—Te cojo la mano solo para cruzar, por si te atropella un coche.

—¿Un coche veneciano, quieres decir?

—Sí, uno de esos… Es que esta zona es peligrosísima.

Dimas, enamorado y rendido, fue consciente de que, con toda probabilidad, iba a complicarse la existencia. Tras sus pasos seguía sonando aquella canción italiana de Achille Togliani, que recordaba que a veces no había que pensar, sino limitarse a dejar que el fuego de lo que se anhelaba ardiese.

Y Amanda, aunque todavía se sentía dentro de aquel viejo poema de Elizabeth Bishop dedicado a quienes estaban acostumbrados a perder, ahora aceptaba una revolución en su interior. No importaba que el futuro le deparase toda clase de desastres, porque aquella noche paseaba de la mano de uno de los ladrones más encantadores del mundo. Tenía tanto por hacer. ¿Qué era la vida, sino una gran obra de arte siempre inacabada?

Nota de la autora

La información científica, médica y forense que se detalla en esta novela obedece a casos reales y varios de los robos que se citan, como los de las colecciones orientales de Suecia, Noruega y Cambridge, son verídicos.

Mi imaginación solo ha volado para crear el cuadro de *El geólogo*, que en la trama se atribuye a Johannes Vermeer (siglo XVII, Países Bajos). Lo mismo ha sucedido con el Palacio del Canto del Pico, en Torrelodones: cuando lo vi a lo lejos una terrible tarde de tormenta, abandonado y decrépito, no me costó más que un segundo convertirlo en un hospital psiquiátrico.

El Palacio Dorado, de forma evidente, se encuentra inspirado en el Palacio de Linares de Madrid, hoy sede de la Casa de América. Al descubrir sus imponentes salones y la enorme Casa de Muñecas de su jardín supe que era el enclave ideal para esta historia.

Finalmente, Pentimento no existe, pero ¿no creen que pasear por sus estancias sería maravilloso?

Agradecimientos

Para escribir esta historia he visitado, a veces en deliberada soledad, incontables museos de Italia, el Reino Unido, España, Francia, Alemania y los Países Bajos, y he descubierto cómo escultores, científicos y artistas de otras épocas lograban emocionarme con sus trabajos, que han perdurado y llegado hasta nosotros llenos de alma. En consecuencia, tengo la sensación de que me he documentado, en parte, con personas que han muerto hace mucho tiempo. Gracias a todos los que, desde siempre, comparten su talento y hechizo creativo con los demás.

Mi agradecimiento a Nuria Cabutí y Juan Díaz por su confianza en mi trabajo, y gracias a todo el equipo de Plaza & Janés, Cursiva y Penguin Random House por su empatía, detallismo y profesionalidad. A quien suelo torturar más en el día a día es a Ángeles Torres, a quien como responsable de Comunicación agradezco su infinita paciencia. Siempre conmigo, Gonzalo Albert y Alberto Marcos, sin cuyo entusiasmo e ilusión los caminos serían otros. El trabajo de edición y las inteligentes observaciones de Alberto sobre el manuscrito original han sido fundamentales para que esta aventura fuese perfecta. Gracias también a Aurora Mena por su impecable trabajo, detallismo y rigor en la corrección de este libro.

En el apartado policial, Iván Prado, subinspector de la Brigada Local de la Policía Científica de Vigo, me ha vuelto a echar una mano en algún detalle de la trama, al igual que Dani A. M. de la UDEV (Unidad de Delincuencia Especializada y Violenta) de la Brigada de la Policía Judicial de Vigo, que resiste mis improvisadas consultas a cualquier hora.

Muchísimas gracias también a Joaquín Palacios, guardia civil (retirado) de Homicidios en Madrid, cuya experiencia en el mundo de los delitos y robos patrimoniales resultó de gran ayuda. Asimismo, gracias a la Brigada de Patrimonio Histórico de la Policía Nacional de Madrid, y en especial a su inspectora jefa Montserrat de Pedro, que ha atendido mis consultas con amable y espontánea generosidad. Espero que no les importe que Marc Bru y Maciel se hayan instalado en sus oficinas. Mi agradecimiento, también, a Juan José Bernal Sánchez, inspector jefe de la Policía Nacional de Madrid, que me ayudó a entender la estructura policial en una ciudad tan inabarcable y viva.

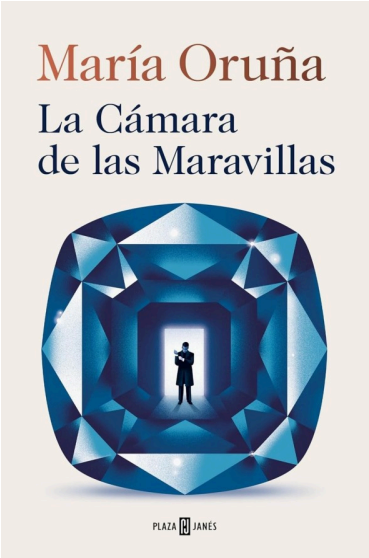
Y, por supuesto, muchísimas gracias a los libreros que recomiendan mis historias y a tantos lectores que confían en mi trabajo y se aventuran con cada nuevo libro para comprobar, tal y como me dijo un lector, «qué diablos podría habérseme ocurrido ahora». Agradezco la presencia de cada uno de vosotros en firmas, presentaciones y encuentros. Sois una luz que siempre me acompaña, gracias.

Gracias también a quienes con, su generosidad, han logrado que me resulte más fácil conciliar una vida de viajes con la familiar: Nuria Molina y David Oruña en especial. Mientras escribía este libro perdí a mi amiga Ana Vieito, que sabía que la vida era una

oportunidad y que estuvo presente en cada travesía; creo que también ha salpimentado la Cámara de las Maravillas con su magia.

Y gracias siempre a ti, Ladi. Llevamos juntos una vida y, cuanto más te empeñas en quedarte en la sombra, más grande y brillante se vuelve tu presencia. Finalmente, gracias a mi hijo Alan; por la luz en la mirada, la nobleza y la ilusión contagiosas, las ganas de aprender y de vivir. Nunca te has quejado por mis viajes y extrañas ocupaciones, y yo sé, desde el principio, que tú siempre serás mi mejor historia.

El crimen perfecto también puede ser una obra de arte.



En el majestuoso Palacio Dorado, situado en el centro de Madrid, lo más selecto del mundo del arte se ha reunido para la inauguración de Pentimento, un museo que muestra reproducciones de obras de arte icónicas en el contexto donde se exhibieron por primera vez. Amanda Mendoza, la anfitriona, observa con desconfianza a uno de los invitados: el enigmático Dimas Chevalier, el ladrón de guante blanco más famoso de Europa, que, tras unos años en la cárcel, asegura que se ha reformado por completo.

Mientras, una figura oscura salta ágilmente por el tejado del palacio para entrar en la Cámara de las Maravillas, un lugar en el que la familia Mendoza guarda los más fascinantes tesoros. Pero, cuando el asaltante trata de escapar con el botín, cae fulminado sin motivo

aparente. Dimas, acusado de forma indirecta del robo, se verá obligado a colaborar con Amanda para limpiar su nombre y descubrir quién ha profanado la Cámara de las Maravillas.

En su nuevo y fascinante thriller ambientado en el mundo del arte, María Oruña vuelve a atrapar a los lectores con una intriga irresistible, unos personajes inolvidables y una trama repleta de sorpresas que gira en torno a los misterios de la Cámara de las Maravillas, donde las obras más bellas y sofisticadas conviven con el robo, la traición y el asesinato.

María Oruña (Vigo, 1976) es una escritora española especialmente reconocida por la rigurosidad histórica, forense y científica de sus enigmáticas novelas de misterio. Sus trabajos han sido traducidos a una decena de idiomas y sus ventas superan el millón y medio de ejemplares. Inició la famosa serie de misterio de Los Libros del Puerto Escondido en 2015, y en cada uno de sus seis títulos, que alcanzaron el éxito mundial, manejó de forma deliberada diferentes subgéneros de novela negra: *Puerto escondido* (2015), *Un lugar a donde ir* (2017), *Donde fuimos invencibles* (2018), *Lo que la marea esconde* (2021), *El camino del fuego* (2022) y *Los inocentes* (2023).

Se ha adentrado asimismo en la novela histórica con *El bosque de los cuatro vientos* (2020). Después de que esta obra viera la luz, varias reliquias milenarias que sus protagonistas buscaban en la trama aparecieron en la vida real, lo que avivó el interés internacional por el trabajo de la autora.

Acostumbrada a cambiar de registro, María Oruña publicó en 2025 *El albatros negro* con Plaza & Janés, una novela histórica de aventuras y misterio cuya recreación del siglo XVIII se ha ganado el aplauso de la crítica.

La autora ha cultivado también el cuento infantil con títulos como *El tren fantasma* y *El tren fantasma: Aventura con los trogloditas*, y atesora distintos premios y reconocimientos por su labor literaria, como el Premio Un Año de Libros al mejor libro de ficción del año

2021 por *Lo que la marea esconde*; el Premio Fundación de la Guardia Civil 2022; el Premio de Cultura Emilia Pardo Bazán en el País de las Rías 2023, de la Diputación de Pontevedra y el periódico el Faro de Vigo; o el Emboque de Oro 2024, concedido por Casa Cantabria en Madrid.



Primera edición: junio de 2026

© 2026, María Oruña
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Martí Sanchís i Aibar
Ilustración de portada: © Pep Boatella

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-01-03864-8

Compuesto en Comptex&Ass., S.L.

Facebook: penguinebooks

X: @penguinlibros
Instagram: @plazayjanes
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

La cámara de las maravillas
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29

Nota de la autora
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre María Oruña
Créditos